SIENTE EL VERDADERO TERROR

DAVID JASSO

LA CASA DE LOS CIEN ESCALONES

OBSCURA
editorial

OBSCURO, –RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LA CASA DE LOS CIEN ESCALONES

LA CASA DE LOS CIEN ESCALONES

David Jasso

Prólogo de Ana García de Polavieja

OBSCURA
editorial

Aviso de contenido

Esta novela aborda temas sensibles relacionados con el suicidio que pueden ser un desencadenante para algunas personas. La intención de esta obra es explorar la complejidad de las emociones humanas y no fomentar ni trivializar el acto del suicidio.

© 2024, David Jasso
© 2024, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2024,David Rendo, por la ilustración de la cubierta

Primera edición: octubre de 2024

Prólogo: Ana García de Polavieja
Fotografía del autor: Rafa Royo
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Edición de texto: Roser Vales i Abenoza y Joana Macià Domingo
Corrección: Roser Vales i Abenoza y Aitziber Saldias
Maquetación: Meritxell Terrón Paz

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org).

ISBN digital: 978-84-128396-6-1
Depósito legal: B 10794-2024

«El suicidio se consolida así como la principal causa de muerte no natural en España, triplicando las provocadas por accidentes de tráfico. Después de los tumores es la principal causa de muerte entre la juventud española.
Se estima que por cada suicidio consumado hay ocho intentos fallidos. Lo que da una cifra de más de 30 000 intentos al año».

Fuente: INE Instituto Nacional de Estadística

PRÓLOGO

Por Ana García de Polavieja

Hasta enero de 2015, mis libros preferidos eran *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, y *Dr. Faustus*, de Thomas Mann —una deliciosa interpretación de la leyenda de Fausto—. Gracias a mi trabajo como correctora de la editorial Valdemar, ha habido otros muchos libros que han *nutrido* mi mente, y uno de los que pasó a formar parte de «mis cinco favoritos» fue *Disforia*, la novela de terror psicológico más potente que había leído hasta entonces.

Con cierta timidez, contacté con el autor a través de Facebook y su acogida fue fantástica. Poco a poco, entablamos una amistad a distancia. Mientras tanto, me hice con toda su obra. No podía dejar escapar ni una sola historia de quien me había llevado al máximo estado de terror que había experimentado.

Cuando David abandonó las redes sociales, seguíamos en contacto por *email* y yo le hacía llegar reseñas de *Disforia* —todas muy positivas, no podía ser de otra manera—. Hasta que la reedición de toda su obra se empezó a perpetrar en Apache Libros y compré los dos primeros volúmenes. Contacté

con el editor y le dije que, si tenía intención de corregir la reedición de *La silla*, contara conmigo. Uno de mis sueños siempre fue volver a repetir la experiencia de *Disforia*. Corregir una obra conlleva vivirla como si formaras parte de ella, y yo quería ser parte de *La silla*. A José Luis del Río Fortich le encantó la idea y yo activé mi escasa parcela de la paciencia, porque no había una fecha específica para publicar la novela. Pero el día llegó. *La silla* aparecía imponente en la bandeja de entrada de mi correo. Este trabajo de corrección nos unió aún más a David y a mí. Estábamos en contacto continuamente para dejar la novela lo mejor posible. Y en septiembre de 2023 se publicó.

Introducirse en la historia de *La silla* supuso volver a dejarme atrapar por esa enfermiza angustia que Jasso transmite como nadie. La angustia, el terror, la desesperación… Otra joya que vino a alimentar mi mente, esta vez en estrecha colaboración con David y prologando la novela junto a Antonio Torrubia, el Librero del Mal. Una experiencia única que espero que podamos repetir.

Él seguía alejado de las redes sociales, hastiado del mundo editorial, que sin duda no ha tratado como se merece a uno de los mejores escritores de la literatura de terror no solo a nivel nacional, sino internacional.

En una de esas conversaciones que manteníamos con frecuencia, le dije que tenía que escribir una nueva novela, que los fans no esperábamos menos. Gracias a ese comentario, a David se le *escapó* que tenía abandonada a medio escribir una novela titulada *La casa de los cien escalones*. Habría sido divertido ver mi propia cara en ese momento: uno de mis escritores favoritos tiene una novela empezada y no la quiere continuar porque ha decidido abandonar la literatura. Os podéis imaginar que traté de convencerle por todos los medios para que la terminara (¡yo *necesitaba* leerla!). No fue tarea fácil, pero lo conseguí y llegamos a un acuerdo: yo sería su *controller*. Cada noche, David tenía que mandarme un *email* con la última frase que hubiera escrito ese día y con el número de palabras que llevaba. A veces le dejaba cierto margen, pero, si pasaban varios días y yo no recibía el tan esperado *email*, le escribía para recordarle que tenía que seguir.

Y él avanzaba. Así pasó el tiempo hasta que David terminó la novela que ahora tienes entre manos.

Aunque en este caso no he sido su correctora, he esquivado todos los baches y he logrado ser parte de *La casa de los cien escalones*, donde David va un paso más allá e introduce elementos sobrenaturales que a mí me han desvelado más de una noche. El terror psicológico se une aquí de una forma magistral con un terror primario: el miedo a lo desconocido, a aquello que, en teoría, no habita en nuestro mundo.

Tras la experiencia de máxima angustia que viven el escritor Daniel Lonces y su hijo Víctor en *La silla*, aquí el terror se multiplica. Pero ¿son realmente los elementos sobrenaturales los que provocan el miedo en esta novela o son un escalón más? ¿Dónde habita el terror, en la oscuridad o en la mente de algún perturbado?

¿Volverás a mirar hacia atrás en la oscuridad? ¿Te esconderás cuando el Mal aparezca en el espejo donde te miras? ¿Subirás los cien escalones o huirás con la esperanza de que «lo otro» desaparezca? En definitiva, ¿te dejarás atrapar por el terror más primitivo? O, peor aún, ¿te encontrarás de frente con un perturbado que ansía ver cada detalle de la agónica muerte que te brindará con un ansia desbordada?

Bienvenidos al terror deconstruido.

INTRODUCCIÓN

Martín

El niño mira el móvil y tuerce el gesto. Cierra los ojos unos segundos: es como si le hubieran pellizcado, pero no tuviera claro dónde. Imbéciles. Se asegura de salir de su cuenta de correo (que no la vea Paula, es una cotilla) y apaga el teléfono. Mira a su alrededor: nadie le ha visto usarlo, bien. Se lo mete en el bolsillo trasero con movimientos cansados. Le asoma medio móvil, estos trastos cada vez son más grandes. Se apoya contra la pared de la casa y deja que le dé el sol en la cara. Resbala lentamente hasta quedar sentado en el suelo. El teléfono quiere escapar y se lo recoloca. Si se rompe, su hermana lo mata.

Justo en ese momento aparece ella como un huracán. Es lo que menos necesita ahora.

—Mamá dice que, si hace bueno, mañana, cuando papá regrese, podremos ir a la playa —anuncia entusiasmada. Y lo remata con una revueltilla de bailarina beoda y una sonrisa de dientes perfectos.

—Pues qué bien.

Paula es muy intuitiva y enseguida capta el estado de su hermano. Resulta

más que evidente. Ese gesto no se le escapa, es como el de mamá cuando recibe una mala noticia. Ambos arrugan la nariz igual.

—¿Ya estamos otra vez?

Martín no responde, apenas ladea un poco la cabeza. La chica sabe que no le sacará nada, algo también muy de su madre. Se asoma al interior de la casa como un espía en prácticas y, al no ver a nadie, le pregunta a su hermano:

—Bueno, ¿has acabado con mi móvil?

Martín se las arregla para elevar un poco el culo y sacárselo del bolsillo. Se lo tiende renuente sin levantarse. Jolines, el temita del teléfono le cabrea, su hermana tiene solo dos años más que él y ya puede tener móvil. A él, con diez años, todavía no se lo permiten y tiene que pedírselo a esa tontaina para llamar a escondidas o entrar en sus redes sociales. Uy, por favor, que no se enteren sus padres de que lo usa. Ni siquiera puede tener su propia cuenta de WhatsApp. Le han dicho que el año que viene igual hereda el móvil de su padre. ¡El año que viene! ¡Y el móvil-patata de su padre! ¡Venga ya!

Ella mira el teléfono como un inspector de aduanas. Tiene una funda de dibujitos de unicornios, que es lo que le da nombre. Martín lo despellejaría si pudiera, es horrible.

—Está bien, el movilcornio está bien —dice el chico, indignado—. Solo he mirado el correo.

Le fastidia que su hermana siempre lo revise como si él hubiera podido cagarse encima. Además, el uso del teléfono es una baza que ella juega en cuanto puede, y la aprovecha, la muy petarda. Empieza a estar más que harto.

La chica mira a su hermano mientras guarda el movilcornio en un bolsillo de sus pantalones cortos, la telilla asoma un poco por debajo, junto a su muslo. Martín le da un poco de pena, jo.

—¿Cómo estás? —Hay cariño en su tono.

—Estoy bien. —Martín agita una mano sin fuerza—. ¿A ti qué más te da?

Ella no se rinde. Como dijo una vez Martín: Paula puede ser pesada hasta la extinción. Y su padre se echó a reír diciendo: «Lo has clavao, qué razón

tienes, pesada hasta la extinción, ja, ja, ja».

—Va, dime, ¿otra vez esos idiotas?

—Nah, no es nada. —Resulta obvio que miente.

—Marty…

—Que me dejes, que no me pasa nada. —Se levanta y hace amago de marcharse, pero no tiene adónde ir. Ni siquiera conoce bien los alrededores de la casa rural en la que sus padres le han secuestrado.

—Vale, chico, vale. Uuuy, cómo se pone el señorito. Lo que no sé es por qué te dejo mi teléfono. —Y *mi* sonó en cursiva.

Ambos se miran unos instantes y, al final, ella le dedica una sonrisa ligera como un besito de buenas noches. En el fondo, el chico lo agradece. Su hermana suele ser una gilipichi, pero a veces es bueno tenerla. Aunque nunca lo admitiría ante un tribunal.

—Voy adentro, ¿vienes? Mamá está preparando la merienda y Tralalá está a ver si pilla algo. —Y se le ocurre de repente—: Ah. Ostras. Me voy a probar el biquini, que no me lo pongo desde el verano pasado. Sí.

Martín niega con desgana. Y el huracán Paula desaparece en el interior de la casa. Vuelve el silencio.

El chico da unos pasos sin destino. No hay muchos sitios a los que ir. Ni siquiera Tralalá quiere pasear, desde que han llegado se ha limitado a dormitar en su colchoneta, dentro de la casa. A Martín todo esto le parece un aburrimiento. No le han dejado llevarse la consola. «Son unas minivacaciones en la naturaleza», dijo su padre. Vaya mierda. Además, su padre se ha tenido que ir y ni siquiera está con ellos en la casa. Solo hay naranjos por todos lados y el pueblo está bastante lejos. No tienen ni bicis. «No me voy a gastar un pastón en uno de esos soportes para llevarlas, Martín, no te pongas pesado; total, son solo cinco días», y su solución mágica era que podían dedicarse a pasear y a hacer visitas culturales. E «incluso podremos acercarnos a Gandía, si hace sol». Por él podría diluviar, vaya aburrimiento.

Vuelve a pensar en esos idiotas, tampoco hay mucho más que pueda hacer, porque, ya sabes, no tiene móvil, ni bici, ni consola. Y se siente mal, en unos

pocos días tendrá que volver a clase. Le gustaría poder ojear el grupo de WhatsApp «Martín es un comemierda»; se lo enseñaron en el recreo para chincharle y vio que había cantidad de mensajes a los que él no tenía acceso, porque, joder, no tenía móvil. Solo pudo leer una o dos entradas y se mordió el labio inferior para no llorar. Cuando los imbéciles se percataron de su cara enrojecida se rieron todavía más y canturrearon «Martín comemierda, Martín comemierda». No, no quería volver a clase. Y tampoco quería estar allí, en esa casa desconocida e incómoda. Solo quería tumbarse en su cama, en su habitación, rodeado de sus cosas, que su madre le diera un besito, le remetiera bien la ropa, y dormir. Dormir mucho. Sin sueños.

Querría no estar.

Cuando la vio se asustó. Al principio, pensó que era una especie de animal enrollado sobre sí mismo. Estaba en la copa de uno de los pinos de la linde del jardincillo, a unos ocho o diez metros. Era una masa oscura y voluminosa. Prestó atención y llegó a apreciar algunos detalles aterradores. Los movimientos innaturales, como espasmos de músculos inexistentes. Las articulaciones retorcidas. Lo que podrían ser dedos sarmentosos.

¡Joder!

Entró corriendo en la casa. Gritaba como un niño pequeño.

—Pero, pero ¿qué escándalo es este? ¿Qué pasa? ¿Te has caído? —Su madre siempre al rescate.

Martín respiraba excitado. Le costó dar forma a sus palabras. Y cuando lo explicó supo que no lo estaba haciendo nada bien. A veces le costaba expresar sus ideas, como si no pudiera moldearlas para que expresaran lo que veía en su cerebro. Y en este caso resultaba excepcionalmente complicado. Tras comenzar varias descripciones fallidas, les habló del árbol, de lo que se movía, y no se le ocurrió otra cosa que recordarles un programa de *Got Talent* que habían visto no hacía mucho, en el que una mujer se contorsionaba hasta meterse en una caja ridículamente pequeña. Vale, no tenía mucho que ver con lo que le había asustado, pero a Martín le parecía la analogía más precisa. Era algo así, pero sin caja.

A Paula le pareció gracioso, ella quería ver lo que había fuera.

Y, sin pensárselo dos veces, Paula, en biquini, salió dando saltos y doblando los brazos hacia atrás todo lo que podía, como la chica de la tele. Su madre la siguió y se acercó a un árbol. No era el árbol que él había visto, el suyo estaba un poco más allá. El chico las miraba desde el marco de la puerta. Su madre, como la ayudante de un mago en una fiesta infantil, le demostró que en el árbol no había nada y le dijo que no se asustara, que seguramente habría sido la sombra de alguna rama.

—Pero sal, Martín, ven y verás que no hay nada raro.

Agitó las ramas más bajas y voló un poco de polvo. El pino no era muy alto y estaba bastante despeluchado, probablemente por estar cerca del caminillo de entrada.

Martín se negó y se limitó a mirarlas desde la jamba, dispuesto a cerrar la puerta a la mínima, e incluso dejar a su hermana y a su madre fuera si era preciso. Paula también le animaba a salir, aunque de aquellas maneras: encogía el cuello, torcía la cabeza hacia un lado y levantaba una pierna como un flamenco. Dio unos saltitos cortos para no caerse. Había dado un buen estirón y el biquini le quedaba bastante pequeño.

—No seas tonto, tonto. —Ya no le enviaba su sonrisita cálida, incluso parecía que estuviera disfrutando de su ridículo—. Tonto.

Dolía un poco. Sí, a veces era una gilipichi. Y ni siquiera estaban en el árbol correcto, era el de más atrás. Aunque Martín ya se había fijado y ahora no se apreciaba nada entre sus ramas.

Pero daba igual, que le esperaran sentadas, él no pensaba salir. Le sorprendió que Tralalá ni siquiera se hubiera asomado, no solía perderse ninguna movida. Estaría durmiendo.

Cuando ambas comenzaron a regresar a la casa, Martín creyó ver una extremidad raquítica desapareciendo tras los matojos detrás de ellas, como un fallo de montaje en una película vieja: ahora se ve, ahora hay un corte y ya no se ve. Fue un movimiento demasiado rápido, quizás inexistente. Contuvo la respiración. Eran ramas, como decía su madre; seguro, eran ramas. No fue capaz de decir nada. Al pasar junto a él, Paula doblaba sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Así estaba la mujer?

Martín refunfuñó, estaba demasiado ofuscado como para enfadarse.

En cuanto entraron, cerró la puerta tras ellas y se encaminó con pasos rápidos hacia su cuarto, a ver si Tralalá estaba de humor para dejarse abrazar.

En el bolsillo de sus vaqueros estaba el diente que había encontrado al poco de llegar, pero ya lo había olvidado.

Gracias a Dios, cuando pasó por delante de la puerta de la cocina no miró hacia lo alto de los armarios.

Corte de montaje…

Ahora ya no se ve.

PRIMERA PARTE

LOS EMAILS

1

Daniel

Llamadme jodido cabrón, si queréis. Supongo que es eso lo que soy. Pero, bueno, a estas alturas ya no importa lo que yo sea o deje de ser. ¿Verdad?

Me pregunto si ahora Sara olerá las lilas. ¿Notará su aroma? ¿Viajará entre ellas?

Ya nunca lo sabré. Sí, un jodido cabrón, vale, puede que lo sea. Puede. O también puede que le haya hecho un gran favor, ¿no? Oh, vamos. ¿Cuánto tiempo llevaba Sara pensando en esto? ¿De verdad creéis que tengo algo que ver? ¿Que tengo la más mínima responsabilidad?

Por favor... Sus historias apestaban. La mansión, el pueblo, sus abuelos. Dios, todo era puro melodrama.

Los primeros *emails* eran moderados y casi resultaba agradable escribirse con ella (parecía simpática y no paraba de halagarme, algo que siempre se agradece). Pero, a medida que me ofrecía más datos de su triste historia, comenzó a saturarme. Sonaba a culebrón venezolano desatado. En ocasiones podía ver el brusco *zoom* acercándose a su rostro mientras la música sonaba:

cham, cham, chaaammm… «Oh, Luis Alfredo Remigio, no me jales el dulse, vos sos mi papito».

Primero media docenita de mensajes más o menos normales («Me encantó tu libro *La mente del muerto.* Describes muy bien los momentos de tensión. Háblame de ti. Yo también escribo, ¿sabes? ¿Cuáles son tus próximos proyectos? ¿Podría enviarte algo mío para que me dieras tu opinión? Si me paso por tu ciudad, podríamos quedar, y bla, bla, bla»), y en uno de ellos lo soltó con total naturalidad. Una simple frase: «No me arrepiento de mis dos intentos de suicidio». Hala, ahí queda eso, como el idiota que dice «He encargado un par de libros en Amazon».

Bueno, la cosa venía más o menos a cuento, porque me explicaba que había superado un catarro y que se encontraba un poco floja de ánimo, aunque nada preocupante, y que «no me arrepiento de mis dos intentos de suicidio», pero que de momento quería seguir viviendo. «Oh, Luis Alfredo Remigio, este mundo es muy duro para una linda campesinita como yo, que se cae a latas»...

Entendedme, esas palabras me convirtieron a mí en un insecto volador y a ella en un potente foco. Bzzz, bzzz. A revolotear a su alrededor. Era una fuente de información de primera. No solo era una posibilidad de ligue; remota, sí, pero factible (confieso mi debilidad por las depresivas: son góticas vestidas de personas normales), sino que la tipa tenía tendencias autodestructivas y había intentado liquidarse un par de veces. Vale, documentación al alcance de la mano. Aunque no parecía muy lista: dos veces sin lograr el éxito, mecachisss…

Pero podría servirme. Yo no estoy demasiado creativo desde el incidente; apenas he podido escribir algo, y llevo un tiempo queriendo escribir sobre el suicidio, un tema que me llama especialmente la atención desde hace más de tres años. Así que, casi sin querer, había encontrado la manera más simple de documentarme. Quería conocer qué se siente justo antes de intentar suicidarse, qué pasa por la cabeza de un suicida en el preciso momento de intentarlo. ¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Distanciamiento? ¿Odio? ¿Nervios? ¿Culpabilidad? ¿Frialdad? La estrategia era sencilla: darle carrete, fingir que

me interesaba su vida y esperar a ver qué me contaba.

Bufff, la cosa fue larga y tediosa. Tenía que demostrarle cierto cariño, disimular mi verdadero interés. No podía decirle directamente: «Oye, anda, dime, tú que llevas dos intentos, ¿en qué piensas cuando te estás matando?». Es un tema sensible.

Creo que puede ser ilustrativo que comente sus *emails* frase por frase. Será divertido. Siempre le decía que escribía muy bien: «Oh, Sarita, apuntas maneras, tus escritos tienen fuerza, las ideas son muy originales, se ve, sin duda, que tienes madera de narradora». Esto demuestra mi valía como escritor de ficción. Desde el principio siempre me dio un poco de pena; quería ser amable con ella, en el fondo tengo un corazón de oro.

Mis comentarios, más que condescendencia, eran mentiras de las gordas. El concepto de mentira piadosa se sobrepasó tanto que dio una vuelta completa y se convirtió en piedad mentirosa. Porque, la verdad, la prosa de la chica era un desastre. A estas alturas ya podemos ser sinceros, ¿no?

Va, empecemos con la deconstrucción de sus mensajes. Copypasteo fragmentos de sus correos:

> ¿Cosas sobre mí? Pues tendrías para otro de tus libros, seguro, jajajaja, pero empezaré por el principio y ya te lo iré contando por capítulos.

Una amenaza que cumplió de forma exhaustiva *email* tras *email*. Pero puede que yo no sea el único en esta historia con intereses ocultos, ¿eh? Que ella también iba a lo suyo. A saber:

1) A ligotear un poquillo con el escritor famosete; ay, seguro que se ponía un poco cachonda, que estas cosas tienen su puntito excitante. Hombre, no soy Pérez Reverte (gracias a Dios), pero me gané cierto prestigio hace unos años y se me conocía en el ambiente editorial. *La mente del muerto* y su secuela *La muerte de la mente* todavía se siguen vendiendo. Supongo que se sintió importante al ser una especie de *groupie* literaria. Aunque, ahora que lo pienso, puede que eso sea lo más bajo que exista. *Groupie*. De un escritor. Pero confieso que a mí me molaba. Una fan desenfrenada, genial.

2) A buscar halagos y cariño en alguien que, aun viviendo a un montón de kilómetros, la escucha y atiende. Es algo tierno y romántico. Qué bonito; en las relaciones epistolares es sencillo conseguir que el otro esté pendiente de ti, que responda a tus mensajes. Cada *email* contestado es un besito en la mejilla, una indiscutible muestra de afecto. Es todo tan dulce... que al final puede llegar a empalagar.

3) A conseguir que leyera sus relatos de vampiros trasnochados salidos de la peor secuela de *Crepúsculo* (sus vampiros no relucían, sino que vibraban en frecuencias armónicas. Algo que no se le ocurrió ni siquiera a J. K. Rowling para sus estudiantes de magia). Y logró que le dijera que estaban muy bien, tía; que eran increíbles (y era verdad: no podía creerlo, lo juro). Cómo molan, tía. Literatura juvenil de la buena, tía. Jo, tía sigue escribiendo que llegarás muy lejos. En mi descargo podéis preguntar a cualquier hombre y os confirmará que siempre es mejor decirle a una mujer aquello que quiere oír. Por si acaso. Eso de decirle que escribe como el culo no es buena idea. Cualquier escritorzuelo autopublicado en Amazon le daba mil vueltas. Incluso algún mono tecleando al azar. Aunque normalmente cueste distinguir entre estos dos últimos conceptos.

4) A convertirnos en amigos íntimos, con la intensidad que da el trato por *email* (porque ya se sabe que en Internet nadie miente y los amigos son para toda la vida). Estas relaciones son tan maravillosas, tan proclives a revelar emociones y secretitos... Nos convertimos en los «mejores» amigos. BFFs. Y ¿quién sabe si quizás, algún día, podríamos llegar a algo más? Hombre, yo lo de quedar no lo acababa de ver, la verdad, pero… la vida da muchas vueltas y hace extraños compañeros de cama. El caso es que me contó su vida por menos de nada:

> Me crie en el huerto en el que trabajaban y vivian mis abuelos, no se muy bien el motivo, pero mis padres nunca estaban. No se comportaron como buenos padres y desde un principio terminé allí. Pase toda mi infancia sola, ya que era un huerto muy apartado y no habia otros niños de mi edad lo cual hizo que mi imaginación volara pronto y me imaginara mil historias que vivir y jugar. A mi

> abuelo no le caia muy bien, no se el motivo, supongo que era una especie de estorbo (ya que me dejó mi madre allí) y, aunque yo intentaba no molestar y pasar el maximo tiempo sola, siempre notaba miradas desaprobadoras.

Oh, el melodrama empieza genial, en unas pocas líneas ya me había ganado para su causa. Sensacional: niñita inocente abandonada por sus padres y condenada a vivir con los abuelos (que no la quieren) en una granja apartada de la civilización. Mira, como Heidi, más o menos. Vale, no ponía una tilde ni por equivocación y las comas escaseaban (a partir de ahora lo voy a corregir, será más agradable para todos). La redacción era floja a más no poder (cambiaré también algunas cositas ¿ok?), pero, joder, el inicio prometía. Vale, la construcción de las frases era la propia de un estudiante de primaria (que nunca hubiera asistido a clase), pero el arte del melodrama subyacía en esos párrafos.

> Iba poco a la escuela, tenía que ir andando y quedaba lejos; aun así, me levantaba temprano para salvar a los peces. Mi abuelo, entre otros trabajos, regaba los inmensos campos de naranjos. El agua salía de un pozo que terminaba en una balsa. Cuando soltaba el agua de la balsa, los peces se quedaban agitándose en el barro. Yo iba a cogerlos con un cubo de agua para que no murieran y devolverlos al pozo, así una y otra vez. Los pobrecillos boqueaban mientras se asfixiaban y juraría que me miraban pidiendo ayuda. Cuando a mi abuelo le tuvieron que cortar una pierna, debimos dejar el huerto y vivir en una casa alquilada del pueblo. Por entonces yo tendría unos quince años, y ¿sabes lo que más me dolió? Pensar que yo ya no estaría allí para salvar a los peces. Eso me quitó el sueño mucho tiempo. Imaginaba sus bocas abriéndose y cerrándose, su mirada vidriosa. Puede parecerte una tontería, con la cantidad de gente que muere de hambre. Pero para mí no era ninguna tontería: eran mis peces.

Un momento, no sé por qué se me acaba de antojar un bocata de anchoas. Ahora vuelvo.

Vale, ya. ¿Así que iba poco al colegio porque estaba lejos? Vamos, anda.

¿En su pueblo la escolarización no era obligatoria? Aunque viendo cómo escribía, es fácil creerla. Pero la imagen de la niñita andando sola por el inexistente arcén de la carretera comarcal, sacudida por el viento y la nieve, refugiándose entre las solapas de un abrigo raído, mientras lleva el hatillo de libros a la espalda, es preciosa. Joder, Sarita se me estaba ganando con cada mensaje.

¿Y qué decir de la anécdota de los peces? Eso daría para un relato, incluso le podría dar un toque lovecraftiano con algún pez abisal saliendo del pozo.

Y, por si fuera poco, ¡a su abuelo le tuvieron que cortar una pierna! Supongo que en mi relato se la podría zampar el pez primigenio. Si es que la chica me inspiraba...

Yo seguí respondiendo a sus *emails* con palabras cariñosas, dándole cancha. A ver si conseguía más detalles. Copio otro de sus trocitos:

> Para mí, mis dos intentos de suicidio no son ninguna vergüenza, no tenía ganas de seguir viviendo y opté por esa solución. Estamos de paso por esta vida, nadie vivirá eternamente, cada cual puede dejarla cuando le dé la gana, yo eso nunca lo criticaré. Para mí no es más fuerte el que se queda luchando que el que decide marcharse. Todas las opciones son válidas.
>
> Ya te iré contando más cosas de mí, mi afición a los libros, al ocultismo, a buscar fósiles...

Joder, me dejó con la miel en los labios, ¿y los detalles? ¿Cómo lo intentó? Venga, esos datos…

De momento, yo ya tenía el diagnóstico provisional: gafapasta vocacional, magufa de pueblo y rarita como ella sola. Pero seguía tratándola con cariño, esa era la estrategia.

En los siguientes mensajes me empezó a hablar de ella, dándome detalles que, confieso, no me importaban en absoluto. Vale, le encanta leer y tiene una colección de novelas de terror apabullante (mucho mejor que la mía, de la que yo había estado muy orgulloso hasta ese momento). Muy bien, pero era aburrida y reiterativa. Y eso que se esmeraba al contarme su historia.

Tengo cuarenta y tres años. Me casé a los veinte con un alcohólico. Nunca hemos tenido hijos, mi marido siempre dice que el universo es sabio y que evita que yo me reproduzca, para eso ya están las ratas. He pasado por muchas cosas: malos tratos, insultos, amenazas… y aun así nunca le he dejado, siempre he luchado para que se curara. Hipotequé el piso para pagarle el ingreso en dos clínicas en un par de etapas muy malas que tuvo, pero nunca he pensado en dejarlo. Solo es un enfermo y he luchado por él cada segundo de mi vida. Hoy por hoy, no es que esté curado (después de tantos años, el cerebro queda afectado y siempre hay recaídas), pero hay temporadas en las que está bastante mejor.

No soy una persona débil (por si lo piensas de mis intentos de suicidio), he luchado cada día por todo. Nunca me he rendido, me han cortado la luz, no he tenido para comer, pero yo sabía que todo eso era pasajero. Siempre llegan tiempos mejores, solo hay que aguantar los malos.

Mi afición a la lectura viene de mi infancia. El huerto donde vivíamos no era nuestro; mi abuelo solo era el cuidador de la hacienda, los amos eran de Valencia capital. Había una casona desvencijada que usaban como trastero, allí los amos guardaban los muebles viejos y otros cacharros. En una ocasión dejaron varias novelas, entre ellas un desgastado ejemplar de Drácula. Mi abuelo no me dejaba sacar los libros de allí («Son de los amos, ni pensar en llevártelos»), así que tenía que leerlos en la misma caseta. Me resultaba muy agradable; rodeada de viejos muebles amontonados y sentada en un sillón antiguo, leyendo como toda una señorona.

Me aficioné a la lectura ocultista por culpa de la madre de mi abuela. Afirmaba ver muertos sentados encima del armario de su habitación. Es una historia que he escuchado cientos de veces, y toda mi familia la ha confirmado. Así que, gracias a ella, me interesé por las cosas del más allá.

El caso es que, con el tiempo, me tocó a mí dormir en la habitación en la que estaba el armario donde mi bisa veía muertos sentados. Y ahí me tenías todas las noches a partir de las doce, mirando por si aparecía alguno, jaja. Y, claro, nunca los vi. Me dio pena.

No sé cómo se las arreglaba, pero lograba deprimirme. Ya sé que la mayoría de las cosas que me contaba eran cuentecillos de escritora aficionada, pero aun así conseguía afectarme. Detrás de sus escritos se

percibía un alma triste, quizá tan solitaria como la que describía. Por eso no la mandé a paseo en cuanto vi que la cosa se alargaba y que no iba a llevar a ninguna parte. Por esa sensibilidad a flor de piel que lograba transmitir, esa tristeza rayana en la resignación. Esos mensajes contradictorios propios de una bipolar: ahora me suicido dos veces, ahora lucho por mi marido porque sé que llegarán tiempos mejores.

Podía imaginarla en su casa de ese pueblucho, sí, con un marido medio alcoholizado, sí, en plena crisis de los cuarenta, convertida en una mujer que se marchita a pasos agigantados y que ve a su pasado alejarse junto con su juventud. Una mujer que apenas ha conseguido nada en la vida. Era una mota de polvo, flotando sin sentido, barrida por corrientes ajenas a ella. Sin rumbo ni posibilidad de pervivencia.

Y pasa las horas sumergida en libracos de terror, entre páginas repletas de monstruos y sueños marchitos. Entre mundos todavía peores que ese en el que le ha tocado vivir. Y eso, de alguna manera, la reconforta. Su marido alcohólico no es tan malo como el psicópata de turno. Sus problemas con las facturas no son tan graves como los de la damisela que corre por el pantano perseguida por sabuesos infernales. Y así, Sara se escapa de este mundo horrible, en el que tiene tan mala suerte que ni siquiera es capaz de ver a los muertos sentados sobre el armario de su bisabuela.

Y sigue leyendo y sigue queriendo escapar de su mundo, refugiándose en pesadillas. Distanciándose de la realidad.

Yo comencé a esperar sus mensajes con más ganas. En realidad, su prosa desnuda era mejor que muchas de las novelas que se publican hoy en día. Sonaba sincera, aunque me costaba creer que todos esos dramas pudieran converger en una sola persona. Lo único que Sara tenía eran sus libros, amontonados en su pequeño piso del pueblo, como un Diógenes de monstruos. Gastándose el dinero que no tenía en historias que le proporcionaban unas pocas horas de escape.

> Me gustan los libros y el tema del ocultismo, sobre todo el que se practicaba en la Edad Media; sus fórmulas, sus signos y sus sociedades secretas, cuando

se pensaba que, haciendo determinados ritos en la fecha y hora adecuadas, funcionaban. No creo que todo sea mentira; tuvo que haber personas a las que les funcionara: nadie inventa algo tan complicado para nada, ni se mantiene vivo durante tanto tiempo si no funciona. A mí me gusta practicar la magia que los druidas llamaban «de la naturaleza», es sencilla y se puede ejercer sin conocimientos de fórmulas ni nada parecido.

Por ejemplo: escribe en un papel tu nombre y alguna referencia personal que te describa solo a ti. Busca un árbol que te guste y entierra el papel en un hoyo profundo cerca del tronco. Se supone que tú estarás bien, mientras el árbol siga creciendo.

Y si quieres hacer un ramo de flores o hierbas, antes pídele permiso a la naturaleza. Las flores, una vez las cortes, morirán; así que pide permiso, que su muerte no sea para nada. Es una tontería, pero hace que uno se sienta mejor. Y si pasas por algún charco y ves una abeja dentro, sácala con un palo; nadie debe morir de forma cruel si podemos evitarlo.

Papelitos con el nombre de uno enterrados al pie de un árbol. Vaya, pues no parece que a ella le funcionen muy bien. Por lo visto le iba de puto culo. La tía no tenía ni pizca de magia, eh. Debería probar con cartulinas, a ver si es que el papelito no es lo suficientemente grande.

Druidas, cabalistas, hechizos, rituales… se confirma: la tal Sara está como una cabra. Todas esas cosas son estupideces. Una especie de religión de baratillo que permite que las almas pacatas crean en la trascendencia. La madre Gaia, la naturaleza protectora. Por favor, si del planeta Tierra dependiera, seguro que acabaría con el virus que somos los humanos. Bueno, de hecho, creo que ya está en ello.

Probablemente, tanto libro de terror, tanta soledad, tanta miseria, la estaban afectando y se estaba convirtiendo en una beata de la cábala…

Con cada nuevo mail lograba que la viera más real, más cercana. Y más humana, con todos sus defectos (unos cuantos) y exageraciones. Con todas sus estupideces y sus comentarios tan bobos. Llegaba a sentirla cerca. Podía imaginarla bajo la luz de la luna enterrando papelitos e invocando a la madre naturaleza. Esa misma naturaleza que dejaba a sus peces fuera del

agua, la misma que acababa con las abejas en los charcos.

Cuéntame más cosas, le solicitaba; casi como un votante que le pide más promesas a un político. Con cierta esperanza, pero sabiendo que no servirá para nada.

2

Tralalá

Tralalá era una perrita samoyedo de casi dos años. Era preciosa, completamente blanca, y parecía una lobita adorable. De cachorrito era un auténtico peluche y todo el mundo quería abrazarla, ahora ya pesaba unos quince kilos, pero seguía siendo igual de achuchable.

Martín y Paula le hacían mil perrerías, y ella se implicaba gustosa, era un cielo. Le encantaba jugar y comer chucherías de perro. Si le lanzabas una pelota de tenis, ya te la habías ganado y no dejaba de traértela para que se la volvieras a arrojar. Con los palos era distinto, porque, en lugar de traerlos, se alejaba para que no se los quitaras, los mordisqueaba y se los comía hasta que se le atravesaban en la garganta y vomitaba.

Cuando el coche paró en la entrada de la casa rural, todos descendieron aliviados. El viaje había sido largo y habían tenido que ir a un bar a recoger las llaves porque la propietaria no podía dárselas en persona. Paula dio unos saltitos como para recolocarse las extremidades y Martín inspeccionó la fachada, que parecía bastante más fea que en la foto de Internet. Tralalá se apresuró a hacer pis en la linde del caminito y se dedicó a olisquear

entusiasmada los alrededores.

—No te vayas, eh. De aquí no puedes salir, ¿vale? —Martín señaló la entrada a la finca.

Tralalá no le hizo mucho caso, tenía demasiados estímulos, pero, bueno, seguro que no se alejaba, siempre quería estar con ellos. La perra reconoció el jardincito mientras los cuatro miembros de la familia se dedicaban a descargar los numerosos bultos. Alberto siempre decía que su mujer llevaba equipaje para sortear cualquier imprevisto, desde una nueva glaciación hasta la ola de calor más agobiante. Cubría cualquier opción del cambio climático. El maletero era grande, pero apenas cabían todas las bolsas. Además, habían metido bastante comida porque estaban en régimen de solo alojamiento y Sofía no pensaba gastar de más en un supermercado de esos de las gasolineras que abren los festivos, pudiendo llevarse las cosas de casa. Durante el viaje, los dos hermanos tuvieron que compartir el asiento trasero con Tralalá y un par de neveras de camping repletas de comida, que la perrita usó como colchoneta.

Lo primero que Martín hizo fue encender la tele. Le pareció pequeña y vio que había canales cutres en los que «hablaban raro». Ni siquiera se podía ver Netflix, confiaba en que su padre pudiera conectar el ordenador o hacer uno de sus trucos tecnológicos. Pero finalmente no pudo. La tele era del año de la polca y no tenía entrada HDMI, si quería ver sus series tendría que usar la tablet, siempre y cuando la conexión wifi se lo permitiera, que fue que no.

—¿Quieres dejar la tele y ayudar a tu hermana a entrar las bolsas, por favor? Ya tendrás tiempo para eso.

Los primeros minutos fueron de ajetreo y traslados. Bolsas, cajas, la colchoneta de Tralalá, un par de maletas… Eh, la comida hay que meterla cuanto antes en el frigorífico, ¿no huele un poco raro?

Las habitaciones parecían algo oscuras, pero estaban bien equipadas y se veían bastante limpias. Y las ventanas eran muy extrañas, de madera, en lugar de aluminio. Martín nunca había visto ventanas así, con una persiana de tiras finas que se enrollaba sobre sí misma tirando de una cuerda central. Paula expresó su temor de pasar por lo mismo que una compañera de clase,

que en un hotelucho de Londres pillaron chinches y tuvieron que tirar toda la ropa. Su madre le pidió que no dijera tonterías, Paula, por favor. Pero no pudo evitar rascarse cuando pasó junto a la cama.

Mientras tanto, la perra se dedicó a inspeccionar el jardincillo. No era muy grande, solo tenía unos cuantos metros de extensión y rodeaba la casa, hasta unos setos mal podados que marcaban los límites. En la parte de atrás había una barbacoa de obra, pero estaba clausurada por orden municipal porque podía suponer un peligro de incendio. La propietaria les había dicho que, si la usaban, nadie se enteraría, bastaba con quitar el precinto (un panel mal encajado, con un cartel de prohibido su uso) y volverlo a poner. Las numerosas cenizas acumuladas indicaban que alguien con anterioridad ya había hecho caso omiso del cartel.

Tralalá circunvaló el edificio y cuando volvió a encontrarse con el coche pareció sorprenderse, había dado toda la vuelta a la casa. Todo un bucle espaciotemporal para ella. Había muchos olores: el del coche, los naranjos de la zona, el hombre, algún conejo, incluso el olor de la propia casa. Pero había algo más, un aroma tan intenso que casi resultaba molesto, como a flores, pero sin que pudiera ubicarlo. Eso no le hacía gracia, estaba por todas partes. Nunca antes lo había olido.

Sus amos continuaban con el trasiego, pero ya estaban acabando. Uno de los árboles llamó su atención. Sabía que los perros macho solían usarlos para orinar, pero allí solo percibió el aroma floral, como el de la ropa de su dueña cuando la sacaba de la lavadora. Olisqueó el suelo. Sí, allí había algo. Comenzó a escarbar. No se le daba muy bien, porque siempre había vivido en un piso, y no había muchos lugares para ello, solo tenía instinto en vez de práctica; cuando intentaba hacerlo en los cojines del sofá, le gritaban y le decían esas palabras que no le gustaban: «¡Noo, eh!». Pero ahora lo hizo con ganas.

Martín y Paula no acababan de ponerse de acuerdo con qué habitación era la de cada uno y estaban a punto de enzarzarse una vez más. Finalmente, el chico cedió, bah, en realidad, las dos eran una mierda, le daba igual, y tampoco tenía tantas ganas de chinchar a su hermana. Su madre lo

interpretó como un signo de madurez y felicitó a Martín; le dio a cada uno su maleta. Hala, ya eran mayorcitos para organizarse sus cosas, sobre todo Paula, que últimamente iba de superseñoritinga y no paraban de discutir por la ropa que quería ponerse.

La cisterna del váter se atascaba y había que subir la palanquita con el dedo. Y Martín descubrió consternado que los juegos de los que se hablaba en la web de alquiler de la casa rural consistían en una baraja, un cuatro en raya, un Operación sin pilas, un Civilization y un Trivial Pursuit de cine (que se le daba peor que el normal).

No pintaba muy bien la cosa. Martín salió al jardín, el parque infantil de la parte de atrás consistía en una casita de plástico para bebés y un minitobogán tamaño Fisher Price que él casi podía saltar por encima, el armazón del columpio estaba solitario, habían quitado el columpio «para prevenir accidentes», les había dicho la dueña. Martín comenzó a desilusionarse, aunque nunca había estado muy ilusionado con ese viaje; era cosa de sus padres. Ya quería volver a casa.

Buscó a Tralalá, y la encontró en la parte delantera.

—¿Qué comes, tonta? ¿Ya estás con algún palo?

La perrita le miró sin dejar de masticar, algo oscuro asomaba de su boca. Martín sabía lo que tenía que hacer; se acercó, la sujetó por el collar y le abrió la mandíbula. Tralalá jamás les había lanzado un mordisco, retrocedió un poco para oponer algo de resistencia, como era su obligación, pero Martín no la dejó escapar. Tralalá era tonta y comía mierdas variadas que le sentaban mal.

—¿Qué es esto? —Miró el trapito—. Eres una marrana, Traly. Siempre comiendo porquerías.

El objeto parecía un diminuto hatillo y estaba empapado de babas. Con cierto asco, Martín lo estudió. Ya estaba acostumbrado a las babas de la perra. Limpió un poco el barrillo de la superficie. Tralalá le saltó encima para intentar recuperarlo, era suyo, lo había desenterrado de debajo del árbol.

—Quieta, Traly, no saltes. —Puso el codo de por medio.

El paquetito estaba atado con una cinta sucia y dedujo que no podía llevar mucho tiempo entre la tierra porque no estaba muy deteriorado. Martín apartó a la perra con la pierna. Podía ser tan pesada como Paula. No fue fácil abrirlo, la cinta estaba pegoteada. Martín no era precisamente el rey de la precisión y Tralalá seguía queriendo meter la cabeza, así que pegó un tirón de los laterales, como cuando abría un paquete de patatas fritas y algunas salían disparadas, y su madre le gritaba y él las recogía y se las comía. Del hatillo saltó una piedra mate, algo que podría ser una flor seca y un papelito plegado en cuatro y pegoteado. Tralalá lo había mascado bien.

El niño estaba intrigado. Vaya, esto era lo único interesante de esa casa aburrida. Desplegó la nota como pudo, con la inocente esperanza de que se tratara de una especie de mapa del tesoro o, en su defecto, un código para descargar algún videojuego. El papel se rasgaba, pero con la precisión de un cirujano con Parkinson logró desplegar la mitad. Pudo captar unas palabras caligrafiadas.

No se podía leer muy bien y la parte de abajo era irrecuperable. Pero creyó leer «La muert_ te encont_á __oche_» y unas pocas palabras más.

Uff, ¿qué era eso? ¿Qué quería decir? ¿Era una amenaza?

—Papá —llamó. Eso lo tenía que ver su padre.

Pero entonces Tralalá pegó un salto y recuperó lo suyo de un bocado, eso sí, sin tocarle los dedos. Era una buena perrita, cabezota, pero buena. Martín le gritó e hizo ademán de atraparla por el collar, pero la perra retrocedió con movimientos bruscos, le esquivó y masticó el papel sin dejar de mirarle, como diciendo, «Chis, esta mierda es mía y me la como porque es lo que me apetece hacer».

—Trae, trae. Dámelo.

El hombre estaba escondido fuera, era muy fácil camuflarse. Los setos resultaban perfectos, incluso a plena luz del día. Observó al niño intentar abrir la boca de la perra y recuperar el papel. Sonrió.

Él sabía lo que ponía: «La muerte te encontrará de noche, no hace falta que la busques de día».

Martín lo dio por perdido. Antes la tela había protegido el papel, pero

ahora solo consiguió jirones empapados echados a perder. Mierda.

Vaya por Dios, una cosa interesante y Traly se la traga. Martín se alejó un poco de Tralalá para examinar el resto del contenido con más tranquilidad y sin saltos perrunos. Sin saberlo, se había acercado al hombre que le observaba desde fuera. El niño prestó atención a las flores secas, solo tres o cuatro pétalos unidos. La piedrecita tenía una textura extraña. Entonces se dio cuenta, ostras, no era una piedra, era una muela. Sí, seguro, las había visto en el libro de Ciencias y en los carteles de la pared del dentista. Puaj. La dejó caer.

El hombre estuvo a punto de echarse a reír. Tralalá quiso recuperar lo suyo, pero el niño le metió un buen empujón y le gritó. Una cosa era que se tragara papeles con mensajes misteriosos, y otra que se comiera una muela o vete tú a saber qué. Marrana, más que marrana. Cogió la pieza para que ella no acabara zampándosela.

El hombre sintió el dolor una vez más y supo que tenía que moverse. Rodeó la verja de la casa; seguía estando fuera de la propiedad, de ese modo, en el caso de que le descubrieran nadie podría decirle nada. Buscó un buen lugar para ver la ventana del dormitorio de los padres, estaba a unos cuantos metros y había que pillar el ángulo entre los árboles para poder ver algo, tampoco mucho, la verdad, pero eso calmó su dolor. Parecía que la pareja estuviera discutiendo, aunque no se oía nada y no podía asegurarlo porque no dejaban de salir de su ángulo de visión.

Mostró una sonrisa de dientes cariados. No sabían lo que les esperaba.

La muerte te encontrará de noche.

Metió uno de sus sucios dedos en la boca y movió ligeramente una de sus muelas, bailaba un poco. Pero ya no le dolía, al contrario; la sensación resultaba agradable. Su dentadura le diría lo que tenía que hacer.

3

Sara

Lo reconozco, cada vez que recibía uno de sus *emails* me alegraba. A ver qué nuevas historias me contaba. A ti también te pica la curiosidad, ¿verdad? Sigamos:

> Quería haberte escrito antes, pero mi marido tuvo una nueva recaída y está bastante mal. No tenía ánimos de nada.
>
> Hoy, que tengo un poco más de tiempo, te relataré algo más sobre mí y lo que conocí de pequeña. El huerto donde vivía estaba apartado y por entonces no había luces en aquel camino (creo que ahora tampoco las hay). La casa era muy sencilla: dos plantas y una gran chimenea abajo, en donde hacíamos la vida. Una parte daba a la carretera y otra, a los campos. Los campos sí eran hermosos y extensos. Al final estaba la montaña.
>
> Había otros huertos y otros campos, pero eran todo uno; las parcelas solían estar delimitadas por pequeños barrancos y cañizos. Y una de esas parcelas, tal vez mi preferida por cercana y hermosa, era la casa de los cien escalones. Dicen que una vez sí tuvo esos cien escalones, pero cuando yo la conocí tenía solo una treintena. Es muy hermosa (aún existe); la veo todos los días desde

mi terraza, ya que me compré el piso para poder seguir viendo los campos que antaño sentí como míos. Está muy arriba, prácticamente en la cima de la montaña, y los campos le quedan debajo. Es como un castillo, toda blanca, menos la parte de la torreta que es de pizarra roja. Y cuentan que, hace muchos años, allí vivió una familia que no se relacionaba con nadie y que los escalones eran para que la gente no se atreviera a subir y molestarlos. No sé si eso será verdad, pero mi abuela me contó lo mismo.

Yo conocí a la otra generación, la que vivía allí cuando yo era pequeña. Mi abuela solía ir a visitarlos. Recuerdo que fue la primera vez en mi vida que vi un piano y a una señora tocarlo. Nunca pasé del salón, pero debía de ser una casa hermosa, al menos el salón lo era, no como el nuestro con sillas de cáñamo y esparto. Allí había muebles de calidad, como los que dejaban los señoritos en la caseta cuando se los cambiaban, pero nuevos.

Lo más bonito era su jardín, coronado por un árbol del que salían unas flores blancas y grandes con forma de campana, y las violetas. Prácticamente todo el suelo en marzo se cubría de violetas olorosas, yo solía pillar un ramillete pequeño para mi habitación (en aquellos tiempos todavía no les pedía permiso a las flores, ahora me arrepiento). Cuando miraba desde la ventana y veía la casa, me parecía un lugar encantado.

Mi abuela y la dueña eran amigas, o algo parecido. Nunca supe si se conocieron de pequeñas o si fue una amistad casual, pertenecían a mundos diferentes. Ella era una señora elegante y siempre la recuerdo muy bien vestida, con trajes floreados en verano y aterciopelados en invierno. Mi abuela, en cambio, vestía de forma muy sencilla, jersey y falda, casi siempre de colores oscuros. Solía llevarle algún trozo de bizcocho que horneaba, pero nunca la vi con una taza o un vaso en la mano. Solo salían al jardín a tomar el sol y hablaban de sus cosas. A mí me gustaba aquella casa, sobre todo en la época de las violetas. ¿Has olido alguna vez un jardín con cientos y cientos de violetas? Ese perfume es inolvidable, te llega hasta dentro; si llegaras a olerlo, te transportaría a otro mundo. No hay perfume igual.

No había ningún crío de mi edad, así que me entretenía sola, paseando por sus campos y buscando siempre alguna maravilla escondida. En cambio sí había una chica joven, pero era retrasada y siempre estaba al lado de la señora (supongo que sería su hija) y de allí no se movía. Yo, en verano, cuando íbamos al atardecer y ya estaban abiertas las flores de los dondiegos,

le hacía un collar de flores con una aguja e hilo, y ella se lo ponía muy contenta. Tenía que ir hasta el barranco, donde nos decían que no nos acercáramos. Allí crecían los dondiegos con flores amarillas y blancas (los rosados y rojos salían en la vera del camino), pero no me importaba hacerlo, el collar quedaba más bonito. Solo le duraba esa tarde, y al día siguiente, si iba, tenía que hacerle otro, pues las flores ya se habían marchitado.

Y ante este texto, solo se me ocurre una importante pregunta: ¿Qué cojones es un dondiego? Va, ahora en serio. No había críos y paseaba sola, sin embargo había una chica y estaba con ella. ¿Y ni siquiera sabe si era hija de la mujer de esa «casa de los cien escalones»? Venga, Sara, aclárate. ¿Y su abuela era amiga de ella o no? Hay muchas incoherencias, esto no es un relato bien planificado, debería esforzarse más.

La cosa ya comenzaba a hacerse aburrida. Así que dejé de darle tanta cancha y pasé a ser un poco más directo. En mis correos le preguntaba ya sin cortarme por detallitos sobre sus intentos de suicidio. Ya estaba harto de divagaciones: Heidi, Clara, el abuelito, las lilas y los ritos de magia. Bueno, por fin logré algo…

Vale, como quieras, pero te advierto de que es algo triste, aunque, ¿quién sabe? Igual un día te sirve para algún relato.

Ya te conté que intenté suicidarme hace unos años.

Estaba mal y no soportaba más esta vida, eso es verdad. Pero, en realidad, deseaba marcharme a aquel lugar donde una vez fui feliz. Yo estoy convencida de que algunas personas llegan a amar tanto un lugar que, cuando mueren, pueden regresar allí. Cuando decidí colgarme pensé en hacerlo en el huerto, entrar por el barranco y ahorcarme en la rama más alta de un árbol, pero no tenía fuerzas para caminar tanto y lo hice en el cuarto de baño.

Quería morir y marcharme al campo de violetas para siempre, pensé que daba igual dónde muriera, iría allí de todas formas. Lo que te voy a contar no se lo he dicho a nadie, pero cuando me puse la cuerda de tender en el cuello y dejé caer la silla (y antes de que mi hermana me descolgara y me llevaran al hospital donde estuve varios días en coma) olí las violetas. Te lo juro. Entonces estábamos en marzo, cuando están en plena floración.

Lo más probable es que lo imaginara cuando perdí el conocimiento, pero yo llegué a percibir el olor del campo, del aire y las flores. Era maravilloso, completamente liberador. Era como si yo misma me hubiera convertido en la brisa que sacude los árboles, en el aire que agita las flores y las hace bailar una canción lenta. Como si estuviera rodeada de polen invisible y moléculas de aroma. En el poco tiempo en que mi cuerpo colgó sobre la ducha, yo viajé sobre esos campos, mis campos.

El suicidio no es una decisión, es una salida hacia el descanso. No se llega a eso por pasar una temporada mala. Es un cúmulo de muchos días malos y tristes en los que dejas de ser feliz en todos los aspectos de la vida. No ves nada ni encuentras ningún motivo por el que seguir viviendo. Se instala en tu mente la idea de que no puede haber nada peor que lo que estás viviendo. Haya lo que haya después de la muerte, no puede ser peor que vivir.

Yo no pensé en nada, quise marcharme y buscar en otra parte la felicidad que en este mundo me era negada. Se piensa en el fin, solo en el fin. El suicidio es tremendamente egoísta, solo piensas en ti, en marcharte para siempre. ¿Es suficiente el deseo de querer irse?, te preguntarás. Pues sí. Lo suficiente para olvidar a la familia, olvidar que eres joven, lo olvidas todo, solo es una puerta que acabas de abrir y que quieres traspasar para dejar todo atrás.

Vale, bien. Y vaya, por Dios, ¿de dónde ha salido su hermana? Al menos me había proporcionado algunas frases aprovechables. Pero esa información me sabía a poco, quería algo más. Sabía que la segunda vez lo había intentado con pastillas, pero que la encontraron a tiempo (¿su hermana de nuevo?) y la sometieron a un lavado de estómago. De todas formas, lo que yo buscaba era algo más. Estaba claro que Sara era víctima de una depresión y que su cabecita no rulaba demasiado bien. Pero lo que yo buscaba era la emoción que se sentía en el preciso momento de hacer caer la silla en el baño, de introducir el puñado de pastillas en la boca. A ver si insistiendo un poco...

Me has preguntado ya unas cuantas veces cómo puedo soportar vivir con mi marido y hoy te lo voy a contar: leyendo, querido amigo, lo puedo soportar

leyendo.

Después de cada grito, de los insultos (que poco le importaba que los vecinos oyeran, el hecho de que supieran que para él yo era una puta parecía complacerle), de que él se hiciera grande, gigante, mientras yo empequeñecía y desaparecía en las sombras. Después del portazo que daba al marcharse. Yo abría un libro y comenzaba a leer.

Me perdía entre mundos alejados. Lugares reales o imaginarios, repletos de personajes buscando días mejores, campos inmensos donde se podía comenzar una nueva vida.

Pero él regresaba apestando a alcohol, y el día se volvía a nublar y mis fantasías se esfumaban. Y yo retornaba a esa realidad en la que era castigada por no sé qué pecados.

Me dolía salir a la calle y contemplar otras parejas y, sobre todo, otras mujeres, y me preguntaba qué hacía yo mal, esa cuestión me torturó durante mucho tiempo. Porque él con los demás era simpático y agradable; no sé qué había en mí para que su carácter cambiara. Me pregunto qué veía en mi rostro cuando le suplicaba que parara y solo me respondía con su odio y su rabia.

Todavía revivo algunos momentos. Cuando mi marido junta alcohol, cocaína y pastillas se descontrola por completo. Lo he visto cortarse los brazos con cuchillas de afeitar y luego pasarse por las heridas un mechero encendido. Oh, esos alaridos los tengo dentro del cerebro. Los gritos reales no suenan como los de las películas. Son mucho más desgarradores. Al escucharlos, tu alma vibra y se desmorona.

O cuando me cogió del cuello y con un cuchillo me cortó el pelo mientras me llamaba puta. Te podría contar tantas cosas...

Bueno, pues ya está. A lo mejor hasta podría aprovechar algo del alcoholismo de su marido, siempre queda bien un toque contra la violencia de género, y más si presento el libro a algún concurso. Pero me di cuenta de que ya no podría rascar más.

Entonces decidí ser proactivo. O un jodido cabrón, que dirían otros.

Me dediqué a animar a Sara al suicidio, al principio muy veladamente: esta vida es una mierda, no vale nada, yo también había pensado alguna vez en suicidarme. Después del incidente me amputaron una mano y los dos pies.

Esto es una mierda.

Luego, un poco más descaradamente: se estaría bien en tu campo de lilas, seguro que podrías vivir allí eternamente. ¿Para qué sufrir más? La muerte es buena.

Y ya por último, a lo bestia: ¿por qué no lo intentas una vez más? Sería bonito. Podrías ir al caserón ese de los cien escalones, seguro que no te resulta difícil colarte por algún hueco. Buscar la sala en la que se encontraba el piano. Allí podrías abrirte las venas y esperar a que los campos de violetas te llamasen. Podrías volar sobre ellos, sentirte eterna y feliz. Incluso podrías llevarte el móvil y escribirme contándome cómo te sientes.

Estooo, si te cortas las venas, hazlo bien, de arriba abajo y con varios cortes, nada de un cortecito a lo ancho, no suele funcionar. Y convendría que te tomaras algún calmante para quedarte dormida mientras te desangras. Lo ideal sería hacerlo estando sumergida, pero supongo que eso es más complicado. No digo que lo hagas, eh, solo lo comento como dato curioso. Somos amigos, te aprecio y solo quiero lo mejor para ti.

Bien, en mi defensa he de decir que nunca creí que Sara me fuese a hacer caso. También se lo decía un poco por malmeter, me gusta incordiar de vez en cuando. Pero, vaya... la chica era influenciable.

Ya no recibí muchos más *emails* suyos.

4

Dientes

El dolor, el jodido dolor que hace enloquecer. No puedo soportarlo. Es imposible.

Salgo de la cama y doy un corto paseo por la casa, no sé qué hacer ni a dónde ir. En la cocina, bebo un vaso de agua, pero solo sirve para empeorar las cosas. Doy un buen trago de una botella de vino y mantengo el líquido en la boca. No sirve de nada.

El dolor se extiende por toda mi cabeza, ya no sé ni dónde se origina. Me duelen la mandíbula, el oído y la nuca. Todo es una masa palpitante de dolor. Me las arreglo para empujar el vaso con la botella y hacerlo caer de la encimera, explota en miles de pedacitos. Espero que Joan no se haya despertado; cuanto menos sepa de mis cosas, mejor.

Miro por la ventana. Es muy tarde, más de las dos y media, y el pueblo está completamente dormido. Me duele tanto que saltaría por la ventana, aunque estando en un primer piso no serviría más que para romperme una pierna. Claro, también podría saltar de cabeza, pero descarto la idea, yo jamás me suicidaría, no soy un cobarde, como otras. Dirijo la vista hacia el

armario del dormitorio con el corazón encogido. Nada.

Me pregunto qué puedo hacer, ninguna pastilla ha servido de nada. Quizá salir a la calle, no hace mala noche, bastaría con una cazadora para dar un paseo. El dolor remite un poco. Gracias a Dios. Me siento en la cama, a ver si se calma un poco más y puedo volver a dormir. Pero de nuevo explota en mi boca y se extiende con zarcillos de fuego. Es un dolor nervioso y violento. Enloquecedor.

Vale, vale, me está diciendo lo que debo hacer. Nada de volver a la cama. El paseo parece que es lo adecuado. Me visto de cualquier manera, aunque la muela me ha indicado que escoja ropa negra. Mientras lo he hecho, apenas he sentido molestias. ¿Un paseo? Dolor. ¿Coger la furgoneta? Calma.

La furgoneta, tengo que coger la furgo. ¿Para ir a la casa rural? Calma.

Perfecto. Ya sé lo que tengo que hacer. De repente me siento mucho mejor, el dolor de muelas casi ha desaparecido por completo, ahora solo es un rumor apenas audible. Volveré una vez más a la casa rural, parece que es lo que quiere. Ya había estado ese mediodía, cuando la familia llegó. Y la tarde anterior. En la casa rural siempre encuentro diversión. Me gusta ir allí, observar a los que se hospedan y tramar historias oscuras. Lo cierto es que en este pueblo no hay muchos más sitios a los que ir.

Pero antes de ir a por mi vieja furgoneta, aparcada prácticamente en la puerta del bar, la muela me indica con un pinchazo que tengo que hacer algunas cosillas; se ha convertido en una especie de nuevo sentido. Como la ecolocalización de los murciélagos, pero en lugar de funcionar con ultrasonidos, lo hace con microdolores. La ausencia de dolor me encamina hacia la nevera, no tengo hambre, pero cojo un paquete pequeño de salchichas de Frankfurt y me lo meto en el bolsillo, tampoco había muchas más cosas. Y, si voy a ir a la casa rural, debería coger, por si acaso, la copia de las llaves de Josefa que hice sin que se enterara, ¿no? No dolor. Eso es lo que debo hacer, sí.

Ya lo pillo, esto es un poco como el juego de frío y caliente.

Cuando el dolor me lo aconseja, cojo la furgoneta y salgo a las calles desnudas. Parece que ya estoy mejor, ni la más ligera molestia. ¿Y si regreso

a casa? El pinchazo es enorme, me veo obligado a frenar para no salirme de la calzada. Vale, vale, a la casa rural. No hay dolor. La ruta de la ausencia de dolor es como en esos videojuegos en los que un resplandor te indica cuál es el camino que debes seguir. Cada vez me resulta más fácil saber qué es lo que tengo que hacer, equivocarme supone regresar a ese dolor nervioso y cegador.

Llego en unos pocos minutos. Andando son casi veinte. Me acerco muy despacio y con las luces apagadas. La casa está muy aislada y pueden darse cuenta de mi llegada si no voy con cuidado.

Me siento contento. Ya no hay ni rastro de ese dolor punzante, me obligo a dejar de tararear la cancioncilla que estaba cantando sin darme cuenta. Dejo el coche en el camino de acceso y recorro andando los últimos metros. Las piedrecillas del camino crujen a cada paso, pero no hay peligro de que lo oigan. Algunos grillos frotan sus alas.

La verja no tiene puerta, en realidad la malla metálica solo está allí para delimitar el espacio entre los naranjales y la parcela. Así que en plena noche me planto ante la casa. «Casa rural La marquesa» dice la plaquita en la entrada. Ja. Dos estrellas. Ja. Como si no hubiera estado aquí, jugando de crío.

Hay algo que me sorprende. No veo el coche. Qué raro. ¿Se han marchado? Sería muy extraño, han llegado este mismo mediodía, los vi llegar y dejar el coche junto a la puerta. Pero resulta evidente, el coche no está. A lo mejor han tenido que salir, puede que uno de los dos chicos haya enfermado y hayan tenido que ir al médico.

Un pinchacito en la muela me indica que estoy equivocado.

Bueno, la muela me ha recordado que cogiera las llaves antes de salir, qué previsora, podría entrar a echar un vistazo. No dolor, calma total. Genial, es lo que debo hacer. En realidad, es lo que quiero hacer.

5

Sara

¿Quieres saber cómo acabó la historia de Sara? Ya no falta mucho, tranquilo. Estos son algunos fragmentos de varios de sus últimos *emails*:

> Tienes razón en todo lo que dices. Aquí salieron días primaverales y ya brotaron las primeras flores. A mí esto siempre me ha llamado la atención, es como un pequeño milagro: todo lo que estaba dormido despierta de nuevo. Supongo que yo también podría dejar de dormir y despertar a una nueva vida. Estos días mi marido estuvo un poco mal, y yo salí a dar una vuelta por los montes cercanos. Recogí jacintos y un pequeño mineral. Cuando regresé, mi marido, por lo visto, había querido ir al baño y se había caído en el pasillo. Como no puedo levantarlo lo arrastré hasta la habitación.
>
> En fin, nada nuevo por aquí, sigue teniendo recaídas, volveremos al psicólogo. Le dieron una baja que se termina en noviembre de este año y seguramente no se la renovarán, ya que la Seguridad Social está bastante mal y muchos médicos no tratan el alcoholismo como una enfermedad. Y ya me dirás quién lo contratará así.
>
> Pocas novedades: vamos esta semana al hospital de la Fe, donde pincharán a mi marido en el cuello la toxina botulínica, ya que el alcohol le tocó el sistema nervioso y hace años que tiene una distonía cervical severa, con movimientos

incontrolados. Le diré al médico que me haga un informe para que el tribunal no nos quite la baja. Ya te digo que procuro no pensar, yo limpiando casas solo gano para malcomer, si no le dieran la baja sería un desastre.

Hola de nuevo: aquí las cosas mal, mi marido empeoró y lleva varios días marchándose de casa y regresando mal, pensaba que con todos estos años ya debería estar habituada, pero mentiría si dijera que es así. No me acostumbro y a veces no sé cuánto más aguantaré.

Cada día se me hace más cuesta arriba. Pero es cierto lo que dices: sería sencillo dejarse llevar. Escapar.

Joder, Sarita, lamento mucho tus condiciones. De verdad que no sé cómo aguantas. Va, venga, ¿por qué no haces algo al respecto? Esta situación no te lleva a ninguna parte. ¿Para qué prolongarla? Ten valor. Hazlo. Acaba de una vez. No vale la pena seguir en este valle de lágrimas. Vete una tarde que tengas tiempo y nadie te vaya a echar en falta, o una mañana, yo qué sé, cuando tengas tiempo. Vete a esa casa y hazlo. Échale huevos. Tu campo será tuyo de verdad.

Pero acuérdate de llevarte el móvil y escribirme un mensaje, contándome cómo te sientes, qué estás experimentando, todo bien detallado. Cómo te encuentras a medida que la sangre escapa de tu cuerpo. Sabes que te quiero y que te echaré en falta, pero esto será una especie de comunión, un sacrificio mutuo: tú te irás y yo me quedaré sin ti. Compartiremos lo que muy pocas personas han compartido. Podrás alcanzar la eternidad y describir cómo es. Y yo podría escribir una novela sobre ti y explicárselo todo al mundo. Trascenderías, darías sentido a tu existencia. Y acabarías con todo el dolor que te atenaza. De verdad, Sarita, plantéatelo en serio. Te lo digo como amigo.

Ya está, Daniel. Hace un día estupendo. He cruzado los campos e incluso me he acercado al barranco y he construido con dondiegos un collar que ahora rodea mi cuello. Por supuesto he pedido permiso a la Madre Naturaleza antes de arrancarlas, no quiero morir con flores ofendidas colgando de mi cuello.

Antes de salir me he metido un par de Orfidales, ya estoy medio inmunizada, son muchas las noches que he tenido que tomarlos para dormir, pero me siento tranquila y relajada. Decidida también.

He instalado en el móvil la aplicación esa que me dijiste: la que permite planificar los envíos de mensajes. Así que no estoy escribiendo esto, sino hablando. Ya me dijiste que luego tendrás que poner tú los signos de puntuación y arreglarás un poco mis frases, no sé si lograré ser muy coherente. Pero, bueno, tú eres el escritor, haz que quede bonito.

Y luego esto que estoy diciendo se convertirá en texto y se enviará automáticamente a tu correo, con la demora que yo ya le he marcado. Espero que funcione, ya te he dicho que esto de las aplicaciones no lo controlo muy bien. Lo he programado para que te llegue el mensaje dentro de tres horas. Supongo que es más que suficiente para acabar con todo. Así que, cuando tú recibas esto, yo ya estaré muerta. Estar muerta, suena raro, como si no tuviera demasiado significado. Como esas palabras que las repites muchas veces y al final pierden el sentido. Estar muerta. Pero no me suena mal, ya casi es como una esperanza, como terminar un viaje que se ha hecho pesado. Tengo ganas de llegar a mi destino. No estoy asustada, no estoy nerviosa, no estoy feliz. Me siento un poco vacía, como al día siguiente de tener un virus estomacal.

Bueno, te cuento lo que he hecho hasta ahora: colarme en el huerto y acceder a la casa no ha resultado difícil; en algunos trozos de la parcela solo hay un cañizo bastante
endeble, al cruzarlo me he hecho un rasguño en un brazo con una caña. He pensado que esa herida ya nunca se curará, que me acompañará siempre. He rozado el pequeño corte con la yema del dedo, me salían unas gotitas de sangre, y he visto un anticipo de lo que va a pasar. No he sentido miedo, creo que la naturaleza me anima a hacerlo, ella es la que ha empezado a rasgar mi piel, pronto yo le daré lo que pide.

He ascendido los cien escalones (o los que quedan), algunos están desgastados y la tierra se ha acumulado en ellos hasta convertir algunos trozos en casi una rampa. He subido despacio, como la joven virgen que se acerca al altar del sacrificio, saboreando los rayos del sol (los últimos que me acariciarán ya por siempre), pero sin titubear. A cada paso que daba sentía que retrocedía en el tiempo, que volvía a ser esa niña que se maravillaba con

todo lo que descubría. Volvía atrás y casi podía ver a mi abuela al lado, acompañándome a la mansión de los señores poderosos. Pronto podré tomar su mano. Refugiarme junto a ella, al fuego del hogar.

He paseado despacio por el camino de acceso y he hecho una parada en el jardín ante ese gran árbol de flores blancas. He hablado con él, solo unos minutos, y le he hecho una ofrenda, ya te contaré.

Y luego le he devuelto la mirada a la casa.

Colarme en el interior ha resultado un poco más complicado. En la puerta principal hay un candado, no sé quién lo pondría, supongo que los herederos para evitar que entren vándalos u okupas, aunque por esta zona nunca viene nadie, ni los del pueblo ni los forasteros, la casa está lejos de todo y no muy bien comunicada.

Las ventanas de abajo están selladas con paneles, pero no me ha resultado complicado desgajar uno de ellos con un palo grueso. No hay barrotes, en aquellos tiempos los
poderosos no tenían que proteger sus mansiones como ahora; eran respetados e incluso temidos. Los plebeyos no les molestábamos. Entrar por la ventana ha sido un poco más complejo, no soy muy alta, y casi no podía alzarme hasta el alféizar. He tenido que usar un tronco cortado para izarme. Cuando he empujado, la hoja de la ventana se ha desplazado hacia dentro con algunos crujidos como de animalito dormido.

El caso es que he entrado con algo de sobrealiento. Afuera hacía calor, pero dentro de la mansión hacía bastante más fresco y todo estaba oscuro. Mis ojos han tardado un poco en acostumbrarse a las sombras; antes de que lo hicieran he podido ver el piano, las grandes mecedoras de anea que la señora de la casa y mi abuela utilizaban cuando salían al jardín, e incluso la casa de muñecas de la hija. Luego, cuando mis ojos se han habituado por fin a la oscuridad, ya no había nada de esto, solo se trataba de mis recuerdos que habían tomado cuerpo durante unos instantes, pero te aseguro que eran muy reales. Estoy segura de que si me hubiera acercado al piano inexistente hubiera podido pulsar una de sus teclas y hubiera sonado.

En realidad, solo hay polvo. Los muebles han desaparecido, claro. Huele a rancio y a humedad, cuando en tiempos pasados se percibía el perfume de la chica, y olía al té que preparaba la señora y a los ramos de flores que decoraban todas las mesitas en jarrones de porcelana.

Me he sentido un poco mal. Decepcionada, como encontrarse con una antigua amiga a la que hace mucho que no ves y comprobar que su rostro tiene arrugas que no esperabas. Esto no es lo que yo recordaba. Morir aquí no resulta nada romántico. No puedo evitar sentirme un poco como uno de los amigotes borrachos de mi marido, que viven en casas abandonadas, entre escombros y basura.

Pero he cerrado los ojos y me he esforzado en volver a ver todo tal y como fue cuando yo era pequeña. No me ha costado mucho.

Convertida en una niña, me he dirigido hacia las enormes escaleras que parten del medio del salón. La lujosa baranda todavía se conserva bien, los gruesos barrotes hablan del potencial económico de la familia. He jugado a ser una dama de la alta sociedad regresando a sus aposentos.

Nunca había estado en la planta alta. Aquí ya hay mucha más luz porque las ventanas de este piso no las han cegado. Y el ambiente es muy distinto, más luminoso y alegre, como si mi amiga pudiera salir de su cuarto en cualquier momento y reclamar para ella el collar de flores que ahora decora mi cuello. Yo se lo hubiera dado sin dudar. Y también un fuerte abrazo. En ese reencuentro no vería arrugas inesperadas. Ella estaría igual, con esos ojos achinados y la mirada desorientada, con los vestidos con vuelo y la cinta recogiendo su melena.

Nunca visité su habitación, pero el instinto me ha llevado a la que era, estoy segura. En las paredes todavía se aprecian las siluetas polvorientas de algunos objetos, podía imaginar allí un retrato; en la pared de enfrente, un espejo en el que ella se miraba mientras se peinaba; la sombra de una mesa; los visillos movidos por el viento que se colaba por la ventana... Qué pena que ya no estén los muebles, me hubiera encantado sentarme en su cama y botar un poco para comprobar la blandura del colchón de lana y de un antiguo somier de alambres trenzados.

Pero no. Todo eso solo estaba en mi mente: la realidad es más pobre. Como yo misma.

Me he sentado en el suelo, en una esquina, donde he imaginado que ella se pondría a jugar con sus tacitas de porcelana y su casa de muñecas. He sacado el móvil del bolsillo. Y el cúter que me aconsejaste que comprara. Es profesional, del que usan los carpinteros; es verdad, nada que ver con esos pingos de plástico que venden en los bazares chinos.

He dirigido la vista a la ventana. Desde este ángulo solo se ve el cielo. Está muy azul y sin embargo es uno de esos días en los que puede verse la luna, es como un espejismo inesperado.

Le he sonreído con pesar. Ella, cómplice, me ha devuelto la sonrisa débilmente mientras guarda nuestro secreto entre su brillo.

Y también me he sentido cansada. Es la misma sensación que cuando vamos al médico a Valencia y, después de tanto rato, el autobús llega a la estación: cansancio por el viaje, y alegría de llegar.

He cogido el móvil y he abierto tu aplicación mágica, espero que funcione; si no, todo esto se perderá. La he probado antes junto al árbol, pero no sé si ha funcionado. Luego he dejado el teléfono a mi lado.

Y aquí estoy, sentada en el suelo de la habitación de una chica de la que no sé nada desde hace décadas, hablándole al móvil, como si fuera un amigo que no contesta. Mirando el cúter.

Siempre me has preguntado que cómo me sentía antes de hacerlo. En otras ocasiones estaba más desesperada, más nerviosa; ahora estoy tranquila, puede que sea por los Orfidales, tuviste una buena idea. No sé con qué compararlo. No se me ocurre nada. Como cuando vas en autobús, con ganas de llegar por muy bonito que sea el viaje, aunque eso ya te lo he dicho, creo.

Tengo un poco de miedo a sentir dolor, el rasguño que me he hecho con la caña todavía escuece, si me tengo que destrozar las muñecas, como me has aconsejado... dolerá. No tengo miedo a la muerte, pero sí al dolor. Saco media docena más de Orfidales y me los tomo. Las pastillas no me matarán, ya me lo dijiste, calculaste que yo tendría que tomar unas quinientas para suicidarme a base de pastillas, algo que yo no me molesté en calcular la otra vez. Ahora ya sé que lo que suelen recetar los médicos apenas es peligroso; supongo que así se han evitado centenares de muertes. Mierda, tenía que haber traído una botellita de agua para pasarlas mejor.

Vuelvo a sonreír, mi pensamiento es deliciosamente absurdo: las pastillas se me hacen bola, como cuando mastico carne barata. Algo que pasa pocas veces, porque no nos llega la pasta ni para eso. Las pastillas tienen un sabor amargo: a vida.

Tomo el cúter, despacio. El tiempo ha desaparecido en esta estancia polvorienta. Miro mis muñecas, son delgadas, ramas quebradizas. Me pregunto por cuál debería empezar. Corro el riesgo de romperme un tendón y perder la

movilidad de una mano (¿ves como me acuerdo de todo lo que me has dicho?), lo cual me impediría cortarme las venas de la otra muñeca. Y sería todo un problema. Joder, no quiero volver a fallar, a la tercera va la vencida, dicen. Una mano u otra. Dilemas…

No me planteo por qué lo hago, no quiero pensar. Solo miro mis muñecas, las venas azuladas que se transparentan débilmente. Zarcillos de la rama.

Escupo, [error de transcripción]. Las pastillas sabían fatal. Es un escupitajo pastoso, como los que a veces me ha dedicado mi marido. Solían ser el paso previo a una patada. Ahora estará en el bar, intentando sablear a sus amigotes o convencerles para que le paguen un coñac. Nah, mejor no pensar en él. Ya le he dado todo; que se quede lo demás. Ahora es el momento de pensar en mí.

Creo que es preferible cortar primero las venas de la muñeca derecha, ¿no? La izquierda es más torpe y si encima empiezo por ella…

Apoyo el cúter sobre mi piel. Lo dejo allí. Dolerá, no quiero que duela. La punta marca una pequeña cavidad entre las venas, la deslizo un poco sin llegar a perforar; marcando el camino. Es un arañazo suave, como el de las escamas de los peces que sacaba del pozo, no del todo desagradable. Deja un caminito blanco, como si la sangre huyera ya ante su presencia. No sé si podré hacerlo.

Creo que las pastillas empiezan a hacer efecto, me siento agotada. Como si la fuerza de la gravedad se hubiera incrementado. Me apetece dejarme llevar, cerrar los ojos y dormir para siempre. Sería tan fácil, tan agradable. Dormir y no despertar.

Pero, si es eso lo que quiero, hay algo que tengo que hacer primero.

Con cuatro movimientos rápidos, zas, zas, zas, me propino otros tantos cortes en la muñeca derecha, zas.

Ya está. Hecho. Ufff. Duele, pero, vaya, no tanto como esperaba; en realidad, escuece. Es llevadero. La sangre comienza a brotar con intensidad, cae sobre mi muslo. Es un manantial continuo. Me he puesto los vaqueros perdidos. Mejor no arrepentirse ahora, ya he echado a perder los pantalones.

Huele a lilas, ¿verdad? Cambio el cúter de mano y me cuesta sujetarlo. Ayy, ahora empieza a doler más. La sangre brota no a chorros como en las películas gore, sino ciñéndose a la piel, configurando un creciente guantelete rojo oscuro.

Oigo los alegres pasos de una chica, está subiendo por las escaleras dando saltitos, vuelve a su habitación. Sabe que le he traído un collar de dondiegos. Quiere jugar un poco, como entonces.

El cúter se resbala, está chorreante de sangre. No es fácil sujetarlo.

Venga, mejor no pensarlo. Me cuesta un poco más. Pero lo hago, aunque no de forma tan rápida. Veo el metal trazar surcos, sembrar la semilla de la muerte en el campo yermo de mi piel. Una vez y otra. Ahora ya solo se ve sangre, pero sigo trazando esas líneas que configuran mi destino. Ya no duele. Ya nada duele.

Tengo ambas muñecas hechas jirones. Da repelús mirarlas, aunque no parecen mías. Son los brazos de otra persona.

[Error de transcripción].

¿Has oído eso? Creo que es mi abuela en la planta baja.

—Sí, abuela, ahora mismo bajaré, espera un poco.

Es la abuela, que me llama. En seguida nos reuniremos.

Oh, mira, he puesto todo perdido. El cúter se me ha caído. Me pesa la cabeza. La apoyo en la pared y dejo caer los brazos a los lados, siento calor en ellos. Los cortes escuecen. Estoy atontada. Son las pastillas, no la pérdida de sangre. Me explicaste que se tarda un buen rato en desangrarse. Oye, Daniel, yo he procurado hacer todo bien, siguiendo tus instrucciones. Me estoy muriendo y sigo hablando para ti. Mira, los cortes son largos y profundos, no se cerrarán, seguro. No quiero fallarte a ti. Sabes que eres muy especial para mí. Quizá mi único amigo sincero. Daniel.

¿Qué dejo atrás?, ¿qué estoy perdiendo? Nada. Solo estoy cruzando una línea, yendo a otro sitio que no puede ser peor que este.

La colcha de la cama es muy bonita, del color de las lilas. El espejo de la pared refleja a mi amiga retrasada. Lleva su vestido de vuelo y la cinta sujetándole el pelo, deberías verla, es preciosa. No se sorprende al verme.

[Error de transcripción].

—Sí, ya sé que me llama, la he oído. Ahora bajaremos las dos, ¿vale?

Me cuesta hablarle, las palabras se atascan en mi garganta. Es como tragar las pastillas de antes, pero al revés. Pero no quiero dejar sus preguntas sin respuesta.

—Ya, lo siento. Bueno, ya lo limpiaremos.

Me pesa la cabeza, me pesan los brazos. Me pesa la vida. El charco en el

que estoy sentada es bastante grande.

Cierro los ojos, pero sigo viendo la habitación, mis párpados son transparentes. Creo que me resbalo hacia el suelo.

No. Me he puesto en pie. Mi amiga ha tomado mi mano y me ha ayudado a levantarme. Se ha manchado el vestido de sangre, pero no parece importarle. Seguro que su madre se enfada por ponernos perdidas. Pero no será nada, al final nos reiremos.

[Error de transcripción]. Escucha, Daniel, es el piano de la planta baja. Suena bien. Es una canción triste.

—Sí, vamos, vamos. Tengo muchas ganas de volver a ver a mi abuela.

[Error de transcripción. Fin del mensaje].

Glubb. Ya está. Lo ha hecho. Jooder, me cuesta creerlo. Se ha suicidado. Hostia puta. Con dos cojones, lo ha hecho. Bien por ella. Me ha dejado un poco flasheado, la verdad. Nunca creí que se atreviera.

En el mensaje que recibí, el texto estaba amontonado, sin puntuar, y repleto de errores de transcripción, supongo que serían ruidos. He arreglado ligeramente el material original, pero he respetado el espíritu de sus palabras lo máximo posible.

Sara se ha suicidado. Y estoy convencido de que es lo mejor que ha podido hacer. No parece haber sufrido. Al final las alucinaciones la han acompañado a un mundo mejor, al menos para ella.

Ahora me siento un poco raro. No culpable, ni feliz, ni indiferente, sino como cuando pasas junto a un accidente de tráfico y llegas a divisar un cuerpo en la cuneta. Con el estómago apretado.

Que conste: si lo ha hecho, ha sido porque ella ha querido, yo solo le he dado algunos consejos, unos pocos comentarios. Llamadme jodido cabrón si queréis, pero no he hecho nada malo.

Bueno, creo que el material puede dar bastante de sí. Ni siquiera hace falta que lo trabaje mucho o lo maquille. Y ahora ya por fin se acabaron sus *emails*, sus divagaciones, sus relatos de vampiros armónicos. Puede que hasta la eche un poco en falta.

En realidad, la que ha salido ganando es ella. Ya no sufrirá más.

Ahora yo daré forma a sus palabras y la haré vivir para siempre en un relato publicado en alguna antología. Bien. Se acabó. Que te vaya bonito, Sara, allá donde estés. Y que tengas más suerte que en esta vida. Adiós para siempre.

SEGUNDA PARTE

LA MUJER

6

Daniel

No puedo creerlo. No puedo. Todo ha acabado. Ya he dado todo por cerrado. Sara ha pasado a mejor vida. Y yo podré recoger su experiencia en un relato. Ya está. Punto final. Pero, sin embargo…

Me siento mareado, no esperaba esto. Yo no soy un tipo influenciable. Y a pesar de dedicarme a escribir novelas y relatos de terror (bueno, al menos lo hacía antes), no creo en ninguna de esas tonterías paranormales. Pero ahora todo ha cambiado. Me temo que las cosas se me han ido de las manos.

De algo estoy seguro. No se ha tratado de un sueño. Joder, ya soy lo suficientemente mayorcito para saber si estoy dormido o no. Ni siquiera estaba borracho o colocado, soy un tipo aburrido. Y ya estoy más que habituado a la medicación que tomo para el dolor de los muñones. El síndrome de los miembros fantasma todavía me afecta de vez en cuando, pero ya lo tengo más que asumido y superado. Sé que lo que pasó ya pasó.

Anoche estaba en la cama, solo. Como siempre desde que Irene murió en ese desgraciado accidente. Intentando encontrar alguna solución para mis graves problemas económicos. La situación no es nada halagüeña. Nadie me

publica y no tengo otra fuente de ingresos más que la ridícula paga de incapacidad. Y el día menos pensado me la quitarán con la desaparición de la ley de dependencia.

Me cuesta mucho dormirme, incluso tomándome un Orfidal. Doy vueltas y vueltas hasta que por fin el sueño se apiada de mí. Llevaba ya un buen rato en la cama y creo que estaba cayendo en el primer sueño cuando oí a Víctor llamarme a voz en grito. No era su típico llanto nocturno (apagado y monótono, como de plañidera), ni el de los mocos acumulados en el pecho (acompañado de toses que acaban produciéndole vómitos).

El chico no lo lleva nada bien; gracias a Dios que mi hermana prácticamente nos ha adoptado a ambos y se preocupa de cuidarnos. No hay día que no venga a casa a echar una mano, traer un táper o rematar una colada. Yo, con mis pies ortopédicos y la prótesis de la mano, ya me defiendo bastante bien, pero hay numerosas acciones que me están vedadas. Me veo muy limitado y sé que hay muchas cosas que ya nunca podré hacer. Quizá ni siquiera pueda volver a escribir, cada vez me cuesta más y me limito a copiar *emails* de chaladas para componer un relato.

—¡Papá, papá! —me llamó Víctor con desesperación, como nunca le había oído. Bueno, quizá solo una vez antes.

Ha crecido mucho, ya no es un bebé desvalido, ahora repite las canciones que le enseñan en la guardería y habla con gran desparpajo. Incluso se medio maneja con mi tablet como un adolescente diminuto. Siento envidia cuando le veo deslizar sus deditos sobre la pantalla, utilizando ambas manos, sin tener muy claro lo que hace, hasta que localiza el acceso directo al juego de los pollos que tanto le gusta. Él me ayuda mucho, en numerosas ocasiones se convierte en mi pequeño recadero, pero a fin de cuentas todavía no ha cumplido los cuatro años.

Cuando le oí, me erguí en la cama inmediatamente. Por supuesto, duermo sin las prótesis, así que no pude saltar al suelo y salir corriendo para ver qué le pasaba, que es lo que cualquier padre normal hubiera hecho. Yo necesito más tiempo. Víctor seguía llorando y llamándome a pleno pulmón.

—Ya voy, hijo, ya voy. Espera un momento.

Saqué primero las piernas y luego el torso. Al principio tendía a desequilibrarme, ahora ya lo tengo más controlado. Con la mano sana me encasqueté lo más rápido que pude la prótesis pequeña: el pie izquierdo. Tenía suficiente práctica para hacerlo con una sola mano, el truco era sustituir las correas por gomas. Por la noche la cómoda parece el escaparate de una ortopedia: un pie, media pierna, una mano, un par de muletas y un andador.

Quería ir a atender al niño lo antes posible. Era evidente que le pasaba algo. Si no, no llamaría con tanta desesperación, porque eso es lo que su tono transmitía: desesperación. Ni siquiera me coloqué la prótesis de muñeca, me apañaría con una sola mano. Apoyándome en la cómoda me puse a la pata coja y cogí la muleta, ese era mi kit básico de desplazamiento. Andar es un proceso lento, lo he perfeccionado con los años, pero aun así se hace eterno si tienes prisa. Y a Víctor le pasaba algo, no me cabía duda, sus gritos eran verdaderamente angustiosos.

Comencé a avanzar hacia su habitación, no podía correr demasiado: era un robot a medio montar. También tenía que tener cuidado de no resbalar o me daría de morros contra el suelo. Muleta, peso del cuerpo, pierna, y repetir. No es fácil avanzar sin perder el equilibrio.

—Víctor, Víctor. ¿Qué pasa, cariño? Ya voy…

No pude evitar sentir una especie de *déjà vu*, como si hubiera retrocedido en el tiempo: el niño me necesitaba y yo intentaba acudir en su auxilio, sin saber qué me encontraría al doblar la esquina ni si sería capaz de ayudarle. Ya había pasado por algo semejante. Ahora haría cualquier cosa para que no se repitiera.

Este piso es pequeño y viejo, con los muebles estropeados y las paredes sucias. No es el chalé en el que vivíamos entonces, todo eso se terminó. Precedido por el traqueteo de la muleta y mi pie ortopédico llegué hasta su cuarto. El niño lloraba con fuerza, escondido bajo las sábanas.

—Víctor, tranquilo, tu papi está aquí.

Me acerqué a su cama y lo único que le pude ofrecer fueron palabras cariñosas. Es lo que tiene no poder abrazarle sin acabar en el suelo…

Víctor asomó la cabecita y con rapidez felina se agarró a mí y trepó hasta quedar firmemente sujeto contra mi pecho. Me sorprendieron su fuerza y su velocidad. Tuve que hacer malabares con la muleta para no caer. El muñón del pie me dolió un poco, el niño pesaba bastante y los kilos adicionales hacían que la pierna que soportaba todo mi peso se resintiera. Daba igual.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué te pasa? ¿Has tenido un mal sueño?

No pude retirarle el flequillo de la frente, secarle el sudor; necesitaba agarrarme a la muleta. Pasé mi barbilla por su mejilla: caricias pobres. Me percaté de que llevaba sus gafas puestas, me extrañó un poco. Se sujetaba con fuerza contra mí y su peso resultaba doloroso, pero le dejé hacer. Seguía llorando, su pecho subía y bajaba violentamente. Respiraba de forma entrecortada.

—Papá, papá… —lloriqueaba entre hipidos.

—Tranquilo, cariño. No pasa nada.

Me senté, o más bien me dejé caer de culo, en su cama para impedir que se resbalara y para aflojar la presión de mi pie. Apretó su cara contra mí, como si quisiera esconderse del mundo.

—Ya está, mi amor. No pasa nada. Ha sido solo un sueño. Ya está.

Hacía unos meses, el niño había pasado por un período de llantos nocturnos sin motivo y le costó un tiempo recuperarse del incidente, pero en pocos meses superó los problemas y se convirtió en un niño normal, con excepción de la pérdida de agudeza visual que le hace llevar gafas.

—Papá, no quiero verla.

—No cariño, no verás a nadie. Tranquilo.

—Vámonos de aquí, papá, vámonos. No quiero verla.

—¿Quieres venir a mi cama? —Nunca le permitía dormir conmigo. Creo que se trata de una mala costumbre que luego cuesta erradicar. Pero, dado su estado de agitación, estaba dispuesto a hacer una excepción. Al menos hasta que se durmiera. Lo malo es que luego no podría hacer como otros padres y llevarlo en brazos a su cama—. ¿A qué te refieres, cariño? ¿Qué es eso que no quieres ver?

Su voz sonó temblorosa, pero clara. Un escalofrío me recorrió. No me

cabía la más mínima duda de lo que había dicho:

—A la mujer que hay encima del armario. ¿Está muerta, papá?

Fue un auténtico mazazo. «La mujer». Mi corazón se detuvo. «Que hay encima del armario». ¿Muerta? Sentí unas repentinas náuseas. El armario estaba justo a mi derecha, un poco atrás. No lo veía. Los pelos de mi nuca se erizaron y me sentí observado. No me atreví a volver la cabeza. La mujer muerta. No pude mirar. Bajé la cabeza. Sentí el sudor de Víctor contra mi frente. Seguía lloriqueando e implorando que lo sacara del cuarto. Me percaté de que temblaba. ¿O era yo?

—Vamos, vamos a mi dormitorio —propuse. Mi voz sonó temblorosa y demasiado baja. Que nadie más me oyera.

Sentía mi cuerpo helado, como si la sangre hubiera dejado de repartir energía. Aterido. Aterrado.

Sabía que no había sido un sueño de Víctor, y que el hecho de que hablara de la muerta sobre el armario (como la que Sara había descrito en sus *emails*) no se trataba de una casualidad, que era más que posible que el cadáver de una mujer se estuviera removiendo ahí encima, vigilándome con ojos enrojecidos. Como en las leyendas familiares de esa loca.

Y siempre he pensado que, desde el incidente, Víctor posee una extraña sensibilidad. Pude imaginarlo tumbado en la cama, con el armario enfrente de él. Despertándose en medio de la noche y divisando una borrosa silueta sobre el mueble; fijando la mirada. Una sombra que se movía. Le vi frunciendo el ceño e intentando enfocar; alargando el brazo hacia la mesilla para coger sus gafas, temeroso de lo que se arrastraba despacio sobre el armario.

Con la ayuda de la muleta me puse en pie. No resultó fácil, Víctor seguía aferrado a mi pecho. Trepó un poco más y se apretó contra mi cuello. Su cuerpecillo palpitante y caliente era reconfortante. Me esforcé en no mirar al armario. No, no quería mirar, no podía hacerlo. No soportaría ver a la mujer encajada en ese estrecho hueco de no más de un par de palmos. La imaginé apretada y desarticulada. No la vi, pero pude sentir sus ojos clavados en mí. No miré, no hubiera resistido ver esa imagen desdibujada, con el pelo lacio y

lleno de sangre, con las muñecas desgarradas en flecos sanguinolentos.

No miré. No me atreví. No quise salir de dudas, hubiera sido fácil echar un vistazo y constatar que allí no había nada, pero... pero... ¿y si lo había? ¿Y si yo también veía ese cuerpo desfigurado y fungoso?

Di unos pocos pasos, despacio, concentrado en mover cada pieza del puzle de mi cuerpo, y rodeé la cama. En ese momento tenía que pasar junto al armario. No había otro camino. Me paré. No miré. Bajé más la cabeza y utilicé mi muñón para sujetar a Víctor con un poco más de firmeza. El niño gimoteó:

—Papá…, la mujer muerta de encima del armario…

Contuve la respiración. Di un paso lento. Cerré los ojos. Estaba justo al lado. Oí un ligero roce acuoso, como barro resbalando o sangre goteando. Temí que unas manos debilitadas por tendones rotos y dobladas de forma antinatural me rozaran e intentasen sujetarme sin fuerza. Y me lancé despavorido hacia la puerta abierta. Muleta, peso del cuerpo, pierna. Repetir. Llegué en un par de zancadas y salimos de la habitación. Al girar, mi pie resbaló y ambos chocamos contra la pared. Víctor emitió un gritito junto a mi oído y me ensordeció, pero no me importó porque así dejé de oír el ominoso goteo proveniente del armario. Logré mantener el equilibrio agitando la muleta como un ala quebrada y me apoyé contra el marco de la puerta. Casi pude sentir el alivio de mi hijo al verse fuera de la habitación.

A paso rápido me dirigí a mi dormitorio: un corto pasillo en penumbra. Entré resoplando, con el corazón latiendo entre mis oídos, y en una rápida revuelta cerré la puerta con un culetazo bastante desmadejado. El portazo no fue muy fuerte, pero el golpe sonó ensordecedor a esas horas de la noche. Como si perturbara descansos que no debiera alterar. Me di cuenta de que estaba temblando. Tomé aire y me acerqué a la cama para dejar que Víctor se descolgara de mi cuello, empezaba a pesar demasiado y ya me dolía todo el cuerpo. El niño hipaba un poco. Como cuando acababa de emitir su súper llanto hipo-huracanado, como si le costara respirar.

Víctor se dejó caer, gateó sobre mi cama y se metió entre las sábanas cerquita de mí. Yo miré el armario de mi dormitorio y respiré aliviado.

Estaba demasiado asustado, si no, hubiera sonreído. No se trataba de un armario normal, era un armario empotrado que llegaba hasta el techo. No había hueco encima. En realidad, el armario no se veía, era como una pared, solo se apreciaban las puertas correderas con los espejos en ellas. Nadie podría ponerse encima. Sentí una fugaz e inadecuada sensación de victoria. Me senté en la cama y procuré calmarme. No podía creerlo, ¿qué había pasado? Miré el bultito del niño entre las sábanas, se agitaba como un cachorro con el sueño inquieto. Víctor me había contagiado todo su terror. Estuve seguro de que había algo horrible. Lo había sentido en lo más profundo de mi ser. Sin la más mínima duda. Había creído que allí había algo. Y mi alma gritaba con todas sus fuerzas que seguía habiéndolo.

Miré a la puerta de la habitación y el terror renació. ¿Y si viene?, ¿y si nos ha seguido? Dios, que no se abra, que no se abra la puerta, que no entre la mujer muerta arrastrándose, dejando sobre las baldosas un rastro de cuajos de sangre. Me acerqué, temeroso, y desplacé una silla echándole el peso de mi cuerpo hasta ponerla delante de la puerta. Escasa defensa, eso no impediría en absoluto que se abriera. No había ningún cerrojo que pudiera trabar ni ninguna otra medida de seguridad. Pero sentía que debía hacer algo. Protegernos como fuera.

Víctor asomaba su cabecita mirando lo que yo hacía.

—Ven, papá. Ven conmigo, porfiporfi —imploró. Él también hablaba bajito.

Me acerqué a la cama y me senté a su lado sin soltar la muleta ni dejar de mirar a la puerta. Se abrazó de nuevo a mí sin llegar a destaparse del todo. Si la puerta se abría, al menos la silla haría ruido y nos enteraríamos. Aunque no podía ni imaginar de qué serviría eso ni qué podría hacer yo a continuación. Miré la ventana que daba al reducido patio de luces: cerrada. Un cuarto piso.

—Papá, ¿va a venir la mujer muerta?

Hubiera dado media vida por tomarle entre mis brazos y acariciar su cabecita, por poder abrazarle con fuerza y consolarle. Siempre he pensado que debí morir hace ya un tiempo. Que ese era mi destino, que todo lo

demás es una prórroga sin sentido. Vivir así no valía la pena. Ni siquiera podía ofrecer el consuelo adecuado a un niño pequeño.

La puerta. No podía dejar de mirarla. Víctor la miraba también.

—No, no creo. No hay ninguna mujer muerta... —La mentira era tan patética que enseguida me arrepentí de haberla dicho—: No, no va a venir. Aquí estamos seguros, cariño.

—Me llamaba con la mano, papá, pero la tenía como caída, así —e hizo un gesto como si tuviera la mano rota. La movió despacio. «Veeen». Aterrador —. Estaba encima del armario.

—Lo sé, lo sé.

No podía soportarlo más. El niño me estaba influenciando de veras, mi imaginación se estaba disparando. Vamos a ver. Nadie va a entrar. No hay ninguna mujer muerta encima de ningún armario. Esto solo es una especie de crisis de histeria colectiva. Yo he influido en Víctor, probablemente de forma subconsciente después de haber leído las historias de esa chalada, y él en mí; nuestros temores se están retroalimentando mutuamente.

Me doy cuenta de que Víctor huele bien, aspiro e intento identificar el aroma. Olisqueo al niño. No, no es Víctor quien huele. Por las mañanas mi hermana le pulveriza un poco de colonia antes de llevarlo a la guardería, nada más. Es el aire. Huele... huele a… Y reconozco el olor. Violetas. No cabe duda. La fragancia es intensa, como si alguien hubiera derramado un frasco de perfume. El olor es agradable, pero tan fuerte que empieza a ser molesto, casi cuesta respirar.

—Así olía antes mi cuarto —dice Víctor como si me estuviera leyendo el pensamiento. Él también lo nota.

Es algo de lo que no me había percatado, pero ahora que lo pienso, creo que es muy probable que el olor haya estado siempre ahí, larvado, resbalando por las paredes. Aunque no cabe duda: ahora se ha incrementado.

La puerta. La silla sigue sin moverse. Gracias a Dios.

Me retrepo en la cama y me apoyo contra el cabecero, mirando a la puerta y la silla. Víctor se abraza de nuevo a mí. Ya respira más tranquilo, sus

hipidos se han espaciado bastante. Me esfuerzo en tranquilizarme yo también. No ha pasado nada. No ha pasado nada. Todo han sido imaginaciones. A fin de cuentas, no he llegado a ver nada.

Pasan los minutos y no ocurre nada, en el exterior la noche transcurre despacio, en silencio. En el interior de la casa no se oye nada. Nada se mueve. Sé que no podré dormir, estoy demasiado excitado, pero, al menos, el temor comienza a remitir. Ni siquiera me quito la prótesis del pie, sé que mañana me dolerá el muñón, pero prefiero dejarla. Tampoco me separo de mi muleta, incluso me veo enarbolándola como un arma.

Algo después, Víctor ya ha caído rendido. Envidio la capacidad de los niños para reponerse de los problemas, ellos enseguida olvidan las cosas desagradables. Yo, muchas noches, todavía sueño con lo que pasó mientras estuve atado a esa silla.

Continúo con la vista fija en la puerta, más relajado. Aspirando el perenne perfume de las violetas. Intento encontrar alguna explicación racional a su procedencia, me digo que puede ser una especie de alucinación olfativa o provenir del patio de luces. Me acomodo un poco mejor contra la cama y Víctor se remueve. Quizá debería soltarme la prótesis. Entonces giro un poco la cabeza para vigilar a mi hijo y mi vista pasa por el espejo de las puertas del armario.

Sacudo la cabeza, sobresaltado. ¿Qué…, qué cojones es eso? No puedo creerlo.

Y me quiero morir.

Ahí, reflejada en el espejo, está la mujer muerta. Se encuentra a mi espalda, sentada, o plegada más bien, sobre la mesilla más alejada. Giro la cabeza con rapidez y la busco. No hay nada. La mesilla está vacía. Lo he imaginado o lo he soñado, he podido quedarme traspuesto.

Soy incapaz incluso de respirar. Con el brazo sano sujeto a Víctor.

No quiero hacerlo, pero giro la cabeza despacio, hacia el espejo, hacia el armario. Muy despacio.

Y veo de nuevo el reflejo de la mujer muerta. Es una sombra oscura con los cabellos caídos y el cuerpo amontonado. Sus ojos emiten una luz

mortecina. Inhalo aire a trompicones y me alejo todo lo que puedo sin caer de la cama, apenas unos centímetros, en realidad. Me las arreglo para que la muleta resbale sobre la cubierta y caiga al suelo. El sonido hace que Víctor dé un respingo, pero no se despierta. Mejor. No puedo coger la muleta, no me atrevo a apartar los ojos de la mujer del espejo. Ni a moverme más.

Allí, reflejada en el armario está ella, observándome con detenimiento, y quizá también con desprecio, como si yo fuera un feo espécimen al que estudiar. Comprendo que no precisa abrir puertas, puede viajar sobre el olor de las violetas y llegar a lo más profundo de las pesadillas. Me mira y se agita despacio, con espasmos lentos. No se sabe bien dónde acaba su cuerpo y empiezan las sombras.

Es la imagen del espanto y la degradación. Sus ojos son fríos, como de pez agonizante. Levanta su brazo y me señala con un dedo caído. Una espesa gota de sangre cuelga de su extremo. Trago saliva con dificultad. Veo caer la gota a cámara lenta. Oigo el chapoteo a mi lado. Cierro los ojos, no soporto esa imagen. Abrazo a Víctor. Un golpe más de goteo lento. Su dedo se mueve despacio de un lado a otro y dice «no». Espero.

7

Sofía

Bueno, pues vale, pues que le den a él y a Aulaworld. Ella ni siquiera le había dado un beso de despedida. Ahí la dejaba con los dos críos y la perra. No, desde luego, no iba a darle un beso. Que se lo diera su jefe. Menos cariñitos y más…, más lo que fuera: familia, cercanía, compromiso, estar. No habían discutido, pero no fue por falta de ganas de Sofía, tampoco querían que Paula y Martín se disgustaran al presenciar la bronca.

Pero, venga, hombre, tenían unos días de puente y esa primera tarde ya le estaban tocando las narices. Lo que más fastidiaba a Sofía era que sabía que, en el fondo, su marido no tenía ninguna culpa. Le pagaban el plus de disponibilidad (una porquería, como el sueldo) y tenía que responder a las emergencias. Ella no tenía muy claro qué hacía su marido, sabía que era el responsable de sistemas de Aulaworld, un centro de formación *online*, con varios miles de alumnos por toda España. Si se caía el sistema, le había explicado él varias veces, los alumnos no podían acceder al campus virtual, y como era formación a través de Internet, tenía que estar siempre disponible. De hecho, en vacaciones, fines de semana y festivos, muchos alumnos que

también trabajaban aprovechaban para pegarle un empujón a los estudios. Por eso la plataforma debía estar siempre operativa. 24/7.

Por supuesto, Alberto se había llevado su portátil y tras recibir la alarma se había pegado un buen rato intentando solucionarlo en remoto. Hizo unas cuantas llamadas para ver si alguien del equipo (en realidad solo eran dos) podía solucionarlo desde allí, de repente volvía al portátil para un nuevo intento. Sofía vio cómo tecleaba, le llamaron la atención los tiempos muertos que había entre una oleada de tecleo y otra, no hacía como los *hackers* de las películas que mueven los dedos vertiginosamente sobre el teclado, sino que escribía instrucciones misteriosas y esperaba a que algún subprograma de diagnóstico le indicara algo y que el sistema se reiniciara una vez más. Finalmente, Alberto maldijo por lo bajini la conexión de la casa rural y acabó cerrando el ordenador de un manotazo.

—Mierda, tengo que volver. —Y se le veía el hombre más desdichado del mundo. Miró a Sofía esperando un poco de comprensión. En el fondo estaba acojonado. Ella le miró con expresión de «No me lo puedo creer».

A ver, habían ido solo para cinco días y cuatro noches; su marido no podía desaparecer la primera tarde. Por favor, si acababan de llegar, como quien dice. Coño, si no había ni deshecho las maletas.

—Lo siento mucho, de verdad. —Intentó un acercamiento—. A mí me fastidia al que más. Son casi cuatro horas de coche y...

Ella le rechazó con más desgana que enfado. Ya estaban otra vez.

—Pero, si salgo ahora, puedo apañarlo esta misma noche, no me llevará mucho rato, creo que ya sé qué es lo que pasa, dormiré un poco en casa y estaré de regreso aquí mañana para comer.

Ella hizo un gesto de hastío con la mano y dijo con absoluta frialdad:

—Vete y haz lo que tengas que hacer.

Alberto confió en que ahí quedara la cosa. No tuvo suerte.

—Pero que sepas que la que se queda aquí sola, en esta casa —y miró a su alrededor como Travolta en ese viejo meme—, y cuidando de los niños soy yo. Que la que se encarga de todo voy a ser yo. Y que la que… la que... —Ya no sabía ni qué decir, las palabras se le estaban amontonando. Y eso que era

difícil que Sofía se quedara sin palabras—. Mira, haz lo que tengas que hacer. Anda, vete a la mierda.

Y abandonó la sala muy indignada, para volver enseguida porque se había dirigido al dormitorio en lugar de al pasillo.

Y ahora ahí estaba, sola en ese dormitorio desconocido. Sin poder conciliar el sueño. Que le den a Alberto y a Aulaworld. Su marido la había llamado no hacía mucho y le había dicho que el problema era gordo. Traducción: la cosa se prolongaría más de lo previsto. Alberto se había llevado el coche, tampoco habían tenido ocasión de ir al pueblo, que estaba a un buen trecho andando, a comprar algo para el desayuno del día siguiente; sus únicas provisiones eran unas galletas, pero a Martín solo le gustaban las magdalenas de la gallinita bailando en la bolsa. Habría problemas. Asumió que prácticamente estaba incomunicada. Vaya vacaciones de mierda. Mañana tendría que entretener a los chicos y probablemente caminar hasta el pueblo. ¿Y si alguno se ponía malo durante la noche? ¿Y si necesitaban ayuda? Alberto, siempre tan previsor, le había dejado impresos en un papelito los teléfonos de emergencia de La Barraca d'Aigües Vives y de Alzira, la población cercana más grande. Vaya solución, don cabeza cuadrada.

Tralalá gimió, era un sonido leve. La perra nunca ladraba, de cría le habían puesto un collar que vibraba al ladrar y la perrita se había acostumbrado a no hacerlo, aunque hacía meses que no se lo ponían. Eso es, buena perrita. ¿Pero ahora lloraba?

Miró el reloj del móvil, pasaban de las tres. Joder, y sin apenas haber pegado ojo. Extrañaba su cama. Vale, el colchón no estaba mal y la ropa de cama estaba limpia, pero esa no era su cama, no acababa de encajar en ella.

Le había costado un montón convencer a los niños para que se fueran a dormir. Cada uno tenía su propia habitación (lo que sobraba en esa casa eran habitaciones, incluso había algunas cerradas a las que no podían acceder), pero Martín se puso cabezota diciendo que quería compartir cuarto con su hermana. Ella, por supuesto, no aceptó, ni loca, no, con este pedorro ni de coña. Al final, le tocó a Sofía ponerse firme con Martín y

obligarle a dormir él solo en la habitación de al lado. Por un momento estuvo a punto de ceder y permitirle que se acostara en su cama, pero no se lo habían consentido de pequeño y no iban a empezar ahora con diez años. Aunque lo cierto era que en esos momentos no le hubiera importado tener al chiquitín al lado.

Prestó atención, ¿había oído algo? No estaba segura. Sería Tralalá, se dijo.

La persiana dejaba pasar la luz de la luna y la habitación mostraba los difusos perfiles del mobiliario.

Había dejado la puerta abierta. Con dos niños no podía disfrutar de intimidad, lo había asumido hacía mucho. El marco de la puerta se recortaba entre sombras. Se irguió un poco y fijó su atención más allá de la habitación; los brillantes números del móvil la habían cegado un poco y todavía seguían en su retina, por eso no vio el movimiento al otro lado. El hombre se escabulló con sigilo.

8

Sara

Probando, probando. Vaya mierda, no sé si esto funciona o no. Espero, Daniel, que te llegue. Voy a programar este mensaje para que lo recibas dentro de un día, creo que lo he hecho todo bien. Sí, esto está «procesando». Creo que funciona.

Estoy en el jardín, en el camino de la casa de los cien escalones. Paseando, al encuentro de la muerte. Pero he hecho esta paradita ante el gran árbol de flores blancas del jardín. Hay algo que quiero hacer antes de marcharme definitivamente. Una pequeña ofrenda. He traído un papel con mi nombre. También he escrito el tuyo. Mira, mejor te leo lo que he escrito.

«Sara Murete Gómez. Daniel Lonces Batué. Amigos por siempre, unidos en la eternidad. Hemos compartido nuestros temores y sentimientos y seguiremos compartiendo todo siempre. Ahora yo, Sara, voy a morir, pero sé que seguiré viviendo en la mente y los escritos de Daniel y que permaneceré a su lado, inmortal».

Eso sellará nuestra amistad, Daniel.

Dentro de poco voy a cortarme las venas, a desgarrar mi piel, pero sé que

seguiremos juntos, quizás hasta el momento en el que tú también decidas poner fin a tu vida, te cortes las venas, como yo, y vengas a acompañarme al campo de violetas.

Ey, ha caído una gota de sangre sobre el papel, cuando lo estaba plegando. Al pasar por el cañizo me he hecho un arañazo en el brazo, escuece bastante y me sangra un poco. La gota está justo sobre tu nombre. Me gusta, parece una especie de sello. Hoy es uno de esos días en los que la luna puede verse. Le sonrío, seguro que es un buen presagio. Espero que sea capaz de guardar este secretillo.

[Error de transcripción].

He hecho un agujero al pie del árbol. Y allí he enterrado la nota con nuestros nombres, con la gota de sangre sellando la amistad, y también una violeta que he tomado del prado. Le he pedido permiso para hacerlo, nadie puede segar una vida, ni la de una simple flor.

Ya está hecho, que lo sepas.

A ver. Ahora tengo que parar esta aplicación y enviarla. Espero que recibas el mensaje dentro de un día o dos, no lo tengo claro. Ah, Stop, aq [Error de transcripción].

9

Daniel

Víctor está en la guardería. Esta mañana ha estado lloroso y raro. No me extraña, después de la noche que hemos pasado.

Mi hermana Marimar ha venido, como siempre, camino de su nuevo trabajo. Me ha dicho que me veía ojeroso y con mal aspecto. A mí me ha costado responderle, apenas podía articular palabra. Todavía me sentía desbordado y aterrado. Enseguida se ha hecho cargo de Víctor y le ha duchado y vestido.

«Te veo raro, Daniel». Claro, ella no ha pasado la noche con una mujer muerta al lado, goteando sangre sin fin.

«Por cierto, me gusta este nuevo ambientador que utilizas». Ja. Qué ironía. Si ella supiera…

Esta noche he permanecido inmóvil en la cama, con Víctor a mi lado, sin atreverme casi ni a respirar, sin atreverme a abrir los ojos para no ver ese cuerpo imposible, ese brazo extendido, que me reclamaba. El chapoteo era continuo, me temo que estará desangrándose toda la eternidad.

Ahora estoy solo en casa. Tengo el cúter frente a mí. Sentado en la silla de

la cocina. La vajilla del desayuno acumulada en el fregadero. Le he dicho que la dejara y se marchara. Me ha mirado con mala cara mientras se llevaba a Víctor a la guardería, creo que se ha ofendido. El filo no reluce, se ve tan prosaico..., como dijo Sara.

Estoy agotado, creo que entiendo la sensación de vacío que Sara describía en sus mensajes. El vacío es el paso siguiente al temor. Me llevo la mano a la cabeza, en un gesto de desesperación. El paso anterior a la muerte.

Miro el cúter con reverencia. He leído el mensaje que me acaba de entrar y ahora lo entiendo todo. Su correo ha llegado del más allá, venciendo el tiempo y la muerte. Sellando un eterno pacto que no podré resistir.

Miro mi muñeca ortopédica. La prótesis no posee sensibilidad para sujetar el cúter y cortar mi muñeca sana. Dios, ni siquiera puedo cortarme las venas. Lisiado de mierda.

Levanto la vista para ver de nuevo a la mujer. Allí continúa, arrastrándose en el estrecho hueco que hay entre los muebles altos de la cocina y el techo, embutida en un espacio imposible. Sin dejar de mirarme con sus ojos de niebla. La sangre y el barro chorrean lentamente por las puertas junto a las que pasa. Se enrosca en el tubo de la campana extractora sin que sus ojos dejen de observarme.

Cojo el móvil, y accedo a la aplicación de envío diferido. Selecciono destinatario, selecciono la hora, a las 10:00, dentro de sesenta minutos, con tiempo de sobra. Y le doy a enviar.

Dejo el móvil y tomo el mango del cúter. Pero el cuello sí puedo rajármelo.

Me señala. «No». Se agita inquieta, como gelatina sucia.

¿Qué se siente justo antes de suicidarse? ¿Quieres que te lo describa? ¿Quieres que lo grabe y te lo mande por *email*?

Vale. Pues esta noche mira encima del armario de tu dormitorio.

Chapoteos.

¿Eso que suena es un piano?

Cuando dirijo el cúter hacia mi garganta, la mujer salta sobre mí como empujada por un resorte. Emite un lamento gutural, un grito que no pasa por cuerdas vocales. Caigo hacia atrás arrastrando la silla. Me golpeo la

cabeza contra el suelo de linóleo. Lo último que veo es su boca babeando barro.

10

Paula

Sorprendentemente, había dormido bastante bien, pero ahora el sol ya se colaba por todas las rendijas y, aunque era muy temprano, ya había luz suficiente para identificar todos los objetos. La casa estaba fresca y producía cierta sensación de irrealidad, como si sus paredes de piedra no acabaran de ser tangibles. Paula siempre se había criado entre paredes de pladur. Se sentó en la cama y buscó sus zapatillas rosas de felpa tanteando con los pies. Las había dejado allí al lado, justo al acostarse, pero ahora no las encontraba. Las vio en la esquina de la habitación. Una de ellas estaba de pie, apoyada en la pared, y la otra, en equilibrio encima. Qué raro. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Seguramente su madre las había cambiado de sitio, siempre estaba recogiéndolo todo. Pero, vamos, le pareció un poco extraño, retirar las zapatillas no tenía mucho sentido. Y menos, entretenerse a ponerlas haciendo circo una sobre otra, no parecía fácil colocarlas así.

Le daba pereza pisar el suelo de terrazo, seguro que estaba helado. Seguía sentada en la cama con su pijama rosa tan suave como el pelaje de Tralalá. Se hacía mucho pis, tenía que ir al váter que estaba al final del pasillo.

Volvió a mirar sus zapatillas rosas allá lejos; le encantaban porque tenían el dibujo de un unicornio sonriente. Entonces vio el leve reflejo en el suelo. ¿Qué era eso? Apenas era visible, estaba a mitad de camino de sus unicorniotillas. Bajó despacio sus pies hasta el suelo; efectivamente estaba helado y sintió un leve escalofrío. No retiró la vista del reflejo, temía que si lo hacía lo perdería. Se agachó y vio dos o tres más. Eran cristalitos muy pequeños. A su madre se le había caído hacía un tiempo un plato de Duralex y se había partido en multitud de pequeños cubitos transparentes. Estos cristalitos eran iguales, diminutos fragmentos de vidrio. Se inclinó todavía más para mirar casi a ras de suelo. El oscuro hueco de la cama estaba a su lado. Cuando Paula se percató de él se sintió incómoda. Siempre le daba un poco de miedo lo que pudiera haber debajo de las camas. Y ahora estaba allí, justo al lado. Las sombras bajo el somier eran más densas, pero no vio nada especial, ni siquiera una pelusa de polvo. La casa estaba limpia.

Bien, nada debajo de la cama. Pero sí que había algo en el camino a las zapatillas. Estiró la mano y barrió con ella el suelo, como un limpiaparabrisas tembloroso. Nada, solo el frío de las baldosas. De rodillas y con su mano por delante avanzó un poco. Cristal, lo notó contra el dorso de su mano, pero no llegó a clavárselo. Lo cogió con mucho cuidado y lo observó. En efecto, era un pequeño trocito de cristal astillado. Y había algunos más diseminados aleatoriamente. A Paula le recordó la escena de alguna película en la que esparcen tachuelas para que las ruedas de los coches pinchen al pasar. Esperaba que Tralalá no entrara en la habitación. Podría pisarlos o incluso comérselos, no era muy lista. Y, bueno, también era raro que todavía no hubiera aparecido. La puerta de su cuarto estaba abierta y la perrita enseguida barruntaba cualquier movimiento y se presentaba a ver qué pasaba.

Recogió todos los cristales que encontró. Media docena en total. Podría habérselos clavado en los pies de no haber visto el leve resplandor de uno de ellos. Cogió sus zapatillas y se las puso. Tenía que ir al baño ya. Junto a la puerta había una especie de cómoda, tenía pinta de antigua, pero sus cajones venían bien para dejar la ropa. Al pasar junto a él dejó los cristalitos junto a

su neceser y salió al pasillo.

Tralalá no apareció. Bueno, también era muy dormilona y la noche anterior había tenido muchos estímulos, un espacio nuevo que investigar, olores desconocidos y experiencias inesperadas. Estaría dormida todavía.

La puerta del baño, como todas las demás, era maciza y pesada. Entró y la cerró; hacía unos meses que se había acostumbrado a hacerlo, Martín era especialista en aparecer cuando más le incomodaba. Ya le habían llegado algunas primeras reglas irregulares, necesitaba su intimidad. No echó el pestillo. Frente a la puerta había un espejo que le devolvió su reflejo adormecido. Tampoco encendió la luz, había un ventanuco junto a la bañera que permitía la entrada de luz natural a pesar del visillo sobre el cristal. Paula quiso creer que eso le proporcionaría suficiente intimidad si alguien miraba desde fuera.

Mientras orinaba se fijó en la bolsita que había en el lavabo. Otra de esas cosas misteriosas. Era un pequeño saquete que reposaba junto al tarrito del jabón líquido. No era muy grande, un poco más que esas bolsitas de infusión de manzanilla que su madre le hacía tomar si tenía problemas digestivos. Cabía perfectamente en la palma de la mano. En cuanto acabó, se subió el pijama y se dirigió al lavabo. Desde luego, anoche ese saquito no estaba allí, se había lavado los dientes junto a su hermano y justo había dejado su cepillo donde ahora estaba la bolsa. La tomó en su mano; no pesaba nada, como si estuviera vacía, pero el nudo de una cinta negra hacía suponer que había algo en su interior. Antes de abrirlo encendió la luz y casi se cegó. El aplique de techo, simulando forja antigua, iluminó la estancia. Paula entrecerró los ojos un momento. El nudo era una simple lazada; tiró de los extremos y la estrecha cinta cedió y colgó a los lados. ¿Qué podría ser eso?

Abrió la boca del pequeño hatillo; no veía nada, pero sí, había algo. Lo volcó sobre su mano y el contenido se deslizó despacio. Eran varios pétalos de lila. El aroma llegó hasta ella. Era agradable. Se dijo que posiblemente era una bolsita de ambientador, de esas que, durante una temporada, a su madre le dio por poner en los armarios. Pero había algo más que no había salido: un papel plegado que se había quedado atascado en la boca. Sacudió la

bolsita, pero no cayó. Finalmente, dejó los pétalos en el lavabo y sacó el papel con sus dedos, como los polis cuando obtienen un cabello de prueba en las películas.

Era un papel pequeñito, doblado en cuatro. Lo desplegó con cuidado y leyó lo que ponía.

No entendía nada. Oyó un roce junto a la puerta.

«No hace falta que la busques de día».

Tralalá gimió al otro lado de la puerta. Paula sonrió y le abrió, la perrita la saludó como si hiciera meses que no la veía. La niña se dejó llevar por el vendaval de ternura y no se dio cuenta de que el papelito misterioso se le caía. Le dedicó unas cuantas frases cariñosas a la perrita y la invitó a salir con ella. Antes de hacerlo tomó la bolsita de tela y los pétalos secos. Con la perra a su lado salió al pasillo. Su madre se asomó por la puerta de su habitación.

—Eh, ¿ya estás despierta? Es muy pronto. No son ni las ocho.

—Me hacía pis…

Tralalá correteó hasta Sofía y le dedicó sus saltitos de rigor. La mujer se agachó y acarició a la perra, era un placer pasar los dedos entre su pelaje blanco. La pequeña samoyedo intentó chuparle la oreja, le encantaba hacerlo.

Se oyó la voz de Martín:

—Yo también estoy despierto.

Sofía no pudo dejar de maldecir. Vaya día le esperaba. Eran las siete y cuarenta y nueve y ya tenía a sus dos hijos desenfrenados. Cerró los ojos y buscó fuerza en su interior. No estuvo segura de haberla encontrado, así que maldijo a Alberto mentalmente, seguro que por muchos problemas que hubiera en el puto servidor, él estaría mejor que ella.

—¿Sabes algo de papá? —preguntó Martín, como si la maldición de ella le hubiera dado pie.

—Nada desde anoche, si todo va bien, llegará para comer o así. —No sabía por qué, pero no se lo acababa de creer—. ¿Qué pasa? ¿Queréis desayunar ya?

Su tono no era una invitación, sino una especie de constatación lastimera. Sabía que la opción «no, queremos dormir más» era bastante improbable. Ambos afirmaron con energía. Mierda, lo sabía, el telón se alzaba temprano. Se acordó de que casi no tenía nada para el desayuno. Les encasquetaría espetec con pan de molde. A ver si colaba, igual hasta les apetecía.

—Esperad un poco, ¿vale? Tengo que pasar por la ducha.

Sin darse cuenta, Paula había estrujado los pétalos secos y la bolsita, para ella ya solo era basurilla sin importancia. Cuando fue a la cocina para tirarla al cubo de la basura se sorprendió al ver las sillas encima de la mesa, que formaban una especie de pirámide. Qué raro. Todas las puertas de los armarios estaban abiertas y los paquetes, puestos bocabajo. No pudo evitar acordarse de una escena de una vieja peli de terror que había visto en la tele. Aquí también pasaban cosas muy extrañas.

—Mamá —llamó a gritos para enseñárselo antes de que se metiera en la ducha—. Ven, ven a ver esto, corre.

En la esquina del comodín de la habitación de Paula, junto a su neceser, ya no estaban los cristalitos.

11

Marimar

Sintió como si viajara al pasado y reviviese su más terrible pesadilla. Ahí estaba Daniel, tumbado en el suelo de la cocina junto a una silla, con sangre a su alrededor. Ni siquiera gritó, se acercó a toda velocidad. Lo sabía, sabía que pasaría algo así, su hermano no estaba nada bien. Desde el incidente su humor se había agriado y se le veía vagar entre la depresión y la amargura. Dios mío, al final lo había hecho. Se había suicidado. Pronto se dio cuenta de que la sangre que había brotado de su cabeza no era mucha, por suerte la brecha era pequeña y se había cerrado pronto. No era un intento de suicidio, sino probablemente un accidente. Su hermano se movía con mucha torpeza y casi seguro que se había caído hacia atrás con la silla. Le llamó por su nombre e intentó reanimarle con golpecitos ligeros en el rostro.

Daniel abrió los ojos y se retrepó asustado cuando vio un rostro de mujer ante él.

—No pasa nada, no pasa nada, soy yo. Daniel, ¿me oyes? Daniel, ¿sabes quién soy?

—¿Eres… ella? —dijo él entre temblores y titubeos. Se refería a la mujer descuadrada, la que había saltado sobre él poco antes; pero Marimar estuvo segura de que se refería a Irene, su difunta cuñada. Sabía que Daniel la quería mucho.

—Soy yo, Marimar. ¿Estás bien?

Él pareció centrar la mirada.

—Escucha, voy a llamar al uno uno dos, la herida de tu cabeza no es grave, pero parece que estás muy desorientado, ¿vale? Voy a llamar a una ambulancia.

Él negó con la cabeza y le cogió la mano para sujetarla.

—¿Y Víctor? —preguntó.

—En la guardería. Tranquilo, está bien. Yo he venido antes de lo previsto, me han cambiado el turno en la panadería.

Daniel sacudió la cabeza y un pequeño coágulo de sangre cayó sobre su hombro.

—No. No, espera, no llames, estoy bien. ¿Qué hora es?

Ella vio el cúter profesional a un par de metros. ¿Qué más daba la hora que fuera?

—Daniel —dijo muy seria mientras comenzaba a ayudarle a ponerse en pie—, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? Dime que no has hecho ninguna estupidez.

—No, no, no ha sido nada. —Buscó a la mujer desmadejada por encima de los muebles de cocina. Sabía camuflarse. Le tranquilizó no verla. Marimar puso la silla en pie y él se apresuró a sentarse con sus movimientos lentos y penosos. Le dolía la cabeza. —Me he desequilibrado al sentarme y me he caído hacia atrás en la silla.

Sonaba plausible, pero él sabía que se le escapaba algo. ¿Qué hora era?

Ella le examinó la herida con atención. Le retiró el corto cabello; Daniel ya estaba casi completamente calvo. No creía que necesitara puntos. La sangre había sido muy aparatosa, pero no era nada. Si Daniel no desvariaba, podría prescindir de ir a Urgencias. Sabía que, tal y como estaba el servicio, la ambulancia tardaría varias horas y que la espera en el hospital para ser

atendido sería desesperadamente larga. A esto se había llegado en la Seguridad Social. Y todo eso le impediría ir a su nuevo trabajo, algo que no le gustaba en absoluto. Algunos tenían un puente de cinco días, pero a ella le tocaba ir a trabajar a Tiendabread; la panadería abría todos los días del año y la habían contratado de refuerzo, una especie de media jornada mal distribuida.

—Te voy a poner una de esas tiritas especiales que cierran heridas. Creo que tenías en el botiquín.

Ella le miró con una expresión extraña, quizá con un poco de hartazgo tras el brillo de preocupación de sus ojos. Tenía un marido y dos hijos, y ahora parecía que no hiciera otra cosa que cuidar de su hermano mutilado y de su sobrino. Además, no podía perder el trabajo por culpa de su hermano. Ella no había pedido nada de eso.

—Me esperas, ¿vale? No tardo.

Se dirigió al cuarto de baño. Daniel se quedó solo en la cocina. Miró el cúter, había caído un poco lejos, pero ahí estaba, como un cartel de neón indicando «suicidio, suicidio». Dios, ya podría montarse una buena película para explicarle a Marimar por qué estaba ahí. Algo de abrir un paquete o así.

Sonó el móvil de Marimar, estaba sobre la mesa de la cocina, un poco más lejos que el de él. Daniel miró el reloj de la cocina, sobre el cual la mujer deshilachada había arrastrado algunas de sus hebras poco antes. Eran las diez en punto. Entonces se acordó: el puto mensaje en diferido. Miró el móvil de su hermana. Le acababa de llegar. Alargó el brazo, pero estaba un poco más lejos, se inclinó hacia delante y la silla resbaló un poco. A ver si iba a volver a caerse…

Entonces, Marimar regresó cargada de antisépticos y agua oxigenada. Podría hacerle ella misma una cura de urgencia. Con dos niños adolescentes, brutos como ellos solos, ya había desinfectado algunos cuantos raspones y varias heridas de consideración.

—Eh, ¿qué haces? ¿Para qué quieres mi móvil? Me ha parecido oír que me llegaba un mensaje.

Daniel se había quedado quieto, con el cuerpo estirado sobre la mesa y el

brazo alargado hacia el móvil de su hermana. Vaya, le había pillado.

—Yooo… no sé. Ha sonado tu móvil.

Ella dejó sobre la mesa su cargamento extraído del botiquín y miró su móvil. Allí pasaba algo raro.

Le había entrado un mensaje de su hermano.

—¿Me acabas de mandar un mensaje ahora? —Se trataba de una enorme cantidad de texto. No lo leyó todavía—. ¿Qué es esto?

Daniel se sentó un poco más cómodamente para no caerse. No dejaba de mirar a su hermana. ¿Qué hacer, qué decir? Buscó sus ojos. Ella apenas mantuvo el contacto visual y comenzó a leer el mensaje. Él se echó a llorar sin ni siquiera percatarse de ello.

Marimar tuvo que buscar una silla y sentarse mientras seguía leyendo el mensaje que su hermano le había enviado en diferido sesenta minutos antes.

No podía creerlo. Por Dios, la cosa estaba mucho peor de lo que pensaba.

Daniel sollozó y miró el cúter como un enamorado.

Ruido en los armarios de cocina.

12

Mensaje

> Hola, soy un imbécil y me gusta comer mierda. Cada vez que voy al váter, meto el dedo en el zurullo y lo pruebo, intento reconocer el sabor de lo que comí el día anterior. Algunas ocasiones tengo que hacerlo cuatro o cinco veces. Pero al final, siempre adivino lo que comí. Luego, con ese dedo sucio de mierda me toco todo el cuerpo y juego a hacerme tatuajes de mierda, se me borran pronto, pero el olor permanece. Por eso siempre huelo a váter sucio. Y soy un imbécil. Si participara en un concurso de imbéciles ni siquiera ganaría, de tan imbécil que soy, porque me engañarían. Y ahora os dejo porque tengo ganas de ir a cagar y ya estoy preparando mi dedo.

Martín se echó a llorar. Él no había escrito eso. Claro que no. Ni siquiera tenía redes propias. Alguien se había abierto una cuenta falsa con su nombre, Martín Lorente, y lo había compartido con todos los compañeros de clase.

«El comemierda», le llamaban. La broma venía de atrás, de hacía más de un año. Él, junto a la mayoría de los niños de su clase, estaba celebrando el cumpleaños de un compañero. Solían acudir a la trasera de un bar que a veces se alquilaba para eventos cutres; ya era la tercera vez que acudían allí, los padres podían llevar lo que quisieran de comer excepto las bebidas. En la mesa, patatas fritas, ganchitos, chuches y sándwiches triangulares de jamón de york, chorizo y Nocilla. Su error fue coger uno de estos y comerlo a toda

prisa porque le llamaron, ya iban a dar los regalos. Se manchó el labio superior y no se dio cuenta, luego siguió sin enterarse un buen rato y nadie le avisó. Hasta que Checa, uno de sus compañeros, le señaló y dijo para que lo oyeran todos: «Eh, Martín, ¿qué llevas ahí? ¿Mierda?». De repente se convirtió en el centro de todas las miradas y de algunas risitas. Y Martín, que no sabía muy bien de qué iba la cosa, se las arregló para estropearlo todavía más. Se pasó el dedo sobre el labio y rebañó la crema, miró el churretón de Nocilla, se llevó el dedo a la boca y lo chupó para limpiarse. Checa fingió arcadas. «Puaj, está comiendo mierda». Más arcadas falsas por parte de algún otro cretino. Y muchas risas. Y ya hacía más de un año de eso. Martín comemierda.

Su único amigo, Pablo, le había enviado una captura para que lo viera. Martín no podía evitar pensar que, en el fondo, Pablo también estaba disfrutando un poco. Cerró sesión y apagó el movilcornio. Quería hacerse pequeñito hasta desaparecer, meterse en un poro y que nadie volviera a molestarle. Tralalá acudió sin que el niño la llamara, a la perrita le gustaba el sabor salado de las lágrimas. Siempre estaba ahí para Martín.

—Traly, oh, Traly —dijo el niño mientras la estrujaba—. Tú eres lo único que tengo, no sé qué sería de mí si no te tuviera para abrazarte. —La perrita se dejó hacer.

Pronto lo sabría.

13

Daniel

Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón. Lo siento mucho, Marimar. Lo siento en el alma. Y también quiero pedir perdón a Víctor, pero, vaya, viendo los resultados como padre, puede que le esté haciendo un favor. Perdóname también por la carga extra que esto supondrá para ti y los tuyos. Pero no puedo seguir así. No se trata solo de mis lesiones y limitaciones, ya hace más de dos años que me liberaste de esa silla maldita y después de pasar por tantas operaciones ya he tenido tiempo para acostumbrarme. No, no se trata de eso, aunque, bueno, un poco de ello también hay. He perdido mi capacidad de escribir, no tengo trabajo ni futuro y el otro día recibí una carta de asuntos sociales diciendo que iban a revisar mi expediente y que era posible que reajustaran mi pensión de incapacidad debido a las nuevas condiciones económicas. Traducción: que me pagarán todavía menos. Y echo en falta a Irene. Y estoy harto de mis prótesis y muletas. Así que, lo reconozco, sí, algo de eso hay.

Pero lo que me mueve a hacer lo que voy a hacer es el miedo. El miedo más puro y perfecto miedo.

Luego te lo explicaré. Pero quiero pedirte que no entres en casa, que avises a la policía y que sean ellos quienes entren y encuentren mi cadáver. No quiero que pases por semejante trance, además, supongo que no será agradable. Cuando leas esto estaré muerto en la cocina. Así que, por favor, no te dejes llevar por tu primer impulso de venir corriendo. Ya estoy muerto y no hay nada que puedas hacer, tenlo en cuenta. Por favor, asegúrate de no traer a Víctor a casa hasta que no esté todo presentable. Y ahora, cuando llames a la policía no hace falta que les metas prisa, he programado el envío de este mensaje para que ya no se pueda hacer nada para evitar mi muerte. Ahora todo habrá acabado. Te aviso para que no te lleves un susto de muerte al entrar en casa y encuentres mi cuerpo desangrado; voy a cortarme el cuello, así que supongo que el panorama no será agradable, perdona también por eso.

Me siento mal al decirte todas estas cosas, sé que supone un duro golpe para ti, sé que es injusto y que no te lo mereces. Pero tampoco quiero ser una carga. Llevas muchos meses cuidando de mí, pasando las noches en el hospital tras mis operaciones, cuidando de Víctor, y siempre lo haces con una sonrisa. Por eso me sabe mal darte este último disgusto, hacerte pasar por el amargo trago del suicidio de tu hermano en la cocina. Insisto, no entres en casa, llama a la policía. Si quieres, puedes hacerlo ya. Que sean ellos quienes entren en casa. Eso te evitará un dolor innecesario.

Pero he dicho que te explicaría los motivos que me llevan a hacerlo. Aparte de los que ya te he comentado, hay algo más. La verdadera razón. Me avergüenza contártelo, pero creo que al menos te mereces la verdad. Hace poco he empujado al suicidio a una mujer, no voy a entrar en detalles, pero ha sido así. Todo empezó como un juego, pero el hecho es que ha acabado quitándose la vida por mi culpa, yo soy quien la ha animado a ello. No, no me mueve el remordimiento. Eso hablaría medianamente bien de mí, no es eso. Lo que me empuja a mi propio suicidio es una especie de ajuste del universo, de un universo oscuro en el que el alma en pena de esa mujer ha venido a buscarme y a exigir venganza. Esa mujer me lanzó una especie de maldición involuntaria antes de morir. Y ahora su espíritu se ha presentado

en casa. Es algo aterrador.

Vale, sé que suena demencial y que es probable que pienses que estoy loco. Y puede que lo esté. Pero ahora mismo, mientras estoy sentado en la silla de la cocina programando este mensaje, ella me mira desde el hueco que hay entre los armarios de la cocina y el techo. Sus ojos son de moho vibrante.

Si lo prefieres, quédate pensando que he sido víctima de un brote psicótico o algo así, que también podría ser cierto. Pero yo no puedo vivir con el fantasma de la mujer muerta vagando entre Víctor y yo.

Tengo miedo y sé que la única manera de librar a Víctor es que yo me vaya para siempre.

Oh, no sé si mis palabras tendrán algo de sentido para ti. Pero solo quiero decirte que te quiero, que sé que soy injusto contigo al hacer esto y que espero que algún día podáis perdonarme. Todos. Víctor, tu familia, tú y la mujer que me está señalando desde las sombras. Perdona, perdona. Te quiero.

14

Dientes

Me siento lleno de energía a pesar de no haber dormido nada. La noche ha sido genial. Por supuesto, la muela no ha vuelto a molestarme y, al final, ya me había acostumbrado a guiarme por ella. Incluso me indicaba cuándo podía dejar una habitación o hacer determinados movimientos sin que se enteraran. Como si alguien me mostrara lo que debía hacer en cada momento. He estado dentro de la casa mientras ellos dormían y ha sido estupendo.

Tengo las llaves desde hace mucho tiempo, saqué una copia cuando Josefa me pidió que se las recogiera a unos huéspedes que dejaban la casa mientras ella tenía no sé qué prueba médica. A cambio del favorcillo hice una copia para mí, nunca se sabe cuándo te puede venir bien una cosa de estas. Y, mira por dónde, esta noche me ha venido de cine. Conozco perfectamente la distribución desde hace años. Josefa me dio de merendar de niño unas cuantas veces, cuando se nos hacía tarde jugando, hasta que pasó lo de su marido.

He entrado en completo silencio, en plan *Misión: Imposible*. Cuando he

metido la llave en la puerta, mi corazón latía acelerado, pero la muela me indicaba que estaba haciendo lo correcto. La giré con cuidado y abrí.

La perrita apareció para recibirme tranquilamente. Ni un ladrido, ni ninguna movida de esas de perros chungos, la verdad es que es un encanto. Le he acariciado la cabeza y ella se ha pegado a mí para que no dejara de hacerlo, vaya mimosa. Cuando he sacado el paquete de salchichas, en lugar de saltar sobre él como temía, se ha sentado sin quitarle la vista de encima; imagino que le han enseñado a pedir comida así. Al segundo y medio estaba babeando. Desde luego, simpática será, pero como perro guardián es una mierda. Por cierto, la muela me ha indicado que no me encariñe demasiado con ella. Ha gemido un poco de pura ansia mientras abría el plástico y, cuando se las he dado, ha cogido todas a la vez y se ha retirado como un caco sin práctica, para comérselas tranquilamente. Su pelaje blanco se veía perfectamente en la oscuridad. Yo no necesitaba linterna. Mi nuevo sentido de microdolor me indicaba todo con precisión. Y también es cierto que entraba bastante claridad y que Josefa había instalado un par de puntos de luz en los extremos del pasillo para que los huéspedes desorientados no se chocaran contra los muebles.

Visité todas las habitaciones y me sorprendió ver que el padre no estaba, quizás el matrimonio había discutido y él se había pirado. No sé. Gasté pequeñas bromas, como retirarle las zapatillas a la chica y poner unos cristalitos del vaso que había roto en mi cocina un rato antes. Sabía que no eran peligrosos, en el peor de los casos solo se habría hecho pequeños cortecitos sin importancia, pero hubiera molado verla gritar. La niña es preciosa, deberíais haberla visto dormir, su carita de ángel es un poema. Su cuerpecito de gacela joven se dibujaba bajo la ropa de cama, daban ganas de acariciar su silueta. Me llevé su ropa interior. No es que sea un depravado ni cosas de esas, no, era solo por seguir la broma, seguro que a la mañana siguiente se vuelve loca buscándola.

En la cocina abrí la nevera y con su luz me dediqué a reorganizar todo lo que había. Me acordé de *Poltergeist* y puse las sillas sobre la mesa, quedó genial. Dar la vuelta a los paquetes fue más laborioso y menos espectacular,

pero el efecto final valió la pena.

Estuve mucho rato frente a la habitación de la mujer. También tenía su encanto, no era tan fresca como su hija, pero todavía se podía hacer algo con ella. Me fascinaba verla revolverse inquieta en la cama, por lo visto no estaba durmiendo nada bien. No pude evitar pensar que en sus movimientos había algo sexy, un componente provocador, como si supiera que yo estaba allí observándola y me invitase a pasar y a acostarme junto a ella. La muela no me dejó entrar. Todavía no era el momento. Les gasté alguna pequeña bromita más, todo cosas muy ligeras. Una bolsita de pétalos con mensaje por aquí, una desaparición del cargador por allá, un mensaje en el espejo del baño para que aparezca con el vapor de la ducha. Poco a poco iré incrementando la intensidad. El miedo tiene que ser progresivo.

Lo que quiero es que giman de terror, que imploren por sus vidas, que enloquezcan de puro pánico.

Todo se andará, me dice la muela. Todo se andará.

Ahora, por fin puedo acostarme en mi cama. Joan ni se ha enterado. He de descansar un poco. Y tengo que empezar a pensar nuevas estrategias para que la muela me las apruebe. Mientras pienso en cómo hacerles enloquecer, entro en una sutil duermevela.

No me andaré por las ramas, creo que mañana iré a por la niña. La muela sigue en calma. Correcto. Mañana, la niña. Y me duermo feliz.

15

Marimar

Y allí estaban, camino de La Barraca d'Aigües Vives, sin nada que se les hubiera perdido en ese pequeño pueblo, excepto, quizás, la cordura.

Daniel no hablaba, solo navegaba por el móvil y de vez en cuando resoplaba levemente. Malas noticias, seguro. Como si últimamente hubieran sido buenas. Ella tampoco tenía muchas ganas de dirigirle la palabra, estaba muy enfadada con él y dudaba seriamente de la lucidez de su hermano. Tanto sufrimiento durante tanto tiempo tiene que dejar secuelas, y no solo físicas. Pero la película que Daniel se había montado era completamente demencial. Maldiciones, el fantasma de una mujer, suicidios acumulados…

Pero sabía que había estado a punto de perder a su hermano. Y Daniel podría ser un incordio, un pesado y una carga, pero a fin de cuentas era su hermano y le quería. No estaba dispuesta a dejar que acabara rebanándose el cuello o arrojándose por un puente.

Víctor iba en la sillita del asiento trasero, el crío era un encanto y aguantaba el viaje como un campeón. A veces parecía que fuera demasiado maduro para su edad y a Marimar le preocupaba que el desenfocado

ejemplo de su padre comenzara a afectarle, temía detectar en el niño algunas de las actitudes de Daniel; por eso quería estar a su lado, para ofrecerle un referente femenino que le brindara cariño maternal y evitar que se convirtiera por ósmosis en lo mismo en lo que Daniel se había transformado. El niño dormitaba con la cabeza inclinada sobre su pecho. En una de sus manitas, un lego de Batman.

—El tema de los hoteles está bastante mal, en La barraca d'Aigües Vives no hay gran cosa: una o dos casas rurales y nada más. —El tono de Daniel era bastante muerto, como si tuviera resaca. Pasó a otra pantalla del móvil con un movimiento de enfado—. Tendremos que dormir en Carcaixent o Alzira.

Allí iban, a la aventura, sin reservas y sin planificación, con un par de bolsas de equipaje que a Marimar se le antojaban completamente deficientes y una urgencia surgida de lo más profundo de Daniel.

—Sabes que es el puente del trabajo, ¿no? Y que hay una ola de calor —Marimar intentó controlar el tono irónico, no lo consiguió demasiado—, y que la gente se va de vacaciones en masa, ¿no?

La expresión de Daniel le demostró que no tenía ni idea de esos detalles mundanos. Vacaciones, calor, el día del trabajo… Él no pensaba en esas cosas, solo en muertas arrastrándose y en cúters perforando piel.

—Bueno, algo encontraremos —dijo él con un optimismo más que infundado.

—Ya, sí claro. —Sacudió la cabeza sin apartar la vista de la autovía—. Ya veremos.

El viaje estaba resultando largo y pesado, y esa primera ola de calor, que tanto había agradado a los que salían de vacaciones, a ella ya le estaba fastidiando. Demasiado rato conduciendo bajo el sol. Joer, si parecía que estuvieran en agosto. Y aún había quien negaba el cambio climático.

Recorrieron en silencio unos cuantos kilómetros más, al menos la autovía no estaba mal y lo fuerte de la operación salida ya había pasado, iban tarde para todo.

La situación en la cocina de Daniel esa misma mañana había sido dramática, ahora lo sentía como un sueño febril, de esos en los que se salta

de una cosa sin sentido a otra todavía más demencial. Había habido reproches, llantos por ambas partes, gritos, súplicas y dolor a flor de piel. Ella le pedía explicaciones y él se cerraba en banda afirmando que el fantasma de la mujer muerta quería volverle loco. «Pues parece que ya lo ha conseguido», gritó ella en un momento dado. Y de nuevo otra ronda de sentimientos desbocados. Él le aseguró que no podía vivir así, ella que tenía que centrarse y pensar en Víctor, él que «claro que pienso en Víctor, joder». Miradas frías, desagradables reproches y algunas frases duras por ambas partes. Algo era innegable; Daniel, el que en tiempos se había dedicado a escribir novelas de terror, ahora estaba más que acojonado ante la posibilidad de que algo que parecía salido de sus novelas de zombis trasnochados fuera verdad. Silencios que se rompían de repente con un «Esto no puede seguir así», o de ella o de él, y vuelta a empezar. El argumento de Marimar era «no deberías haber hecho algo así, ni siquiera haberlo pensado», y la respuesta de Daniel, que «tenía miedo a que la muerta volviera a saltar sobre él». Ni un punto de acuerdo. Y al final, ella le propuso intentar acabar con la maldición (esa maldición inexistente, indefinida y desquiciante) de otra forma que no fuera suicidándose.

No tiene muy claro cuál fue el proceso que les llevó a considerar seriamente la posibilidad de ir al lugar en el que la mujer se había suicidado e intentar revocar la maldición. Pero esa idea pareció alejar a Daniel un poco de su decisión de suicidarse. Y acabó tomándole la palabra. Ella comprendió que esa estupidez era un mal menor y que, por lo menos, ganaría algo de tiempo, quizá lograra hacerle entrar en razón. Cuando miró el reloj supo que ya era imposible llegar a tiempo al trabajo, ya hacía más de una hora que debería haber llegado a Tiendabread y todavía estaba allí, abrazando a su hermano, pero con ganas de golpearle. Asumió un despido por causas objetivas, ni siquiera había pasado el periodo de prueba. Mierda, con lo difícil que era que una mujer de su edad y su poca cualificación encontrara un puesto de trabajo.

La idea del viaje fue tomando forma y al final Marimar le arrancó a Daniel el compromiso de que no volvería a intentar suicidarse a cambio de ir a ese

pueblo perdido en el que se suponía que todo había comenzado y… y… bueno, hacer lo que hubiera de hacerse. No tenía muy claro lo que su hermano pretendía llevar a cabo, ¿un exorcismo?, ¿un ritual secreto?, ¿la lectura de un grimorio? Bien, por lo menos había ganado algo de tiempo, porque estaba preocupadísima por lo que su hermano podría llegar a hacer si lo dejaba solo en ese estado.

Llamó a su jefa y le pidió disculpas por no haber podido acudir a la tienda y se sintió fatal al avisar de que durante los siguientes días tampoco acudiría. La responsable le preguntó si se trataba de una broma y le avisó de que tomarse ese puente le costaría el despido. Marimar dijo que la semana siguiente se pasaría a por los papeles del paro y el finiquito (paro al que no tendría derecho y finiquito que sería inexistente, claro).

Luego llamó a su marido y como no le contestó porque estaría en una reunión en la oficina, le dejó un mensaje en el buzón de voz. Mejor. Dio las cosas por hechas, lo que menos quería era discutir ahora con Fernando, a veces era insoportable y no estaban pasando una buena racha; esa había sido una de las principales razones para volver a trabajar. Hombre, el dinero no venía mal, pero conseguir cierto grado de independencia, sobre todo ahora que los chicos ya se estaban haciendo mayores, no le vendría mal, y si evitaba coincidir un rato con él, pues oye, eso que se evitaba. Temía acabar formando parte de uno de esos matrimonios que acaban rompiéndose al llegar a la madurez. Aunque la idea no le sonaba del todo mal. En los últimos tiempos se había sacado el carnet de conducir, lo consiguió a la segunda, lo cual era todo un logro para alguien de su edad y un paso más hacia su independencia.

—Ha surgido una emergencia muy grande con Daniel —dijo al buzón de voz—, tengo que salir de viaje con él, así que encárgate tú de los chicos y, bueno, ya eres mayorcito, organízate como puedas. No sé cuándo volveré.

Y sonrió pensando en la cara que pondría Fernando al escuchar el mensaje. Y se le ocurrió no contestar a sus llamadas cuando él se volviera loco. A veces se asomaba la adolescente traviesa que hacía años había sucumbido a las obligaciones y a la maternidad. A lo mejor salía algo bueno

de este viaje.

Antes de ir a recoger a Víctor a la guardería se pasó por casa. Fernando comía en el trabajo, y sus hijos se sorprendieron al verla. Estaban recalentando la comida que les había dejado preparada. Si hubiera ido a trabajar, Marimar no hubiera podido atenderles al mediodía y, vaya, ya eran lo bastante mayores para valerse por sí mismos, el mayor pronto cumpliría los diecisiete y su hermano ya tenía catorce. Un par de adolescentes de pesadilla que la volvían loca y que no hacían otra cosa más que conectarse a TikTok, discutir, quemar la Play y ver porno a escondidas. Tenían vacaciones, así que, que se las apañaran. Apenas les dio explicaciones, excepto un vago «me tengo que ir con vuestro tío. Ya le he dejado un mensaje a vuestro padre. Portaos bien y no hagáis barbaridades. Ay, quita de en medio que llevo mucha prisa». Ellos la siguieron de habitación en habitación, desorientados como perritos en el arcén tras ser abandonados. El pequeño no paraba de decir «pero-pero-pero». Marimar evitó dialogar con ellos, siempre acababa desbordada. Les pidió que salieran del cuarto, que tenía que cambiarse, les ayudó con algunos empujones. Llenó una bolsa de deporte con un par de mudas, algo de ropa y los útiles de aseo imprescindibles. Mientras hacía su exiguo equipaje se sintió como la mujer que va a abandonar al marido y no pudo evitar fantasear un poco con largarse de verdad. Llenar a rebosar un par de maletas grandes y dejar a Fernando y sus partidos de fútbol ahí tirado con los dos homínidos que la llamaban desde fuera. Se limitó a salir de la habitación y de la casa a toda prisa, se olvidó de las pastillas para la tensión y de las del colesterol. A por Víctor a la guardería. Y poco después emprendieron ese absurdo viaje. Daniel ya había preparado su equipaje y el del niño. A Marimar se le antojó demasiado escaso, pero, bueno, quizá solo fuera un ir y venir y no hiciera falta más. Google Maps y adelante. A nadie se le ocurrió comer.

A media tarde, tras unas cuantas llamadas a las que no respondió (tampoco tenía ánimo para hacerlo), se apiadó de su marido y contestó con el manos libres mientras conducía. No le dio muchas más explicaciones que las que ya conocía: sí, estaban todos bien, tenía que ir de viaje con su

hermano; sí, él te oye, está aquí al lado, ya te contaré más detalles en otro momento… Y justo antes de despedirse le pidió «perdóname, pero es algo que tengo que hacer». Se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. No tenía que justificarse o pedir perdón, era muy posible que estuviera salvándole la vida a su hermano.

—Estoy intentando hacer una reserva —anunció Daniel, y su tono seguía siendo el de un alcohólico desorientado: arrastrado y ofuscado—, pero solo encuentro habitaciones caras.

Él no tenía dinero y, de alguna manera, estaba solicitando permiso a su hermana. Ella sería quien de nuevo tendría que pagar todo.

Ella levantó los hombros sin retirar la vista de la autovía, nada de mirarle.

—Busca lo más económico y reserva lo que haya. ¿Qué le vamos a hacer? En algún lugar tendremos que meternos con el niño.

—Hay algunas casas rurales, pero resultan caras, con piscina y tal.

—Yo qué sé, busca algún albergue, una pensión…

—Bueno, voy a ver si logro cerrar algo, está todo completo.

Marimar sacudió la cabeza, claro que sí, hombre. Eso pasa por ser un par de descerebrados, por salir de viaje a lo loco y por tomar decisiones no meditadas. Trescientos setenta y tres kilómetros para llegar a no se sabe dónde.

Antes de salir, Daniel, con febril actividad, se había dedicado a recoger información de los *emails* de la mujer muerta. A Marimar le costaba creerse que su hermano la hubiera empujado al suicidio, como Daniel aseguraba. No era algo propio de él, Marimar no se lo creía. En los mensajes no había demasiados datos concretos de esa mujer, ni una dirección física, ni un teléfono, solo una dirección de correo electrónico, referencias paisajísticas y el nombre de una localidad: La barraca d'Aigües Vives, que no estaba en la costa y ni siquiera estaba al lado del Júcar. Ochocientos treinta y dos habitantes según la Wikipedia y ni un puto hotel en el casco urbano.

El sol ya había comenzado a bajar, y allí iban los tres, en el coche de tercera mano de Marimar que amenazaba con no volver a pasar una ITV más, hacia un destino incierto, autovía adelante. Pequeños. Ínfimos,

comparados con lo desconocido de nuestro mundo.

16

Paula

Que su madre estaba cabreada era un hecho. Les había echado a ellos la culpa de la bromita de la cocina y de amontonar las sillas. Las bajó a golpetazos y les señaló amenazadora, anunciando que no quería que volviera a pasar nada de eso o lo llevarían claro.

De nada sirvió que, tanto ella como su hermano, lo negaran hasta llegar a sentirse ofendidos, pero su madre no aceptaba ninguna otra posibilidad. Martín incluso aseguró que la casa estaba encantada. Anda, calla, no digas tontadas. Pero a Paula la idea ya se le había ocurrido, allí pasaban cosas raras. Y había visto demasiadas películas para saber que la cosa funcionaba así.

Paula intentó explicarle lo de las zapatillas y lo de los cristales en el suelo, pero cuando fue a por ellos no estaban en el comodín. Se quedó un poco parada, ¿lo había soñado o de verdad había recogido media docena de cristales? ¿Y por qué no estaban todavía donde ella los había dejado?

Los pétalos secos y la bolsita tampoco parecían ninguna prueba de nada, excepto de un detalle de aromaterapia olvidado por la propietaria de la casa

rural.

—Dejadme en paz, no quiero saber nada de vuestras tontas historias de miedo. Venga, fuera.

Tralalá siguió a la niña moviendo el rabo, pensando que se trataba de una especie de juego, ahora dentro, ahora fuera, aunque no le gustaba que su ama mayor se mostrara tan seca. Y además tenía un juguetillo con el que entretenerse, no estaba nada mal, el olor todavía perduraba. Paula vio que la perrita llevaba algo en la boca, se acercó y, con un poco de esfuerzo, le quitó un plástico mordisqueado. Tralalá intentó recuperarlo con pequeños saltitos, pero sabía que, cuando le quitaban esas cosas, ya no tenía nada que hacer. Paula frunció el ceño, todavía se adivinaba el logo de Campofrío. Jo, ¿de dónde sacará Traly estas mierdas? Ellos anoche habían cenado una tortilla de patata que su madre había llevado ya preparada.

El hecho de que su padre hubiera tenido que volver a casa y siguiera liado con el servidor todavía empeoraba más las cosas. Su madre y él habían hablado hacía un rato. Y la charla no había sido bonita. Aulaworld había sido víctima de un *hackeo* y, según le explicó él, todo el sistema estaba bloqueado porque el cortafuegos no había frenado la intrusión. Lo peor que podía pasar había pasado: las copias de respaldo también habían sido afectadas en gran parte y tenían que ir módulo por módulo reseteando y reinstalando todo lo aprovechable. La cosa pintaba mal. Y, lo siento mucho, cariño, pero va para largo. Esto es una tragedia.

Su madre le gritó y despotricó, intentando que los niños no la oyeran, pero en cuanto se enteraron del inicio de la conversación ambos se habían agazapado en el pasillo, al otro lado de la puerta, como espías de dibujos animados, con Martín sujetando a Tralalá para que no les delatara. Según su madre estaban ahí perdidos, lejos de todo, sin coche, sin comida, sin nada que hacer. Y eso había sido idea de él: podremos ir a la playa y disfrutar de la naturaleza. Y una mierda. No, no iban a seguir allí sin él. Por Dios, si todas las casas rurales de la zona tenían piscina menos esa. Ni siquiera podía tener a los chicos entretenidos en el agua. Cuando él le sugirió que al día siguiente hicieran una excursión andando, ella le mandó a tomar viento (siempre era

muy medida con las palabrotas) y colgó.

Sofía vio que ya no le quedaba mucha batería. ¿Dónde diablos estaba su cargador? Joder, si es que todo le salía mal.

Bien, a grandes males, grandes remedios. Si Alberto no iba a volver, que es lo que estaba segura que iba a pasar, algo tendría que hacer. Dejó que transcurrieran unos minutos para intentar calmarse un poco y estudiar las posibilidades. No eran muchas, se temía.

A ver qué iban a hacer.

—Vale, chicos, venid aquí —les llamó a gritos, pero logró que sonara natural. Les aguardaba en el salón.

Ellos ya habían desaparecido en cuanto su madre había mandado a paseo a su padre.

Paula iba en biquini, no había encontrado su ropa interior y no quiso preguntarle a su madre porque estaba segura de que acabaría echándole la bronca número dos por descuidada: «¿Cómo que no sabes dónde tienes las bragas?». Así que lo había solucionado muy hábilmente con el biquini y había aprovechado para salir a tomar el sol, poco después de la bronca número uno de su madre. En realidad, entraba y salía de la casa constantemente, ahora agua, ahora un cojín para las hamacas que había fuera, ahora una gorra o algo para la cabeza, ahora el movilcornio; quería que sus amigas la vieran bien morena al regresar, desoyó el consejo habitual de su madre de darse crema protectora, su madre la compraba de factor 50 y eso significaba que si se untaba la crema podría estar dos años tomando el sol sin tostarse ni lo más mínimo.

—Reunión general —anunció su madre, a ver si se daban prisa. Tendría que pensar algo para la comida, quizás ir andando hasta el pueblo, a ver si en el bar de la carretera daban comidas, aunque no parecía tener pinta de restaurante.

Y allí estaban los cuatro de nuevo, con Martín acariciando a la perra como tenía por costumbre. Tralalá era su mejor amiga. Le metía la mano por debajo del collar antiparasitario y le rascaba esa zona que no solía ser accesible. Cuando dejaba de hacerlo, Tralalá le daba un toque con la patita,

como diciendo: «Vamos, no pares, sigue un poco más, hombre».

En el salón de esa casa decorada con una perturbadora mezcla de estilos, entre rústica y sección de minipisos de Ikea. Los niños y la perra en el sofá. Tralalá empezó a estirarse para que el niño le rascara la barriga, había que variar. Cuando Martín encontraba el punto, ella empezaba a agitar una pata hasta que Martín se encanaba de risa. Sofía parecía el sargento de *La chaqueta metálica*, paseaba despacio de lado a lado, intentando dar forma a sus ideas antes de transmitírselas a su pequeña tropa.

—A ver, vuestro padre está liado en el trabajo y todavía tiene para bastante tiempo, no sabe cuándo volverá. —Pausa. Y añadió entre dientes, más para ella que para los niños—: Eso si vuelve.

Los niños protestaron y refunfuñaron. Ya lo sabían porque habían pillado casi toda la conversación, pero disimular tampoco les costó demasiado. Ella les apaciguó con un gesto.

—Pero no pasa nada. Nosotros aquí no estamos mal. ¿Verdad?

Paula se recolocó la tira del sujetador del biquini, sus pechos habían crecido en los últimos meses y mostraban una molesta tendencia a asomar. Martín aceleró sus caricias a la perra, que ya empezaba a mover la pata.

—A ver, decid, ¿estamos mal o no? —Así que no era una pregunta retórica. Esperaba algún tipo de respuesta.

—Bueno —dijo el niño subiendo un poco los hombros, de manera que no significara nada. En realidad, lo que quería era volver a casa y esperar que el tiempo se detuviera para no tener que regresar a clase en cuanto se acabara ese puente. Al menos, en casa tenía su habitación en la que podía refugiarse y no tenía que interactuar tanto con su familia. Les quería, sí, pero con Tralalá le bastaba, ya no necesitaba nadie más.

Sofía miró a su hija. Paula se estaba preguntando si se le notaría la raya del biquini al volver, tendría que mover la cuerdecita con frecuencia para que no se le marcara.

—Ehh… —Reflejos desarrollados en clase—: No, no estamos mal. —Giró el cuello intentando averiguar si ya se le notaba un poco en el costado.

—Bueno, ¿qué os gustaría hacer? ¿Esperamos aquí los cuatro días que

quedan, a ver si vuestro padre puede venir con el coche? ¿O volvemos a casa?

A Martín le sorprendió esa opción.

—¿Y cómo volveríamos a casa? Papá se ha llevado el coche.

Pues sí, y ese había sido su mayor error. Tenía que haberle llevado ella hasta la estación de Valencia o de Castellón o de donde fuera y haber vuelto a la casa rural. Pero no, lo habían hecho de puta pena, Alberto había pecado de optimista y ahora ni siquiera tenían claro si podría volver a recogerles.

—Bueno, no pasa nada, podemos coger un taxi hasta la capital y volver en tren, o alquilar un coche.

—Tralalá ya es muy grande para viajar en tren. —Paula se sabía la normativa perfectamente, la había consultado hacía un tiempo, por si acaso la necesitaba—. Pesa más de diez kilos y no tenemos trasportín.

—Además, no aguantaría en uno —apostilló Martín. Y le preguntó a la perra—: ¿A que no quieres viajar en una jaula pequeñaja? —Tralalá le lamió el brazo.

La perra ya era grande, a pesar de ser joven, no crecería mucho más, pero pesaba quince kilos por lo menos. No la dejarían viajar en tren. Bueno, una posibilidad descartada.

—Pues… tendremos que alquilar un coche. —Ya no había mucho más que hacer. Volver en bus tampoco era una opción.

—Y ¿para devolverlo? —Sofía pensó que su hija estaba en todo, a veces le asustaba pensar que pudiera tener la cabeza tan cuadriculada como su padre.

—Ay, yo qué sé. Buscaremos alguna empresa que nos permita entregarlo en casa. —Y pensó: «Si la hay, si la hay». En La barraca d'Aigües Vives, por supuesto, no había servicio de taxi ni ninguna empresa de alquiler; tendrían que probar en Alzira, la cabecera de comarca, pero también era una localidad pequeña y no creía que pudieran encontrar el servicio. A lo mejor tenían que ir hasta Valencia para alquilar. Pero estaba a unos cuarenta kilómetros y ahí la logística empezaba a hacer aguas, llevaban un montón de equipaje, los dos niños y la perra. Mierda, tendría que buscar alguna

solución. Quizá pudieran volver en taxi, aunque suponía que eso le costaría un dineral, probablemente más que el alquiler de la casa. Y tendría que encontrar algún taxista que estuviera dispuesto a aceptar a Tralalá.

Empezó a agobiarse un poco y concluyó que tener unos días de vacaciones para estresarse pensando cómo regresar no le compensaba. Prefería perder el dinero del alquiler.

—¿Os parece que regresemos a casa antes?

—¿Antes?, ¿cuándo? —se interesó Martín.

—No sé, en cuanto pueda organizarlo.

—Hombre, yo, si no está papá, casi prefiero volver, sí. —Paula lo dijo con toda la inocencia del mundo, pero a su madre la frase le dolió un poco. Así que con su padre sí se quedaría, pero con ella no. Alejó esa tonta disquisición de su mente con un movimiento de cabeza.

Se quedaron todos quietos mirándose unos a otros. Bueno, pues ya estaba, ¿no?

Sofía resopló, vaya fracaso de vacaciones. Vaya mierda Aulaworld. Vaya huevazos los de su marido. Vaya casa desapacible, llena de crujidos y sombras. Y vaya viaje estúpido. Todavía no habían podido disfrutar de las supuestas maravillas de la zona y ya iban a volver. Bien, tendría que ponerse pronto manos a la obra.

—Mamá, ¿qué hay para comer? —preguntó Martín verdaderamente interesado.

Oh, mierda.

17

Dientes (Hace tiempo)

Se apartó la mano de la boca, la sangre era abundante. Miró a sus amigos, todavía estaban riéndose. Él no le encontraba la gracia por ningún lado. La boca le dolía, vaya si le dolía.

Sara se acercó, más temerosa que decidida, a ayudar:

—Hala, cuánta sangre. ¿Te has hecho daño?

Sara olía de maravilla, incluso con el palpitante dolor de la boca y el sabor a acero de la sangre pudo captar su aroma a flores. El inútil de Vicent seguía descojonándose. La rueda de la bicicleta ya se estaba parando, había estado girando desde el golpetazo contra el árbol. Esperaba que la bici no se hubiera roto o su padre le echaría una buena bronca, y ya sabía lo que eso significaba.

Entonces apartó la mano de la boca y vio un objeto en su palma; estaba bañado en sangre, era como un trocito de macarrón en medio de salsa, pero en plan asqueroso.

—Joder, tío, ¿eso es un diente? —dijo Sara entre asustada y excitada.

Hostia, era verdad, era un diente. El chico lo tocó suavemente con el

índice, como si fuera un animalito venenoso que pudiera saltarle a la cara. El diente se limitó a balancearse un poco sobre sí mismo.

—Y mira, tienes otro colgando. —Ahora el tono de Sara ya era un poco de huy qué asco. Y la niña experimentó algo parecido a un leve presentimiento.

Vicent había dejado de reírse. Joder, no esperaba que el tonto de su amigo aterrizara con los piños. Pero al pensarlo se le escapó una risita más. Joder, cómo había volado.

—Y yo creo que el labio también se te ha partido. —El diagnóstico de Sara cada vez era más preocupante—. Convendría guardar el diente en hielo para que te lo puedan reimplantar —dijo completamente en serio. Vicent se echó a reír, era su risa burlona, esa que dedicaba tantas veces a su amigo:

—Los dientes no se reimplantan, idiota, eso son los dedos.

—Bueno, que lo guarde por si acaso, algo tendrán que hacerle.

La idea aterró al muchacho víctima del accidente, ¿qué tendrían que hacerle? El concepto no sonaba nada bien. Ay, Dios. Seguía mirando el diente caído, no se atrevía a tocar con la lengua el que se suponía que estaba colgando, y tampoco es que sintiera mucho la lengua. La boca le ardía y la sangre cada vez era más abundante. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la boca, procurando no tocar el diente colgante.

—Me voy a casa, tengo que ir a casa —dijo, aunque no le entendieron, solo emitía palabras pastosas. Escupió y Sara se apresuró a mirar si en el gargajo rojizo había alguna otra pieza dental.

—No hay nada —dijo con algo que podría ser desilusión.

—Me voy a casa. —Ahora sí le entendieron. Jo, pues estaban lejos para volver andando. Y no estaba en condiciones para montar en la bicicleta, eso suponiendo que la bici no se hubiera jodido.

—Venga, yo te acompaño. —Y Sara le cogió del brazo. Le gustó. Su roce era suave—. Podemos salir a la carretera a ver si alguien pasa y nos recoge. Va, Vicent, echa una mano tú también, que si se ha metido la hostia ha sido por tu culpa.

—Eh, que yo solo le he rozado sin querer, el camino está lleno de baches. Y ¿qué quieres que haga, que lo lleve a caballito?

—Yo qué sé, tío, colabora.

—¿Te mareas? —le preguntó Vicent al chico. Este negó con la cabeza, la movió despacio, no fuera que le saltara alguna otra pieza más—. Joer, llevas el pañuelo lleno de sangre.

—Anda, vamos —dijo Sara. El chico se dejó hacer, estaba desorientado y preocupado, ¿qué sería ahora de su boca?, ¿qué le pasaría? Miró a Vicent y estuvo a punto de retirar el brazo. Ese imbécil. Pero sí estaba algo mareado, cada vez más, el dolor no cesaba y el miedo a lo que vendría después era igual de lacerante. Todo había sido culpa de Vicent. Primero el reto:

—¿A que no te atreves a bajar la cuesta a toda leche con los frenos anulados? Te echo una carrera. —Y su mirada desafiante y algo burlona—. ¿Tienes miedo? ¿Te estás cagando?

—Yo no bajo —dijo Sara—, si estáis locos vosotros, adelante; a ver quién gana.

—La pendiente es muy pronunciada —dijo el chico, al que la idea le parecía poco menos que un suicidio. Un rato después tendría un diente en su mano.

—Bah, eres un gallina. En esta vida no hay que tener miedo. Hay que vencer al pánico y lanzarse a tumba abierta. Yo no tengo miedo. El miedo es de cobardes.

Y con ese axioma tan inteligente lanzó la mayor mirada retadora del mundo.

—No, no es miedo. Es…

—Es miedo —le interrumpió Vicent antes de que pudiera encontrar la palabra que le liberara—, no busques excusas. Se trata de una carrera a tumba abierta. Tú y yo. Sara como jueza.

—Sí, sí, yo como jueza —dijo la chica dando botes en su sillín. Sara siempre estaba llena de energía, su alegría era contagiosa. Un tanto alocada, pero sumamente simpática.

—¿Ves? Sara te anima. —Y miró a Sara con picardía, en realidad se dirigió a ella—: Y ¿qué te parece si la jueza le da un premio al ganador?

La chica frunció el ceño; los tres estaban parados sobre sus bicicletas en lo

alto de la cuesta, delante de ellos una pendiente de casi quince grados de desnivel durante unos trescientos metros. El camino estaba sin asfaltar y se apreciaban claramente las rodadas de los vehículos agrícolas; en el centro, un reguerillo de hierba y matojos. Y al final de la cuesta, una curva bastante cerrada que terminaba en un cañizo, una acequia y naranjos al otro lado. Bajar sin frenos era una locura. Girar a tiempo sería imposible, porque la bicicleta iría demasiado rápida para poder tomar la curva.

—Va, Sara, ¿qué premio le puedes dar al ganador? —Vicent le puso morritos y le propuso mirándola a los ojos—: ¿Un besito?

Sara fingió meditar:

—Espera que lo piense. Uhmmm… Una mierda, mejor.

—No, va, va, Sara. Tú nos esperas abajo y nos ves llegar. Y al que gane le das un beso como gran premio. La hazaña tiene su mérito, ¿qué menos?

Vicent también estaba coladito por Sara y parecía ser el que más posibilidades tenía de conseguirla, su carácter dominante y la seguridad que exhalaba le convertían en el macho alfa de esa pequeña manada de tres.

—Si no, no bajamos.

Entonces el chico que todavía tenía la dentadura completa se decidió y dijo con tono inseguro.

—Hombre, por un premio, yo bajaría…

Sara le miró asombrada, ¿eso era una especie de declaración o algo? Desde luego, resultaba halagador. Miró a los dos chicos, preparados en sus bicis, ante el abismo. Y ella era la damisela por la que competirían. Le agradó la idea. Un par de idiotas peleándose por ella. Algo completamente diferente a lo que vivía día a día en su casa.

—Venga, pero el beso en la mejilla, eh —concedió finalmente.

—Bueno, eso ya lo veremos —dijo Vicent riéndose. Él soltaba las bromas y, si luego colaban, eso que se llevaba—. Venga, pues vamos allá.

Los preparativos fueron rápidos. Vicent llevaba una navajita que usó como destornillador para dejar suelta la sirga de los frenos en ambas bicicletas. De nada servía apretar el freno. La sirga bailaba un poco arriba y abajo, pero la pinza de frenado no atrapaba la rueda.

Justo antes de empezar, con Sara esperando abajo, los dos chicos se enfrentaban al camino, cada uno bajaría por una rodada.

—¿No te da miedo? —dijo Vicent.

—Como tú has dicho: tener miedo es de cobardes.

—Pues deberías tener miedo. Voy a ganar yo. A cualquier precio. Y me quedaré con Sara. Ahora será un beso, pero pronto será un polvo.

Abajo, Sara les saludaba agitando su gorra.

—¿Preparados? —gritaba.

—¿Preparado? —le preguntó Vicent; el chico todavía le miraba un poco alucinado, no esperaba oír lo que acababa de oír. Miró abajo y gritó:

—Preparados.

—Vale, a la de tres ¿Me oís? ¡Eh! Va. Una, dos y… —Bajó su gorra con fuerza—. Tres.

Y los dos muchachos se lanzaron pendiente abajo. El chico enseguida se dio cuenta de que había sido un error, intentó zigzaguear con la rueda para reducir la velocidad. Vicent enseguida le adelantó, gritaba como si estuviera en una montaña rusa. El chico de los dientes en la mano intentó ir por la hierba para que le frenara un poco. No sirvió de mucho, de forma instintiva apretaba el freno, hasta que le dolía la mano, pero seguía inactivo. Cada vez cogía más velocidad. Se dijo que bueno, que al menos lo intentaría. Que a lo mejor sí podía tomar la curva de abajo y aterrizar tirándose al ribazo de hierba. Vicent había estirado los pies y frenaba con ellos sobre la rueda delantera. No era mal sistema, pero ¿eso no era hacer trampa? La cuesta era larga, pero a la velocidad a la que bajaban no tardarían mucho en llegar. Vicent se sorprendió al ver que su amigo le adelantaba.

Ah, no, eso no. Y retiró su zapatilla de la rueda. Sara corrió a refugiarse. Ambos descendían lanzados. Estaban a punto de llegar. Vicent se acercó a su rival y sin pensarlo dos veces le propinó un fuerte empujón. Él estuvo a punto de desequilibrarse, pero logró controlar la bicicleta y frenar con los pies. Su amigo no tuvo tanta suerte, trastabilló con la bici convertida en un potro salvaje y fue a dar de bruces con un enorme nogal que había casi al final del camino. Incluso arrancó un trozo de corteza; faltó muy poco para

que cayera contra los zarzales de al lado.

Y el resultado ahora era este. Sus amigos sujetándole y ayudándole a andar, mientras su boca se desmoronaba a pedazos. Sara le dijo:

—No te preocupes, te llevarán a Urgencias y te ayudarán.

El chico cerró los ojos con una expresión que no era solo de dolor, sino de pura inquietud. Veía dentistas por delante y quizás operaciones, hierros hurgando en su boca y arrancando pequeños fragmentos de dientes que todavía permanecían en las encías desgarradas. Comenzó a llorar muy despacito. Joder, ya era mayor para esas cosas, pero le dolía y estaba asustado.

Apoyó su frente contra el hombro de Sara, procuró no mancharla de sangre, dejó su boca lejos de la chica; ella le pasó una mano por la cabeza. Era una caricia suave. Sara ladeó un poco la cabeza y le besó apaciblemente sobre la oreja.

—Vamos, tranquilo, no pasa nada —le dijo muy bajito, y fue como música.

El chico balbuceó algo sin sentido. Vicent se apartó un poco. Eh, ¿qué estaba pasando? Había ganado él, había llegado el primero a la meta. Bueno, en realidad había sido el único, su amigo se había quedado unos metros más atrás, estampado contra el árbol.

Sara retiró al chico dulcemente para que no acabara manchándola. Una cosa era ser su amiga y que le diera pena y, otra, joderse la camiseta.

Vicent les miró con una expresión indescifrable.

—Anda, ve hasta la carretera —dijo ella dejando entrever la mujer en la que no llegaría a convertirse, porque moriría antes—. A ver si pasa alguien y nos puede recoger. Te esperamos aquí sentados en esta piedra, yo creo que está a punto de desmayarse.

Vicent echó continuos vistazos atrás mientras hacía lo que la chica le había indicado, hasta que una curva hizo que se perdieran de vista. Eso no le gustaba nada, nada de nada. ¿Por qué estaba ella acariciándole el brazo?

No quedaría así la cosa. Ya vería ese desdentado de mierda.

18

Josefa

—Ah, claro que sí, sí, aunque yo hablé con su marido. Es su marido, ¿no?

—Sí. Lo es. Alberto.

—Lo primero que quiero es pedirles disculpas de nuevo por no haber podido ir a abrirles la casa y enseñársela.

—Oh, no se preocupe, todo fue bien. Nos dieron las llaves en el bar, como dijo.

—Ya, pero así no es como se hacen las cosas. Me gusta dar el mejor servicio a los huéspedes. Es que tuve que ir a la capital, estoy de pruebas, tengo una rodilla un poco mal, tienen que irrigarme, *filla*. ¿Sabe lo que es? Duele y me cuesta mucho andar. Los años…

—Nada, señora Josefa, no se preocupe. Yo le llamo por un tema delicado.

—Pero eso no me excusa, esta misma tarde voy a pasarme por La marquesa, y así la saludo y hablamos un poco. ¿Qué tal lo han encontrado todo? ¿Les dio Paco las indicaciones adecuadas cuando les entregó las llaves?

—Sí, sí todo está bien. Paco es el del bar, ¿verdad? Nos dio las llaves, nos explicó cómo llegar y nos habló de la zona de la casa que estaba cerrada, nos contó que nuestra zona era el ala izquierda.

—No se lo tome a mal, pero hay huéspedes que alquilan un par de habitaciones, como ustedes, pero luego utilizan todas las demás. Yo viví allí

muchos años, con mi hija y mi marido. La casa es bastante grande, ya lo era para nosotros, pero mi marido, que en paz descanse, quería disponer de espacio y de habitaciones de sobra. Y por eso hay una zona cerrada con llave, porque no es necesario usarla. Por favor, no entren en ella.

—No, no, no se preocupe. De todas formas, yo quería comentarle algo importante que ha ocurrido.

—Ay, Dios, espero que no sea nada grave. ¿Están bien los chicos?

—Sí, no se preocupe, estamos todos bien. Pero a mi marido le ha surgido un gran imprevisto y se ha tenido que ir. Y bueno, yo me he quedado sola con los chicos y he decidido que también tengo que volver. Aquí estamos un poco lejos de todo, sin disponer de coche… Así que tendría que dejar la casa.

—Pero ¿qué dice, mujer? No me diga. ¿Pero es algo grave?

—No, son temas de trabajo, de mi marido, pero el caso es que yo no puedo quedarme sola con los niños y tengo que irme.

—No, mujer, no, no se vaya. *Déu meu*, si necesita ayuda, yo le echo una mano. Bueno, siempre que esta pierna me lo permita. Cada vez va peor, ¿sabe? Me cuesta mucho andar. Y bueno, no hay servicio de taxi, pero siempre podríamos buscar alguna solución. El pueblo no está tan lejos, es solo un paseo…

—No, me tengo que ir, lo hemos decidido.

—Ya. Qué lástima.

—Y, bueno, había pensado si podríamos anular la reserva de los días que quedan.

—¿Anular la reserva? Pero, mujer, ¿cómo van a anular la reserva, si ya están instalados? No se trata de una reserva, sino de un uso en curso. No es una reserva y, además, no había seguro de anulación. Ya lo pone bien claro en las condiciones de contratación. Y así se lo indiqué a su marido. No, lo siento mucho, pero eso es imposible.

—Ya, lo imaginaba, pero, bueno, he pensado que quizá…

—No, no y no. Ya se lo he dicho. Por favor, no insista.

—Bueno, vale, lo entiendo, solo se lo comentaba, por si podía hacerse

algo.

—Pues no, *ho sent*, lo siento.

—Ya. Y… y… no sé. Otra cosa. No tengo muy claro cómo podría ir a Alzira a alquilar un coche. No tengo cómo moverme. Usted, que es de la zona, a lo mejor podría ayudarme.

—Bueno, yo le aconsejaría que fuera directamente a Valencia. Puedo hablar con el hijo de Paco, Joan, y a lo mejor él podría llevarles a la capital. Ya ha hecho de taxista alguna vez, le llamamos el Uber en plan de broma. Bastará con que le pague la gasolina y le dé algo por las molestias.

—Oh, eso estaría genial. Podríamos ir con el hijo de Paco hasta Valencia y allí alquilar un coche hasta Madrid.

—Sí, supongo.

—Muy bien, muy bien. Ay, muchas gracias. Me ha hecho un favor enorme.

—Me alegro, la verdad. Creo que ya tiene el número del bar de Paco, se lo di a su marido. Y si no, no importa, se lo paso por WhatsApp ahora, y lo mejor es que le llame y hable con su chico, es un *sagal* muy majo. Póngase de acuerdo con él. Y a mí ya me dirá cuándo dejan la casa.

—Sí, me pongo de acuerdo con el hijo de Paco, ahora mismo.

—Bueno, pues eso.

—Ay, gracias, señora Josefa.

—No hay de qué hija. No hay de qué. Esto…, solo una cosa más. Le recuerdo que no pueden entrar en la zona de la casa que está clausurada. Se lo digo, no sea que los niños, enredando, se metan o algo.

—No, tranquila. Mis hijos están bien educados.

—Bueno, pues nada. Llame al bar de Paco.

—Gracias por todo, señora Josefa.

—Nada, y si necesita cualquier cosa, ya sabe dónde encontrarme.

Sofía pulsó el botón de colgar. Le quedaba ya poca batería.

—Vieja cacatúa fingida.

Y justo entonces llegaron los gritos de Paula.

TERCERA PARTE

LA NOCHE

19

Daniel

No pienso apagar la luz del baño; sé que no va a servir de nada mantenerla encendida, pero no pienso hacerlo. Marimar ya se ha dormido, al final ha dejado de protestar por la lamparita. Y Víctor hace rato que también ha caído frito, todavía sujeta su lego de Batman. Está a mi lado medio abrazado a mí. Yo estoy agotado del viaje y de la intensidad de las últimas jornadas, pero no hay manera de que pueda dormir. Llevo ya un montón de horas sin pegar ojo, no sé ni calcularlas. ¿Fue anoche cuando apareció la mujer? Parece que haga mucho más tiempo.

Víctor es un encanto de niño, se ha portado bien durante todo el viaje, a pesar de lo mal organizado que ha estado todo: su comida ha sido una bolsa de frutos secos y varios caramelos. Y luego en el hotel hemos tenido que conformarnos con unos sándwiches de máquina y un par de palmeras de chocolate, porque este hostal no tiene restaurante ni bar. A Víctor le ha encantado cómo la máquina arrojaba los sándwiches a la bandeja expendedora. Solo quería que sacáramos más cosas para ver cómo avanzaban por su pasillito y se precipitaban al vacío. Se reía como si fuera lo

más divertido del mundo. Me ha gustado oírle reír, lo necesitaba; me ha recordado que hay algo más en este mundo. Pero la opción del suicidio sigue pulsando con latencia continua. Es la salida más cómoda, yo mismo se lo justifiqué a Sara. Me da pena no haberlo logrado esta mañana, todo habría acabado ya. Ni la presencia de Víctor es un consuelo.

Marimar sigue enfadada conmigo, como cuando éramos adolescentes y yo le hacía alguna trastada. No me dirige la palabra si no es estrictamente necesario.

Si uno presta atención hay muchos ruidos en las habitaciones de los hoteles: cisternas descargando dos plantas más arriba, extractores de aire ronroneando sin parar, un casi imperceptible clic de la lucecita parpadeante del detector de humo, el rumor del tráfico de la carretera cercana, el zumbido de algún reóstato medio fundido. Y las vueltas que Marimar da en la cama de al lado. No dejan de ser sonidos reconfortantes por lo mundanos, pero yo intento asegurarme de que no hay nada más, que la mujer muerta no se arrastra hacia mí, proveniente del estrecho pasillo de entrada, con su goteo de limo sucio.

Al final hemos tenido que hacer noche en un hotel de carretera en las afueras de Valencia. Una cosa muy cutre que no sé si es para camioneros o para citas sórdidas o para citas sórdidas de camioneros. Ni siquiera aparecía en Internet, Marimar lo ha visto desde la carretera y ha tomado el ramal para acceder a él. Yo solo he encontrado una casa rural que mañana queda libre, también sale cara, pero está justo al lado de La Barraca d'Aigües Vives. El precio de esta habitación en la que estamos ahora ha sido desproporcionado, pero era eso o nada. Al menos tiene un pequeño baño, podría haber sido peor. Así que ya lo veis, aquí estamos los tres, compartiendo habitación con mi hermana por primera vez desde hace años; con Víctor durmiendo a mi lado, y con el miedo a que la mujer vuelva a aparecer.

Para colmo me duele la cabeza del golpetazo de esta misma mañana, cuando… Bueno, cuando… Parece mentira que solo hayan pasado unas pocas horas. Es un dolor como un mordisco continuo, no un gran bocado,

pero sí unos dientes que no acaban de soltarte.

A pesar de la luz del baño, el rincón junto a la ventana sigue bañado en sombras. Sé que será por ahí por donde aparezca, que se colgará de la barra de las densas cortinas como un lagarto lento y volverá a desplazarse con movimientos desmontados.

Si presto atención veo algo brillante que podrían ser sus ojos. O un reflejo de la barra de la cortina. La oscuridad es muy densa, una isla de noche. Pero estoy preparado. He dejado el móvil a mano. Lo tomo procurando no moverme demasiado, por dos razones: para no despertar a Víctor y para no alertar a la mujer. Puedo manejarlo perfectamente con una mano, aunque algunas cosas me cuestan un poco, pero me ayudo de mi muñón para apoyarlo en él. Lo enciendo. El resplandor me ciega y paradójicamente vuelve las sombras más oscuras. Detección de huella dactilar.

Acceso directo a cámara. Vídeo. Pero no le doy a grabar. Enfoco a la esquina del techo. La cortina es en realidad una tela gruesa que pretende evitar que el sol entre al amanecer y muere allí arriba, entre la pared y el techo. Solo veo una imagen granulada, algunos puntos borrosos y poco más. Sí, eso es la cortina. Y eso, la barra. Activo la opción Pro, hay un deslizante que me permite ajustar la luz. Con una misma mano, puedo sujetar el móvil y desplazar la barrita. Los granos de la imagen parecen iluminarse. Eso es la pared. Podría estar escondida detrás, colgada como ropa vieja.

Desplazo el objetivo a lo largo de toda la barra, va de lado a lado de la pared. No, la mujer no está allí.

Quizá la hemos dejado atrás, puede que todavía esté en nuestra casa. Apago el móvil y los puntos de luz siguen grabados en mi retina. Entonces, antes de que mis ojos vuelvan a acostumbrarse a la oscuridad, la veo desplazarse desde el pie de mi cama hacia el pasillo del baño. Es como si el viento arrastrara periódicos deshojados. Me trago el grito. No. No quiero despertar a nadie. Pero me gustaría poder demostrarle a mi hermana que no estoy loco, que esa mujer imposible existe y me acosa. Me siento en la cama, la mía es la que está más cerca del baño. Víctor se remueve un poco, pero sigue dormido. Le arropo, no hace frío, pero siento que eso le protege un

poco.

Anoche solo me dediqué a huir de la mujer y a esconderme, pero ahora ha llegado el momento de hacerle frente. Hemos venido hasta su tierra para no sé muy bien qué y ya estoy cansado de huir; si quiere algo, que me lo diga.

Sin quitar la vista del baño me yergo. El resplandor de la lámpara llega hasta el pasillo de entrada y dobla perezoso el recodo hasta la habitación. Me pongo de pie, por supuesto a la pata coja, no me he quitado la prótesis de la derecha. Siempre dejo la muleta cerca, con solo una me apaño bien. La cojo. Miro a Marimar: duerme. No he mirado la hora en el móvil, no tengo ni idea de la hora que puede ser. Si me preguntas si tengo miedo, no te mentiré; claro que estoy aterrorizado. Pero esta misma mañana (aunque parezca que han pasado semanas) esa mujer se arrojó sobre mí y me hizo caer de la silla de la cocina. Me golpeé la cabeza, que todavía me duele, por cierto, y perdí el conocimiento. No quiero ni imaginar qué pudo pasar con ella mientras estaba sin sentido. De acuerdo, tengo miedo. Y he visto suficientes películas de terror para saber que uno nunca debe descender al sótano en el que han oído un ruido, ni siquiera para encender los plomos. Como mínimo, le saltará un gato encima. Y sé que no debería acercarme al baño, y sé que lo que hay aquí no es un gato, sino una mujer muerta.

Me acerco despacio. ¿Por qué lo hago? Pues porque estoy harto, porque hemos hecho un viaje de unos cuatrocientos kilómetros para liberarme de ella, porque quiero que Víctor no esté amenazado y también, un poco, porque, joder, quiero saber qué ha pasado y qué es eso.

Llego al pasillo. Las dimensiones de la estancia son diminutas y la puerta del baño está aquí mismo, a tan solo un par de pasos. Sigo adelante, empiezo a ver cada vez más parte del interior. La lamparita que he dejado encendida es la de un aplique que hay sobre el lavabo. Oigo un ruido procedente del interior y lo reconozco, lo he oído antes al utilizar el baño, el portarrollos está medio suelto y baila contra las baldosas descascarilladas de la pared. Es como si alguien lo hubiera movido. O hubiera pasado sobre él, pienso con un estremecimiento.

A la mierda. Dos pasos más y me enfrento al interior del baño. Imagino

mi insegura silueta recortada contra la puerta. Intentando abarcar todo el interior con una sola mirada. No hay bañera, solo un plato de ducha con manchas de óxido y una desgastada cortinilla de plástico recogida en un extremo con una pinza de tender.

El depósito de la cisterna es de los antiguos, de los que están en lo alto, la cadena es una cuerda de tender que acaba en un rebujón de nudos. Y allí está ella, medio sumergida en el depósito, medio asomada fuera. Uno de sus brazos cuelga con el codo doblado del revés, y el pelo húmedo flota entre el agua y el techo. Venzo mi primer impulso de salir corriendo, meterme en la cama y taparme hasta los ojos. Sus movimientos son espasmódicos, como si no controlara su propia forma. El brazo se retira fluctuante y pronto asoma un pie, como si las extremidades estuvieran mezcladas conformando una masa demencial. Sigo plantado, mirándola. Se mueve, salpica agua del depósito, estira la pierna sobre la oxidada tubería que sale de la pared y el pie y la rodilla no tienen la distancia que deberían. Se desparrama sobre el depósito y entreveo su rostro. Sus cabellos lacios y llenos de barro lo cubren, pero no evitan que escape el brillo de sus ojos, son como dos leds débiles indicando la posición de sus pupilas quebradas.

Levanto el brazo de la muleta y la señalo con ella. No sé por qué lo hago, quizá para indicarle que la veo y que no me voy a mover de allí. El baño es pequeño. Y si ella se estirara podría atrapar mi muleta. Su cabeza fluctúa, como si estuviera probando diferentes formas. De nuevo aparece uno de sus brazos, sale de detrás de su espalda, y no puedo imaginar qué tendones marcan sus movimientos. Ella me señala a mí y se me antoja que debemos parecer como ese famoso cuadro de Miguel Ángel, *La creación de Adán*, con Dios y el hombre acercando sus dedos. Y casi me dan ganas de reír cuando pienso que, bueno, que igual nos parecemos más al chico de E. T. y al marciano uniendo sus índices. Mi casaaa.

En cualquier caso, todavía queda un espacio entre sus dedos vibrantes y mi muleta. Finalmente, la bajo, pesa bastante, se me cansa el brazo y mi equilibrio es precario. Doy un paso hacia el interior. Ni yo mismo me lo creo.

La miro a lo que podría ser su cara. Ahora pasa una pierna sobre ella, como si hiciera un ejercicio de yoga imposible. Y le digo muy despacio:

—Sara.

Entonces se agita como sacudida por una descarga, se repliega sobre sí misma y desaparece dentro del depósito convertida en un amasijo de extremidades.

Sé que ya no está en el depósito.

Me giro y me planto ante el espejo. La lamparita me proporciona aspecto de enfermo de hígado. Todavía quedan rincones poco iluminados, detrás de la taza o tras la raída cortinilla de ducha.

—Sara —digo para mí mismo. Es ella, la mujer que se suicidó por mi culpa. Mi reflejo no parece el mío.

—Sara —repito, pensativo. Eh, un momento. ¿Cómo funcionaban estas cosas? Había que decir el nombre tres veces frente al espejo, ¿no?

No, no, no. No lo volveré a decir. Ni de coña, ya he tenido demasiado por esta noche, y no sé qué pasaría si lo volviera a repetir, probablemente nada, pero no quiero más Sara. Por si acaso, lo único que digo es:

—Buenas noches.

Nada me responde.

20

Dientes

Capítulo 2

La oscuridad de la noche era densa como pure de patata y la tajada de luna brillaba como una rebanada de melon en lo alto del firmamento repleto de estrellas, constelaciones y universos. La niña no, no lo sabía, pero los zombis iban a por ella. La manada de muertos vivientes y aullantes, llegó a la granja y arremetió (o arremetieron, comprobar) contra las puertas de madera crujiente. Cuando las echaron abajo con enorme estruendo de trueno explosivo ensordecedor la niña gritó de terror estaba muy asustada, apunto de enloquecer. Los zombis la habían rodeado y no tenía escapatoria.

Bueno, no está mal. Me he liquidado el capítulo uno, y el dos empieza sensacional. Ya seguiré en otro momento. Pero, joer, soy bueno escribiendo novelas de terror, nada de falsa modestia, soy mucho mejor que algunos autores consagrados y figuras de relumbrón, que solo van de creídos. Ya llevo más de seis páginas de esta novela y me está quedando genial. Los que la lean se cagarán de miedo y yo disfrutaré viéndolo. Pero, bueno, esta noche tengo cositas que hacer. Los zombis tendrán que esperar.

Ni un dolor. Eso quiere decir que estoy haciendo lo correcto. Vamos al tajo, jejej, me siento alegre y me da pena no poder compartir esto con el mundo. Esta es la noche del terror desatado. Ay, se me escapa el escritor famoso que llevo dentro. Pero hoy es cuando voy a hacer lo que más me

gusta del mundo.

A ver, inventario: ropa oscura, puesta. Check. Ropa de recambio por si acaso, en la bolsa de deporte. Check. El paquete de salchichas para la perrita. Check. Las herramientas especiales, también en la bolsa de deporte, excepto el soldador electrógeno, que está ya en el maletero del coche. Check, check. Las llaves de La marquesa y de la casa de los cien escalones, en el bolsillo. Check, check, check. Todo check.

Ay, estoy ansioso y nervioso, no veo el momento. Lo de la noche pasada estuvo muy bien y admito que disfruté, pero no fue nada comparado con lo de esta noche. Y lo de los papelitos y los dientes no había terminado de funcionar, porque entre niños y perros lo habían acabado fastidiando todo. Es lo que tiene el terror psicológico, que es demasiado sutil. Donde haya una buena evisceración… Va, no, que es broma. Hoy estoy juguetón. Me esperan unas horas sensacionales, orgásmicas. El sueño de mi vida. Pero me obligo a calmarme un poco. Lo que voy a hacer tiene su riesgo y he de ser cuidadoso. No estoy loco, así que tendré que ir con precaución, como con la inglesa, que todo salió perfecto.

De todas formas, ahora cuento con un gran aliado: mi muela que me indica todo lo que tengo que hacer. Gracias a ella podré llegar hasta donde nunca he llegado antes.

¿No es así?

Ni un dolor. ¿Ves? Eso quiere decir que estoy haciendo lo correcto.

Bueno, venga, que ya va siendo hora. A por la niña.

21

Sofía

Vaya mierda de día, pensó mientras se dejaba caer en la cama. Estaba exhausta, pero al menos mañana dormiría en su cama. Y, bien, ya tenía todo encarrilado. Ni siquiera habían llegado a desembalar la mayor parte del equipaje y se preguntaba cómo diablos se las organizaría para mover tal cantidad de bolsas. Las cuatro garrafas de agua mineral que habían llevado las tendría que olvidar, por ejemplo. Al salir hacia Madrid, Alberto había dejado allí todas sus cosas.

En este momento, Sofía pasaba de esa mierda de vacaciones echadas a perder, pasaba del dinero abonado por la casa rural, de lo que le tendría que pagar al hijo del tipo del bar para que le llevara a Valencia y de lo que le costaría el coche de alquiler hasta Madrid. Un montón de pasta tirada. Pero de verdad que prefería volver a casa, y, por lo visto, los chicos también, no tenía ninguna necesidad de pegarse tres días más en una casa incómoda, sin nada que hacer más que desear volver.

Martín se había pegado todo el día amodorrado sin separarse de Tralalá y lo único que hizo fue salir a dar un paseo con el animal, pero volvió

enseguida porque hacía calor. Paula siempre estaba feliz, se hacía *selfies* con su biquini amarillo e iba salpicándolo todo de una alegría refulgente. Por cierto, necesitaba otro biquini con urgencia.

Suspiró, al menos había logrado organizarlo todo. Al día siguiente se marcharían de La marquesa. A la mierda. Se acababa de tomar un par de Orfidales, mano de santo para dormir, le sentarían de maravilla, seguro. Se sentía agotada, pero ya había quedado con el del bar; tenía una furgoneta pequeña, todas sus cosas cabrían sin problemas, y, aunque fuera contra las normas de circulación, los chicos podrían ir dentro de la caja con Tralalá. Seguro que no les importaba y veían el viaje como una aventura. Si salían de La marquesa a las nueve de la mañana, podrían estar en Valencia una hora más tarde. Ya había reservado un coche de alquiler, solo tendrían que pasar todos los bultos de la furgoneta al coche y marchar rumbo a casa. Y olvidar esa pesadilla de vacaciones, en la que los gritos y los sustos estaban a la orden del día, ella era una mujer pragmática, no creía en fantasmas ni tonterías semejantes, pero tenía que admitir que en esa casa pasaban cosas raras, como cuando Paula la llamó a gritos después de salir de la ducha porque en el cristal empañado del espejo había aparecido el mensaje «Vais a morir». La verdad es que resultaba aterrador, como si estuvieran dentro de una mala película de terror. Abrazó a su hija y se alejaron del espejo, como si pudiera surgir algo de él y atraparlas. Paula miró a todos lados y se llevó a su madre hasta una esquina para que sus espaldas quedaran cubiertas. Sofía le echó la culpa a Martín, ese crío que siempre estaba gastando bromas tontas:

—Esto es cosa de tu hermano, seguro. Ahora hablaremos con él. —Paula no se tranquilizó en absoluto y, mal cubierta con la toalla, se marchó corriendo a su cuarto, mirando a todos lados. Como no encontró su ropa interior, acabó poniéndose el biquini de nuevo.

Sofía se había quedado sola en el baño. Era verdaderamente inquietante. Pero, bah, a la mierda, seguro que era una broma de Martín. O incluso de algún huésped anterior. Martín a veces, en invierno, jugaba a escribir mensajes en los cristales del coche y al echarle el aliento aparecía «tonta», y Paula se enfadaba. Seguro que era algo así. Examinó las letras: estaban

escritas con un dedo y no precisamente de niño, el trazo era grueso. Pasó una toalla con determinación y lo borró todo. Una pena, porque las huellas dactilares le hubieran podido resultar muy útiles a la policía científica poco después.

Tiró la toalla a la bañera.

Ahora, ya había dejado atrás ese día de locos, con caminata al pueblo incluida y comida en el bar de Paco a base de bocadillos. También había hablado con su marido, no le apetecía nada hacerlo, pero tenía que contarle sus planes. Alberto seguía liado con sus rollos de ordenadores y servidores dedicados, al menos ya habían comenzado a rescatar datos y a dar servicio a ratos. Le daba igual. Al principio, a Alberto no le pareció bien que volvieran tan pronto a Madrid, todavía podían disponer de la casa tres días más, pero cuando su mujer le explicó con tono cortante que estaba hasta el coño y que ella sola no quería cargar con toda la responsabilidad y soportar a los niños que no tenían ningún entretenimiento en la casa, pareció entenderlo, o más bien, no le quedó otro remedio.

—Prefiero estar trabajando en la gestoría que estar aquí colgada con los niños.

Vale, nada que objetar. Al final Alberto le acabó dando la razón. La despedida fue un tanto desangelada:

—Bueno, mañana nos vemos, ¿no? —dijo Alberto con un tono que medio podría ser insinuante. Este hombre no está bien de la cabeza.

—Sí, supongo que llegaré a media tarde —respondió con tono de surtidor de gasolina—. Oye, espera, una cosa. ¿Te llevaste tú mi cargador de móvil?

—Noo, cari, yo no lo toqué, me llevé solo el mío, creo que la última vez que lo vi estaba en la mesilla.

—Joer, pues no lo encuentro y estoy en las últimas, no me queda nada de batería. Lo he buscado por todas partes.

Estuvo a punto de contarle todas las cosas raras que habían pasado en esa casa, las sillas sobre la mesa de la cocina, el mensaje en el espejo, la desaparición del cargador, la actitud de los niños…, pero prefirió callarse, tendría que hablar mucho rato y no le apetecía demasiado prolongar esa

conversación; además, las pastillas para dormir ya estaban haciendo efecto.

—El cargador de Paula no te vale, ¿no?

—Bah, es de los antiguos, el móvil es uno viejo de los tuyos —descartó ella —. Ya lo he probado y la clavija es diferente.

—Bueno, pues que la niña cargue bien el suyo, antes de salir, por si lo necesitas durante el viaje, creo que tiene Google Maps instalado, si no lo ha borrado, yo lo tenía, te puede venir bien para moverte por las carreteras.

—Jo, la batería, otra preocupación más.

—Venga, Sofi, cielo, ánimo, que mañana ya estarás en casa.

No sabía lo equivocado que estaba.

—Bien, pues hasta mañana, cariño.

No.

22

Martín

Se alegraba de que esa fuera la última noche en la casa. En esa cama incómoda y que crujía con cada movimiento. Era todo una mierda: la casa, los naranjos, la caminata hasta el pueblo, el bar cutre en el que habían comido; su hermana, que siempre estaba dando saltitos como un dibujo animado acelerado; su madre, que le echaba la culpa de cosas que no había hecho y, sobre todo, de los imbéciles del grupo «Martín comemierda», que seguían intercambiando mensajes metiéndose con él.

Ahora les había dado por sacar fotos de sus mierdas, literalmente, y subirlas para hacer un «Menú para Martín». Una estaba flotando en la taza, se veía desenfocada y medio diluida en el agua. Otra debía ser de un perro porque se veía sobre césped. Otra estaba tomada de Internet porque se notaba que la habían recortado y habían puesto una banderilla con un cartel que decía «Martín kebab». No eran caricaturas divertidas, con dibujitos de cacas con ojos, sino imágenes sórdidas y desagradables. La peor era una foto de caguerilla sobre baldosas, las heces eran casi completamente líquidas y estaban esparcidas como si en el momento de la excreción hubieran

salpicado por todos lados. Casi podía sentirse el olor a descomposición. Y parecía sacada por uno de ellos. Había un texto adjunto especialmente doloroso: «Martín después de saltar por el balcón».

Su amigo Pablo se apresuraba a reenviarle todos los mensajes. Ahora les había dado por intercambiar memes: en el primero se veía una foto de un rollo de papel higiénico y el texto al pie decía: «La servilleta que prefiere Martín». Otro era una foto de un frasco de laxante y el texto «Lo que le abre el apetito a Martín». En el tercero se veía la fachada de un restaurante con un gran cartel que indicaba: «Buffet libre», y la frase «Lo que piensa Martín cuando alguien le manda a la mierda». En el último había una gráfica del ciclo del agua, lo habían estudiado hacía poco en sociales, y el comentario decía: «Te voy a explicar el ciclo del agua con un ejemplo: es como si Martín se conectara una goma directamente de su culo a la boca». Martín hubiera preferido que su amigo dejara de reenviarle estas cosas, habría preferido no saber nada. A fin de cuentas, no se lo mandaban a él (¡Porque sus padres no le dejaban tener teléfono!), sino que se los intercambiaban entre ellos. «Así estás al tanto de lo que hacen y lo que dicen», le explicó Pablo. Se preguntó, una vez más, si su amigo, para seguir formando parte del grupo, también enviaba fotos y comentarios despectivos, no le extrañaría. Apagó el movilcornio y lo dejó bajo su almohada, se lo tendría que devolver a su hermana antes de que se despertara.

—Tralalá —susurró a su perra, dándole pequeños tironcillos en el pelaje del cuello. En época de muda siempre se llevaba algún mechón, pronto empezaría—. Tú no me fallarás nunca, ¿verdad?

Solo estaba a gusto con su mascota. Tenía miedo de lo que pasaría el próximo día que fuera a clase, cuando los imbéciles se acercaran a él y le preguntasen si tenía hambre. Temblaba solo de pensarlo y se le encogía el estómago. No quería volver a pasar por eso. No podía. Quizá debería decírselo a un profesor, es el primer consejo que dan en las charlas: díselo a tus profesores. Una mañana en la que el grupo de imbéciles le había hecho pasar muy mal rato, se armó de valor y cuando vio a su tutora acercarse por el pasillo se dirigió a ella y le preguntó si podía hablar con ella.

—Claro que sí, cariño —respondió sin dejar de caminar—, pero ahora me pillas en mal momento, tengo que ir a una reunión, pídeme una cita a través de la aplicación, anda. —Su tono fue amable, pero tres segundos después ya se perdía pasillo adelante, mientras Martín seguía plantado en medio, viéndola alejarse. Ella no intentó volver a hablar con él.

También podría decírselo a sus padres, aunque su padre siempre estaba a lo suyo; era simpático, pero Martín nunca acababa de sentirse cómodo con él, a veces le exigía demasiado y sentía que no le daba las herramientas para conseguir lo que le pedía; y su madre, bueno, su madre, enseguida perdía los estribos, era probable que incluso le gritara a él. ¿Cómo te dejas hacer esto, *hombre? ¿Cómo has podido llegar a estos extremos?, no lo entiendo, de verdad.* ¿Y por qué solo te pasa a ti? Era cariñosa y sabía que se desvivía por ellos, pero tampoco creía que le pudiera ayudar. Estaba seguro de que esto supondría un disgusto para sus padres y prefería evitarles ese trago. Porque, además, ¿qué harían ellos? ¿Llamar a los padres de los otros chicos? Eso solo serviría para liar un poco más las cosas. Descartado.

Hacía un par de semanas incluso había buscado en Google el teléfono contra el acoso escolar (porque le estaban acosando, ¿verdad?). Al ver la página del Ministerio de Educación y Formación profesional se desanimó casi por completo, era una página superfría, con datos y cifras y el número de un teléfono gratuito un poco escondido, de hecho el teléfono contra el maltrato estaba en un cuadrado mucho más grande, como si en el fondo no quisieran que llamara nadie. Vale, sí, estamos aquí, pero tampoco os vengáis muy arriba llamando, ¿de acuerdo? No había ni un eslogan, ni una palabra de ánimo. La siguiente página que le ofreció el buscador era una asociación, a la que, por lo visto, habían subcontratado el servicio de atención telefónica. En esa web lo importante eran las otras líneas que gestionaban, porque debían de tener muchos contratos. El titular principal decía en letras bien grandes: «Otras líneas gestionadas por la fundación ANAR». Y si bajabas un poco podías leer: «En 2018, el Ministerio de Educación adjudicó a la Fundación ANAR la gestión de su nuevo Teléfono contra el Acoso Escolar, 900 018 018». Martín echó en falta un «Podemos ayudarte, cuéntanos tus

problemas». Y ¿quiénes eran esos de la fundación ANAR? Le dio a la pestaña «Quiénes somos» y no vio nada que le motivara a llamar. Era la web de la Fundación, contando su historia y objetivos, no una web anti *bullying*, que era lo que necesitaba. Pero navegó un poco más y finalmente vio una foto de un niño llorando, tirado en una esquina del colegio y el siguiente texto:

> «Mi hijo me dijo que si tenía que volver a clase otra vez, se quitaba la vida, escuchar eso como madre, ha sido el momento más duro que he sentido en mi vida…».
>
> Acoso escolar, madre de un adolescente de 14 años.
>
> Todos los testimonios presentados son reales, recibidos en el Teléfono/Chat ANAR. Así mismo, en cumplimiento con la Ley de Protección de Datos personales, han sido previamente anonimizados, a fin de preservar cualquier dato que pudiera identificar al llamante garantizando su anonimato y confidencialidad.

Nada, no quería que su madre pasara por un momento duro. Y esas declaraciones no le motivaban mucho a llamar.

La tercera página era de un bufete de abogados; esta tenía mejor presencia, incluso se veía una foto a color de un adolescente cogiendo a otro del brazo contra su voluntad. Y sus mensajes eran más claros: «Conoce tus derechos. Qué hacer en caso de *bullying* o acoso escolar», y daban una serie de recomendaciones que a Martín ya le sonaban de un par de charlas en el salón de actos. Pero el consejo final era: «Entra en contacto con nosotros y llevaremos tu caso». Y, claro, Martín no iba a contratar unos abogados. No tenía dinero, ni creía que sirviera para nada ir a juicio (que era lo que él imaginaba que pasaría si llamaba a los abogados).

La cuarta entrada era de Cadena Ser. Ya no siguió. Vaya mierda. A los políticos se les llena la boca diciendo que van a ayudar a los afectados, pero un niño de diez años no encontró motivación suficiente para pedir socorro, incluso estando completamente desesperado. No se sentía capaz de

explicarle a nadie por lo que estaba pasando, porque no le habían ofrecido cariño ni dado confianza. Por Dios, no le habían acogido, no había encontrado un refugio cálido y seguro, solo webs promocionales con datos que no le importaban y eslóganes trasnochados de la fundación que gestionaba el servicio. No encontró un «ven, nosotros te comprendemos, podemos ayudarte. Tú no tienes la culpa de nada, toma nuestra mano, somos lo que necesitas, habla con toda confianza». Así que, sencillamente, no había llamado. Y siguió tragándose su dolor.

De un tiempo a esta parte había una idea que estaba tomando cada vez más fuerza. Incluso se lo acababan de recordar en una de esas webs: «Mi hijo me dijo que, si tenía que volver a clase otra vez, se quitaba la vida».

No era capaz de enfrentarse a los imbéciles y no quería seguir así. No podía seguir así. De verdad que no podía. ¿Y si se rindiera? Eh, ¿y si se rindiera? Si dejara todo, si se fuera, si se marchase. Si…, dilo, Martín, acepta el concepto, si… se quitara la vida.

Y sintió cierto alivio, la idea le llevaba rondando por la cabeza un buen tiempo, pero siempre era un concepto un poco etéreo e impreciso, como el «¿qué vas a ser de mayor?». «No sé», respondía, «algo». Claro que… ¿y si no llegaba a mayor? ¿Y si acababa ya con esta mierda? Y recordó las fotos que le había reenviado Pablo. Si hasta ese momento había rechazado la opción del suicidio era porque sabía que sus padres lo pasarían mal, y quizá también incluso Paula. Pero la pregunta era: «¿No lo estaba pasando él peor ahora?». Ya se repondrían, tenían a su hermana, que siempre sonreía. Él podría desaparecer y finalmente todos retomarían su vida. Él no servía para nada, solo para darle dolor de cabeza a su madre, para discutir con su hermana y para que su padre le dedicara una de sus miradas de «has vuelto a fallarme».

Morir. Matarse. Venga, Martín, no lo descartes. Solo como hipótesis de trabajo (como decía el profe de sociales), si te suicidaras, ¿cómo lo harías? En las pelis se pegaban un tiro en la cabeza, pero él no tenía ningún arma a mano.

Tralalá se quejó débilmente, su amo pequeño le estaba apretando demasiado. La perrita sí que le echaría en falta, ella le quería de veras. Sí que

le daría pena dejar a Traly.

Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor y sus manos temblaban ligeramente. Admitió que incluso se sentía un poco excitado, como antes de entrar al cine a ver una peli de terror. Había descubierto una nueva vía. Podría estudiarla, valorarla y decidirse. Pero la verdad era que estaría bien terminar de una vez con todo. Terminar, descansar.

→Vuelve al salón.

La perra se puso en pie y salió de la habitación.

Martín oyó el ruido en el exterior del cuarto, mucho más allá. Y ya estaba harto de los ruidos de esa casa, de las bolsas de dientes, de las mujeres desarboladas y de que le echaran a él la culpa de cosas que no había hecho; esa misma tarde, su madre le había acusado de esconder el cargador de su móvil y de escribir no sé qué en el espejo del baño.

Él también salió de la habitación. Tralalá parecía esperarle fuera. La lamparita quitamiedos apenas iluminaba.

Le susurró a la perra:

—¿Qué pasa? ¿Hay un fantasma? ¿Pasa algo raro? —Y lo preguntaba en sentido literal.

Recibió un lametón en la rodilla por toda respuesta.

—¿Sabes qué te digo? Que a la mierda. Me da igual que haya un espectro, un monstruo o lo que sea. Vamos a mirar. Y vamos a enfrentarnos a lo que sea.

Y pensó: «Y si me mata, pues eso que me soluciona».

Avanzó un poco por el pasillo. Vio las piezas de la mujer al fondo, alejada del tenue resplandor de la lamparilla, como aguardándole. Parecían brotar de debajo de la puerta como una filtración que intenta erguirse y apenas lo logra.

Su corazón se encogió y se acercó más a la perra buscando su protección, pero Tralalá dio media vuelta tranquilamente y desapareció por el pasillo agitando el rabo, como cuando le ofrecía un buen premio. Al niño le sorprendió que le abandonara así, sin más ni más.

Vaya, cada vez se aprenden más lecciones, hasta Traly me deja

abandonado a mi suerte. Pues, ya verás cuando me vaya, a ver quién te rasca el cuello, idiota.

Uno de los brazos de la mujer se extendió hacia él. Todavía era una sombra lejana, amontonada junto a la puerta del fondo.

Ojalá me mate, pensó el niño, y dio un primer paso hacia ella.

Le alcanzó el olor a lilas, tan intenso que casi mareaba. Se sintió saturado.

Ay, el instinto de supervivencia. Ya no avanzó más. Se quedó ahí mirándola. Ella se sacudió despacio, como movida por engranajes lentos que recolocaron algunas partes de su cuerpo en lugares equivocados. Seguía allí lejos, al final del pasillo. Y Martín comprendió que ella también estaba triste. Tralalá se asomaba por la puerta de la cocina, no estaba muy claro si presta a huir, a saltar para defender a su amo o, sencillamente, a pasar de todo.

La mujer comenzó a avanzar despacio hacia Martín. No era fácil hacerlo, tenía ambas piernas giradas y el torso ladeado y desplomado sobre el suelo. Se impulsaba con un codo y la mejilla. El pelo se pegoteaba contra el suelo y su rodilla.

Martín aguantó los primeros centímetros, pero la imagen era demasiado horrible para soportarla, así que sin dejar de mirarla dio media vuelta, regresó a su habitación y saltó a la cama.

23

Dientes

Me descubro cantando, hacía tiempo que no me sentía tan feliz. Venga, ya estoy llegando. Paro la furgoneta y miro la casa. Su silueta contra las nubes nocturnas es amenazadora, como esas mansiones de las películas, sé que la he elegido bien, es un puntazo. Tengo que subir la cuesta, con la furgo no puedo acercarme más. La subida es pronunciada y los escalones de antaño ya casi han desaparecido por completo. Miro el material y veo que son muchas las cosas que tengo que cargar; había pensado que con uno o dos viajes podría con todo, pero me doy cuenta de que va a ser imposible. Me decido por lo más pesado, así ya habré hecho lo más complicado. A la muela le parece bien.

Así que abro la caja de la furgo, allí tengo todo el material bien organizado y sujeto con cinchas para que no se desplace con el movimiento. Arrastro fuera el grupo electrógeno y lo descargo por una rampa de madera que preparé para poder subir y bajar cosas voluminosas, hago lo mismo con los accesorios que necesito. Todo pesa un montón. De nuevo hay luna y el camino de subida está bastante claro, pero me doy cuenta de que podría

haberlo hecho mucho más cómodamente por la tarde. Ahora, a oscuras, cargar con todo será una mierda, pero la muela no me ha indicado nada al respecto esta tarde. Me ha dejado descansar un rato y escribir unos cuantos párrafos de mi novela, aunque no estaba muy inspirado, mi mente estaba más en lo que va a pasar esta noche. Mucho mejor la realidad. Pero, bueno, la muela no ha dicho nada, así que supongo que esta opción no será tan mala.

El grupo tiene ruedas, pero no están preparadas para este terreno. Lo arrastro cuesta arriba, traquetea en cada desnivel y me da miedo que se desajuste o se acabe saliendo el gasoil. Parece que se vaya a desmontar con cada bache.

El resto de los accesorios son más fáciles de llevar, cargo con ellos en una mochilita, lo más grande es el puto maniquí; y los pies de foco pesan más de lo que parece. Hago tres viajes más para evitar acabar con los riñones destrozados por cargar demasiado peso en cada subida.

Gracias al cielo, sopla una brisa fresca que hace más llevadero el ascenso. Por fin termino mi último viaje. El terreno delante de la puerta es plano y allí se amontonan todos mis avíos, pero sonrío porque imagino una escena en la que, mientras abro la puerta, empujo sin querer el grupo electrógeno y el desnivel lo hace resbalar y descender cuesta abajo ganando cada vez más velocidad, mientras yo corro detrás agitando los brazos en plan Benny Hill. Tengo mucha imaginación y las descripciones de mis escritos se me dan muy bien; por ejemplo, esta casa se la describí perfectamente a Daniel el otro día, con pequeños cambios, claro, pero la convertí en el escenario perfecto.

No tengo que forzar nada, tengo la llave. ¿Cómo la conseguí? Bueno, hace tiempo vi que la única protección era una gruesa cadena con un candado y que llevaba mucho tiempo sin que nadie la tocara, así que utilicé una cizalla, corté la cadena y la sustituí por una nueva mucho más gruesa y resistente, y un candado antipalanca de casi doscientos euros del que solo yo tenía la llave. Algún tiempo después, hice sustituir la puerta original por una buena puerta blindada. Si en algún momento venían los propietarios, no podrían entrar y tendrían que llamar no a un cerrajero, sino a los bomberos para que

cortaran el candado con sus cizallas especiales y forzaran la puerta blindada de dos chapas de acero galvanizado de 8-10, cerradura de alta seguridad con ocho puntos de anclaje y dos vueltas, además de bisagras antipalanca. Pero hacía años que nadie aparecía por allí excepto yo, claro. Y la inglesa. Y Sara. Y Vicent…

Aproveché el cambio de puerta para clausurar con tablones algunos otros elementos como las ventanas. Incluso instalé algunas rejas con anclajes resistentes. También reforcé la puerta de la carbonera y la entrada de servicio, con tantas medidas de seguridad como la puerta principal. Nadie podría entrar ni salir. Y solo yo tengo las llaves de los candados de seguridad y de las puertas blindadas. La verdad es que considero mía esta casa, nadie la usa, nadie la reclama, nadie la quiere. Es para mi uso y disfrute. Yo pago los impuestos municipales, aunque no me corresponde, pero si nadie lo hubiera hecho, el ayuntamiento hubiera acabado embargándola o vendiéndola. Así que me desplazo a Valencia e ingreso el dinero en efectivo para que nadie pueda decir nada.

Y me trae recuerdos de cuando era niño. Venía de vez en cuando con mi abuela a visitar a la niña, hasta que pasó lo que pasó. Desde poco después ha estado en desuso. No sé cómo ha aguantado tanto la vivienda sin ningún tipo de mantenimiento. Bueno, yo la he cuidado bastante; por ejemplo, apliqué tratamiento anticarcoma en todas las vigas de madera y en el empanelado del salón. Hace dos o tres años me dio por venir varios días y darle una buena mano de pintura, ventilé y saneé. También revisé la instalación eléctrica. Es muy antigua, era de ciento veinticinco voltios y la casa no dispone de servicio de electricidad, pero con un buen grupo electrógeno, como el que he traído, eso se puede arreglar y se pueden encender luces en algunas habitaciones, siempre que no sean muy potentes. La casa quedó francamente bien. Parecía casi nueva. Incluso la equipé con algo de mobiliario para que pareciera más viva. Es un poco mi escondite secreto. Aunque la fachada no la he arreglado mucho, prefiero que si alguien se acerca por aquí piense que sigue abandonada.

Entro en ella y no puedo evitar viajar en el tiempo, a cuando nos

colábamos de jovencitos en la casa para fumar Ducados robados a nuestros padres, beber cerveza caliente o ver revistas porno. Y no puedo evitar recordar a Sara y aquella aciaga tarde. Durante un tiempo no pude volver a esta casa, pero luego, me di cuenta de que la mansión no tenía nada que ver con esa idiota ni con lo que había hecho. Y poco a poco fui convirtiendo la casa en mi proyecto personal y haciéndola mía.

La verdad es que el salón es precioso. Tengo que ver si puedo encontrar algún piano barato por Internet, porque el salón lo está pidiendo a gritos, pero claro, todas esas cosas tengo que hacerlas sin que nadie del pueblo se entere.

Me dedico a organizar lo que he subido. Preparo la habitación de la chica. Espero que le guste. Ah, y las sorpresitas, claro. Lo último que hago es distribuir las flores y llenar toda la casa de ambientador a lila. Es su firma. Pruebo los mecanismos y los dispositivos. Me aseguro de que el ruidoso grupo electrógeno funciona. Lo dejo en la caseta del exterior, ya conectado a la red y funcionando.

Siento un pinchazo en la muela, y entiendo perfectamente lo que significa:

→Date prisa.

Pero era mucho lo que tenía que preparar. Esa casa siempre te absorbe más de lo que esperas. Desciendo hasta la furgoneta, aprovecho para despejar con el pie algunos escalones, quizá debería subir con una pala y dejarlos en condiciones, pero me digo que no puedo hacerlo, no quiero que nadie que se acerque llegue a apreciar nada raro, se supone que la casa está abandonada y así tiene que seguir, sola en esa colina, habitada solamente por los recuerdos.

Me descubro cantando de nuevo. Va a ser maravilloso. Bueno, ahora habrá que ir a La marquesa, a por la niña. Espero que todo salga bien.

→No te preocupes, yo te ayudaré.

Paso la lengua por el agujero para darle las gracias. Uno de los bordes es afilado.

24

Paula

No puede dormir bien, aunque nunca ha tenido problemas de sueño; bueno, solo si tiene algún examen importante o antes de alguna competición de gimnasia rítmica, pero, vaya, nada grave. Sin embargo, ahora se acababa de despertar de repente. Clic, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Dormida. Clic. Despierta.

Siempre entraba algo de luz por la puerta abierta, en el pasillo había un par de puntos de luz minúsculos en sus respectivos enchufes. Eso le complicaba determinar la hora que era, porque no sabía si había amanecido o no, no tenía ni idea. Palpó la mesilla para coger su móvil. No lo encontró. Mierda, siguió buscando, si lo encontrase podría encender la linterna para buscarlo. Sonrió de lo ilógico de su argumento, a veces se le pegaban las tonterías de su hermano, todavía estaba bastante dormida. Pero el móvil no se encontraba donde lo había dejado. Ya estaba de nuevo el mamón de su hermano mangándoselo. Ah, no, ya estaba harta, esto no seguiría así. Se acabó. No se lo dejaría nunca más, además estaba segura de que no le convenía mirarlo porque siempre acababa con los ojos enrojecidos como si

estuviera reprimiendo las lágrimas. Era un chico insoportable, un chorizo y un pesado.

Se sentó en la cama, verdaderamente cabreada, ahora vería ese mocoso. Pasó ambas manos por toda la superficie de la mesilla sin dejar ni un solo centímetro sin revisar, el vaso de agua, la crema para las irritaciones, la lamparita, el paquetito de pañuelos de papel… Apenas entraba luz, pero no había ningún reflejo que indicara que el móvil estaba allí. Lo que no quería era encender la lámpara, probablemente el resplandor molestara a su madre o advirtiera a su hermano. Y seguiría sin saber la hora. Pues lo dicho: a por el mamonazo. Y si acababan despertando a su madre, pues lo sentía, pero en ese caso todo sería culpa de ese cabezón.

Palpó el suelo con los pies buscando las unicorniotillas. Al acostarse se había asegurado de dejarlas ahí mismo. No quería más bromitas como la de la noche anterior. No estaban. Pero, bueno, es que no iba a dejar de tocarle las narices, esto ya era toda una provocación. ¡Qué cabrito! Estuvo a punto de saltar al suelo y correr al cuarto de Martín para sacarlo de la cama a rastras, pero se acordó de los cristalitos, así que bajó los pies despacio y se aseguró dónde los estaba poniendo. De momento solo en el frío suelo. Se agachó y palpó delante de ella. Pronto encontró algo, era un pequeño objeto acartonado y se partió al doblarlo. Acercó los dedos a la nariz y olió. Un pétalo seco que todavía olía un poco a lilas. Joder, ya estamos con las cosas raras. Veía a Martín capaz de marearla escondiéndole las zapatillas o levantándole el móvil, pero no dejando cristales, como la noche anterior, o pétalos como ahora. Siguió barriendo con la mano el suelo por delante de ella, empujó varias cosas diminutas, unas más pesadas que otras; no todo eran pétalos, podría haber pequeñas piedrecitas; sintió asco cuando su mano empujó algo que podría ser una cucaracha muerta. Con los ojos ya habituados a la oscuridad, identificó la silueta de las zapatillas, que estaban, como la noche anterior, apoyadas en la pared del fondo haciendo equilibrios. A la mierda, agitó la mano por delante a toda velocidad y despejó el camino hasta ellas. Se las puso, era reconfortante su felpa, a pesar de hacer calor, el suelo estaba frío y su madre les había acostumbrado a no

andar descalzos nunca. Además le encantaban esas unicorniotillas.

→Cuidado, que va a salir.

Bien, ahora vería ese inútil mangamóviles.

Paula salió al pasillo con decisión, pero la oscuridad se la arrebató al momento, había algo de luz producida por las lamparillas quitamiedos. Pero las sombras eran densas y dejar la seguridad de su habitación le incomodaba. Miró a un lado y a otro. Al fondo estaban las puertas que no debían abrir, su madre se lo había dejado muy claro; la dueña de la casa les había prohibido expresamente abrirlas. A ella le había dado igual hasta ese momento, no tenía especial interés por entrar en habitaciones vacías o llenas de polvo, pero ahora le había parecido que una especie de charco sólido se agitaba despacio por debajo de la ranura de la puerta más lejana. Seguro que sería solo la sombra de la esquina, eso la volvía más densa, pero el efecto óptico la perturbaba.

La habitación de Martín estaba junto a la suya, y la de su madre enfrente, podría entrar en cualquiera de ellas con solo un par de zancadas.

A ver, había ido a buscar su móvil, ¿no? Pues a la habitación de Martín. Su puerta también estaba abierta, dejarlas abiertas había sido una decisión que habían tomado todos sin percatarse de ello.

→Espera, todavía no.

Entró de golpe en el cuarto de Martín, más que nada por abandonar ese pasillo tan desapacible, no podía evitar sentirse un tanto expuesta. Tenía muy claro lo que iba a hacer: sacudiría a ese zoquete hasta despertarlo, recuperaría el movilcornio y le dejaría bien claro que ya no volvería a utilizarlo en toda su vida.

Martín estaba en la cama, erguido, apoyado contra el cabecero, sentado sobre su almohada. Solo Martín ponía su culo donde luego pondría la cara, pensó Paula. El blanco de los ojos de su hermano la asustó. Y Martín también se asustó cuando ella entró, se retrepó hacia atrás y se pegó un coscorrón contra la pared.

—¿Paula? —preguntó esperanzado.

—Shhh, calla, no despiertes a mamá.

—Paula, eres tú —susurró. Y parecía contento. Ahora vería si se iba a alegrar o no.

—Que sí, que soy yo —confirmó la niña, acercándose a él con tanta firmeza que esperaba que resultara amenazadora.

Martín saltó de la cama y la abrazó. Tralalá también bajó de la cama y se unió a la fiesta. No podía permitir que se dieran abrazos, si no eran para ella. Paula le dio un empujón a su hermano.

—¿Qué haces, idiota?

Tralalá siguió dando saltitos sobre la chica. Ella también la separó con un movimiento seco. Tralalá se dio por enterada. Vale, no era momento para juegos. Y muy digna, abandonó la habitación; bueno, pues se iría con su amigo de las salchichas. Martín estaba de pie junto a la cama, su hermana no había venido de buen humor, pero, al menos, no era la mujer retorcida. Claro, el móvil, seguro que lo había echado en falta.

—Ay. Paula, perdona, tengo yo tu móvil. Se me quedó aquí anoche sin querer.

Ella se acercó hasta su hermano y le dio un nuevo empujón que le sentó en la cama. Acercó su cara a la de él y silabeó muy bajito para que su madre no le oyera.

—Escucha, idiota, el móvil es mío y no puedes volver a usarlo sin mi permiso. Te aprovechas de que mamá no me deja poner una contraseña de acceso.

Una de las condiciones para usar el móvil era que Paula no podría impedir que sus padres accedieran a su contenido. Lo cierto era que nunca lo habían hecho, pero la norma estaba ahí y Martín abusaba de ella. El chico sacó el movilcornio de debajo de su almohada, justo donde hacía un momento había estado sentado. Y se lo tendió con mano temblorosa.

—Yo, yo…

—Trae acá. No vas a volver a usarlo, ¿me oyes? Es que te has pasado. Has tenido que entrar a escondidas a mi habitación y cogérmelo cuando yo dormía. ¿Cómo has podido? No lo voy a consentir. Se acabó.

Sin querer, pasó el dedo por la pantalla y apareció la última aplicación

abierta. Vio de reojo que era Google, pero no leyó más, no llegó a ver la búsqueda de «¿Cómo suicidarse sin dolor?». Lo apagó de forma automática mientras decía:

→Prepárate. Vas a tener que hacerlo enseguida.

—Olvídate de mi móvil. No lo vas a ver nunca más.

—Lo siento, lo siento mucho, pensaba devolvértelo. Lo necesitaba. —Entonces se le ocurrió; su hermana era muy lista, y era mayor que él. Le podría pedir ayuda a Paula, ella probablemente sabría qué hacer. Sí.

—Paula…

→Rápido, ahora. Entra en el cuarto de la chica.

—Que me dejes en paz. —Paula ya había dado media vuelta y se dirigía hacia al pasillo.

—Paula, yo necesito… —«hablar contigo», iba a decir, pero ella le interrumpió.

—Que no, que no te voy a dejar el móvil. Y no vuelvas a dirigirme la palabra.

—Pauli… —Y allí se quedó Martín. Y entonces se percató de que no había borrado las últimas capturas que le había pasado Pablo. Joder. ¿Y si las veía su hermana?

Estuvo a punto de levantarse e ir detrás de Paula implorándole que al menos le dejara borrar el historial y los mensajes. Pero sabía que ese no era el momento.

Paula, desde el pasillo, vio a Tralalá cerca de la puerta de la calle; parecía enfrascada en alguna de sus actividades incomprensibles, quizá comiendo algo, siempre estaba masticando mierdas. Bueno, que hiciera lo que quisiese. Ella no estaba para tonterías. Entró en su cuarto mientras encendía el móvil, miró la hora. Casi las cuatro. Y ella, despejada después de haber discutido con su hermano. Bueno, al menos mamá no se había enterado. Se sentó en la cama y justo antes de tumbarse, algo le llamó la atención en las cortinas. ¿Qué era eso?

Entonces una mano caliente y húmeda le cubrió la boca.

25

Tralalá

El hombre de las salchichas era su amigo. La perrita le había recibido moviendo el rabo hacía un buen rato. En cuanto entró, Dientes se agachó y la acarició, Tralalá se dejó hacer y se tumbó tripa arriba para ver si le rascaba la barriga. Pero el hombre no le dedicó mucho más tiempo. En seguida se irguió.

Le siguió mientras entraba en la habitación de su ama grande. Llevaba una luz súper concentrada, era una diminuta linterna con el haz muy pequeño, así el resplandor no se expandía por el resto de la estancia, iluminaba solo allá donde el hombre apuntaba. Tralalá observó sus movimientos desde cierta distancia. El hombre se movía con bastante seguridad.

Al rato salió al pasillo y se quedó pensativo un momento.

→Cuidado con el niño, no está dormido. Fíjate, puedes ver el resplandor del móvil.

Dientes entró en la habitación de la chica. La perrita se aburrió y también tenía sueño, así que dejó que el hombre siguiera haciendo su labor y ella se

dirigió al cuarto de Martín, se tumbó en la cama junto al niño y él la recibió con frases cariñosas. El niño hablaba tan bajito que casi no le oía. Le gustaba que todo el mundo la quisiera.

Poco después, el niño volvió a llorar. Oh, eso no le gustaba, quería que su amo pequeño jugara con ella, que le lanzara la pelota, que se revolcara por el suelo peleando en broma con ella. Pero últimamente siempre estaba triste, no le gustaba eso. Se dejó abrazar.

Permanecieron así un buen rato, el niño absorto en sus pensamientos y ella cayendo en un sueño ligero que de repente se vio interrumpido.

Un ruido. ¿El hombre de las salchichas? No, porque había algo más, el olor, ese aroma tan intenso que hacía que le doliera el hocico, era tan fuerte que le desquiciaba un poco. Además, por debajo del olor a lilas había más matices oscuros, olor a hierro oxidado, a sal al sol, a piel muerta.

Salió al pasillo; había percibido ese olor ya varias veces desde que habían llegado a ese lugar. Fue lo primero que captó en el jardín en cuanto bajaron del coche. Ya se había acostumbrado, pero en momentos como ese, se incrementaba hasta hacerse insoportable, quizá los humanos solo captaran una décima parte del olor, pero para Tralalá resultaba hiriente. Vio al hombre al otro lado del pasillo, dirigiéndose al comedor, le saludó con la mano y desapareció justo cuando Martín salió de su cuarto. En el otro extremo estaba lo que no le gustaba a la perrita, el origen del olor, esa figura que no era humana. Martín se quedó fascinado mirándola, brotaba por debajo de la puerta del fondo, e incluso dio un paso hacia ella.

Entonces el hombre se asomó a espaldas del chico y agitó un paquete de salchichas. Tralalá se debatió entre su obligación de seguir junto a su amo mientras se acercaba la mujer o zamparse un paquete de salchichas. No se lo pensó mucho y se dirigió en busca del hombre, que había vuelto a desaparecer tras la esquina, era muy juguetón.

Estuvo unos minutos con el hombre, esperando a que le diera su premio por ser buena chica y no ladrar. Se plantaba sentada ante él, que es como le habían enseñado a aceptar la comida, pero en vista de que no acababa de darle las salchichas saltó suavemente sobre él. Dientes la acariciaba y la

apartaba suavemente, en un juego divertido. Finalmente, el hombre sacó una navaja, rasgó el plástico del paquete, hizo que asomaran algunas salchichas y se las dio a Tralalá.

Buah, eso era estupendo. Pilló todo el paquete y se retiró a una esquina, no fuera que el humano se arrepintiese y quisiera quitárselas. El hombre desapareció por el pasillo. Las salchichas estaban deliciosas, se cambió de sitio y vio que su ama pequeña salía del cuarto del niño con ese aparatito luminoso y volvía al suyo. Ni caso, la chica era aficionada a quitarle esas cosas. Pero en esta ocasión no fue así.

Oyó ruidos, crujidos de la cama de su amita, incluso susurros. Y al poco, el hombre apareció en el pasillo jugando con ella. La llevaba a rastras, mientras ella se dejaba hacer. La navaja de las salchichas estaba en el cuello de la niña. ¿Estaban jugando? Los ojos desorbitados de la chica parecían indicar que no. El hombre la obligó a avanzar pasillo adelante. La sujetaba contra él, con una mano le tapaba la boca y con la otra sujetaba la navaja. Su cuerpo era lo que la empujaba hacia delante.

Al ver a Tralalá, Paula gimió un poco, como pidiendo ayuda; al hombre no le gustó y le apretó más la boca. Y eso que se lo había dejado bien claro en la habitación. Nada de gritos, ni una voz, ni una palabra, ni un leve quejido o mataría a su madre y a su hermano. Y luego a ella. Si se iba con él, no le pasaría nada. Paula no se creyó eso de que no le pasaría nada, pero la navaja era un buen argumento para seguir callada. La había pillado por sorpresa en su habitación y atacado desde atrás. Con tal precisión que ni siquiera había podido emitir un resoplido de asombro. Para el hombre era importante que permaneciera en silencio. Y le estaba haciendo daño, apretándole la boca, pero Paula acabó cediendo, tenía demasiado miedo.

El hombre apartó a Tralalá de una patada. La perra quería sumarse al festejo, no tenía muy claro si su ama se lo estaba pasando bien, no quería que le hicieran daño.

La puerta de la calle estaba abierta, el hombre la había dejado así. En pocos segundos estaban fuera. Arrastró a la chica hacia la furgoneta, que también tenía las puertas abiertas. Al verse fuera de la casa la sensación de

peligro se incrementó. La estaba secuestrando. Paula emitió algunos leves vagidos, los pocos sonidos que podían escapar de la sujeción del hombre. Él la zarandeó sin contemplaciones, la encaró contra la furgoneta y la metió dentro de un empujón. Ella comenzó a gritar.

→Hazla callar.

Dolor. El hombre subió tras ella como un rayo. Estaba muy enfadado, la abofeteó varias veces hasta que ella se calló. Escupió entre dientes.

—He dicho que te calles, que no quiero ni el más mínimo sonido.

Tralalá apareció por allí. Le gustaban los coches, siempre que subía a uno de ellos era para hacer alguna excursión. En muchas ocasiones la llevaban a un parque de las afueras de la ciudad en el que tenía mucho espacio para corretear libremente. También era cierto que en alguna ocasión acababa en el veterinario. Pero no era frecuente, así que le encantaba viajar en coche. Intentó colarse de un salto en la parte de atrás de la furgoneta, pero el hombre cerró la puerta antes de que lo lograra, casi le pilló el morro, menos mal que Tralalá tuvo reflejos y lo esquivó a tiempo. Dientes vio a la perra y sonrió, su estado de ánimo había cambiado de un extremo a otro en un momento. La chica estaba encerrada en la caja de la furgoneta. Todo había salido bien. Aseguró la puerta.

—Así que quieres venir con nosotros, eh —susurró acariciando la cabeza de Tralalá—, pues no hay ningún problema. Ven conmigo delante. Pero espera un momento.

Regresó a la casa. Por supuesto la perrita le siguió, recogió el teléfono de Paula y cerró con suavidad la puerta de la calle.

—Ya está todo.

En cuanto el hombre se lo indicó, Tralalá pegó un salto y entró en la cabina. Había bastante altura, pero era ágil.

La furgoneta tenía las llaves puestas, así que en pocos segundos el vehículo arrancó, lo hizo muy despacio para hacer poco ruido y pronto estuvieron circulando por una estrecha carretera.

El hombre iba cantando. Paula golpeaba el metal de la caja. Tralalá olisqueaba el asiento y la guantera. Iba sin arnés, algo extraño, porque

cuando viajaba en coche la sujetaban con una correa especial un tanto incómoda, pero ahora saltaba de un lado a otro con los baches. Una vez se hubieron alejado de la casa, el hombre ya condujo a mayor velocidad y con menores miramientos. Incluso tomó alguna curva más cerrada de lo necesario para que Paula se desplazara de un lado a otro dentro de la caja.

—A ver si se calla de una puta vez.

Tralalá se pegó un pellizco con la hebilla del cinturón de seguridad que estaba sobre el asiento, se dejó un buen mechón de pelo. Así que decidió quedarse en el suelo porque ese viaje no le estaba gustando demasiado.

Anduvieron por un camino lleno de baches un buen trecho. Paula ya no pegaba golpes, pero sí que se la oía gritar de vez en cuando.

—Bueno —anunció el hombre echando el freno de mano. Las luces de la furgoneta iluminaban los desgastados escalones de acceso a la casa de los cien escalones—. Ya hemos llegado. ¿Qué tal, lobita? Eres muy guapa, eh.

Tralalá había saltado al asiento y quería dar lametazos al hombre.

—No, venga, ahora no, que tenemos muchas cosas que hacer.

Descendió de la cabina y la perra le siguió. En la parte de atrás de la furgoneta había mucha más oscuridad, pero el hombre destrabó sin problemas la complicada cerradura y abrió la puerta de la caja. Paula estaba acurrucada en una esquina y ahí siguió. Tralalá trató de saltar al interior, y precisó de un par de intentos para lograr meterse. Se dirigió a la chica y ella, desconsolada, la abrazó. La perrita no entendía nada de lo que estaba pasando. Pero garreó tanto sobre su ama que la hizo caer de lado.

—¿Ves? No te he hecho nada —dijo Dientes a la niña—. Ahora vas a venir conmigo y luego te explicaré por qué estás aquí.

Paula escondía algo tras ella. Había cogido una de las cinchas que el hombre utilizaba para sujetar la carga en la caja de la furgoneta, era tan ancha como un par de cinturones y terminaba en un hierro ganchudo en cada extremo. La muchacha había doblado la cincha y estaba preparada para usarla como una especie de látigo sobre el hombre en cuanto saliera de la furgoneta. Por eso no se movía de allí, por puro terror. El hombre subió sin demasiada dificultad.

La chica seguía en la esquina, una mano en la espalda, la otra sobre Tralalá.

—Vamos abajo, si haces las cosas por las buenas, todo te irá mejor. No quiero tener que sacar mi mal humor, no te gustaría.

Ella solo le respondió con más sollozos.

—Joder —dijo con tono cansado—. Venga, que vamos a la casa de los cien escalones. —Era como si le dijera a un niño que iban a Disneyland—. Es una casa muy especial, guarda muchos secretos, ya lo verás. Y para mí también lo es. Ya te contaré la historia si quieres. Venga, déjate de llantos y dame la mano.

Entonces Paula se levantó de golpe y Tralalá casi voló por los aires. La chica dio un empujón al hombre y agitó la cincha. No tuvo mucho éxito, apenas consiguió que trazara un círculo desigual. Pero Dientes cayó de culo y emitió un grito de sorpresa. La niña le pegó una patada con sus adorables zapatillas rosas de felpa con el unicornio dibujado. Y ahora sí que se las arregló para que la cincha golpeara bien al hombre en el cuello, aunque su intención era darle en la cara. Dientes maldijo en voz baja y se apoyó en una mano para ponerse de pie, pero Tralalá le empujó, más por estar en medio que por ninguna otra razón, y le hizo caer. Pero la perrita se había dado cuenta de que eso no era un juego. La cincha le había pasado demasiado cerca como para que lo fuera. Gruñó al hombre, es un instinto desconocido que surgió de lo más profundo del animal. Paula lanzó un nuevo golpe fallido, pero casi sin darse cuenta ya estaba junto a la puerta de la furgoneta. Y le dijo a Tralalá:

—Venga, corre. Vámonos. Vámonos.

Y saltó a un pozo de oscuridad teñido de rojo por las luces de posición traseras de la furgoneta.

Dientes se levantó a toda velocidad. Tralalá ya estaba en tierra junto a su ama, seguía gruñendo hacia la furgoneta. La niña no tenía tiempo para pensar, e hizo lo que le indicó la lógica sin darse cuenta de que era un gran error. Corrió hacia la parte iluminada, es lo que le pareció más seguro, y comenzó a subir las escaleras. La perra la siguió. La luna dejó entrever la

silueta de un gran árbol y de una casa bastantes metros más arriba. La chica se las arregló para no perder ninguna de sus zapatillas al correr. El hombre la vio subir a toda velocidad. Cómo corre la jodida. No habrá manera de alcanzarla. Tiene doce años y no hay nadie que pueda pillar a una cría de doce años corriendo por salvar su vida. Eso puede suponer un grave problema. No le entenderían, no comprenderían sus razones.

—¡Ven aquí! —gritó.

Era de noche y estaban al aire libre, Dientes sabía que no había nadie en varios kilómetros a la redonda, aquí tanto él como la niña podían gritar todo lo que quisieran. Y la muela le dio la idea. Claro.

—No, ¡no vayas a la casa a pedir ayuda! Ven aquí inmediatamente.

Y comenzó a subir tras ella. La chica ya se encontraba a medio camino. A él cada vez le costaba más subir esos escalones, esa misma noche ya había tenido que hacer tres o cuatro viajes cargado de cosas y ahora solo le faltaba subir corriendo detrás de la niña. Insistió:

—¡No entres en la casa! No entres o te mataré.

Tralalá fue la primera en llegar. Se aproximó a la puerta del edificio, que estaba abierta de par en par, y esperó a su dueña. Aquí el olor era aturdidor, esta casa olía a la mujer que antes había visto Martín en el pasillo, pero con mucha más intensidad. La chica llegó sollozando, a punto de hiperventilar. Miró atrás y vio al hombre trepando y maldiciendo.

—¡Que no entres, estúpida!

Paula no se lo pensó; atravesó el portal y Tralalá se coló entre sus piernas. Y cerró la puerta. Se dio cuenta de que era una puerta blindada y que no pegaba mucho con una casa de campo. La puerta encajó con un categórico «plop». Y Paula pensó que ya estaba a salvo, que el hombre no podría entrar.

No podía saber lo equivocada que estaba. Ahora el hombre la tenía donde quería. En realidad, le había evitado el trabajo de tener que cargar con ella y subirla a la fuerza.

Dientes llegó y golpeó la puerta con la palma de la mano. Un poco de teatrillo, va.

—Abre, déjame entrar —pidió representando un papel que le divertía.

La niña exhibió una sonrisa de triunfo. Estaba justo al otro lado de la puerta, no se había atrevido a adentrarse en el interior de la casa.

—No sabes dónde te has metido. Ábreme. Por tu propio bien, por tu cordura. No sabes dónde te has metido. Estás en la mansión embrujada. No podrás salir de ahí con vida.

Entonces la niña miró por primera vez al interior. Sabía que el hombre estaba mintiéndole, que lo único que quería era que saliera. Pero intentó ver lo que había a su alrededor: el gran salón, las enormes escaleras que suben a la segunda planta... y la figura que la contemplaba desde arriba. Y el lejano piano que comenzó a desgranar una melodía triste. Se dio cuenta de que había cometido un gran error.

26

Marimar

No había dormido muy profundamente, estuvo echando continuos vistazos al niño y a su hermano. Seguía temiendo que Daniel hiciera alguna estupidez e incluso arrastrase al chico con él. Ese viaje estaba siendo un error. Se sentía agotada más que descansada. Había soportado durante casi toda la noche la luz del móvil de su hermano, navegando sin parar, buscando información… ¿de qué?, ¿de cómo eliminar maldiciones?

Así que se levantó hecha polvo, como si no hubiera dormido nada.

—¿Dónde vas? —preguntó Daniel en cuanto la vio salir de la cama.

Marimar no tenía muchas ganas de hablar. Joder, ¿dónde iba a ir si estaban en la habitación de un hotel?

—Al váter —respondió ella como si fuera la cosa más evidente del mundo. Y muy probablemente lo era.

—Espera, espera. —Y Daniel comenzó el extraño ritual de ponerse de pie. Balancearse para contrapesar, girarse hacia el lateral. Sacar las piernas y buscar la muleta con su única mano. En ese momento a Marimar se le antojó un ser patético que ha caído en lo más bajo física y mentalmente. Una

mera sombra de lo que fue antes del incidente con la silla. Experimentó un poco de vergüenza cuando una parte oscura de ella le dijo que sería mejor que su hermano se muriera, que terminase de una vez. Ella podría estar en su casa junto a su marido aburrido y los pesados de sus hijos. Llevando una vida normal, trabajando y viendo telenovelas turcas en la tele.

—Eh, ¿has dormido con las prótesis puestas? —dijo ella con un leve reproche que pretendía espantar sus últimos pensamientos.

Él no respondió. La respuesta también era evidente. Por fin se puso de pie. Víctor continuaba dormido en la cama, es lo que tienen los niños pequeños, pueden con todo.

Sigue el traqueteo habitual del tren descarrilado que es Daniel.

—Va, que me meo —animó ella.

Él pasó a su lado sin decir nada y entró en el baño. Encendió la luz principal. El baño seguía siendo igual de reducido y triste. Daniel revisó todos los rincones, como un inspector que se negara a abandonar un caso fracasado. Incluso desplazó el rollo de papel higiénico. Prestó especial atención al depósito que colgaba de la pared.

—Entra. —Y dio media vuelta. Ambos se cruzaron en la puerta; se rozaron y ella temió hacerle caer. El equilibrio de su hermano siempre es precario, pero él siguió adelante—. No tardes, eh. Y no te duches.

—¿Que no me duche? No jodas, ¿por qué? Lo necesito.

Él le respondió desde fuera:

—No te duches —y su tono era firme, pero dolorido—. Marimar, no te duches.

Mierda de viaje.

Al salir se sintió un poco sucia y sudada. Pero, vaya, «si dice que no me duche no me ducharé». Lo cierto era que los pocos minutos que estuvo haciendo sus necesidades se había sentido incómoda, no solo porque su hermano estuviera al otro lado y pudiera oír todos sus ruidos, sino, sobre todo, por una sensación extraña en la boca del estómago, una premura absurda que le impelía a darse prisa y salir lo antes posible. Le fastidiaba no poder ducharse, pero en el fondo también agradecía la orden de Daniel. Así

era todo más sencillo.

—No entiendo nada —dijo Daniel más para sí mismo que para ella—. He hecho cálculos y solo hace tres días que la mujer se suicidó en esa casa colonial. Pero no he encontrado ninguna noticia de ello. He mirado todos los medios de comunicación de la zona, tanto de Valencia como de Castellón, y no hay ninguna referencia. Hay una especie de periódico digital de la comarca y no dicen nada.

—Hombre, Daniel. Ya sabes que los periódicos y tal suelen obviar las noticias de suicidios. Si ella no era nadie importante, lo normal es que no informen de su muerte. Hay protocolos en los medios para informar de los suicidios porque son un poco contagiosos. Recuerdo haber leído que, en las localidades pequeñas, cuando alguien se suicida, suele haber uno o dos más que siguen la estela, se suele decir que los suicidios van de tres en tres.

Se enteró de toda esa información cuando estaba buscando ayuda sobre el suicidio porque hacía ya meses que temía que Daniel intentara matarse, y finalmente, el tiempo le había dado la razón. Se había convertido en poco menos que una experta teórica.

—Ya, ya, sé todas esas mierdas.

—Pues, ya ves, no te preocupes.

—Pues sí, me preocupo, porque hay otra explicación más. Y muy probable. Y muy aterradora. —Hizo una pausa, no pretendía que fuera una pausa dramática, solo es que estaba pensando en ello. Marimar mentalmente le animó a seguir—. ¿Y si todavía no la han encontrado?

Se miraron con cierto horror en sus ojos. Marimar no creía en fantasmas, bueno, casi no creía, pero su hermano le había mostrado los *emails* de Sara y era más que probable que la mujer se hubiera suicidado inducida por ese cabrón.

—¿Y si está todavía allí? ¿Y si sigue muerta en la casa? Si su cuerpo está tumbado sobre su costado, en un charco de sangre, empezando a pudrirse, con pequeñas alimañas y roedores acercándose para mordisquear su car…

—¡Por Dios, Daniel, cállate! Eres morboso y sádico. No necesito tus descripciones de escritor de terror famoso. Joder, puedo hacerme a la idea.

—Lo siento, lo siento, pero es que no puedo quitarme esa imagen de la cabeza. La casa en la que se suicidó es un lugar al que nadie se acerca, no tiene fácil acceso. Y, aunque su marido alcohólico la haya echado en falta, es posible que a nadie se le haya ocurrido ir a buscarla allí. Puede que ni siquiera hayan notado su desaparición. No tiene hijos y sus relaciones familiares eran extrañas y desabridas. Marimar —concluyó—, seguro que su cuerpo se encuentra todavía en la casa.

Ella no pudo más que darle un poco la razón. Esa pobre mujer podría seguir yaciendo en las sombras de un caserón abandonado.

Marimar comenzó a vestirse. Daniel hacía ya mucho que llevaba la ropa de calle, por supuesto la misma del día anterior. En cuanto Víctor se despertara, dejarían ese hotel desconchado, desayunarían cualquier cosa en algún bar y se acercarían por fin a ese pueblo en el que las mujeres se pudrían en soledad. Entonces se le ocurrió. No estudió mucho la idea, sino que la soltó de golpe.

—Escucha, Daniel, eso puede ser bueno.

Él inclinó la cabeza en un gesto de incomprensión.

—Sí, atiende. —Se acercó a él y le miró directamente a los ojos, no quiso adentrarse en ese lago de tristeza que se mecía al fondo—. Tú dices que tienes una maldición que romper, ¿no? Bueno, ¿y si lo que esa mujer necesita es que tú encuentres su cuerpo y así puedan darle cristiana sepultura? —Estaba excitada y parecía creerse lo que estaba diciendo—. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero supongo que los muertos siempre quieren descansar en paz. ¡Tienes que encontrarla y dejarla descansar para toda la eternidad!

Daniel la miró con expresión extraña y de repente empezó a reír. Era una risa seca, de viejo, de alguien que ya no tiene razones para estar alegre.

—Muy buena, Marimar, muy buena. —La risa murió tan abruptamente como había nacido—. Joder, me has sorprendido, la verdad. No esperaba esto de ti, parece que por fin me creas. Muy buena. Pero no, no es algo tan sencillo. No se trata solo de encontrar su cuerpo y ya está. Ella creía en mí y yo la engañé desde el primer momento. Yo la convencí para que se suicidara.

Y ella dejó una nota mágica al pie de un árbol diciendo que siempre estaríamos juntos. Tengo que terminar con ese hechizo. Y no será tan sencillo como encontrarla y avisar a las autoridades para que se lleven el cuerpo y la entierren.

—A ver, Daniel, ¿tú te oyes? Acabas de hablar de «notas mágicas» y venganzas del más allá. Si su espíritu, o lo que sea, ha venido en tu busca, algo que yo no me acabo de creer —y agitaba su dedo índice para reforzar lo que decía, en un gesto muy suyo—, ¿no piensas que sea más probable que solo quiera paz?

Él movió una mano, despachando la idea con un gesto de desprecio. Se inclinó para despertar a Víctor, tenían muchas cosas que hacer.

—No es tan fácil, Marimar. No es tan fácil. En cualquier caso, sí, lo primero será localizar su cuerpo. Y luego tendremos que luchar contra ella.

Lo afirmó con tanta seguridad que Marimar sintió un escalofrío. Se dijo que su hermano estaba muy mal, pero que muy mal. Y que el ruido que acababa de oír en el baño provenía de las tuberías.

27

Dientes (Hace tiempo)

Se dejó caer sobre la hierba, no era césped, solo matojos salvajes y restos de pasto. No era difícil encontrar heces de oveja a poco que las buscaras, aunque suelen estar en el camino y él se había retirado bastante, no quería que nadie que pudiera pasar por allí le viera. Sabía que debería marcharse, pero le daba igual. Se sentía extraño, allí tumbado: cansado, pero lleno de energía; asqueado, pero satisfecho. Un poco como si estuviera atrapado por una parálisis del sueño extremadamente placentera. Quería moverse, pero le gustaba estar inmóvil.

Miró el cielo, muy pocas estrellas escapaban de las nubes. Respiró hondo, sintiendo el aire entrar y salir de los pulmones, querría volver a ser él mismo. Lo que acababa de pasar le desbordaba. Levantó un brazo y observó su mano en lo alto. Era solo un manchón oscuro, apenas una silueta. No era capaz de saber cuánta sangre la cubría, ¿solo unas gotas o llevaba un reseco guante rojo? Solo la veía a contraluz, negro sobre gris.

Respiraba profundamente, intentando asimilar lo que había pasado. No sabía cómo sentirse, como si su cerebro no fuera capaz de decantarse por

ningún estado de ánimo. Cerró los ojos y las imágenes le volvieron a asaltar: la expresión de terror de Sara, los golpes de Vicent.

El suelo era irregular y una piedra se le clavaba en los riñones, se removió un poco para poder recolocarla. Suspiró profundamente. Bueno, ya ha pasado. No había sido culpa suya. Vicent era un idiota y Sara, esa mala puta, todavía más. Su respiración se aceleró hasta descontrolarse. Vaya, tiene que admitirlo, había disfrutado; la verdad es que sí. Se irguió y se sentó sobre las hierbas bajas y, de repente, no pudo evitarlo, la risa le asaltó como un vómito inesperado. Al principio, solo un par de resoplidos, pero pronto se convirtieron en carcajadas irresistibles. Era consciente de que lo que estaba pasando no era normal, estaba allí, en medio de la noche, sentado sobre matas y tierra, riendo sin poder parar. Carcajadas irrefrenables, era una risa natural y fresca, como de liberación del alma. No sonaba a científico loco ni a malvado de opereta. Solo una risa sana y espontánea. Lo que había pasado había sido tan inesperado como una broma imprevista. Intentó aguantarse un poco, pero comenzó a llorar de risa, incluso le costaba respirar. Había estado bien, como uno de esos vídeos divertidos en los que un niño pequeño juega con una manguera y ¡ay, cuando sale el chorro! Qué bueno. La carita que pone. Y al soltar la manguera viene lo mejor, jajaja, cuando le vuelve a dar.

Dientes se quejó, le dolía la tripa de tanto reír. Ay, no, murmuró, no puedo más. Y cuando se percató de que Sara había dicho esas mismas palabras en un momento dado, la risa explotó con más intensidad. Se dejó caer y se retorció por la tierra. Puso el vientre contra el suelo, para ver si los espasmos cesaban, le dolía de tanto reírse, sus sacudidas casi tenían un algo sexual. Incluso se metió un trozo de matojo en la boca, a ver si podía dejar de reír, pero lo escupió enseguida. Vaya, también como Sara con el pañuelo. Lloraba sin cesar de tanto reír y los estremecimientos estuvieron a punto de hacerle perder el sentido. Se preguntó si en serio se puede morir de risa, y eso aún le produjo más gracia; sería la repera: morirse después de lo que había pasado. Logró frenarse un poco; cada respiración, un quejido. Se abrazó el vientre, imaginó que acabaría con agujetas en los costados. «No puedo, no puedo

más», dijo para sí mismo.

Cuando subieron hasta la mansión abandonada y les invitó a entrar y… entraron. Y se le escapó un resoplido. Aguantó la carcajada a duras penas. Y cuando les dijo de ir a la planta de arriba y… subieron. Recordó la cara de Sara y le venció un nuevo ataque de risa.

Lo que le habían hecho sus amigos durante todo este tiempo no había estado bien. Nada bien. Se merecían lo que les había pasado. Sobre todo, Sara. Dientes obligó a Vicent a mirar, a presenciar todo. Cómo imploraba. Se sacudía intentando liberarse. Que supiera que eso era por su culpa.

En realidad, no había querido llegar tan lejos, solo pretendía asustarles, acojonarles un poquito, que supieran con quién estaban jugando. Pero, como en el vídeo del niño con la manguera, la cosa se acaba complicando y el chorro le arroja sobre un charco. En este caso, de sangre.

Recordó la cara de puro terror de Sara, era maravillosa, esa expresión, ese temblor incontrolado en uno de los párpados, esas lágrimas que brotaban, los labios torcidos, el sudor resbalando. Esa es la expresión que siempre ha buscado. Lo que persigue con sus relatos de terror, quiere que la gente sienta miedo de él, eso le hace sentirse poderoso, por eso escribe espeluznantes cuentos de horror y gore, porque quiere que quien lo lea sienta de cerca el terror. Pero no hay nada comparable con la realidad. Ni relatos, ni novelas, ni películas. La vida real es inigualable.

Ya no reía; se mordió el labio inferior, había comenzado a hacerlo para dejar de reír, pero en ese momento ya no se reía. Solo clavaba esas palas postizas que le tuvieron que poner hacía ya algunos años, después de que Vicent, ese cretino, le hiciera estamparse contra un árbol y antes de que Sara, esa puta, le engañara con él.

Bueno, vale, está claro. Tendría que subir de nuevo para eliminar las pruebas, no podía dejar todo así. Se puso en pie y tuvo que agacharse porque le dolía el vientre, demasiadas risas. Suspiró con placer. La luna se asomaba entre las nubes y eso le permitió ver su brazo completamente lleno de sangre.

Tuvo que morderse más fuerte para no volver a reír.

28

Sofía

Le despierta la luz, pero no del todo. Da media vuelta y se pone bocabajo para esconderse un poco de sus obligaciones. Alarga un brazo buscando a su marido, no lo encuentra. Quiere dormir más, pero poco a poco la realidad va tomando posiciones en su cerebro. Le espera un día movidito. Alberto no está, claro, sigue en Aulaworld. Ha quedado temprano con el hijo de Paco, el del bar, para que les lleve a Valencia. Frunce el ceño, seguro que no falta mucho para que suene el despertador. Ayy, de verdad que necesitaría dormir un poco más, esta mierda de pastillas siempre la atontan bastante. Duerme de maravilla con ellas, siempre del tirón, pero al día siguiente está desorientada e irritable, como si tuviera resaca de anís.

Había dejado el móvil apoyado en la mesilla, con el salvapantallas de reloj para poder ver la hora si se despertaba. Pero le sorprende no ver nada. Las persianas de las ventanas no son demasiado eficientes, y la luz del sol entra con intensidad.

Mierda, el móvil está apagado. Lo coge y lo manipula un poco. Muerto, sin batería. En cuanto le da a encender, aparece brevemente el logo y el aparato

se apaga como si jugara con ella al escondite. Por eso no ha sonado la alarma. Seguro que ya es muy tarde. Y tiene que organizar a los críos y preparar todo el equipaje que falta para cuando vengan a recogerles. Por lo menos, todavía no se les oye.

Su marido siempre lleva un reloj de pulsera, y eso que se pasa todo el día entre ordenadores y dispositivos móviles, pero ella ya ha perdido esa costumbre. Se levanta de la cama y se estira un poco. ¿Cómo puede saber la hora? En el reloj de la cocina, cree recordar que hay uno sobre la encimera. O en el móvil de Paula.

Se pone sus zapatillas, siempre ha dado ejemplo a sus hijos al respecto, nada de andar descalzo, y se dirige con paso cansado a la cocina. Siente la garganta reseca, e imagina que tendrá babilla blanca en la comisura de los labios. En la cocina lo primero que hace es coger una botella de agua mineral y echar un buen trago a morro, hay que aprovechar que ahora no tiene que dar ejemplo. Tendrán que dejar en la casa varias de las botellas que llevaron, demasiado equipaje. Mira el reloj mientras se limpia los labios con el dorso de la mano y piensa que no puede ir bien. Marca las diez y cuarto. No pueden ser las diez y cuarto. Ella había puesto el despertador a las ocho menos cuarto, porque a las nueve venía el hijo del tipo del bar. Había calculado el rato que necesitaba para organizar a los hijos y acabar de empaquetar lo poco que le quedaba. No podía haber dormido dos horas de más. Se suponía que hacía ya un rato que el chico de la furgoneta tenía que haber ido a recogerles, ¿no? Y allí no había aparecido nadie. Bueno, eso cree. No, no puede ser tan tarde. Además, sus hijos no hubieran aguantado tanto rato. Mira por la ventana y le sorprende ver el sol tan alto. Joder, ¿y si de verdad es tan tarde? Mierda, mierda, mierda.

—¡Paula! —llama—. ¡Martín!

Aprovecha para ir rápidamente al váter, le han entrado muchas ganas de orinar. Y sigue llamando a sus hijos. Ni una respuesta. Le extraña que hayan aguantado tanto tiempo en la cama. Tralalá tampoco aparece. Cuando sale del baño se asoma al cuarto de Paula. La cama está bastante revuelta, pero la chica no está.

—¡Paula! —Vuelve a llamar, más extrañada que preocupada. Todo parece indicar que ese será uno de esos días en los que todo sale mal: ella se despierta tarde y los chicos parece que vayan a contrapelo.

En la habitación de Martín tampoco ve a nadie. Les llama con más fuerza y empieza a cabrearse un poco. Seguro que le han organizado alguna movida. Nada en el salón, ni en la cocina. Abre la puerta de la calle y sale al jardincillo; confiaba en encontrarles jugando a la pelota o recogiendo insectos o haciendo rabiar a Tralalá. Hace calor, no es normal que en esta época del año el sol pique ya con tanta intensidad. Avanza por el caminillo y sale a la descuidada carretera. Campo, polvo y árboles. No les llama, resulta evidente que no están. Vuelve sobre sus pasos y rodea el edificio. No tarda demasiado, se asoma a aquellos rincones en los que pudieran haberse escondido.

—A ver, no estoy para jueguecillos. Si estáis por aquí, salid de una vez. No podemos perder tiempo.

Los mataría en cuanto aparecieran. Estaba segura de que no se habrían alejado de la casa. Pero ¿y si la han visto dormida y les ha dado por ir andando hasta el pueblo para desayunar en el bar?

—Paula, necesito tu móvil. Y lo necesito ya.

Mierda, no hay tiempo para ir buscando a ese par de cretinos. Regresa a la casa, vocea un poco más y les busca detrás de las puertas o en el hueco entre la pared y el sofá, incluso abre un armario que no había usado. Cuatro perchas y olor a naftalina. Insiste en que no pueden hacerle eso, que no pueden perder tiempo y que tienen que salir.

Pero, joder, si ni siquiera está la perra. Estos se han ido al pueblo, fijo. Así que tendría que castigarles, pero con un castigo gordo, sin móvil, sin consola, sin dulces, sin paga, sin nada. Eso no se hace, joder. Ya verás cómo aprenden la lección. Revisa la habitación de Paula y ve que la ropa que había preparado para el día siguiente (joder, para hoy) está todavía sobre la silla. Tampoco ve su pijama de algodón tirado a los pies de la cama, como suele hacer. Y la niña no tenía ninguna otra, porque ya había preparado el equipaje y todo lo demás estaba en la maleta. ¿Qué ropa se había puesto para

ir al pueblo? ¿O no había ido al pueblo?

Se acerca rápidamente a la habitación de Martín. Su ropa también sigue en la butaquita sobre la que la dejó preparada.

No, no se habían ido. No irían en pijama, ni saldrían a la carretera sin vestir, no tenían nada que ponerse. Y ambos estaban atravesando una de esas etapas de pudor que pasan los preadolescentes. Paula incluso le pedía que abandonara la habitación cuando se vestía. Otras veces la chica se olvidaba y actuaba con total naturalidad.

Entonces ve la puerta del final del pasillo, esa misma que la dueña le pidió que no abrieran, por favor. Está entreabierta. ¿Esos cabrones se han escondido ahí? Desde luego, sí que se la han ganado.

—¡Paula! —llama, la chica es la más sensata, si alguien puede darse cuenta de lo que conlleva, desde luego, es ella. Martín es mucho más inmaduro y es capaz de llevar las bromas hasta sus últimas consecuencias—. Paula, no me jodas que os habéis metido allí.

No puede evitar sentir cierta desazón mientras se acerca. La luz es suficiente, pero no demasiada, la mayoría de las persianas están todavía bajas. Sus pasos se frenan un poco sin que se aperciba. Solo ve una rendija oscura.

—Paula, Martín —ahora ya no grita tanto. Y se dice para sí misma—: Mierda.

No le gusta, esto no le gusta. Lo que menos esperaba era tener que andar buscando a sus hijos por la casa y abrir habitaciones extrañas. Llega a la puerta. A simple vista no aprecia nada raro en la cerradura. Bueno, al menos no habían destrozado nada. Empuja y la puerta se abre sin crujidos, sin oponer resistencia. Se limita a girar sobre sus goznes y parece que la invite a entrar. Solo ve oscuridad. Parece una estancia grande.

—Chicos, ¿estáis aquí?

Si en ese momento saltan sobre ella y gritan «búuu», le dará un ataque al corazón.

Piensa en volver a por su móvil para usar la linterna. Mierda, joder.

Abre la puerta todo lo que puede y espera que la luz ilumine un poco más.

Solo capta algunas formas al fondo, podrían ser muebles. Con lo miedosa que era Paula, le extrañaría que estuviesen allí escondidos, tanto rato, en silencio y con Tralalá sin moverse. Dos niños a oscuras, ocultos en una habitación desconocida… no parece muy probable que estén allí.

Palpa el lateral de la pared, junto a la puerta. Joder, esto es una casa rural, no el castillo de Drácula, tiene que haber un interruptor en algún lado. No le cuesta demasiado encontrarlo. Lo acciona con cierto alivio.

La luz inunda la estancia. Con su llegada, cree percibir un movimiento fugaz en la parte alta de la enorme librería de una esquina. Es un gran salón-bodega, probablemente destinado a celebraciones y merendolas. Una larga mesa de madera y bancadas a ambos lados, todo en plan rústico, pero bien cuidado. Algunos aparadores con abundante vajilla y al fondo, en el centro, una chimenea bien limpia.

Entonces oye una voz muy bajita:

—Mamá.

Es un susurro frío. Sofía se gira y se adentra en la habitación con paso rápido, buscando la procedencia del sonido. Es la voz de su hijo, está segura de eso. Aparta de un manotazo una mesita auxiliar y encuentra a Martín acurrucado en el suelo, tras un par de enormes sillones de anea, muy cerca de la esquina.

Dios mío, ay, Dios mío, que no le pase nada.

Mientras se agacha para abrazarle, el niño, siempre entre susurros, dice:

—Ha sido la mujer. Ella me ha traído aquí.

Sofía no puede evitar sentir un escalofrío. Ya está de nuevo con lo de esa mujer, solo que ahora todo suena terriblemente plausible.

—Si te giras, podrás verla —prosigue con tono distante—, está yéndose por la chimenea.

La chimenea queda a la espalda de Sofía, ella nota cómo se le erizan los pelillos de la nuca. Decide no volverse. No le importa esa mujer, solo su hijo, solo quiere salir de allí, de esa casa, de ese pueblo. Le examina con premura, no parece estar mal. Coge a su hijo por las axilas e intenta ayudarle a ponerse en pie. Al principio no puede, el chico se abraza las rodillas y parece

atascado en esa postura.

—Martín, ay, Martín, dime que estás bien, que no te pasa nada.

El niño la mira a los ojos por primera vez. A la mujer le sorprende ese brillo mortecino, las marcadas ojeras y, sobre todo, el tono pausado de su hijo cuando le informa:

—No lo vi bien, pero creo que el hombre de los dientes se ha llevado a Paula.

29

Paula. Dientes. Tralalá

Se apretó contra la puerta, pensó que así impediría que el hombre pudiera entrar o, al menos, se lo pondría un poco más difícil, y se quedó allí abrazada a Tralalá. La perrita se dejaba hacer, a ella tampoco le gustaba ese lugar.

Paula no podía apartar la vista de la figura que aguardaba en lo alto de la escalera. No tenía ni idea de dónde se había metido, pero, aunque el hombre se había callado, todavía resonaban en su mente las palabras que había dicho, que esa era la mansión embrujada y que su vida ahí corría peligro. Quizás había escapado de la llovizna para exponerse al chaparrón.

—Hola —dijo muy bajito, dirigiéndose a nadie en particular; no tenía muy claro qué era lo que había a su alrededor—. Necesito ayuda.

La figura ni se inmutó, parecía ser una mujer. Paula soltó a Tralalá, así, si la atacaban, a lo mejor la perrita podría defenderla. Aunque no creía mucho en el arrojo de su perra.

—Yo… —insistió con timidez—. Yo… me han atacado, me han raptado. —«Secuestrado», la corregiría su madre, si pudiera hacerlo—. El hombre

que me ha raptado está ahí fuera, bueno, lo estaba hace un momento. ¿Podrían llamar a la policía? Por favor, por favor. Es urgente.

De nuevo ninguna respuesta. Se apretó más contra la puerta y comenzó a llorar despacito. Estaba en un sitio siniestro y desconocido en el que no le hacían caso y no mostraban interés por ayudarla. Se sentía completamente fuera de lugar, con una sensación de vacío y de malestar físico y psicológico. No se atrevía siquiera a llorar con la intensidad que le pedía su alma.

No sabía de dónde podía proceder el peligro, le habían puesto una navaja en el cuello, encerrado en una furgoneta y llevado a Dios sabía dónde. Y, por si fuera poco, acababa de luchar contra un hombre adulto y había salido huyendo para refugiarse en este caserón misterioso en el que una mujer la miraba desde lo alto de los escalones sin inmutarse. Era demasiado.

—Yo no tengo teléfono —dijo dirigiéndose a la mujer de allá arriba—. ¿Podrían llamar a la policía? Por favor. O a mi madre.

El terror comenzó a apoderarse de ella. La música de piano tenía un componente siniestro, con algunas notas discordantes dentro de la melodía; parecía venir de todas partes. Sin embargo, Paula no captaba ningún piano a la vista.

No me lo quiero perder, oh, no, el principio será lo mejor, pensó Dientes. Cerró la furgoneta y esperó a ver si la muela le daba alguna indicación. Nada, así que echó a correr para rodear el edificio. La mansión no tenía una sola entrada, en la parte de atrás había una salida auxiliar, Dientes tenía la teoría de que originariamente podría haber sido una entrada de servicio, la gente con pasta era muy dada a esas cosas. Por supuesto también había cambiado esa puerta y la había reforzado. Llegó casi con sobrealiento, eligió la llave entre el manojo del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Prestó atención, a ver si oía algo al otro lado de la puerta. Esa chica ya le había sorprendido una vez. No lo creía muy probable, pero existía la remota posibilidad de que hubiera cruzado la mansión por dentro y llegado a la cocina, allí estaba la puerta.

→Puedes entrar.

Vale, no oyó nada, pero, de cualquier forma, abrió con cuidado, entró en la estancia y volvió a cerrar con llave. Nadie podría salir.

→Muy bien. Hay que estar pendiente de los detalles.

Era de noche, por eso se alegró de haber instalado las lamparitas led por toda la casa, alimentadas por el generador exterior, eso permitía distinguir las formas y no estar completamente a oscuras. Estaban bastante bien camufladas y su resplandor era muy deficiente, pero, al menos, la oscuridad no era total. El espectáculo perdería efectividad si no se podía apreciar bien. Se movió en silencio y se tranquilizó cuando oyó hablar a la chica a lo lejos; pedía inútilmente que alguien llamara a la policía, supuso que seguía junto a la puerta que, por supuesto, él había cerrado con llave desde fuera.

→No se ha movido.

El hombre se desplazaba con el sigilo de un ladrón. Dio un rodeo y ascendió al piso superior a través de la escalera de atrás. Se movía con rapidez, pero siempre sin hacer ruido, no quería que la chica le viera. Recorrió un largo pasillo con habitaciones a ambos lados y llegó a la balaustrada. Allí se camufló en una esquina y observó a la muchacha. La iluminación era tan tenue que costaba identificar las formas. Pero allí estaba la pequeña. Acurrucada, pidiendo ayuda a alguien que no se la iba a prestar.

Paula se puso en pie; se dijo que si estaba preparada para salir corriendo, mejor. No dejaba de mirar a la mujer del piso de arriba. Su inmovilidad resultaba aterradora e incomprensible, lo que aumentaba esa sensación de irrealidad y terror. ¿Por qué no la ayudaba? ¿O por qué no la echaba a la calle? ¿Por qué ni siquiera se movía? Allí seguía, completamente quieta.

—Oiga. —Y ya no supo qué decir, le costaba enfrentarse al llanto que ahogaba sus palabras. Pretendía pedirle permiso para acercarse, o algo así, pero no sabía qué sería lo conveniente. Miró la puerta junto a ella y valoró la opción de salir de nuevo a la noche y echar a correr por los montes y los campos huyendo de esa casa y del hombre que la había retenido. Pero

también había visto muchas películas y la chica siempre acababa tropezando con una rama y torciéndose un tobillo. Y finalmente el malvado aparecía de la nada, la sujetaba por la melena y se la llevaba a rastras. No, al menos en la casa no había ningún peligro inminente, por muy siniestro que resultara el entorno.

—Oiga —repitió—. ¿Me puede oír?

Esperaba, al menos, un atisbo de respuesta, una mínima muestra de humanidad, un leve signo de vida.

Paula dio un par de pasos lentos. El hecho de separarse de la pared incrementó su sensación de vulnerabilidad. Ahora podrían atacarle desde cualquier flanco. Era como separarse del borde en una piscina que cubre sin saber nadar demasiado bien: cuanto más te alejabas de la orilla, más constancia de la profundidad tenías. La oscuridad seguía reinando, solo algunas luces indirectas permitían ver algo.

—Señora, por favor…

Y la mujer se giró un poco, fue un movimiento espasmódico y leve, como un escalofrío. Paula se paró en seco. No se atrevió a hablar de nuevo. Retrocedió hasta la pared y permaneció allí. Quizás ahora le respondiera. Pero se dijo que era mejor no molestarla.

Dientes estaba mordiéndose los labios para no echarse a reír. Ay, Señor, cómo estaba disfrutando. La idea de poner el maniquí en la parte de arriba había sido muy buena. El efecto desde abajo resultaba aterrador, pero echaba en falta algo más. Su inmovilidad era sospechosa. Aterradora, sí, pero a la larga, sospechosa. Su sueño era contar con una especie de *animatronic* o algo así, hombre, claro. Pero eso no tenía sentido. Cuando vio que la chica se acercaba un poco, decidió arriesgarse; venga, hemos venido a jugar. La gruesa baranda de piedra impediría a la chica verle, apenas había huecos desde ese ángulo. Así que se tumbó en el suelo y se arrastró hasta el maniquí.

→Venga, adelante, divirtámonos.

En el fondo, la muela también era una cachonda. Le iba la marcha más que a él. Reprimió una risita de nervios. Esperaba que el maniquí no se cayera y se desmontara. Le había puesto una peluca y un largo vestido de dama antigua. Si lo mirabas de cerca resultaba patéticamente ridículo, pero, a contraluz y en la penumbra, funcionaba de maravilla. La prueba estaba ahí mismo, en la niña acojonada que lloraba de puro terror.

Dientes alargó los brazos y movió un poco la figura, solo giró levemente la peana que hacía de base. Oyó a la chica reprimir un gritito y retroceder, él volvió a su escondite y miró de nuevo hacia abajo. La vio, completamente desmoronada, atrapada por el miedo.

→Ja, ja, ja, genial.

Tuvo que aguantarse la risa. El truco había funcionado de maravilla, había sido estupendo. Pero debería calmarse, la muchacha no podía saber que él estaba allí.

Se obligó a concentrarse en ella, a observarla con detenimiento. A fin de cuentas, podría considerarse que lo que estaba haciendo era documentarse. Lo que hiciera la niña le vendría muy bien para incluirlo en alguna de sus novelas. La que estaba escribiendo ahora avanzaba muy despacio; era jodido eso de escribir novelas, requería mucha constancia, pero quizá con los datos que sacara de esta experiencia podría darle un buen empujón y avanzar un par de capítulos. Por supuesto, en su novela habría zombis en esa casa.

Entonces, la perrita se separó de su dueña y avanzó hacia las escaleras; probablemente le había olido. Bueno, llevaba la navaja, y el animalito, a pesar de su aspecto lobuno, no era muy grande y parecía sumamente mansa. Podría matarla sin problemas. Y ese sí que sería un buen golpe de efecto. Guau, sería la rehostia. Que la chica descubriera a su perrita con el vientre abierto, desangrándose mientras agonizaba. Eso sí que la asustaría. Qué bueno. Pudo imaginarlo.

La perrita subía los amplios escalones con un trotecillo ligero y, al llegar arriba, giraba hacia la parte en la que él se escondía. La perrita se dirigiría hacia él. La niña dejaría de verla. Pero pronto oiría el lamento del animal, sus aullidos mientras él le abría el vientre. Y la chica se lanzaría escaleras

arriba a toda velocidad. Y él tendría el tiempo justo para esconderse, la muela le avisaría. Y la niña vería el charco de sangre. Y encontraría el cuerpo de su perro y se acercaría a él completamente horrorizada. Eso sí que asustaría a la chica, no solo porque su perrita estaría muerta, sino porque comprendería que en esa casa corría peligro, que había algo capaz de destripar mascotas y amenazarla directamente. Sensacional.

—Tralalá, ven aquí, no te vayas —dijo la chica con un firme susurro, venciendo a los sollozos que la sacudían rítmicamente.

La perrita la miró, pero tenía tendencia a ir con la gente, como era tan mona todo el mundo le decía cosas y la acariciaban al pasear con sus dueños por la calle o el parque. Para ella era casi una obligación ir a saludar. Y, aunque sus amos, especialmente la ama mayor, habían intentado quitarle esa afición, no lo habían logrado. Ellos le decían con firmeza: «No». Pero la mayoría de las veces eran los propios desconocidos quienes la llamaban y le dedicaban algunas carantoñas. El dueño mayor siempre decía que era la perrita más sociable del mundo y que había que tener cuidado, no fuera que en un despiste la perrita se alejara demasiado en el parque y alguien se la llevase para venderla. Por un perro de esa raza se podían sacar fácilmente unos dos mil euros.

Tralalá sabía que había alguien arriba. El marcado olor a flores la distraía un poco, pero sí, sin duda, arriba estaba el hombre de las salchichas. Olía raro, pero a Tralalá no le desagradaba esa mezcla de sudor seco y fritos revenidos. No estaba muy segura de si le caía bien o no. Había discutido con su ama pequeña, y creía que a Paula no le gustaba, pero, hombre, a ella siempre le había dado salchichas, e incluso le había permitido viajar en su coche, aunque no habían ido a ningún sitio especialmente interesante. Bueno, no pasaba nada por investigar un poco. No le gustaba ver a su dueña así, estaba llorando y eso a ella siempre le dolía, no le gustaba ver a sus amos tristes. A lo mejor podría llevarle una salchicha si tenía suerte.

La perrita siguió avanzando hacia las escaleras.

—Tralalá, he dicho que vengas, no te alejes.

La perrita giró la cabeza, con su mirada intentó decirle que no pasaba nada, que solo iba a ver al hombre de arriba. Ahora vuelvo.

→Prepara la navaja.

«Mierda, no llevo más salchichas», pensó Dientes.

Tralalá llegó al primer escalón y miró hacia arriba, no podía ver al hombre, pero podía olerle con total claridad.

—Tralalá, aquí —dijo Paula señalando el suelo junto a ella—. Aquí.

Bueno, las órdenes en muchas ocasiones solo eran meramente orientativas. Olfateó las escaleras, ni una señal de marcado, aquí no había otros animales. Bueno, no pasa nada. Comenzó a subir. Despacio. Olisqueando todo e investigando con esmero.

—Mecagüen la mar, Tralalá. He dicho que vengas aquí. Aquí.

La amita ya había alzado más la voz. Parecía enfadada. Pero no la miraba a ella, sino a la figura de arriba. Tralalá sabía que no era una persona, olía a plástico y a armario viejo. Estuvo a punto de regresar. A veces, si hacía algo malo, le gritaban y castigaban. A ella no le gustaba eso, quería que sus amos estuvieran contentos y le dolía que le echaran la bronca. Todavía recordaba cuando pilló el paquete de jamón serrano recién traído del súper y luego le echaron un rapapolvo enorme. O cuando se estaba comiendo una mierda de niño en el parque; al verla le gritaron como locos, le echaron otra de esas broncas descomunales, incluso la sometieron haciéndole tumbarse mientras le daban algunos meneos y le limpiaban con poca delicadeza el hocico, usando uno de esos pañuelos húmedos perfumados que la dejaban sin respiración.

Bueno, unas salchichas pueden valer la pena. Siguió subiendo tranquilamente, analizando cada olor. Cuando llegó a lo alto vio al hombre; estaba en cuclillas un poco más allá del maniquí. Esa postura siempre indicaba juegos. Cuando los humanos se ponen en esa posición, es que quieren interactuar con ella. El hombre llevaba algo en la mano. Pero no olía a salchichas. Bueno, vamos a ver. Y se dirigió hacia él.

Dientes sonrió. Se acercaba el horror supremo.

Tralalá hizo una parada para oler el vestido de la figura.

Entonces Paula comenzó a gritar el nombre de su perra y se lanzó a toda velocidad hacia las escaleras. La niña no podía explicar por qué, pero no quería que Traly estuviera allí, podía molestar a la señora y desencadenar no sabía bien qué. Hasta ahora solo había encontrado indiferencia, no quería entrar en conflicto. Y si bien, normalmente, Tralalá gustaba a la mayoría de la gente, siempre había quien tenía miedo a los perros o, sencillamente, no le gustaban. Lo que no quería era que la gente de esa casa se mosqueara con ella.

Tralalá emitió un pequeño ladrido de sorpresa. Su ama iba a buscarla y parecía verdaderamente enfadada. No supo qué hacer.

→Vete, rápido, que no te vea la niña.

Vaya, esa niñata había estropeado la sorpresa, estaba subiendo.

Tralalá corrió hacia el hombre, pero este estaba retrocediendo y se alejaba a toda velocidad. Sería divertido ir tras él, pero no parecía que hubiera salchichas de por medio, así que se lo pensó mejor y regresó a las escaleras hasta encontrarse con su ama, que ya estaba casi arriba del todo.

—¿Qué has hecho, eh? ¿Qué has hecho? ¿No te he dicho que vinieras?

Miró hacia lo alto y dijo:

—Lo siento, espero que no le haya molestado. No hace nada, solo quiere saludar, es muy juguetona. —Había tenido que repetir esas palabras unas cuantas veces cuando Tralalá se acercaba a una pareja que se prometía amor eterno en un banco del parque o a un grupo de jóvenes haciendo botellón.

Desde ahí arriba la figura se veía diferente. Paula frunció el ceño y dejó de sujetar a Tralalá, que solo quería pedir perdón saltando sobre su ama pequeña.

—¿Hola?

Estaba mucho más cerca, y ahora se apreciaban más detalles. Se estremeció al captar un rostro sin apenas facciones y estuvo a punto de bajar corriendo. Pero la sospecha tomó cuerpo. Parecía un muñeco.

Mierda, no esperaba que la niña se lanzara escaleras arriba. Me ha fastidiado todo el plan. No puede verme o se estropeará todo. La muela me lo está dejando claro. Y, además, tengo que irme ya. No puedo pasar más tiempo aquí. Mañana hay que hacer muchas cosas, me espera un día movidito, así que tendré que descansar un poco. Ya es tardísimo. Bueno aquí se quedan los dos, la niñata y el perro. No podrán salir de la casa, y dudo mucho que tengan valor suficiente como para moverse demasiado por su interior, pero, bueno, tampoco pasaría nada. Mañana será el gran día.

CUARTA PARTE

LA LLEGADA A LA CASA

30

Josefa

Bien, pues aún ha tenido suerte y va a poder hacer negocio. El tipo que la ha llamado preguntando por la casa rural parecía nervioso y ansioso. No le gusta alquilar a huéspedes así, sin saber nada de ellos, y menos sin poder hacer limpieza entre uno y otro. Nunca en la vida había hecho nada parecido.

Antes se encargaba ella de la limpieza y era especialmente cuidadosa, siempre quería que los huéspedes se llevaran una excelente impresión. Ella no era muy de TripAdvisor ni de esas mierdas de Internet, lo hacía porque era lo que había que hacer. No por conseguir cinco estrellas en el apartado de limpieza de Google, eso le daba igual, ni siquiera tenía muy claro cómo mirarlo. Pero ahora con esa maldita rodilla tenía que pagar a Mariajo, la hija de su sobrino, para que se encargara de dejar todo en condiciones. Y la chica trabajaba con una desgana increíble, ay, la juventud de hoy en día; esa descerebrada solo se preocupaba de estar mona y de colgar fotitos cuando salía por ahí. Lo malo es que, claro, aunque no le pague mucho, las ganancias disminuyen. Pero el hombre que la había llamado preguntando si

la casa estaba disponible parecía casi desesperado, y cuando ella le dijo que esa misma mañana La marquesa quedaba libre, él había aceptado inmediatamente. Ella le había explicado que no podrían entrar hasta media tarde por lo menos, por el tema de limpieza y llaves, y que ella no podría acompañarles, pero él había insistido en que no le importaba entrar en la casa ya, tal y como estuviera, que ya harían ellos la limpieza si hacía falta, de verdad, que les daba igual, pero que viajaban con un niño pequeño y que necesitaban entrar ya.

Bueno, pues oye, el dinero de la Mariajo que se ahorraba. Josefa se mostraba renuente porque afirmaba que eso no era de rigor, y que nunca hacía cosas así, pero finalmente él la había convencido; en realidad, casi le había implorado. El hombre le pidió los datos bancarios y tramitó la transferencia casi inmediatamente; todo parecía estar en orden. Vale, pues, adelante. Iba a conseguir un doble alquiler por La marquesa durante esos días… pues bien, porque últimamente todo estaba carísimo. Y además sentía una satisfacción especial cuando conseguía sacar beneficios de la que en otro tiempo fue su casa, como si esa vivienda todavía le aportara algo, después de lo que le pasó a su marido.

Solo faltaba asegurarse de que la mujer y los chicos ya se habían marchado, no quería que coincidieran. La llamó varias veces, pero siempre le salía ocupado o fuera de cobertura. Así que llamó a Paco, el del bar, él sabría si su hijo habría ido a buscarles y si ya habían salido.

Le confirmó que así era, que a primera hora habían dejado la vivienda y que él tenía las llaves.

—Genial, bueno, pues no hace falta que me las devuelvas, que sepas que se pasarán otros clientes a por ellas. ¿Podrías acompañarles tú a la casa rural?

—No te preocupes, Josefa, ya iré yo, o mi chico, que debe de estar a punto de volver de Valencia.

—*Moltes gràcies*, Paco. No sé qué haría sin ti.

—Nada, Josefa, a mandar, lo importante es que te mejores de la pierna.

—Ay, hombre, yo qué sé, cada día voy peor… —Y comenzó la actualización del parte médico con todo tipo de detalles.

Paco le dijo que estaba liado y que tenía que colgar, que si quería que acompañara a los nuevos huéspedes no podía entretenerse.

—Ay, Paco, perdona, ya estoy un poco mayor y me enrollo hablando de mis cosas.

—No pasa nada, Josefa, ya quedaremos una tarde de estas para hablar.

Cuando Josefa colgó, se dijo que ese Paco valía un montón, que era muy buena persona, siempre dispuesto a hacer favores, y que era una pena que su hija no hubiera empezado a salir con él, antes de irse a Barcelona o donde fuera que estuviera ahora.

El hombre guardó su móvil, separó la navaja del cuello de Martín y sonrió a Sofía.

—Muy bien, muy bien, ¿veis? Así no habrá ningún problema. Ah, por cierto, dame las llaves de La marquesa.

Josefa, devolvió la llamada al nuevo huésped. Contestó al primer tono, como si hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

—Señor Lonces, de acuerdo, no hay ningún problema, la vivienda está disponible. Espero que la hayan dejado bien. Ya le dije antes que no me parecía bien alquilársela así.

—De verdad, no se preocupe. Lo que necesitamos es un lugar en el que poder alojarnos de inmediato con el niño.

Ella le explicó la logística de la entrega de llaves, que pasara por el bar de Paco y algunas normas más de la casa, como la habitación del fondo. Él le dijo a todo que sí, y justo antes de despedirse le preguntó si había oído algo relativo a un suicidio en la población. Ella mostró extrañeza por la pregunta y le contestó que no había oído nada al respecto, y que seguro que se habría enterado. El pueblo era pequeño y prácticamente todos se conocían entre sí. Que ella supiera, *valga'm Déu*, nadie se había suicidado, qué horror.

—Y una última pregunta, ya que es usted tan amable. ¿Hay alguna mansión abandonada, una especie de palacete o algo así, en las inmediaciones de la localidad?

A ella le sorprendieron esas preguntas tan raras: suicidios, casas abandonadas… y no le hicieron mucha gracia. A ver a quién había metido

en La marquesa. Le dijo que no le sonaba nada. Que había un par de chalets bien cuidados en las afueras, de gente de la capital, pero que no recordaba que hubiera ningún edificio abandonado.

—Ah, vaya. ¿No le suena una mansión a la que llamaban la casa de los cien escalones?

Ella se quedó en silencio.

—¿Señora? —¿Se había cortado? Daniel miró la pantalla, el relojito que indicaba la duración de la llamada seguía corriendo.

—No, no, no me suena nada —dijo, por fin—. No hay nada así. —Y cambió de tema—: Pásese por la plaza del pueblo y vaya al bar de Paco, junto a la carretera, allí le indicarán cómo acceder a La marquesa.

La despedida fue fugaz, un rápido agradecimiento y un hasta pronto. Espero que disfruten de su estancia.

Tras colgar, la mujer se quedó pensativa, mirando el móvil. Esto es un error, se dijo, todo esto es un error.

31

Marimar

Daniel se mostraba exultante, por fin había conseguido algo: alojamiento en una casa rural. Tenían que pagar por una vivienda para cuatro personas, pero, bueno, al menos tendrían un hueco en el que meterse. Ella ya estaba cansada de conducir. Al menos llegarían pronto al pueblo… eso si no volvía a equivocarse de desvío, porque Google Maps y su conexión (o su cerebro embotado) no andaban muy finos.

—Y ya solo falta encontrar esa casa de los cien escalones —anunció él como el vendedor que está a punto de cerrar una venta—. En Internet no viene nada al respecto, por lo visto hay un antiguo monasterio y un edificio histórico que ahora es la British School. O una venta que la gestiona una orden religiosa, pero no encuentro nada más. Y he mirado en la web del ayuntamiento, y, joder, lo más curioso es que en el apartado de Turismo lo único que hay es un vídeo sobre la localidad en el que solo hablan en valenciano. No sé cómo van a atraer turistas así… Si quieres atraer turismo, al menos subtitúlalo para que puedan enterarse, ¿no?

Ya había salido el carca de su hermano y su opinión sobre las lenguas

cooficiales. No volvería a caer en el error de debatir con él sobre ese tema.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer al respecto?

—Pues nada, investigar y preguntar, encontraremos esa casa de los cien escalones y el árbol en el que Sara dejó la nota con la maldición…

«Y, el cuerpo de la muerta, ¿no?», dijo Marimar para sí misma.

Estaba cansada, tirando a harta. El niño necesitaba más atención. Y Daniel parecía no darse cuenta de que lo único que estaba haciendo era llevarle de un sitio a otro como si fuera una mochilita. Le preocupaba su sobrino, el crío se estaba portando bien, pero ya llevaba un buen rato lloroso y protestón; quería jugar, necesitaba entretenerse con algo, joder, tenía tres años, y su padre no hacía otra cosa más que navegar por Internet buscando esa puta casa de los cien escalones.

—Ya verás —dijo él—, lo solucionaremos todo enseguida. Pronto esa mujer muerta dejará de seguirnos.

—Daniel —le recriminó ella casi en un susurro—, Víctor te está oyendo. No creo que sea conveniente hablar delante de él de, ya sabes, mujeres… —hizo un disimulado gesto con el pulgar para abajo—, chuick.

Daniel, miró a su hijo en el asiento trasero. Marimar se preguntó cuánto rato había pasado desde su último vistazo.

—Hola, campeón. —Y agitó los dedos como un calamar en un movimiento que pretendía ser divertido. Tampoco podía hacer mucho más. El crío le devolvió una sonrisa de circunstancias y dijo:

—¿Vamos a casa? —Estaba cansado del coche.

—No, cariño, antes tenemos cosas que hacer.

«Matar muertos o algo así», pensó Marimar. El niño pareció resignarse, pero se removió en la sillita, incómodo. Hacía calor, a pesar de ser temprano. Daniel se dirigió a su hermana:

—Tienes razón, pero lo arreglaremos todo enseguida, ya lo verás.

En la CV-50 un cartel con un gráfico anunciaba: «Por su seguridad, control de velocidad por radar». Y un poco más allá apareció el pueblo, un puñado de casas, la mayoría de solo un par de plantas. En realidad, el pueblo se estiraba perezoso a ambos lados de la carretera nacional y poco más.

Alguna tienda, un mesón cerrado y, en una especie de placeta, el ayuntamiento. Giraron a la derecha buscando la iglesia, siempre están en la plaza del pueblo, cerca de la casa consistorial; pero tuvieron que callejear porque no la encontraron. En ese pueblo no había iglesia como tal. Daniel intentaba orientarse con Google Maps, pero se las arreglaba para salir continuamente de la aplicación para hacer búsquedas que no le llevaban a ninguna parte. El objetivo ahora era encontrar el bar de ese tal Paco. Tuvieron que volver a la carretera principal y pararon en el ayuntamiento. Detrás del edificio solo había campos. Ah, vale, ahí había un bar. Y eso es lo único que rezaba el cartel sujeto a una farola: «Bar». Y ya estaba, ni siquiera tenía nombre. Por fin lo habían encontrado.

Les costaba salir del coche. Daniel no era precisamente rápido y Marimar tenía que encargarse del niño. Quería bajar al suelo, pero la mujer le sujetó en brazos, no había mucho tráfico, pero eso era la puta carretera. A Daniel le faltó tiempo para entrar en el bar, ni siquiera la esperó. La madre que lo parió.

El local era oscuro y anticuado, como retroceder cincuenta años en el tiempo. Una tele de culo gordo (¿todavía funcionaban?) mostraba desde una esquina a un presentador de informativos hablando en silencio; un cartel amarillento con el listado de bocadillos, nada muy apetecible; una barra sin tapas, a excepción de un par de palmeras de chocolate en su envoltorio, un sobao y algunas latas de mejillones y berberechos, que posiblemente estuvieran a punto de caducar. En una mesa, un par de viejos. Tras la barra, un chico joven, de unos dieciocho o veinte años, navegaba en su móvil, estaba completamente fuera de lugar. Clicó un par de veces para cerrar lo que estuviera haciendo y le sonrió.

Marimar entró y dejó a Víctor en el suelo, vale, que estirara un poco las piernas. Y el niño se agarró a ella.

—Upa, upa, tía.

Vale, lo entendía. A ella tampoco le gustaba mucho ese lugar.

—Déjeme adivinar —dijo el chico fuera de tiempo—: Usted debe ser el huésped de Josefa, el de La marquesa.

A Daniel le tomó por sorpresa, pero comprendió que no debía de haber muchos clientes como él por ahí. Asintió.

—Sí, eso es, me dijeron por teléfono que preguntara aquí.

El chico sonrió:

—Espere un momento, por favor, esas cosas las lleva mi padre. —Y le gritó a la puerta lateral—: ¡Papáaa! Los de La marquesa.

Y sin esperar a más, volvió a su móvil.

Apareció un hombre maduro con pinta de pueblerino, de piel reseca y hablar áspero, bastante enjuto y ojeroso. Llevaba un arañazo en el pómulo que parecía reciente. Mejor no saber qué hace esta gente. Se hurgaba los dientes con un palillo. Mientras se acercaba le saludó con la otra mano en plan jefe indio. Jau, rostro pálido. Y se sacó el palillo, quizás para reutilizarlo.

—Buenas tardes. —Saludó Daniel muy formal, y le tendió su mano buena por encima de la barra. El apretón fue firme, pudo notar unas manos callosas y fuertes.

—Hola —dijo Marimar casi desde la puerta—. Oye, Daniel, que yo me salgo con el chico, te espero fuera, dando una vueltecilla.

—Vale, vale. —Y Daniel volvió a lo suyo. Se dirigió al tipo del bar—. Venimos a por las llaves de la casa rural.

Marimar salió al sol y ahora el niño sí que aceptó bajar al suelo. Justo al lado había una frutería y entraron para comprar un par de plátanos y algún dulce. Efectivamente, detrás del ayuntamiento ya se acababa el pueblo, pero había una pequeña plaza y tomaron asiento en una especie de fuentecilla ornamental que no funcionaba. Allí se dedicaron a comerse los plátanos y a jugar a imaginar que salía agua de la fuente y que se salpicaban con ella.

Al rato, apareció Daniel; iba casi corriendo, se ayudaba de la muleta, pero avanzaba a toda velocidad. Marimar se asustó un poco, eso no era normal.

Cuando Daniel llegó junto a ellos, Víctor le salpicó con agua invisible, pero Daniel pasó del niño. Completamente excitado dijo:

—Sabe dónde está la casa de los cien escalones. Lo sabe.

Marimar no supo qué decir. En el fondo había esperado no encontrar nunca esa vieja casa abandonada.

—¿Ah, sí? —Y sonó más frío de lo que esperaba, pero Daniel ni se percató de ello.

—Sí. Y mañana nos podrá llevar a ella.

Solo le faltó echarse a reír como un loco.

32

Sofía

Vale, algo tendría que hacer. Necesitaba ayuda. Su hija había desaparecido y Martín afirmaba que un hombre se la había llevado. Eso por no hablar de que lo había encontrado en una habitación a la que no tenía acceso, llevado allí por una mujer inexistente. Demasiados problemas. Pero el más importante era la desaparición de Paula. No tenía móvil ni nadie a quien recurrir, así que tendría que salir a pedir ayuda y llamar a la policía. A ver, estaban en un sitio turístico, la carretera nacional no estaba demasiado lejos. Si hacía falta se pondría en medio de la carretera hasta que alguien parara y llamase a la policía. Conseguiría ayuda y removería cielo y tierra para encontrar a su hija. Pero antes necesitaba saber qué había pasado.

Según Martín, Paula podía haber sido secuestrada. Y su cerebro insistió en lo de secuestrada, absurdamente recordaba algo que había leído hacía mucho: la diferencia entre rapto y secuestro es que el rapto tiene un componente sexual y el secuestro no. Así que su hija no había sido raptada, se dijo.

Pidió a Martín que le contara cuanto hubiera visto. Necesitaba saber.

—Por favor, cariño, dime todo lo que sepas.

Estaba abrazando al niño con demasiada fuerza, pero a Martín no le importaba en ese momento. Decidió contarle todo. Bueno, casi todo.

—Yo, yo estaba en la cama despierto. Hacía poco había discutido con Paula. —El niño no entró en detalles.

—Un momento. ¿Discutiste a medianoche con tu hermana? —Una teoría surgió en su mente desesperada—. ¿Es posible que Paula se marchara de casa enfadada contigo?

Era una posibilidad: tiene una enganchada gorda con Martín y como castigo desaparece de la casa. No era muy propio de Paula, pero eso lo explicaría.

El niño negó con la cabeza.

—Oh, no, no, mamá. La discusión no tiene nada que ver. Solo discutimos y ella se marchó a su cuarto.

—Y ¿por qué discutisteis?

—Nah, por nada. Porque… —Y no quiere contarle lo del móvil, lo de los mensajes de los imbéciles—. Por nada.

—Por el móvil —sugiere la madre.

—Sí bueno, se lo pedí y no me lo dejó.

—Espera. El móvil de Paula. El móvil de Paula, claro.

Dejó a Martín en el suelo y corrió a la habitación de su hija. Comenzó a buscarlo por todas partes. Martín se asomó, pero sabía que no lo encontraría.

—¿Lo tienes tú, eh, lo tienes tú?

Volvió a negar. Ella levantó toda la ropa de la cama por si se había metido en algún pliegue, solo volaron lo que parecían pequeñas piedrecitas.

Hizo un gesto de asco cuando descubrió un par de insectos muertos. Pero no dejó de buscar por todas las esquinas, incluso dentro del armario. A Martín le dolía ver así a su madre.

—Creo que el hombre se lo llevó.

—Ay, Dios mío. —Miró a su alrededor y de nuevo se aferró al niño, casi le zarandeó—. Pero ¿quién era ese hombre?

—No sé. Yo estaba despierto y oí algunos roces en el pasillo. Ya sabes, como si hubiera movimiento.

—¿Roces? ¿Qué quieres decir?

—Pues nada, eso. Roces. En esta casa pasa algo. Un rato antes ya había oído otras cosas.

—¿Otras cosas? Pero ¿esto qué es? ¿Qué cosas? —Parecía que estuviera indignada con su hijo, como si él tuviera algo de culpa. En realidad, estaba irritada con ella misma, que estaba durmiendo como un tronco después de tomar algunos somníferos. «Si no las hubiera tomado…», se decía.

—Bueno, yo antes había visto a la mujer desmontada…

—Ay, no entiendo nada. ¿Una mujer desmontada? ¿No era un hombre? —Sofía estaba al punto de la desesperación—. ¿Iban juntos?

—No, yo no sé nada. —Martín estaba a punto de echarse a llorar. La presión a la que le estaba sometiendo su madre era demasiada—. No sé nada. Solo oí ruidos. Y me dio miedo, porque en esta casa pasan cosas raras. Pero al final me pudo la curiosidad. Bueno, y que creí oír a Paula quejarse.

—Y... y...

—Y cuando me asomé vi a un hombre llevándose a rastras a Paula. La lamparita no iluminaba mucho, no se veía bien, no sabía qué estaba pasando.

—¿Pero el hombre se llevaba a Paula a la fuerza?

El niño no supo qué decir, en esos momentos todo habían sido sombras, movimientos indescifrables.

—Creo que sí.

—Joder, Martín. —El nerviosismo de Sofía se había convertido en enfado —. ¿Y por qué no gritaste? ¿Por qué no me despertaste? ¿Eres tonto o qué? Ves que alguien está secuestrando a tu hermana… —Secuestrando; no raptando. Sobre todo, no raptando—, y te quedas ahí quieto.

—Yo, yo, no sabía lo que estaba pasando. Yo tenía miedo. Aquí… —… hay fantasmas, iba a decir. Pero se echó a llorar. Su madre tenía razón: era tonto, había permitido que se llevaran a su hermana y no había hecho nada al respecto, solo mirar desde su puerta.

—¿Y qué más?

Martín hablaba entre sollozos:

—Salieron por la puerta. Y Tralalá iba con ellos.

—¿Se llevaba al perro a la fuerza?

—Oh, no, ya sabes cómo es Tralalá, se va con todo el mundo. Creo que pensaba que era un juego o algo así.

—Vamos —urge ella—, ¿qué más viste?

—Se fueron. Y yo salí al pasillo. No sabía qué hacer. No sabía qué había visto, tampoco estaba seguro de que no hubiera sido un sueño. Pero, yo… yo no quería molestarte, anoche dijiste que no querías que te despertáramos por nada del mundo.

—Oh, vamos, Martín, eres más listo que todo eso. Solo necesitaba dormir, era una frase hecha. Joder, tenías que haberme llamado.

De nuevo le estaba llamando tonto, incluso su madre piensa que es un idiota. Puede que no merezca vivir.

—Ya, tendría que haberlo hecho —mintió. En realidad, en esos momentos no tenía ni idea de qué hacer.

Se había limitado a avanzar por el pasillo, hacia la puerta. Oyó la gravilla del caminito en el exterior y lo que podría ser la portezuela de un coche, pero cerrada muy despacio. Y de nuevo la gravilla, como si alguien regresara.

—Y en ese momento, la mujer vino por detrás y se me llevó al cuarto del fondo a toda velocidad. No me dio tiempo ni a gritar. Estaba en el pasillo y de repente estaba en ese otro cuarto. Se quedó allí conmigo. Mirándome desde lo alto de la librería, moviéndose despacio.

Sofía no sabía qué pensar, ¿era posible que su hijo estuviera imaginando todo eso, que hubiera tenido una pesadilla?

—Y esa mujer, ¿de dónde ha salido? ¿Te ha hecho algo?

—A la mujer ya la vi en cuanto llegamos a la casa. Os lo dije, la vi en un árbol en el jardín y nadie me hizo caso. Y también la había visto esa misma noche un rato antes. Y creo que en más ocasiones, pero nadie me creyó. —Y aquí Martín dejó salir un poco de irritación.

—¿Pero se fue del cuarto?

—Se ha marchado cuando tú has entrado, por la chimenea, ya te lo he dicho.

Sofía valora volver al cuarto bodega, pero lo descarta, allí no había ninguna mujer. Mejor pedir ayuda.

—Vamos, vístete, tenemos que ir al pueblo y llamar a la policía. No entiendo lo que está pasando y lo que me dices es una sarta de incongruencias. No me has ayudado nada.

Sofía lo estaba pagando un poco con el niño, pero era normal, su desesperación iba en aumento, y en lugar de conseguir una explicación racional solo había obtenido una historia fragmentada y absurda. Pero lo innegable era que su hija podía haber sido secuestrada. No raptada.

Ella también se vistió adecuadamente, no sabía qué pasaría aquel día, si encontraría pronto a su hija o la cosa se demoraría. Cogió un bolso con su documentación y algo de dinero.

Y justo antes de salir le fallaron las fuerzas, se sentó en su cama y comenzó a sollozar. Solo necesitaba unos segundos. Quería a su hija, quería encontrarla, saber qué había sido de ella. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, menos mal que no llevaba sombra de ojos. Y vio que Martín la observaba desde la puerta. Sacó fuerzas de lo más profundo de su alma y le ofreció una sonrisa. Se puso en pie y le tendió una mano.

—Venga, vamos, tenemos que encontrar a tu hermana.

En ese momento se oyó un coche en el exterior y sonó un alegre pitido.

Sofía soltó a su hijo y corrió hacia la calle.

Allí estaba Paco, el tipo del bar con una furgoneta. Les saludaba alegremente sacudiendo la mano.

—¡Socorro! —gritó Sofía—. Necesitamos ayuda. Mi hija ha desaparecido.

El hombre ya había descendido de la furgoneta.

—Eh. No, tranquila. Por eso venía. La he llamado, pero me da fuera de cobertura.

Sofía casi le agarró de las solapas.

—¿Sabe dónde está mi hija?

—Claro que sí, está en el bar.

A Sofía se le amontonaban las palabras:

—¿Y está bien?

—Perfectamente, incluso ha almorzado un sándwich de jamón y queso. Como no respondían a mis llamadas he venido para avisarles. Imaginé que estarían preocupados.

Sofía le abrazó y se echó a llorar en el hombro de Paco sin importarle ese olor a ajo seco. Era puro alivio. Su hija estaba bien.

—Si quiere, puedo bajarles al pueblo.

—Sí, por favor, si no es molestia… Y ella, ¿por qué no ha subido con usted?

—Pues se lo he dicho, pero no ha querido venir, me ha dicho que estaba enfadada con su hermano.

Sofía lanzó a Martín una mirada de reproche que casi le fulminó. Paula se había ido por culpa de su hermano y no había habido ni hombres misteriosos ni secuestros, ni mucho menos raptos.

—Ay, sí, vamos a buscarla.

—Venga, suban a la furgoneta, que llegamos enseguida.

—Mamá, a Paula no le gusta el queso —dijo Martín. Pero su madre no le hizo ni caso, estaba cerrando la puerta de La marquesa, allí dentro seguían todas sus cosas.

—Si no les importa, antes tengo que hacer un pequeño recado, nada, será cosa de un minuto.

—Sí, bueno, lo que usted tenga que hacer, ya nos está haciendo un gran favor… —Sofía ya estaba sujetando la puerta para que subiera el niño. En seguida se acomodaron todos en la parte delantera.

—Vamos, en marcha —dijo Dientes con alegría.

Y la furgoneta arrancó.

33

Dientes (Hace tiempo)

Sara abrió los ojos de repente y me dio un susto de muerte. Solté su torso y dejé de arrastrarla. Joder, todavía seguía viva. Sus ojos hinchados y ennegrecidos imploraban «por favor». La dejé en el suelo, me puse en pie y la miré. Seguía habiendo poca luz, pero pude ver sus piernas retorcidas y su cuerpo desnudo. Miré al desgraciado de Vicent: no, sin duda este estaba muerto.

—Sara —dije inclinándome sobre ella. Uno de sus ojos parpadeó—. Jo, tía, no esperaba esto. Creía que habías muerto por amor.

Intentó tender una de sus manos hacia mí, apenas un par de milímetros.

—Ya te he explicado que nunca esperé que Vicent y tú me traicionarais así. Sabías que te quería. Y durante mucho tiempo pensé que tú también sentías algo por mí. Entiendes por qué te he obligado a hacerlo, ¿verdad?

Busqué la barra de hierro de reojo. Creía recordar que el cuchillo se había quedado bajo el cuerpo de Vicent. Tendría que terminar el trabajo. O pedirle a Sara que lo terminara de una vez. Después del ataque de risa en el descampado, había vuelto a la casa de los cien escalones para recoger un

poco y eliminar pruebas. A ver, había dejado todo patas arriba, no podían abandonarse por ahí un par de cadáveres. Bueno, no sería difícil recomponer la casa, solo un poco trabajoso, pero podría hacerlo sin problemas. Tenía tiempo y nadie se acercaba nunca por ahí. Sería duro cavar una fosa junto al árbol, pero estaba acostumbrado a esos trabajos de campo.

Y ahora me había encontrado con la sorpresa de que, después de toda la sesión previa, Sara seguía con vida. No había llegado a matarse. Increíbles los límites a los que llega el cuerpo humano para sobrevivir.

—Te di la oportunidad de redimirte, de morir por mí, ya lo has visto, pero hasta en eso me has fallado.

Ah, ahí estaba la barra.

—Un momento.

La recogí. Estaba pegajosa, pero ya fría. Nah, mejor el cuchillo, me acerqué hasta el cuerpo de Vicent y lo hice rodar un poco con el pie. Eso es, ahí está. También pegajoso.

Volví a acurrucarme junto a Sara, me gustaba sentir su peso, era agradable. Puse con cariño el mango en su mano. Ella lo dejaba resbalar, tuve que cerrar sus dedos y guiarle la mano.

—Vamos, tú puedes. Antes lo has hecho bastante bien. Acaba.

Su mano seguía inane y ya ni siquiera me miraba.

—Venga, tienes que ser tú, yo no quiero matarte, quiero que seas tú, reconcomida por el arrepentimiento. Avergonzada de lo que me has hecho.

La sesión inicial había estado bien. Con ambos debidamente inmovilizados, les había explicado que la vida no valía nada, así en general. Que su vida no valía nada, concretando un poco, y que no podían seguir en este mundo. Que ellos mismos tendrían que arrebatársela, cada uno a sí mismo.

Si yo tenía que intervenir, les causaría mucho dolor, ellos podrían hacérselo más llevadero. Mejor ser proactivos, les expliqué. Me costó convencerles. Al principio, la cosa no funcionó, pero luego… tampoco. No había manera de que se autoinfligieran daño. Así que tuve que amenazarles y motivarles un poco. Reconozco que resultó gratificante la cobardía de Vicent

cuando le dije que o se cortaba las venas o le clavaba el cuchillo a Sara. Vaya, ni se le pasó por la mente ceder, le daba igual lo que le hiciera a la chica. Solo gritaba, ya pidiendo ayuda, ya llamándome loco de mierda. Su valía como ser humano quedó demostrada, y su cariño por su novia oficial también. Ni un rasguñito fue capaz de hacerse para evitarle dolor a Sara.

Y, vaya, uno tiene su paciencia, pero no es eterna. La barra me vino bien para sacarle a golpes todos los dientes. No creas que es fácil, tuve que propinarle, no sé, cuatro o cinco golpazos, las muelas del juicio no salían, y, en un momento dado, tuve que hacer palanca. Pero lo logré, al final algunas piezas quedaron inservibles y había un trozo de mandíbula que deseché. Eso sí, ya no volvió a abrir la boca, probablemente porque le resultaba físicamente imposible, ya solo tenía un agujero.

Eso animó un poco a Sara, su estrategia era implorar, pedir perdón y jurar que me amaba. Pero aceptó el cuchillo y lo pasó por su antebrazo como le pedía. Le expliqué que los cortes tenían que ser de arriba abajo y que no dolía mucho, solo escocía un poco.

La punta marcó una pequeña cavidad entre las venas, la deslizó un poco sin llegar a traspasar la piel; marcando el camino. Era un arañazo suave, como cuando te rascas demasiado fuerte y se levanta un poco la piel reseca, no del todo desagradable. Dejó un caminito blanco, como si la sangre huyera ya ante su presencia. Me dije que no sabía si al final Sara podría hacerlo, pero, al menos, tomé nota mental de todos esos detalles, quizás en el futuro pudiera escribir sobre eso. Un relato o algo.

—Vamos, puedes hacerlo, será sencillo y poco doloroso. La otra opción es la barra.

Y le ofrecí un inesperado movimiento de karateka, con la barra como si fuera un nunchaku. A ver si eso le ayudaba a decidirse. No tuve mucho éxito. Solo se encogió un poco más. Era pequeñita y adorable. No paraba de sollozar prometiéndome su amor. Pero no acababa de hacer lo que yo le pedía, lo que necesitaba: que acabara con su vida por amor.

Ya os he hablado de los límites de la paciencia, ¿no? Mucha lagrimita, mucho cuchillito arriba y abajo, pero poco lerele. Me acerqué a ella y le grité

a la cara. A ver si eso la impresionaba más que el movimiento de karateka.

—Vamos, puta de mierda, hazlo ya, acaba con tu miserable vida.

Mi saliva salpicó su rostro. La jodía lo retiró con expresión de asco. Y aprovechó y, zas, me lanzó un tajo con el cuchillo. La madre que la parió. Afortunadamente, la había atado bien y tenía la movilidad justa para infligirse cortes ella misma, no podía estirar demasiado el brazo. Ni me rozó, pero la cosa me dolió. Más que si me hubiera herido físicamente. Vaya detalle feo, feo. Serás traidora.

—Mecachis, mecachis —dije sacudiendo la cabeza apesadumbrado—. No esperaba esto, no lo esperaba de ti, la verdad.

Algo tendría que hacer. Mecachis. Jo, qué decepción. Le sonreí con mucha pena. Estaba un poco triste, no esperaba que las cosas fueran así. En mi mente el plan inicial había sido más limpio y emotivo, un final triste para una historia de amor y desengaño. Sacudí la cabeza, me recoloqué la barra.

Modo kareteka on. ¡Kiai! Movimiento de barra en plan *majorette* para impresionarla un poco. Casi se me cayó y el efecto no acabó de funcionar, pero bueno, estábamos solos (Vicent ya no contaba), no pasaba nada, todo quedaba entre nosotros. Nadie se reiría, ¿verdad? ¡Kiai!

Bueno, no me enrollo, al final se acabó cortando las venas, pero llegamos allá por el camino tortuoso (¿tortuoso viene de tortura? ¿Sería mejor decir camino torturoso?). Da igual, pero mira que se lo había advertido.

Se suicidó, vale, no le quedaba otro remedio, pero me costó convencerla. Pero que quede claro: yo no la maté, fue ella con sus propias manos. Eso era un acto de justicia que demostraba su arrepentimiento por todo lo que me había hecho y, también, por lo que no me había hecho. Al final lo conseguí, la sangre resbalaba despacio por sus muñecas abiertas. La miré a los ojos mientras fallecía.

Y descubrí algo inesperado: podía causar terror, verdadero terror. Su expresión demudada, su cuerpo sudoroso, sus gemidos cada vez más débiles. Y me sentí bien. Me sentí el maestro del terror, mucho mejor que escribiendo historias. Podía hacer que alguien experimentara el miedo verdadero. Sentía tanto miedo que se suicidó. Ese concepto lo había aplicado

especialmente con Vicent. Fue bastante satisfactorio, como descubrir un nuevo placer que no esperabas encontrar. Eso sí, al final fui yo el que acabó con él, el idiota no tenía huevos ni para dejar de sufrir. Siempre fue un gilipollas y un chulito. Yo le bajé los humos.

He dicho que no me iba a enrollar ni a entrar en detalles penosos, pero en un momento dado, Sara me mostró sus venas abiertas. Su expresión era de derrota. Y de resignación.

—Lo has logrado, ¿es esto lo que querías? —Fue como un escupitajo fallido, de esos que caen en la pechera.

—Oh, Sara, claro que no es esto lo que quería. No, no. Qué va. Yo quería una vida junto a ti. Ser felices por siempre, que te casaras conmigo y lleváramos juntos el bar. Rozar tu piel cada día, amarte sin freno. Ir los fines de semana al cine a Valencia. Tener varios hijos. —Sacudí la cabeza, quería tantas cosas de ella... Jo, qué pena. Y mira ahora—. No quería la sangre goteando de tus brazos.

Ella los alargó lo poco que podía para mostrarme las laceraciones. Como una ofrenda: ya tienes lo que querías.

—Pero, al menos, he descubierto el miedo en tus ojos. Si no me podías dar amor, al menos siente pánico.

Levanté la barra y la bajé con fuerza contra sus rodillas.

Que no, que no voy a entrar en detalles.

Acabé agotado y con el cerebro a punto de explotar. Demasiados estímulos, demasiada sangre. Tanto es así, que tuve que salir a tomar el aire.

Al volver para poner un poco de orden, todavía seguía viva la hijaputa, y cuando abrió los ojos me dio un susto de muerte.

Al final, apoyé un extremo de la barra entre los ojos de Sara. Yo había amado a esa chica y mira en lo que se había convertido. Presioné un poco hacia abajo, ella emitió un imperceptible resoplido y ya no volvió a abrir los ojos. Vaya, me hubiera gustado que se pusiera un poco bizca y viera lo que iba a hacer. Sujeté la barra con las dos manos. Tanteé. Me puse en pie sin dejar de apoyarla sobre ella. Sonreí.

—Dime que estás sintiendo miedo, dime que te estoy asustando, dime que

soy el maestro del terror.

Silencio. Me fijé en su pecho desnudo (hay cosas que no he considerado necesario contar). No se movía.

—¿Estás muerta? ¿Por fin estás muerta? Sí. Tú te has matado, no yo. Así que ahora puedo hacerlo. Solo para asegurarme, ¿vale?

Tomé aire y eché todo mi peso sobre la barra. Aughh, grité. La cosa no salió como yo esperaba: la barra se resbaló y entró en una de sus cuencas oculares con un sonido de morder una uva y una salpicadura leve. Estuve a punto de caer sobre ella. Oh, vaya, de haber estado viva todavía, a lo mejor hubiera podido ver desde dentro cómo la barra le entraba. No hubo un estertor definitivo ni espasmos musculares. Se había ido unos segundos antes. Adiós, Sara, ahora sí que ya no estás aquí.

Solo faltaba meterla en una de esas dos cajas cuadradas que había preparado, una para cada uno. No tenía muy claro cómo hacerlo, su caja era demasiado pequeña y la otra estaba llena de hierros y quincalla. Me dije que sería un poco como hacerle varios dobleces a un papelito. Y luego enterraría ambas cajas bajo el árbol del camino de acceso, a la luz de la luna llena casi como si fuera una ofrenda a la diosa de la naturaleza.

34

Sara

Era tanto el dolor que ya no podía sentirlo. Ni siquiera era capaz de discernir los límites de su cuerpo. No sabía dónde acababan sus extremidades y empezaba la caja de cartón del aparato de aire acondicionado en la que la había metido. Los movimientos habían cesado y ahora solo oía, con tímpanos perforados, el sonido de la tierra cayendo. La caja de Fujitsu comenzó a combarse por el peso. Llegaron las palabras:

—Te quiero, Sara, te quiero, siempre te querré. Siempre estaremos juntos, tu muerte nos ha unido.

Esas palabras sin sonido la hirieron todavía más. Tierra.

—Seremos amantes por siempre, unidos en la eternidad. Hemos compartido nuestros temores y sentimientos y seguiremos compartiendo todo siempre. Ahora. Sara, una vez muerta, seguirás viviendo en mi mente y permanecerás a mi lado, inmortal.

Todo era denso, intangible. Más tierra sobre la caja. Oh, no, lo de ese hombre no era amor, ni eterno ni de ningún otro tipo. Sara se sacudió de forma involuntaria, con espasmos más allá de su cuerpo roto, como si

pudiera recomponerse, aunque solo fuera un poco. Hacía un rato que había dejado de sentir los gritos de Vicent. Estaba sola, allá junto a las raíces del árbol, mientras ese loco de Paco invocaba a los cielos con conjuros absurdos y la enterraba para siempre.

Lo que sentía iba más allá de lo físico. Efectivamente, se había suicidado, él la había obligado. Y eso le dolía. No tenía que haberle proporcionado ese placer. Nadie debe empujar a nadie a quitarse la vida. Más tierra sobre ella. Alquitrán dentro de ella. Luna sobre el árbol.

No debería haberlo hecho, no debería. No debería haberle dado el placer de matarse.

—Que así sea —clamó Paco con la última paletada.

Y entonces Sara murió de nuevo. Y chocó bruscamente contra la luz de la luna. Y vio el árbol gritando allá abajo. Y sintió un viento formado de noche arrastrándola. Y se reflejó en el charco del camino y cuando quiso ver su reflejo no fue capaz de interpretar sus formas. Y.

35

Mensaje

No lo podía creer. El *email* había entrado en su móvil con el típico pitidito de las notificaciones. Era un mensaje de la cuenta de correo de Sara, la mujer a la que había inducido al suicidio en esa casa de cien escalones que pronto visitaría. Por supuesto, no había habido ninguna actividad en la cuenta de correo desde el suicidio. Daniel se descompuso cuando vio la cabecera del mensaje. Estaban a medio camino de La marquesa, era fácil perderse a pesar de las indicaciones del tipo del bar, el GPS se veía sobrepasado entre esas carreteras estrechas y los caminos agrarios.

De primeras, fue incapaz de leerlo. Le mostró el móvil a su hermana y casi se le cayó de tanto que le temblaba la mano. Musitó con voz entrecortada:

—Joder, joder. Mira.

—No puedo, Dani, hostias, estoy conduciendo. —Hacía años que no le llamaba Dani. Y que no decía palabrotas en presencia de un niño. Ahora, a sus becerros ya podía decirles cualquier cosa, eran unos gandules curados de espanto, pero Víctor era una esponja que se enteraba de todo.

—Es ella, es ella. Me ha mandado un nuevo mensaje.

Se preocupó más por el tono de voz que por lo que su hermano estaba diciendo. Demostraba auténtico pánico. Marimar frenó en cuanto pudo, procurando no salirse del arcén inexistente. Víctor protestó un poco cuando se vio impelido hacia delante. Por ahí no circulaba ni un solo coche, aunque la carretera era estrecha, no creía que se cruzaran dos tráileres justo allí. El vehículo se quedó quieto bajo el sol de última hora de la tarde.

—¿Qué pasa? ¿Qué dices?

Daniel practicaba un extraño juego, miraba el móvil y lo retiraba rápidamente, como Víctor cuando tenía que tomar un jarabe: abría la boca, pero la cerraba antes de que ella (porque siempre era ella) le introdujera la cuchara. No encontraba el valor para leer el mensaje.

—Es ella. La muerta.

Marimar estaba muy hartita: el viaje había sido largo e incómodo; los delirios de su hermano, desquiciantes. Estaba cansada, le dolían los riñones y no quería más juegos.

—¿Quieres decir que acabas de recibir un *email* de la muerta? —preguntó, no sin cierta sorna.

—Creo que sí. —Era un milagro que el móvil no se le cayera, se lo brindaba como un drogadicto que le ofreciera parte de su dosis.

—Ya. —Joder, qué hartita estaba—. ¿Quieres que te lo lea yo?

Daniel la miró como si la viera por primera vez. Efectivamente está desquiciado, pensó Marimar.

Un agitado movimiento de cabeza y:

—No, no.

—Pues, venga, —concedió—, léelo tú. Hala, dale…

Daniel no acababa de pillar la ironía de su hermana, seguía ofuscado y asustado. Pero mantuvo el móvil ante sus ojos.

Víctor comenzó a lloriquear. Demasiado estaba aguantando el angelito. Ella se volvió y le dedicó unas palabras cariñosas para tranquilizarlo. Decidió salir del coche y dar un pequeño paseo con él. Pero Daniel comenzó a sollozar al acabar de leer el mensaje.

Sin palabras le tendió el móvil. Bueno, pues el crío tendría que esperar una vez más.

Ella lo cogió con un poco de mala leche.

—Trae acá. ¿Así que ahora los fantasmas mandan correos electrónicos?

—Tú lee, lee —dijo él con un gesto de su brazo sano.

Marimar tomó aire.

> Te espero en la casa de los cien escalones. Ya estás cerca. Se que me as traicionado y que me as empujado a la muerte. Me obligaste a rasgarme los antebrazos, a morir por ti. Ahora habito entre las sombras. Y vago por pasillos sin final. Ven conmigo. Camina entre las noche junto a mi y el resto de los muertos vivientes. Te espero. Ya falta muy poco. Ven.

Marimar no pudo evitar sentir un pequeño estremecimiento; el mensaje era verdaderamente siniestro, una pequeña parte de ella temía que fuera cierto, que la muerta le escribiera mensajes amenazantes a su hermano, pero su mente racional acabó imponiéndose, aunque sin conseguir despejar por completo un ramalazo de duda, vibrando como relámpagos en las lejanas tormentas de verano.

—Pues para ser un fantasma, comete muchas faltas de ortografía, ¿no?

Él le arrebató el móvil y leyó de nuevo el mensaje. Señaló la pantalla con su muñón y su gesto decía con claridad: «¿Lo ves?, ¿lo ves?».

—Ese mensaje es de Gmail. —Marimar usó el tono que mejor funcionaba con su hijo pequeño, el de maestra forzando su paciencia—. Me pregunto si estará en un servidor ectoplasmático. —Pausa para ver si él le hacía caso. Nada—. Y si la IP será dinámica o… mortuoria —bromeó.

En realidad, no tenía ni idea de qué era una IP, pero el mayor le había dado una clase rápida de cómo conectarse a Internet y ella se había quedado con que había IPs, fijas y marchosas. Marchosas no, mamá, dinámicas, jajaja.

—Ella escribía con muchas faltas, no tenía demasiada formación —dijo Daniel, casi para él mismo, dándose argumentos para autoconvencerse.

—Ya. —Y ya no supo cómo continuar. Este era el paso definitivo hacia el

dislate, el más difícil todavía. Terrorgmail.com. Lo malo era que su hermano estaba completamente convencido de la veracidad de ese mensaje—. A ver, Daniel, esto es un correo electrónico. Alguien se ha tenido que conectar a Internet desde un móvil o un ordenador. Un fantasma no puede mandar un mensaje por gmail, joder, eso es evidente.

Y Daniel estalló:

—¿Y tú qué sabes qué puede hacer un fantasma o no? Mecagüenlaputa. Esta mañana… —Agitó la cabeza, ya no sabía en qué día vivía—. No, coño, ayer por la mañana, una mujer muerta saltó sobre mí cuando me iba a cortar el cuello. Hay una maldición enterrada en un árbol, y la muerta me persigue allá donde voy. ¿Entiendes? ¿ENTIENDES?

Tomó aire. Joder hostia puta ya. Estaba a punto de hiperventilar.

Marimar miró a Víctor. De repente Daniel se vino abajo y comenzó a llorar en silencio. El cambio fue tan brusco que resultaba aterrador. Aun así, Marimar se armó de valor:

—Mira, Daniel, no voy a consentirte que te pongas así. Si no lo haces por mí, hazlo por Víctor. Parece que te hayas olvidado de tu hijo vivo y que para ti solo exista esa mujer muerta. Pero a mí ya me has tocado los cojones. Se acabó. Estoy harta de gritos y llantos, de disparates y locuras.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y salió a la carretera con dos movimientos rápidos. Ay, los riñones, mierda. Hacía calor; dentro del coche con el aire acondicionado se estaba mejor, pero ahí, sobre el asfalto recalentado durante todo el día, era molesto.

Vale. Y ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Marcharse andando y dejar a los dos ahí? Se apoyó en el capó mientras se retiraba el pelo de la cara y resoplaba. Jodido cabrón. Estaba cansada, joder, vaya puta carrera de obstáculos. A lo mejor sería preferible que el gilipollas de su hermano acabara suicidándose de una vez. Todo sería más sencillo, ella podría cuidar de Víctor con muchas menos molestias y todo sería más llevadero. Joder, que se fuera a tomar por culo, ese imbécil, la madre que lo parió. Hala, suicídate y todo arreglado.

Movió el trasero, la chapa del coche estaba muy caliente. Dio un par de pasos para retirarse de la carretera, aunque daba igual, no pasaba ni un solo

coche. Falló una patadita que le lanzó a un guijarro. Mierda. Miró de reojo al interior del coche. Daniel la miraba como un monito implorante, solo le faltaba apoyar su única mano en el cristal como la parodia de un meme; ella retiró la vista. Será gilipollas, por Dios. Pateó la hierba. Mierda, mierda, mierda. Se volvió hacia su hermano. Y le señaló con el dedo.

—Se acabó, ¿me oyes? Se acabó. Ya vale de tonterías y de mujeres muertas que te persiguen. Vamos a ir a pasar la noche a la casa rural. —Y señaló con imprecisión los campos que les rodeaban. A esas horas ya no tenían muchas más opciones—. Y mañana volveremos a casa. Y yo me iré con mi marido. —En el último momento fue capaz de no decir «con el idiota de mi marido».

Dios, qué a gusto dejaría ahí tirado a su hermano con esa cara de boquerón en vinagre.

Daniel, ya un poco más calmado, se había dado cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar las duras condiciones de su hermana, al menos de momento, porque mañana iría sin falta a esa casa de los cien escalones, hombre si iría, por supuesto.

Ella pisoteó el matojo un poco más y volvió a fallar una nueva patadita al guijarro mientras volvía.

Se asomó al coche.

—Ven, Víctor, vamos a hacer pis, ¿vale, cariño? —El niño había tardado bastante en aprender a pedir pis por su cuenta, hacía poco que había dejado los pañales a pesar de su edad, y ahora todavía sufría algún incidente. No me extraña nada, con el chalado de su padre cuidándole. Sí, quizá sería mejor que se suicidara de una vez. Y se obligó a reprimir arrepentida ese pensamiento.

—Marimar —dijo Daniel tímidamente—, escucha, nadie sabe que estamos aquí. «Ya estás cerca», dice. Nadie que no fuera ella nos ha podido mandar ese mensaje.

La mujer sacó al niño de su sillita. Y con tono cariñoso para no asustar a Víctor masculló:

—Vete a la mierda. —Y le lanzó a su hermano una mirada asesina.

Pero, joder, el hijoputa tenía razón.

En un lejano naranjo, la mujer muerta descendía por el tronco como una araña enredada.

Mientras Víctor hacía pis, ella los observó desde lejos. El niño levantó la cabeza de repente y supo que estaba allí, pero Marimar no llegó a verla.

Víctor paró de inmediato y tiró de su tía para volver al coche. Lo hizo con tanta fuerza que se le cayó su muñequito de Batman.

36

Sofía. Martín. Dientes

El tipo tarareaba alegremente por lo bajini mientras conducía, casi no se le oía. Era como si canturreara para disimular o, más exactamente, como si le dijera al mundo que a él no le importaba nada, que nada de eso iba con él. Un molesto tarareo, apenas audible. Estaba cansado, en realidad no había dormido prácticamente nada en toda la noche, viajecito por aquí, viajecito por allá… un no parar. Solo pudo acostarse un ratito después de encerrar a la niña en la casa. Y el numerito de la careta y el hacha a primera hora le había dejado extenuado, pero finalmente todo había salido bien y había disfrutado. Por eso no podía dejar de canturrear, porque anticipaba lo que iba a pasar. Y le gustaba. Vaya si le gustaba.

—Será solo un momento —dijo en una pequeña pausa, aunque parecía que fuera a ponerse a cantar como en un musical—. Un pequeño desvío. Tengo que ir a comprobar una cosa, pero será rápido. Y luego iremos con su hija a mi bar. —Y la banda sonora del musical remataba con un alegre chan, tachán.

Sofía le miró con detenimiento. Una extraña teoría empezó a tomar

forma. El tipo era muy raro, de eso no cabía duda. La mujer frunció el ceño, mientras deshilachaba lo que llevaba entre los dedos.

—Y ¿qué tal han pasado la noche? ¿No ha tenido miedo en esa casa tan solitaria? Desde luego, yo no hubiera dormido tranquilo. Para alguien de ciudad, como ustedes, el campo abierto tiene que ser impresionante, ¿no? ¿No pasaron miedo? —No obtuvo respuesta, pero eso no le desanimó—: Y tú, chaval… —soltó una mano del volante y le agitó los cabellos. Martín se apartó y se pegó a su madre todavía más, ambos ocupaban el asiento del copiloto—, ¿no has sentido miedo, ni has visto nada raro en la casa?

Sofía no podía evitar pensar lo que Martín le había dicho. Era un pequeño detalle, pero no podía evitar darle vueltas en su cabeza: a su hija no le gustaba el queso, nunca lo comía, bueno, en la pizza sí, pero era la única excepción. Contradicciones de los críos. Paula nunca se habría comido un sándwich con queso, aunque a la pizza no le hacía feos, siempre y cuando el queso no se viera demasiado. Ese hombre estaba mintiendo. Joder, estaba mintiendo. Y la prueba definitiva la estaba desmenuzando entre sus dedos en ese mismo momento. Allí, al enganchar el cinturón de seguridad, había encontrado un mechón de pelo de Tralalá; tuvo que retirarlo para poder introducir la hebilla. La perrita perdía mucho pelo cuando mudaba y Sofía ya había asumido que, o se deshacía de la perra, o se resignaba a tener la casa llena de pelitos blancos volando por todas partes. ¿Por qué había un mechón de Tralalá en la furgoneta de este hombre? ¿Cuándo había subido allí? ¿Era posible que lo hubiera arrastrado ella misma? Pero no, los pelos ya estaban en la cerradura de la lengüeta.

Pensó en pedirle que parara y seguir a pie. No se fiaba del tipo este del bar. Pero no tenía mucho sentido abandonar la furgoneta en medio de esa carreterucha estrecha, además, eso la descubriría. Y si el tipo de ojeras y rostro cetrino tenía algo que esconder, podría verse en apuros. Y lo más importante: era el único que parecía saber dónde se encontraba su hija. Quería estar equivocada, descartar esa teoría y que Paco, el hombre que conducía ahora la furgoneta, la llevara pronto con Paula y luego a Valencia, que todo fueran absurdas teorías y temores infundados.

Mejor esperar a esa primera parada que él tenía que hacer y pedir ayuda allí. En el peor de los casos acabaría haciendo el ridículo acusando a un buen hombre de algo que no había hecho. Pero esos pelitos suaves de Tralalá le estaban dando la razón. Tenían que salir de ahí. Martín le había dicho que, durante la noche, un hombre se había llevado a Paula. Joder, ¿a cuántos hombres había visto por allá? Todo cuadraba. Mierda. Le escrutó con detenimiento; él seguía tarareando una melodía irreconocible y, cuando notó la mirada de la mujer, se la devolvió y sonrió. Ella tenía que aparentar normalidad. Sintió que estaba adentrándose en la boca del lobo. También sonrió, pero la sonrisa no le quedó muy lograda.

—Pues no, no hemos pasado nada de miedo. Todo ha ido de maravilla. —Que se joda, no pensaba darle la razón. La verdad es que La marquesa había resultado ser una casa siniestra y llena de cosas raras, objetos que se esfumaban, habitaciones prohibidas que aparecían abiertas, historias terroríficas contadas por los niños y, sobre todo, la preocupante desaparición de Paula. Pero le dedicó ese pequeño acto de rebeldía al tipo que probablemente tuviera a su hija secuestrada, no raptada. Enseguida se arrepintió. Mejor evitar confrontaciones, darle lo que quería. Tenía que pensar no solo en su seguridad y en la de Martín, sino también en la de Paula, sobre todo en la de Paula; mucho se temía que no estaba en el bar de ese hombre tomando un refresco.

—Pues son ustedes muy valientes. Mucho, hay quien dice que en La marquesa pasan cosas raras. —Y parecía que iba a seguir con el tema, pero volvió a sus cánticos inaudibles durante unos minutos. Finalmente lo retomó, como si hubiera algo que quisiera decir—. ¿Sabe? Yo tuve una novia que vivía en esa casa. Luego me casé con María Isabel, que en paz descanse, y tengo un hijo, bueno, ya lo conoce, lo vio en el bar ¿no? —Se calló durante unos instantes, era evidente que estaba retrocediendo en el tiempo—. Se llamaba Sara. —Pausa pensativa. Sofía le miraba entre asustada y desconcertada—. Sara. Sí, ay, Sara. Y yo la quería, pero…, pero se marchó a Barcelona con su nuevo novio, Vicent, un drogadicto, como todo el pueblo sabía. —Y su rostro mostró una extraña sonrisa llena de tristeza. A Sofía no

le hubiera extrañado que hubiera empezado a llorar—. Bueno, eso dicen, que un día decidieron marcharse del pueblo y emprender una nueva vida. No sé, en Barcelona o donde fuera, donde hubiera droga, supongo. El caso es que ambos desaparecieron y ya no se dignaron a dar señales de vida. —Sacudió la cabeza, apesadumbrado, era evidente que en su mente seguía viendo a Sara—. A Josefa, la madre de Sara, eso casi le costó la vida, había enviudado un par de años antes, pobre mujer; al poco, dejó La marquesa y se mudó al casco urbano. La casa estuvo vacía mucho tiempo, hasta que un sobrino de Josefa la convenció para que la alquilara como vivienda rural, así conseguía unos ingresos extra, aprovechando esas modas tontas de los de la capital. —Se calló de repente. Le sonrió mostrando unos dientes relucientes, postizos a todas luces—. Ay, perdone, no lo digo por ustedes. Bueno, el caso es que ahora Josefa ya está un poco mayor, la mujer.

Era una historia un tanto deslavazada que, en realidad, no le importaba nada. Pero la manera de contarla del hombre resultaba siniestra, como si supiera algo más y se limitara a referir la versión oficial.

Sofía apretó el brazo de su hijo en una llamada de atención y lo miró buscando complicidad. Martín, que había prestado atención a la historia, se mostraba inquieto. Normalmente no se percataba de nada, pero en esta ocasión sí distinguió la expresión seria de su madre, ella señaló al hombre con un imperceptible movimiento de ojos y ladeó la cabeza levemente. Era un aviso, pero también una pregunta. ¿Este puede ser el hombre que se llevó a Paula? Martín lo entendió, asintió y se apretó más contra ella. Dios mío, ¿qué podía hacer?

—Bueno. Ya llegamos.

Sofía esperaba ver a más personas, quizás una barraca, otra casa rural o incluso una caseta con naranjas a la venta, pero allí no había nadie más. Ni cerca ni lejos. Solo se veía una casa en lo alto de unos escalones medio ocultos por tierra acumulada durante años. Todas sus esperanzas se desmoronaron. Miró a Martín mientras la furgoneta paraba. Sofía se dio cuenta de que había numerosas rodadas recientes en la tierra. No supo qué podría significar eso, pero lo añadió a su carpeta mental de «cosas que no

acaban de encajar». El hombre detuvo el motor y sacó las llaves.

Antes de descender, emitió un quejidito y se llevó una mano a la boca. Se masajeó junto al labio.

—Aighh, esta muela. A veces me duele.

Sofía se apartó. Sentía que había llegado el momento de hacer algo. Pero no sabía el qué.

—Sí, ya voy, ya voy —dijo Dientes a nadie—. Bueno, vamos allá.

Abrió la puerta y saltó al exterior. Sofía seguía todos sus movimientos con atención. ¿Y si bajaban ahora de un salto y echaban a correr? Él pareció leer sus pensamientos.

—Pueden bajar, hay algo que me gustaría que vieran —dijo rodeando el vehículo.

—Bueno, en realidad preferiría irnos lo antes posible con Paula. —Había un gran componente de súplica en la voz, como si estuviera a punto de romperse.

Él torció el gesto y puso cara de contrariedad.

—Vaale —dijo él chasqueando la lengua. Más movimientos pesarosos de cabeza—. Sí, en realidad de eso se trata.

Les abrió la puerta de la furgoneta y se retiró para que bajaran, toda una invitación. Sofía miró a su alrededor buscando algo que pudiera servirle de arma. Sabía que faltaba poco para la confrontación.

—Oh, vamos, no haga que me duela la muela. Por favor, bajen.

Nada en absoluto, dejó caer los pelitos de Tralalá en el suelo de la furgoneta y descendió interponiéndose entre el hombre y Martín.

Él cerró de golpe y en el calor de la mañana el portazo sonó excesivo.

Sofía lanzó un rápido vistazo a la casa.

—Impresiona, ¿eh? —dijo él.

Un edificio antiguo, en otros tiempos majestuoso, pero venido a menos. Tampoco vio nada que pudiera servirle de ayuda. Ni una sola persona. El hombre no parecía demasiado amenazador, solo sus ojos decían que ocultaba algo. Se tocó la muela con la lengua y la removió.

—Me dice que lo saben. ¿Es así?

—Yo... yo no entiendo lo que dice. Solo quiero ir con mi hija y volver a nuestra casa. —Una pausa extraviada—. Puede quedarse con todas nuestras cosas.

Él sonrió.

—Vaya, sí que lo saben, sí. Pero ¿para qué querría yo sus cosas? ¿Qué se piensa que soy? ¿Un ratero?

—No, no. Yo lo siento, lo siento. No quería ofenderle. —Se sentía completamente desorientada, no sabía cómo proceder, ni qué decir. Sonó a rendición—: Solo quiero ir con Paula.

—Sí, ya voy, quiero hacer las cosas bien —dijo para él. Resultaba estremecedor verle hablar consigo mismo—. Bueno, pues vale —le dijo a Sofía—: para eso hemos venido. Vamos a la casa. Esta sí que da canguelo, ¿eh? Más todavía que La marquesa. Está embrujada.

Ella miró el edificio. Antes de que empezara con réplicas y preguntas, él le explicó con tono apático:

—Su hija está allí arriba. Y corre peligro: los zombis, ya sabe.

Ella le atravesó con una mirada desorientada, se confirmaba: estaba como una cabra. No solo le había estado mintiendo y ocultaba algo, sino que desvariaba con sus historias de terror.

—Oh, vamos, no me mire así. Todo puede acabar pronto y bien, no se preocupe. Le prometo que su hija está allí arriba.

—¿Por qué está allí? ¿La ha llevado usted? ¿Está bien?

Más movimientos de lengua contra la muela.

—Mi paciencia tiene un límite, señora. Vamos escaleras arriba. Los zombis no esperan.

Podría arrojarse sobre él, arrebatarle las llaves, subir a la furgoneta y atropellarle, pasarle sobre las piernas y obligarle a que les dijera la verdad sobre Paula. Nada de mansiones embrujadas, ni zombis locos. Solo que le dijera dónde estaba su hija para ir a por ella y volver a casa. Volver a casa.

No estaba muy en forma, pero las clases de pilates le habían dado cierta flexibilidad y Alberto, su marido, siempre le decía que tenía mucha más fuerza de la que creía, pero, claro, eso solía formar parte de uno de sus

juegos. De todas formas, si le cogía por sorpresa, quizá pudiera dominarlo. Y Martín podría echar una mano, también era un muchacho robusto, podrían con él. Buscó la mirada del chico. Tendrían que atacar conjuntamente, los dos a la vez. Primero un rodillazo en los huevos, luego un cabezazo en plena cara, y después ya, lo que surgiera para hacerle caer y reducirlo. Martín podría intentar sujetarle los brazos.

Se acercó a él.

—Por favor, tiene que ayudarnos. Dígame lo que está pasando.

El rodillazo no podía ser a distancia. Y tendría que pillarle por sorpresa.

→Cuidado, te va a atacar.

—Por favor, por favor. —Ya estaba junto a él. Ahora era el momento.

—Oh, no, ni se le ocurra.

Y con un acto de magia cuyo truco se pillaba enseguida, hizo aparecer una navaja y la abrió al instante. Propinó un fuerte empujón a la mujer, alargó el brazo y agarró al chico. Sofía intentó mantener el equilibrio, pero cayó sentada junto a los matojos del camino. Martín gritó, pero fue incapaz de reaccionar. No estaba acostumbrado a pelear, su hermana siempre le daba primero y el chico conocía sus limitaciones, en la escuela también le habían dado unas cuantas veces, así que había aprendido a evitar los conflictos y salir huyendo, o, si no era posible, a encogerse y evitar los golpes más duros.

El hombre lo retuvo y le puso la navaja en el cuello. Martín bizqueó intentando entender qué pasaba.

—No, no —imploró Sofía mientras se levantaba.

—Quieta ahí. Supongo que ya sabe cómo funciona esto, ¿verdad? Yo ordeno y usted obedece, o se queda sin hijo.

—Mamá, mamá —lloriqueó Martín.

—Oh, vamos, tú calla. —Y le pinchó en el cuello sin más contemplaciones. Martín lanzó un alarido al notar el filo entrando en su piel y la sangre comenzó a brotar. Sofía hizo ademán de lanzarse contra él, pero el gesto duro de él la frenó—. Vamos, vamos, no ha sido nada, solo un pinchacillo. Nada importante. ¿Ves? —Ya se arrepentía de lo que acababa de hacer, la muela se lo estaba reprochando con pinchazos nerviosos, pero, joder, el

chico se estaba pasando, y la mujer había estado a punto de agredirle. Pensó que debía enseñarles que iba en serio, le pareció una buena idea y se dejó llevar, pero ahora todo amenazaba con descontrolarse. Le dio una patada como pudo al chico, que gritaba como un loco.

—Calla, que no ha sido nada. Calla o te rebano de verdad el cuello.

Martín no podía dejar de gritar. Comenzó a agitarse y al hombre le resultaba complicado sujetarlo, el chico intentaba zafarse con todas sus fuerzas, se agachaba intentando liberarse y tiraba hacia delante con toda su alma.

→Que no se te escape. Que no se te escape.

El hombre le dio un empujón y lo arrojó al suelo boca arriba, le pateó con rapidez y, con un movimiento de serpiente, antes de que el chico pudiera reponerse un poco, se sentó sobre él. Todo fue muy rápido. Sofía se dijo que ese era el momento, tenía que aprovechar. Se lanzó sobre el hombre e intentó sujetarle el brazo de la navaja. Temía que comenzara a clavársela a su hijo una y otra vez.

El hombre gritó enfadado, repelió a la mujer y Sofía le pasó por encima para caer a su lado, pero durante un segundo los tres conformaron una pequeña melé.

—Quieta, quieta o lo mato.

Sofía estaba en el suelo junto a ellos, intentando levantarse para volver a atacar. El hombre le propinó a Martín un puñetazo en la cara, usó la misma mano en la que portaba la navaja, y a Sofía se le encogió el estómago porque estaba segura de que se la había clavado en la cara.

No encontró valor para seguir luchando, con sobrealiento, a pesar de lo breve de la escaramuza, reculó un poco. El hombre estaba sentado a horcajadas sobre Martín. Ella lloraba sin percatarse a un par de pasos de distancia.

—A ver. Tú, quieta. Hostiaputa. ¡Quieta! Y dile a este pequeño imbécil que deje de llorar o ese pinchazo del cuello se convertirá en una larga herida abierta por la que meteré mi puño y le arrancaré la lengua desde dentro.

Sin apartar la navaja de la cara de Martín, el hombre comenzó a rebuscar

en uno de sus bolsillos. No dejaba de mirar a Sofía, estaba completamente derrotada y sin saber qué hacer. Luchar no parecía una opción. Quizá si se limitaba a seguir sus instrucciones…

Sacó varias bridas de plástico.

—¿Ves? Al final siempre tengo que hacer todo por las malas. Joder, ¿me has arañado en la cara? —Se pasó un dedo por la mejilla y lo retiró con una manchita de sangre—. ¿La sangre es mía o del renacuajo? Escuece. Mecagüen mi padre. Ahora ya me has cabreado. Ven aquí y ponle una brida a tu hijo en las manos.

Cuando ella se acercó, él le lanzó un navajazo a la pierna. La hirió de refilón en el muslo. Otra de esas cosas que hacía sin pensar y sin que la muela se lo indicara. Había un viejo chiste machista que le hacía mucha gracia: una pareja acaba de salir de la iglesia el día de su boda y él de repente le arrea una gran paliza a su mujer. Ella protesta desde el suelo y dice: «¿Por qué me pegas? Si no he hecho nada». Y él responde: «Sí ya lo sé. No has hecho nada, así que imagínate el día que hagas algo». Le hacía gracia, el chiste le enseñaba que había que mostrar el camino e indicar lo que puede pasar si te sales de él. Toda una lección de vida.

—Esto por si acaso, ahora se acabaron las bromas. Tenemos algo que hacer. Haz todo lo que yo te diga.

Sofía asintió. La pierna le dolía. Pero era evidente que el hombre iba en serio. Sí, haría lo que le dijera, claro.

Poco después, los tres estaban junto a la puerta principal de la casa. A Sofía cada vez le dolía más la herida de la pierna, posiblemente había sido más que un arañazo, no dejaba de sangrar y con las manos sujetas por las bridas no podía presionar el corte.

Sonó el teléfono del hombre. Sofía se obligó a refrenar sus esperanzas. No podía ponerse a gritar pidiendo ayuda.

Mientras sonaba, él les sonrió:

—Anda, chaval, ven aquí, quiero contratar el seguro de hogar *premium*, y tú eres la póliza.

Martín tenía las manos sujetas a la espalda, Sofía le había dejado la brida

sin apretar demasiado, pero el hombre la aseguró con un fuerte tirón y ahora le preocupaba que la circulación no le llegara debidamente. Todo eso tendría que terminar pronto de una u otra manera. Sujetó de nuevo a Martín contra él. Les indicó con un gesto que permanecieran en silencio, y respondió sin dejar de apoyar la navaja en el cuello teñido de rojo de Martín. El chico hubiera podido librarse con relativa facilidad, el hombre tenía las dos manos ocupadas, pero Sofía le indicó con un gesto de cabeza que no hiciera nada. Mejor esperar.

El hombre mantuvo una conversación de lo más normal.

—Ah, hola, Josefa.

Les sonrió y les indicó el teléfono, como pidiéndoles que prestaran atención.

—Sí, sí, esta mañana les ha llevado mi hijo a Valencia a primera hora. No creo que tarde en volver. Sí, se han llevado todo y han dejado la casa vacía y limpia. Me han dado las llaves a mí, tranquila.

Guiñó un ojo a Sofía con algo parecido a la picardía. Hijo de puta, estaba mintiendo descaradamente. Con los labios le indicó que siguiera calladita, muy bien. La mujer al otro lado del teléfono le dijo algo, él no dejaba de sonreír a Sofía. Martín se dejaba hacer sin oponer resistencia. Pasados los primeros momentos de enfrentamiento, y ya con las manos sujetas, había asumido que tenía que obedecer a ese hombre de aliento apestoso.

—No te preocupes Josefa, ya iré yo, o mi chico, que debe de estar a punto de volver de Valencia.

Le volvió a guiñar un ojo a Sofía y sacudió la cabeza arriba y abajo, diciendo: «¿Ves? Todo esto es por ti». Ella estaba aterrada, el hombre mentía, quizá buscando una coartada.

—Nada, Josefa, a mandar, lo importante es que te mejores de la pierna.

El hombre agitó la cabeza y puso cara de aburrimiento, dando a entender que le estaban soltando un buen rollo, y en cuanto pudo zanjó:

—Ya, lo entiendo, pero, Josefa, perdona, ahora me pillas muy liado, si quieres que luego acompañe a los nuevos huéspedes, no puedo entretenerme.

Más frases de la mujer, evidentemente agradecimientos.

—Nah, mujer, para eso estamos. Hasta luego.

Y colgó. El hombre separó la navaja del cuello de Martín y sonrió a Sofía.

—Muy bien, muy bien, ¿veis? Así no habrá ningún problema. Ah, por cierto, dame las llaves de La marquesa. Que no se me olvide, esta tarde tengo que acompañar a otros huéspedes, por lo visto.

Ella no podía llevarse las manos atadas al bolsillo. Creía que las había cogido, pero no estaba segura.

—No puedo cogerlas. Ni siquiera sé si las llevo. —Le faltó añadir: idiota de mierda—. Me has atado con bridas.

Él empujó a Martín hacia delante y el chico estuvo a punto de caer junto al último escalón, con las manos en la espalda era difícil mantener el equilibrio.

—Bien, no pasa nada. Ya te las cojo yo. ¿En qué bolsillo están?

—No sé, ¿el derecho?

Temió que aprovechara para toquetearla y manosearla. Pero se puso detrás de ella, le apoyó la navaja en la nuca, metió la otra mano en el bolsillo de sus vaqueros y palpó con efectividad buscando las llaves. A Sofía se le ocurrió lanzarle un culetazo, agacharse y decirle a Martín que echara a… nah, no había nada que hacer. Él sacó las llaves de forma limpia, sin ningún toque indebido. Eso la tranquilizó un poco, pensó en Paula y en las oscuras posibilidades que una jovencita podía brindar a un pervertido. Pero mientras él sacaba las llaves no notó nada sexual. Al menos era una buena noticia. Aunque sabía que estaban perdidos.

—Bueno, si os parece vamos dentro. —Guardó las llaves de La marquesa y sacó las de la casa de los cien escalones—. Los zombis ya habrán entrado.

Y comenzó a canturrear por lo bajini.

37

Paula

La luz del día no hizo mucho más acogedor el ambiente, pero al menos le permitía situarse con algo más de precisión. No sabía la hora que era, pero estaba segura de que era muy temprano. Había pasado la noche junto a la puerta, abrazada a Tralalá y sin perder de vista al maniquí de arriba, porque ya estaba segura de que era un maniquí. Creía que, en algún momento, a pesar de la incomodidad y el temor, se había quedado traspuesta, pero no estaba segura. Hacía fresco en el interior de esa casa solitaria y de muros de piedra, ella solo llevaba su pijama de verano, así que Tralalá tuvo que soportar su abrazo sin fin. La música de piano era verdaderamente rallante, había descubierto que se trataba de un bucle que se repetía cada pocos minutos, y lo terrorífico ya no era su sonido misterioso, sino lo pesado de su interminable repetición.

Ahora se hacía pis. La cosa comenzaba a ser urgente. No creía que pudiera hacerlo en un rincón como Traly. La perrita se había alejado en un momento dado y orinó bajo la escalera. Volvió apesadumbrada y con la cabeza gacha, temiendo una bronca, pero Paula la acogió con ternura y le

dedicó palabras cariñosas. En una casa como esa debería de haber unos cuantos baños, ¿no? Pero no se atrevía a vagar entre las habitaciones abriendo puertas que nadie sabía qué escondían. Había tomado posesión de esa esquina desde la que dominaba toda la estancia y no le apetecía abandonar esa falsa seguridad.

Entonces oyó cómo la llave entraba en la cerradura. Se puso en pie y se preparó no sabía para qué; eso sí, se aseguró de no dar la espalda del todo a los escalones que llevaban a la planta alta y a la siniestra figura del maniquí. La puerta se abrió despacio, una franja de luz fue ampliándose con el movimiento. Y entonces entró el monstruo aullando y blandiendo el hacha por encima de su cabeza.

38

Daniel

Llamadme jodido chalado, si queréis. Es probable que tengáis razón. Ni yo mismo tengo claro si estoy loco o no. Han pasado muchas cosas y ahora, por fin, tengo un rato para escribir. Estoy en una habitación de una casa rural llamada La marquesa. Mi hermana ha elegido la habitación de al lado y se ha acomodado allí con Víctor. Se ha empeñado en que Víctor durmiera con ella y no me ha quedado más remedio que ceder. No quería otra discusión como la del coche. Desde ese momento solo habíamos cruzado cuatro palabras.

—Creo que esta es la casa.

Bueno, en realidad, seis.

Pero aquí estamos y pronto todo se va a solucionar. Mañana será el día en el que acudiremos a la casa de los cien escalones y acabaremos con esta pesadilla.

Esta casa rural está bastante bien, he intentado hacérselo ver a Marimar, pero no he conseguido que lo reconociera, sigue pensando que todo esto es un disparate. Sale un poco cara, pero no había otra cosa. Supongo que, como

lo paga ella, no le hace gracia. Debería estarle agradecido, pero ese papel de Pepito Grillo que desempeña ya me está tocando un poco los cojones. Vale, dependo de ella para casi todo, pero no deja de ser un coñazo. Tendría que darse cuenta de cuándo algo es verdaderamente importante. Y en este caso es vital, literalmente.

Estoy escribiendo en la cama, solo se oyen algunos grillos lejanos y la tranquilidad es absoluta, ni un coche, ni un vecino. Tanto que ya estoy empezando a rallarme un poco. Sigo temeroso de que aparezca de nuevo esa mujer del averno. No se lo he comentado a mi hermana, ni siquiera quiere oírme hablar de estas cosas, pero cuando me iba a rajar el cuello y saltó sobre mí, sentí su tacto acuoso y frío, eso fue más doloroso que cualquier posible tajo con el cúter, como tocar piel muy sudada extremadamente correosa. Es algo que trasciende a los sentidos, porque su roce no era solo físico, capté un cúmulo de sensaciones, una marea de colores desvaídos arrastrando imágenes de violencia extrema, palabras distorsionadas que se convertían en chapoteos de barro, y emociones, sobre todo, emociones, como cuando te despiertas de una pesadilla y la realidad se mezcla de repente con los sueños y no sabes muy bien dónde estás ni qué está ocurriendo. Todo eso sentí cuando su frío infernal se introdujo por mis poros.

No sé qué encontraré en esa mansión abandonada ni si podré deshacer el conjuro. Pero me extraña que nadie de la zona sepa nada de la muerte de la mujer. Bien, ya falta poco para que todo cobre sentido. Mañana será el día en el que todo acabe.

El tipo ese siniestro del bar no dejaba de mirarme con cara extraña, pero ya no me sorprende, mi falta de extremidades hace que la gente me mire de reojo cuando cree que no les veo. Pero sentí que había algo más en su mirada, como si la pena que normalmente capto se hubiera convertido en algo un poco oscuro, como si le gustara verme en mi estado. Probablemente sean cosas mías, me atendió con amabilidad y se preocupó de ayudarme e informarme, supongo que él no tiene la culpa de ser feo de cojones. Bueno, el caso es que se comprometió a llevarme a la casa, dice que no está muy

lejos y que allí no va nunca nadie. No se preocupe, yo puedo llevarle, por supuesto, estaré encantado de hacerlo.

Estaría contento, si no fuera por este puto silencio ominoso y porque la noche ha comenzado a arrastrarse despacio y temo lo que pueda venir a visitarme adherido a ella. Pero tengo miedo de que vuelva a aparecer ese espectro oleaginoso, que esta noche acabe conmigo sin darme la oportunidad de resarcir mi error. No puedo dejar de mirar la puerta abierta y cada rincón de esta habitación. Anoche me visitó en el baño del hotel. Temo que esta noche vuelva. Ojalá me equivoque. Pero estoy decidido, si viene no la rehuiré, me enfrentaré a ella y le plantaré cara. Sé que el fantasma de Sara existe, no me cabe la más mínima duda, y acabaré con ella.

Ha pasado al menos un cuarto de hora desde mis últimas palabras. Todo sigue tranquilo. Mataría al grillo de los cojones, eso sí. Cri, cri, cri, hijo de puta. Pero, no sé, voy a intentar dormir. Seguro que me viene bien, mañana conviene estar despejado. Voy a seguir buscando en Internet cómo acabar con maldiciones, aunque solo encuentro estupideces. Ah, hombre, por fin se ha callado.

39

Paco

Somos muy parecidos, ambos escribimos historias de terror. Bueno, yo apenas tengo tiempo para plasmarlas en el papel, con el bar y las demás obligaciones, pero él es el autor de maravillas como *La mente del muerto* y *La muerte de la mente*, entre otras, es uno de los mejores autores de terror de España. O lo era, hasta hace poco. Le reconocí en cuanto le vi en el bar. Vaya sorpresa, no esperaba eso, ni de coña. Está muy cambiado con respecto a las primeras fotos de las solapas de sus libros, pero sigue siendo inconfundible. Además, ya sabía de su incidente y del estado en el que había quedado. Hombre, claro que sí era él. Tuve que refrenar a mi fan interior y disimular. En mi mente se abrieron decenas de posibilidades, el juego podría llegar a otro nivel. Me obligué a actuar con normalidad y a responder a sus preguntas sobre La marquesa y las llaves. Y luego, cuando me preguntó por la casa de los cien escalones, casi me dio la risa tonta. Joder, ¡había venido por eso! Increíble. Todo había funcionado mucho mejor de lo que había imaginado incluso en mis momentos más optimistas; ahora, si improvisaba con un poco de gracia, todo podría alcanzar límites impensables. El infierno

es el límite.

De momento, voy a dejar aparcada mi novela de zombis, creo que contar esta historia real puede ser mucho más efectivo. Además, *La mente del muerto* ya es un referente en la narrativa de las historias de zombis y la lleva hasta el límite, no sé si mi historia podría estar a la altura. He leído muchos libros y *La mente…* es uno de los mejores. Leo todos los libros que caen en mi mano, o los descargo de Internet. Leo cuando estoy en el bar, cuando estoy con mi hijo, cuando estoy solo. Me encantan las novelas de terror. Y estoy seguro de que yo también podría ser un escritor famoso, si algún día acabara alguna de la veintena que tengo empezadas. Mi estilo no tiene nada que envidiar al de Daniel Lonces, yo también soy bueno, y la prueba la tienes en que él está aquí ahora, comiendo de mi mano.

No quiero que suene gay, pero me encanta Lonces, soy su fan número uno, tanto es así que, cuando me enteré de que ya se había recuperado un poco de su desgraciado incidente, me decidí a escribirle. Redacté un montón de mensajes, pero los descarté todos porque ninguno me parecía que estuviera a la altura: en uno me presentaba como fan incondicional; en otro, como colega escritor; como erudito de la literatura de terror; como bloguero prestigioso que quería entrevistarlo, o como aficionado que le animaba a escribir una nueva novela. Los borré todos, me parecían o patéticos o inadecuados. Y entonces se me ocurrió: ¿a qué era más probable que le hiciera caso un autor de novelas de terror que no estaba pasando un buen momento? Eso es: a los mensajes enviados por una chica solitaria enamorada de sus libros que le contaba una buena historia.

Escribí un nuevo mensaje, lo borré, lo reescribí varias veces más y finalmente, cuando el resultado me pareció adecuado, se lo envié a su cuenta de correo personal (la había logrado gracias a mis contactos con otros aficionados, uno de ellos la había conseguido en una firma de libros hacía años). El escritor no tenía Facebook, ni Insta, ni redes sociales, ni mierdas de esas. No, si cuando yo digo que nos parecemos, es que nos parecemos. Y su primera editorial había cerrado la web promocional de la duología de *La mente*, esas cosas se renuevan anualmente, y ya había pasado demasiado

tiempo. Para enviarle mi correo creé una cuenta nueva en Gmail, si no, igual no colaba. Y lo hice a nombre de Sara, claro, yo firmaba como Sara. Nunca esperé que me respondiera, fue un poco un tiro a lo loco. Pero a los pocos días recibí su respuesta. Increíble, Daniel Lonces se interesaba por la opinión de esa chica de pueblo. Lo admito, yo era un poco Sara. Eso me obligó a recordar muchas cosas y a meterme con intensidad en el personaje. Los primeros mensajes fueron agradables y estaban llenos de halagos. Pero pronto empecé a crear mi propia historia de misterio, ese era mi objetivo, atraparle poco a poco. Comencé a mezclar datos falsos y reales con la intención de mantener su atención y seguir enviándonos correos. Le mandé un par de relatos que había escrito; estaba orgulloso de ellos, el de los vampiros armónicos es francamente bueno. A él le encantó, me dijo que era literatura de la buena. Ahora escribo más sobre zombis. Mensaje tras mensaje creo que nos hicimos amigos. Al menos un poco, o algo parecido.

¿Quién sabe? Quizás incluso yo pudiera publicar esos *emails* en plan *Cartas con el autor*. No me costaba nada escribirle, la prosa surgía con naturalidad, era como si el espíritu de Sara me poseyera. En un momento dado le lancé el anzuelo de un par de intentos de suicidio. Joer, el tío se tiró a la yugular. Por lo visto solo quería información de mis intentos de suicidio, pero decidí darle unas pocas largas y comencé a contarle historias variadas. Algunas de ellas reales de cuando era niño, como la de la charca de los peces con mi abuelo. Y algo comenzó a tomar peso en las historias, salió sin que yo lo pretendiera. Le hablé de la casa de los cien escalones y le conté una serie de historias que había oído de niño y otras que había vivido yo mismo. Siempre teniendo en mente a Sara, tan vinculada a esa mansión. Ahora yo era, en la práctica, el propietario de esa casa, aunque no estuviera a mi nombre. Allí se habían suicidado hacía años Vicent y la verdadera Sara. Bueno, lo de Vicent es una licencia poética.

Esa casa es importante para mí, forma parte de mi vida. Yo era quien de niño subía a la mansión con mi abuela, era yo quien atravesaba esa puerta enorme y se asombraba del espacioso hall; yo, quien jugaba con la niña retrasada de la planta de arriba. Hasta que ocurrió la desgracia. Fue culpa de

ella, yo no llegué a hacerle nada.

En las tardes calurosas nos dejaban salir. Cuida de ella, eh. Y no os acerquéis a la parte de atrás. Por supuesto, siempre íbamos a la parte de atrás, donde la pendiente era especialmente pronunciada y crecían los dondiegos amarillos. Había que andar sin salirse del senderito porque la pendiente era demasiado marcada. Pero el accidente fue culpa suya: se empeñó en coger los dondiegos del borde del talud. Solíamos recorrer el camino recogiendo flores. Y, aunque parezca mentira, a mí me gustaba, tampoco había mucho más que hacer. Ella decía tonterías como: «¿No tendríamos que pedirles permiso antes de cortarlas?». Era un poco coñazo y lo único que me gustaba de estar con esa niña era que me permitía satisfacer mi curiosidad infantil de levantarle la falda mientras estábamos solos cogiendo flores. Yo lo hacía con frecuencia, me acercaba con despreocupación y así, como quien no quiere la cosa, zas, falda *parriba*. La chica no protestaba, solo sonreía con esa dulce expresión de dejarse hacer; en su inocencia no le daba ni la menor importancia, era una especie de juego tonto, se limitaba a recomponer un poco su vestido y a seguir viviendo en su nube. Sus bragas eran blancas y holgadas, como si le fueran un poco grandes.

Ese día quise ir un poco más allá. La falda siempre volvía a caer demasiado pronto, los vistazos siempre eran demasiado fugaces. En mi bajo vientre empezaba a sentir algo nuevo, una extraña necesidad. La veía con ojos diferentes, ya no era solo una niña tonta y pesada, había algo más.

Mientras ella se agachaba para examinar una nueva flor...

—Mira, una mariquita.

Yo quise más, con una mano le levanté la falda, en esta ocasión no fue un manotazo rápido para que la falda subiera y bajara en ese juego casi inocente de «te veo, no te veo». Sino que se la mantuve arriba. La tela del vestido era agradable. Un amasijo de algodón en mi puño. Las sombras que creaba en su piel blanquecina, prometedoras. La niña olía un poco a sudor, pero también había algo nuevo y perturbador en ella, allí al fondo, como si yo descubriera algo que hasta ese momento me había pasado desapercibido. Vi el roce de

sus ingles contra la tela. La mariquita salió volando entre nosotros dos, cada vez había menos espacio. Como siempre, sus braguitas eran blancas y amplias, llevé la otra mano a su entrepierna. Un instinto recién descubierto me impelía a ello, quería palpar, acariciar, conocer. Y entonces, ella me dio un manotazo, no fue violento, solo un «ay, quita, no seas pesado». No dejó de mostrarme su sonrisa boba. Seguía siendo un juego, solo que no le apetecía jugar, ni la más mínima maldad en ella, solo era una cría inocente, desconocedora de lo que su cuerpo despertaba en mí. Para mí ya no era solo un juego travieso, era una necesidad. Yo necesitaba más, tenía que saciar mi curiosidad.

Todo el mundo sabe que fue un desgraciado accidente, no tenía que haberse acercado tanto al borde, a veces le fallaba el equilibrio, era un poco torpe, todos lo sabían. Había intentado coger al vuelo una mariquita y no se había fijado dónde pisaba. A mí me recriminaron no cuidar lo suficientemente bien de ella y mostré mi desazón, estaba desconsolado. Me dio mucha pena, la verdad, yo la apreciaba, a pesar de lo ñoña que era se había convertido en algo parecido a una amiga. Con su muerte se acabó el volver a la mansión, ya no éramos bienvenidos, por lo visto me culpaban a mí de la estupidez de la niña. Yo no la empujé, yo intenté sujetarla, como prueba el arañazo de mi antebrazo, que me hizo al intentar agarrarse cuando resbaló.

Por supuesto, no le conté nada de esto a Daniel Lonces. El correo en el que le relataba algo parecido, pero protagonizado por Sara, lo borré. Había cosas que más valía no sacar a la luz. Allí en el fondo del barranco estaba todo bien, los secretos morían entre rocas afiladas.

Por supuesto, tampoco le pude comentar que de adolescente me había enamorado de Sara, y que me di cuenta de que la amaba cuando me atendió después de un accidente en bicicleta en el que me dejé varios dientes. Algunos años después, tras su traición, la había acompañado en sus últimos momentos, justamente en la casa de los cien escalones.

En los mensajes que mandaba creé todo un mundo para Sara, eso demuestra que soy un buen escritor; en muchos detalles ella era como yo, por ejemplo, en su afición por coleccionar libros. Y su marido alcohólico era mi propio padre. Otras cosas, como los conjuros, me los inventé yo, lo saqué de una página de Internet. Pero lo de esconder papelitos con invocaciones es algo que me gustó y que estos días he intentado poner en práctica en La marquesa para asustar a los huéspedes, pero entre perros, niños y mierdas, nadie se ha enterado de mis papelitos. Y eso que los preparé bien. Incluso con dientes de Vicent que todavía guardaba en una cajita.

Daniel y yo intercambiamos unos cuantos mensajes más y, cuando ya estaba empezando a aburrirme, él se vino arriba. Qué cabrón, empezó veladamente, pero luego ya le daba todo igual, lo que me proponía directamente era que me suicidara y que le contara lo que sentía. No pude dejar de identificarme, puede que yo mismo, hace unos cuantos años, motivara a la verdadera Sara al suicidio. Entendía lo que quería. Documentación. Pero vaya, el tipo iba a degüello y su interés era mucho más sórdido que el mío. Suicídate, Sara, será lo mejor. Qué cabrón. Ah, pero si lo haces, no dejes de contármelo. El tipo quería que prácticamente le escribiera su novela. Pues bien, adelante, pero yo tenía muy claro que era yo quien podría sacar réditos de esos mensajes. Incluso hundirle si difundía todo lo que me había dicho.

En una magistral serie de relatos breves le describí mi final. Ahí apliqué mucho de lo que Sara me había enseñado antes de irse. Según los mensajes que le envié, yo me había suicidado… bueno, Sara. Y luego se me ocurrió. Un giro de vuelta maravilloso, un broche perfecto para culminar mi mejor historia de terror: Sara antes de suicidarse le había lanzado un conjuro aterrador en el que le implicaba directamente y se convertía en una amenaza muy poco velada. Y ahí terminaba la historia, al menos hasta donde yo sabía.

Todavía no había podido comenzar a convertirla en una novela, porque me lie con los huéspedes de La marquesa y casi no tuve tiempo ni de dormir. Entonces, de repente, el mismísimo Daniel Lonces aparece en mi bar,

preguntando por la puta casa de los cien escalones. Esa misma casa en la que Sara murió y en la que tengo encerrada a una familia. Éxito. Todo se ha alineado para que la gran historia de terror explote. Ni me imagino a los extremos a los que podemos llegar. Estoy impaciente. Tiene que acabar por todo lo alto.

Estos días han sido intensos, pero la muela me ha ayudado a sobrellevarlos. No había hecho nunca nada parecido a lo de la familia de La marquesa. Bueno, sí, una vez, con una turista inglesa muy despistada que acabó recalando en mi bar. Hace ya unos añitos. Tengo un relato sobre eso.

40

La chica que tenía miedo

Estás atada a una silla. No tienes muy claro cómo has llegado allí. Lo último que recuerdas es que has parado en un bar para preguntar, porque el Tomtom de tu coche no tiene esa zona cargada. El hombre del bar era apuesto y simpático, no te hubiera importado pasar un buen ratito con él, pero tenía un hijo de unos diez o doce años y eso te ha cortado un poco, pero te has quedado con las ganas.

Y ahora estás ahí, atada a una silla, con la cabeza sujeta al alto respaldo; no puedes soltarte, ni siquiera puedes girar la cabeza. La silla no se mueve por mucho que lo intentes.

Preguntas en inglés dónde estás, qué está pasando, e intentas chapurrearlo en español, pero nadie te responde, solo puedes ver la pared que hay un par de metros frente a ti. Ni siquiera puedes ver la puerta, imaginas que queda a tu espalda. Eso te incomoda, te sientes expuesta e indefensa. La habitación parece vieja y un tanto destartalada, pero huele un poco a pintura, como si almacenaran material de reformas.

Gritas pidiendo ayuda. Intentas zafarte. No sirve de nada. Estás sola. Allí

atada, olvidada. Nadie sabe dónde estás y nadie te buscará.

El tiempo se hace eterno. Entonces lo oyes, son pasos leves. Apenas perceptibles.

Preguntas quién está ahí, intentas hablar en castellano, pero no consigues ninguna respuesta. Decides guardar silencio, intentar adivinar qué está pasando a tu espalda. Roces, ¿pasos?

Y nada más. Al rato te echas a llorar. No sabes qué ocurre ni quién se ha acercado a tu espalda.

No hay manera de saber el tiempo que llevas ahí. Pero tu cuerpo te indica que ya es mucho, demasiado. La estancia está iluminada por una pequeña bombilla a tu espalda, no entra luz solar.

Y, de repente, la luz se apaga. Lanzas un grito ahogado. Ahora no solo estás inmóvil sino a oscuras, completamente indefensa. Pasos, pero ahora son firmes y seguros. Ves el resplandor de una linterna moviéndose, algunos haces de luz escapan hasta tu campo de visión. No sirve de nada preguntar, nadie te responde. Los pasos se detienen a tu espalda. Roces de ropa, como de chubasquero, el concepto te inquieta, ese crujidito de plástico no puede significar nada bueno. Más sonidos a tu espalda que no eres capaz de identificar. Y comienza el sonido; al principio no sabes qué es, pero luego lo reconoces, lo has oído en la carnicería de tu supermercado, cuando el carnicero pasa el cuchillo por el afilador. Hacia un lado y hacia otro. Gritas. Quieres saber qué ocurre, quién está ahí contigo, qué te va a hacer. Es desesperante. Verdaderamente aterrador. La linterna se va junto con los pasos. Sin que nadie te haya tocado.

Quedas de nuevo a oscuras.

Puede ser que te hayas quedado traspuesta, pero la luz te ha despertado. La bombilla se ha vuelto a encender, es un consuelo demasiado leve. Ante ti, solo la pared. Pasa más tiempo. ¿Horas?

Y de nuevo se repite el ritual de los pasos a tu espalda, siempre fuera de tu campo de visión. Imploras. Rezas. Ofreces.

¿Qué es lo que suena? ¿Esa especie de chapoteo acuoso? Es un crepitar de vísceras resbalando entre dedos, estás segura. Y de nuevo el roce del

cuchillo. No puedes más. Gritas y gritas. Has encontrado el terror supremo. Sabes lo que en verdad es el miedo.

Pierdes el conocimiento, incapaz de enfrentarte a lo que pueda suceder.

Te despiertas en tu coche, en un camino desconocido. Tienes una venda en los ojos, pero tus extremidades están libres. Te arrancas la tela de un tirón y gritas sin saber por qué. Bajas del coche, es el tuyo, y con sobrealiento tomas un poco de aire. Es de noche, pero el cielo está despejado y la luna ilumina con intensidad el paisaje. Te das cuenta de que lo mejor es salir de ahí, escapar de lo que diablos sea que haya pasado, marcharse muy lejos. Te apresuras a introducirte en el vehículo. Miras en la parte de atrás para asegurarte de que estás sola. No soportarías que alguien surgiera del hueco del asiento trasero y te asaltara. La llave está en su sitio, arrancas el motor a la primera y comienzas a moverte.

Entonces, uno de los vampiros armónicos cae sobre el capó delantero; la luz de la luna le atraviesa en oleadas distorsionadas y lo vuelve casi invisible. El vampiro golpea el cristal con su hechizo de puño de hierro y lo hace añicos. La chica grita, y el ser de la noche entra en el interior alterando su fase; antes de que ella pueda evitarlo, la hace vibrar y la convierte en uno de ellos. Ella, que ya ha conocido el verdadero terror, será una vampira más por toda la eternidad.

FIN

41

Dientes

La historia es real, solo cambié el final. Los vampiros armónicos son una de mis mejores creaciones y quise introducirlos en este relato. Se alimentan del miedo (un poco como yo), eso les permite alterar su estado. Pero por lo demás todo lo narrado es absolutamente real. Me dediqué a aterrorizarla durante un día y medio y fue maravilloso.

Lo confieso: no solo me gustan los libros de terror. No solo me gusta escribir terror. Lo que me gusta es dar miedo. Por eso escribo sobre zombis, vampiros armónicos y otros seres de la noche, quiero que mis lectores se asusten, que lo pasen mal. Pero reconozco que escribir un relato y publicarlo en un blog no es lo suficientemente satisfactorio. Lo que me gusta es provocar terror, auténtico. Es algo que vislumbré por primera vez no solo en la chica retrasada, antes de que se cayera por el barranco. Sus ojos achinados imploraban. No me sueltes, no me sueltes. Miró abajo y vio lo que le esperaba. Y yo vi a alguien sentir el miedo. Y por una vez no era yo, sino otro.

Yo conocía bien el miedo, sabía lo que significaba la brasa del cigarrillo de

mi padre entrando en la habitación. Los golpes a mi madre. Los salpicones de saliva cuando me gritaba a la cara. Tenía miedo y lloraba. Mucho miedo: al dolor, a los insultos, a los desprecios. Pero provocarlo yo era distinto. Yo no era la víctima, sino la causa. Me temían a mí, ellos me temían a mí. Y su cara cuando comenzó a caer redimió la mía y compensó tantas y tantas noches de palizas injustas e insultos como clavos. Yo daba miedo. Yo también podía dar miedo. Quizá de ahí surgió mi afición por el terror. Años más tarde, cuando Sara se suicidó, volví a recuperar esa sensación que casi había olvidado. De nuevo brotó el miedo, como un manantial imparable. La boca destrozada de Vicent me lo mostró, los ojos aleteantes de Sara, también. Era gratificante hacer sentir miedo. Uno se sentía poderoso.

Pero tuve que refrenar mis impulsos, esconderlos y dejarlos salir solo cuando podía hacerlo sin problemas, es decir, casi nunca. Así que me centré en mis novelas, pero era difícil escribirlas, a las pocas páginas me cansaba o me surgía una historia mejor que necesitaba ser contada. Al final, solo he logrado terminar media docena de relatos y poco más, hasta que un día apareció la inglesa por el bar y me dije que ¿para qué estaba arreglando la casa de la colina si no le daba un uso creativo?

Me dediqué a aterrorizarla y fue lo más, me sentía poderoso. Único. Un dios. Dominaba a mi víctima y le producía emociones intensas. De ahí salió *La chica que tenía miedo*. Al final la dejé marchar, no soy tonto y sé que no puede desaparecer gente así como así. Era una inglesa y la policía hubiera rebuscado hasta encontrarla, así que me limité a dejarla marchar. No creía que dijera nada, estaba lo suficientemente agradecida con poder escapar. ¿Qué le iba a decir a la policía? Nadie le había hecho daño. ¿Quizás un delito de retención ilegal? Y no había nada que les pudiera llevar a mí, por supuesto la había capturado fuera del bar y sin que nadie viera nada, excepto María Isabel, mi mujer, que en paz descanse. Bueno, eso no suponía ningún problema, lo arreglé en poco tiempo. Pero estaba claro que no podía hacer desaparecer personas con frecuencia, era demasiado arriesgado.

Una cosa era hacer visitas nocturnas a los huéspedes de La marquesa y gastarles pequeñas bromas siniestras (algo en lo que me había

especializado), y otra secuestrar personas y sacarlas de la circulación. Pero estos días no sé qué me ha pasado que me he dejado llevar. Me he venido muy arriba, tanto que no sé cómo podré arreglarlo todo. Y la culpa es de mi muela. Desde hace unos días ha empezado a dolerme un montón. No he encontrado valor para ir al dentista, eso me aterra, desde que de adolescente tuvieron que implantarme todos los dientes frontales después del accidente de bici. Y más tarde, cuando terminó mi crecimiento tuvieron que volvérmelos a reconstruir porque se habían desencajado y me rasgaban las encías. Y justo cuando acabé el tratamiento, tuvieron que volverme a poner un incisivo porque mi padre me lo partió de un botellazo, junto con el labio; fue la última vez que me pegó. Pero me ha quedado cierta fijación con el sillón del dentista y odio ir. Ya no he vuelto desde esa última vez en la que mi padre le dijo al odontólogo que no me pusiera anestesia. No la merece, que sepa lo que es el dolor, por idiota y bocazas. Le hicieron salir de la consulta y se lio una buena. Quizá debería escribir algo sobre dientes y sus raíces desgajadas.

Pero he descubierto que la muela puede dirigir mis pasos y orientarme. No me preguntes por qué, pero es algo que ocurre. Ha empezado de repente y sin explicación. Y también sin que me quepa la más mínima duda: la muela me guía y me ordena. Ella me ha hecho hacer lo de estos días. Espero que me ayude a salir del trance. De momento, me limito a seguir sus indicaciones para evitar el dolor y hacer lo más conveniente. Se ha convertido en mi aliada para producir terror; si no estuviera bailando en mi mandíbula, diría que es una parte de mi cerebro.

No solo he espiado a la familia y he entrado para asustarles con detalles siniestros, sino que la muela me ha hecho ir mucho más allá y ahora tengo una chica en una habitación y a una madre y su hijo en otra.

He investigado y existe una especie de atracción o fijación llamada fobofilia (y copio literalmente): «Consiste en disfrutar con comportamientos que involucran terror, miedo o sufrimiento emocional. Es importante mencionar que esta es una condición poco común y se considera un comportamiento atípico».

No sé si esto es lo que me ocurre. Según otras fuentes, simplemente soy un sádico. Pero no, no es eso. Yo no disfruto infligiendo dolor, sino produciendo miedo. Aunque a veces, lamentablemente, ambas circunstancias van unidas.

He disfrutado cuando he entrado en la casa con la careta y el hacha. La niña ha echado a correr como loca, el perrito no paraba de ladrarme. Yo estaba cansado, pero ha resultado revitalizante. Ha subido las escaleras y me ha arrojado el maniquí con muy poco éxito. No tenía escapatoria y ella lo sabía. Y gritaba. Y el perro ha esquivado un hachazo por poco. Y al final la he acorralado en una esquina. Gritaba y gritaba. Y sus ojos mostraban el más absoluto terror. Placer. Hasta se había orinado. Y se apretaba contra la pared queriendo adentrarse en ella. E imploraba. Y yo era Dios y ella, una simple víctima de mi poder. No me costó encaminarla hacia la habitación inferior y encerrarla en el mismo espacio en el que tiempo atrás aterroricé a la inglesa. Un marco incomparable, como suelen decir. Luego fui a por su madre y su hermano y los encerré en otra de las habitaciones. Es la misma en la que encerré a María Isabel; después de tanto tiempo casados, ni siquiera había sospechado nada de lo que yo había ido haciendo en la casa durante años. Al principio estaba más sorprendida que asustada, ya me encargué de arreglarlo.

Ahora es posible que lleguen a oír los gritos de unos y otros, pero no me importa, creo que eso servirá para perturbarles todavía más. Dios, lo ideal sería que sintieran tanto miedo que enloqueciesen. El no va más.

No sé muy bien cómo acabará esto. Desde luego, no puedo soltarles como hice con esa chica, con ellos he ido demasiado lejos, me han visto, me reconocerían, hay multitud de pruebas que me incriminan. Así que espero que la muela me diga qué tengo que hacer. Que guíe mis pasos y que me libre de todo mal, como hasta ahora.

De momento, he dejado algunas pistas falsas de que se han ido, y mi chaval corroborará todo lo que yo le diga.

Ahora está por ver qué puedo hacer con el escritor de terror y su familia. Es todo un reto: asustar a un curtido autor de novelas de misterio. Pero sé

que puedo conseguirlo. Estoy preparado. Mañana será el día en que todo acabará para todos, me lo ha dicho la muela. Ahora voy a ver si puedo dormir un poco.

Aigh, dolor. Quiere algo de mí.

→Vas a ir a La marquesa.

Bien, parece que no voy a poder dormir; tenemos faena.

La muela me recuerda que coja la navaja, y algo me dice que esta vez no será solo para amenazar. Me dice que no necesitaré la careta que he usado para asustar a la niña, no va a hacer falta. El terror va a ser auténtico, sin maniquís ni pantomimas. La vida enfrentada a la muerte. Puro terror.

42

Tralalá

La perrita vagaba sola por la casa. No entendía nada. Sus amos apenas le habían hecho caso y el hombre de las salchichas ya no era su amigo, le lanzaba patadas e insultos. Había entrado gritando, con el rostro irreconocible (aunque con el mismo olor inconfundible) y con un palo por encima de la cabeza. Paula había salido huyendo. Y ahora estaba sola en esa mansión oscura.

El hombre primero había encerrado a su ama pequeña, mientras ella se había quedado fuera para evitar que le golpeara con ese palo afilado. Escondida, sin poder defender a su amita. Y unas horas después el hombre había vuelto, ya con su cara, con su ama mayor y su amigo, el niño. Entraron en la casa y ella no pudo evitar lanzarse sobre ellas, toda una alegría. Por fin estaban allí, quería jugar y que la acariciaran. Y quería avisarles para que salieran de allí, no le gustaba nada ese sitio. Había poca luz y había tenido que hacer cacas y pis bajo la escalera, y su amita no paraba de llorar y gritar encerrada en ese cuarto de abajo en el que ella no podía entrar. Enseguida vio que pasaba algo raro. Sus amos no la recibieron como era normal. Se

dedicó a ladrar al hombre.

—Joder, la puta perra.

—Tralalá —dijo Martín con inmensa alegría—. Estás bien. ¿Dónde está Paula? Busca a Paula.

—Oh, Traly, qué bien —dijo Sofía. Había estado tan preocupada por su hija que casi se había olvidado de su mascota.

—Anda, calla y dile a tu perra que se pierda de vista o la haré pedazos.

La perrita daba saltos de alegría y quería besar a sus dueños. Los necesitaba, claro que sí. Pero ¿por qué tenían las manos en la espalda y no la acogían? El hombre le propinó una certera patada en el costado y la perra se revolvió brevemente, pero no iba con su carácter y se limitó a retroceder dolorida, sin dejar de mirar a sus amos. No entendía nada, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué no la abrazaban y correspondían a sus caricias? ¿Había hecho algo mal? ¿Era porque había hecho sus necesidades en la casa bajo las escaleras?

El hombre empujó a sus amos hasta una puerta que llevaba a los sótanos. Estaba abierta. Tralalá había subido y bajado varias veces por las escaleras porque su amita estaba encerrada en una de esas habitaciones, pero no había podido hacer otra cosa que vagar por la casa. Pasó la mayor parte del tiempo tumbada junto a la puerta donde estaba Paula. El hombre guio a sus amos por las escaleras que descendían hacia la oscuridad y Tralalá les siguió a distancia, estaba empezando a cabrearse con ese tipo. Le había hecho daño con la patada, y resultaba evidente que (al igual que había hecho un rato antes con Paula) a sus amos tampoco los trataba bien. Le gruñó desde un par de metros de distancia. Quería volver con sus dueños, pero no se atrevía a ponerse de nuevo al alcance del hombre. Martín le decía que fuera a pedir ayuda, que trajera a la policía, pero nada de eso tenía sentido para la perrita. Vamos, ataca y muérdele, le dijo en un momento dado. Tralalá no lo entendía, lo máximo a lo que había llegado en su vida era a correr tras alguna paloma con la intención de asustarla.

Una vez abajo, el hombre les encerró en una habitación. Su ama imploraba y Martín había comenzado a llorar. No le gustaba que llorara. Últimamente

le pasaba mucho, sobre todo después de coger el teléfono de su hermana. La voz del hombre era fuerte y amenazante. Tralalá le volvió a ladrar con todas sus fuerzas. Aquello estaba llegando demasiado lejos. Quería a sus amos.

El sonido de la puerta y de los cerrojos acalló un poco los gritos de sus amos. Pero Tralalá sabía que estaban allí contra su voluntad. El hombre amagó con una nueva patada, pero Tralalá se apartó con antelación suficiente. Le mostraba los dientes y retrocedía a medida que el hombre avanzaba. Finalmente, este se desentendió de ella, no era un peligro. Un incordio sí, pero esa perra no le atacaría en la vida. Apagó la luz del pasillo, pero se lo pensó mejor y la volvió a encender. Luego, quedarse a oscuras sería más aterrador, pensó.

Una vez arriba le dijo a Tralalá: «Más vale que no te coja, bola de pelo, o te convierto en una mopa. Y no me llenes la casa de mierda, que ya huele a meaos. Ya veré qué hago contigo».

El hombre llevó su lengua a la muela, pero no recibió ninguna instrucción, por lo visto el destino del perro no le importaba una mierda a la muela, supuso que estaba procediendo según convenía.

Bueno, de momento podría seguir allí.

El hombre abrió la puerta de la calle. Tralalá estaba unos metros más allá.

—¿Qué? ¿Quieres salir? Todo el campo es para ti.

Sabía que la perrita sería incapaz de sobrevivir por sí sola. Lo cual estaría bien, porque solucionaría ya ese fleco.

Tralalá se acercó despacio hasta la puerta. Intentó captar los olores del exterior. Era tentador. Se veía el sol y los campos. Pero no, sus amos estaban en la casa, no saldría sin ellos. Se sentó, a ver si así al final le caía alguna salchicha.

—Vale, como quieras. Ahí te quedas.

43

Marimar

En realidad, que el grillo se callara fue peor. Ahora el silencio resultaba verdaderamente opresivo. Estaba tan agotada que no podía dormir y los riñones le seguían incordiando; era un dolor sordo, bastante parecido al de la regla, cuando todavía le venía. Tenía calor y Víctor era un bulto molesto a su lado; el niño no paraba de moverse, también tenía el sueño inquieto. A veces emitía ruiditos.

No podía dormir, menuda mierda. Se irguió con cuidado para no molestar al niño y los muelles del colchón crujieron un poco. Se sentó en el borde de la cama. Respiró hondo. La luz de la luna se filtraba por la ventana abierta y veía con bastante claridad las siluetas de los muebles. Esa noche había llamado a su marido. Fernando estaba muy enfadado, por lo visto los homínidos estaban dándole por culo con sus rollos de adolescentes descerebrados. Genial, que aprendiera un poco. Había habido un momento tenso en la conversación, cuando él le exigió que volviera ya. Marimar no tenía ganas de discutir y le dijo que sí, que vale, que a la orden, mi capitán. Y se despidió un poco abruptamente. Joder, tendría que decidir de una vez qué

hacer. Fernando no era mal tipo y le quería, claro que sí, era el padre de sus hijos y juntos habían compartido muchísimas cosas. Pero ahora ella había perdido el trabajo en Tiendabread y volvía a estar en el puto paro, ¿así cómo se iba a independizar?

No tenía zapatillas de viaje, al preparar el equipaje a toda prisa ni se le había ocurrido cogerlas. Se puso en pie y sintió el frío del terrazo. Dio unos pocos pasos disfrutando del silencio y se acercó a la ventana. Entonces vio el movimiento. En un primer momento pensó que había algo fuera, pero cuando centró la vista se dio cuenta de que no, lo que estaba viendo era algo que se reflejaba en el cristal. Se frotó los ojos, había intentado dormir y los tenía un poco entrecerrados. Además, tenía que pillar el ángulo correcto para ver el reflejo.

No podía ser, no podía ser.

Tenía que ser una especie de efecto óptico. Allí no podía haber una niña. Estaba sentada en la esquina, peinando una muñeca desenfocada. La imagen no era clara, la luna ofrecía brillos que distorsionaban la imagen.

Marimar miró directamente a la esquina y no vio nada. Por supuesto, no había ninguna niña. Retrocedió y volvió a la cama, junto a Víctor, pero sin dejar de mirar el cristal de la ventana. Estuvo a punto de coger en brazos al niño, por si acaso. Pero decidió dejarlo tranquilo, seguro que todo eso era un sueño vívido, una imaginación de su cerebro embarrado. Ahora, el ángulo le había hecho perder el reflejo, el cristal solo mostraba la oscuridad. Tomó su móvil de la mesilla, las 04:16, y encendió la linterna. La luz la deslumbró. Dirigió el haz hacia la esquina. Nada. Hacia el cristal de la ventana, solo consiguió que el rayo de luz la cegara un poco. Hizo un barrido por la estancia, evitando que la luz incidiera en Víctor.

Entonces vio la mano de una mujer resbalar despacio por el marco de la puerta y desaparecer fuera. No era la mano de una niña. Hay alguien en la casa, pensó. No estamos solos. Tenía que avisar a Daniel, proteger a Víctor, llamar a la policía, ponerse a gritar. Ni idea de lo que tenía que hacer. Son putas imaginaciones, son putas imaginaciones. Vuelve a la cama e intenta dormir. Miró de nuevo al cristal de la ventana buscando los reflejos. Apagó

el móvil. Nada, solo que la oscuridad parecía ahora más densa. Volvió a encenderlo, necesitaba ver.

Mierda. Se calzó las zapatillas de deporte por si había que salir corriendo, con el chándal que usaba para dormir no le quedaban mal. Se acercó despacio a la puerta, tenía que mirar afuera, comprobar si en verdad había alguien o no. Niña, mujer, fantasma o ladrona. Salir de dudas. Joder, se estaba volviendo tan loca como su hermano. La había contagiado.

Se enfrentó a la puerta abierta. En el exterior, el pasillo; enfrente, un poco más allá, la habitación de Daniel. Un par de pasos y se asomó. En cada extremo, los dueños de la casa habían puesto luces quitamiedos en sendos enchufes. No eran muy potentes, apenas un led mortecino, pero permitían orientarse para ir al baño. Miró a un lado y a otro, como el niño que cruza la avenida solo por primera vez, bien aleccionado. No había ninguna mujer ni ninguna niña.

Entonces, la puerta del final del pasillo, esa a la que Daniel les había dicho que no tenían acceso, comenzó a abrirse muy despacio. Era toda una invitación. No hubo sonido de cerrojo, ni de pestillo desplazándose, ni de llave rasgando, no crujió ni produjo ningún sonido siniestro, simplemente se abrió, como si la puerta hubiera encontrado un pequeño desnivel y resbalara hacia dentro.

Vale, esto estaba yendo demasiado lejos. Desde luego, no iba a acercarse ni de coña. Alucinaciones, niñas jugando reflejadas en un cristal, las manos de mujer desapareciendo, puertas misteriosas que se abren solas. Oh, no, a tomar por culo.

Volvió al interior de su habitación y cerró la puerta procurando no hacer ruido. Y no lo hizo solo por no despertar a Víctor, sino para que nadie se diera cuenta. Y prefirió no plantearse qué significaba esta opción. Había un pequeño pestillo y lo echó. Se dio cuenta de que su respiración resonaba como si hubiera corrido una larga carrera.

—Tíaa...

Se le paró la respiración y emitió un gritito.

—Pis.

Era Víctor. Al menos había aprendido a avisar y así se evitaban pequeños desastres húmedos. Se dirigió hacia él y lo tomó en brazos con premura. Lo abrazó con fuerza, estaba empapado en sudor y sus cabellos estaban pegajosos. Sintió una inmensa oleada de amor por ese niño. Pobre, tenía que ayudarle, con su padre en ese estado, ella era la única anclada a la realidad, aunque ya empezaba a dudar de eso, sobre todo después de los últimos minutos.

—¿Quieres ir al váter, cariño, a hacer pis?

—Sí. —Agitó la cabeza con fuerza.

Marimar miró a la puerta. Al final tendría que salir al pasillo… Mierda, el cuarto de baño estaba fuera, no le quedaba más remedio.

—¿No puedes aguantarte, cielo?

Negó con la misma intensidad que antes.

—Pis.

Ella resopló. No había ningún orinal ni nada que pudiera usar para evitar salir.

—Tchk, bueno, vamos, mi vida. No te preocupes, no pasa nada —dijo más para ella que para el niño.

Con Víctor en brazos, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Entró algo de fresco, como si la diferencia de temperatura se hubiera incrementado. Lo achacó al calor corporal del niño, estaba muy caliente, esperaba que no tuviera fiebre. Había descartado usar el móvil. El haz era demasiado impreciso y solo servía para que no se apreciara bien lo que había fuera de él. Asomó la cabeza procurando mantener a Víctor dentro y miró a ambos lados. No había tráfico en la avenida. La puerta del fondo ahora estaba completamente abierta. El cuarto de baño estaba justo al lado de su habitación, solo tenía que salir, avanzar un poco en dirección a la puerta misteriosa, entrar en el baño y poner al niño a orinar. No era difícil, incluso también podría aprovechar ella, su vejiga se lo agradecería.

Miró al niño, iba a preguntarle una vez más si no podía esperar, pero sabía que Víctor siempre avisaba con el tiempo demasiado justo. Nada de largas demoras o la cosa se liaba. Se armó de valor y salió al pasillo, su silueta

produjo una sombra más densa, avanzó con paso rápido sin quitar la vista del recuadro oscuro de la estancia del fondo, temía que pudiera aparecer algo. Siluetearse una figura extraña. Mantuvo la respiración hasta el baño, entró a toda velocidad, cerró la puerta tras ellos y dio la luz.

—Hola —dijo Víctor a la niña del espejo.

44

Alberto

D¿ónde diablos se había metido esta mujer? Pero, por favor, ¿cómo se lo había montado tan mal? Su teléfono sin batería, el de Paula fuera de cobertura. Y no tenía noticias de su familia desde… bueno, ¿cuánto había pasado desde la última vez que habían hablado? ¿Veinticuatro horas? Estaba verdaderamente preocupado, se suponía que esa mañana temprano salían de La Barraca d'Aigües Vives, alquilaban un coche en Valencia y llegaban a Madrid a primera hora de la tarde. Pero ya eran las tantas de la madrugada y no tenía noticias de ellos. Después de cenar había llamado a la señora Josefa, la propietaria de la casa rural, y ella le había confirmado que, efectivamente, esa mañana habían dejado La marquesa, no estaban en Aigües Vives. ¿Dónde podrían estar? ¿Por qué no habían llegado? Rebuscó entre las llamadas recientes y encontró el teléfono del bar de Paco, tenía que probar. Le atendió el chico, le aseguró que él mismo los había recogido a las nueve de la mañana y les había dejado en la puerta de la empresa de alquiler de vehículos, que estaba abriendo en ese momento. No, no recordaba qué empresa era, les había dejado en la avenida San Vicente Mártir, cerca de la estación, que era donde estaban la mayoría de las empresas. Pero no parecía muy espabilado.

Alberto estaba convencido de que habían tenido un accidente. Sofía no era una gran conductora, y menos aún con un coche desconocido, siempre tenía problemas con el embrague. Temía que los tres estuvieran muertos en

una cuneta. Joder. No podía llamar a todos los hospitales que había entre Valencia y Madrid. Había intentado llamar a la delegación de tráfico, pero nadie le había atendido, el teléfono estaba fuera de horario. Y, de todas maneras, dudaba de que hubieran podido atenderle o darle cualquier tipo de información.

Ir a Aigües Vives tampoco era una solución, podría cruzarse con ellos sin enterarse. O dejarlos atrás si habían tenido algún percance. Dios, esperaba que pronto dieran señales de vida.

Ya eran las tantas de la madrugada. Siguió un rato trabajando en remoto, intentando recuperar los datos perdidos en el hackeo, era un trabajo tedioso y la mayor parte había que gestionarlo en los propios servidores, tampoco podía avanzar demasiado. Se quedó dormido.

No se enteró de que le entró un mensaje de WhatsApp.

04:05.

Paula:

Ven, papá.

45

Joan

Estaba un poco harto. Su padre de nuevo salía de casa; se creía que no se enteraba de sus trasiegos, pero él no era tonto y se daba cuenta de todo, siempre se había dado cuenta, hasta cuando era más pequeño.

Miró el reloj, casi las cuatro de la madrugada. Joer, ¿dónde iba a estas horas?

No le cabía duda de que estaba metido en algo gordo, y de que el tema estaba relacionado con La marquesa y la familia que había ido allá. Esa noche, cuando ya se iba a acostar a la planta superior, sonó el teléfono. Era un poco raro, casi nadie llamaba, a veces la señora Josefa o algún conocido, pero vaya, no es que hubiera una fila de clientes llamando para reservar. Cuando contestó se encontró con algo que no le hizo gracia. Era el padre de los de La marquesa, estaba buscando a su familia. No supo muy bien qué decirle, por eso se limitó a darle la respuesta que le había dado su padre, la versión oficial: él había recogido a todos a las nueve de la mañana y les había llevado a Valencia. Cuando el hombre le pidió más detalles, tuvo que improvisar. No podía darle el nombre de la empresa de alquiler en la que les

había dejado, ni concretar más, porque ese viaje nunca había tenido lugar. «No, no me he fijado. Ha sido todo muy rápido. No podía parar y, bueno, allí, cerca de la estación hay muchas empresas de alquiler. Estaban abriendo, gente y tal. Y había bastante ajetreo. Muchos coches. Estaba también la Policía municipal dirigiendo el tráfico. Viajeros y eso. Tú por aquí, tú por allá. Yo no he podido entrar en la zona habilitada para las empresas de alquiler. Yo iba por allá, por San Vicente Mártir, creo. La avenida. Y había desvíos. Estaban abriendo lo de los coches, se veía desde lejos. Abren temprano. Pero les he dejado prácticamente en la puerta. No sé». Todo era una fantasía. Ni siquiera tenía muy claro cómo era la zona, solo le sonaba el nombre de la avenida de la estación.

Eso no le gustaba nada. Quizá su padre había ido demasiado lejos esta vez. Y él estaba encubriéndole. Ahora ya era mayor de edad, no como cuando pasó lo de su madre. Según en lo que estuviera metido su padre, podría ir a la cárcel. Como si ese pueblucho y ese miserable bar no fueran prisión suficiente. Ese mediodía, su padre le había mandado a La marquesa para que retirara todas las pertenencias de la familia y las metiera en el gran comedor, el cuarto del fondo, y que dejara todo medio presentable para hacerle un favor a la señora Josefa, porque iban a entrar otros huéspedes. Su padre le contó una historia absurda de que la mujer quería desaparecer sin que su marido se enterara y llevarse a los hijos con ella, uno de esos casos de violencia de género que salen por la tele. Y él les había ayudado a evitar un desastre encubriendo su marcha. No tenía ni el más mínimo sentido, pero Joan asintió como si pudiera creerse esa patraña poco elaborada. Estaba seguro de que su padre se había quedado pensando que era capaz de argüir historias increíbles. Y era verdad, era ciertamente increíble.

Después de colgar el teléfono se sintió mal. El hombre le daba pena, era alguien muy preocupado y, por lo que había visto cuando estuvieron en el bar, no creía que hubiera ningún caso de malos tratos, protección de testigos, novia a la fuga o de cualquier otra historia digna de la mente de su padre.

Cerró el bar. A esas horas ya no había ningún parroquiano, y su padre,

como siempre, pasaba de estar por allá abajo, estaba en la vivienda de la planta de arriba haciendo vete tú a saber qué. Joan estaba cansado de cargar él con la mayor parte del trabajo, el tema ya le estaba tocando un poco los huevos.

Ya en su cuarto, estuvo un rato viendo una serie en su ordenador tumbado en la cama y se quedó dormido. Se despertó cuando oyó a su padre; acostumbraba a moverse de forma subrepticia, pero no era suficiente, Joan tenía el sueño ligero y siempre se enteraba. Cuando se despertó casi tiró el portátil al suelo, lo sujetó con un manotazo rápido. Joder, ya estamos con los paseos misteriosos. Vaya diítas que lleva. Casi no había aparecido por el bar, apenas había dormido y ni siquiera le había visto leer o escribir, algo con lo que solía entretenerse. Al poco, oyó la furgoneta, el sonido de su motor de gasoil y el vibrar de la caja eran inconfundibles. Hala, allá va.

Entonces se acordó del hombre que le había llamado, había notado algo cercano a la desesperación en su tono de voz. Insistía una y otra vez preguntándole si no sabía nada más de ellos, si les había visto partir o si, al menos, podía decirle hacia qué empresa se habían encaminado para alquilar el coche, para averiguar a qué hora habían salido o si les habían comunicado algún percance con ese vehículo.

Y su padre estaba metido en ese asunto, joder, claro que sí. Se dirigió al cuarto de su padre, no sabía muy bien para qué. Los libros se amontonaban por todos los rincones: tenía cientos, y en la mayoría de las portadas se apreciaban monstruos y tipografía de horror. Su padre había perdido la cabeza, como Don Quijote o algo así, ¿no? No le cabía duda, hacía tiempo que lo sabía.

Ni siquiera lo había escondido, allí en el estante, junto a la mesilla, sobre un par de libros de Daniel Lonces, un móvil con una funda de unicornio. Desde luego, no era el de su padre. ¿De dónde lo había sacado, de los críos de La marquesa? Probablemente. Lo cogió y lo encendió por mera curiosidad. Entonces se le ocurrió que no debería haberlo hecho. Geolocalizaciones y mierdas de esas. Pero, bueno, ya estaba encendido. No le pedía contraseña ni huella dactilar ni datos biométricos. En cuanto lo

encendió, le entraron un montón de llamadas perdidas y de mensajes. Todos del padre. Curioseó un poco, y comprendió que era el móvil de la chica. Esa chiquilla que no acababa de llegar a casa. Y que él no sabía dónde estaba, aunque se lo imaginaba, claro que sí: estaba en esa casa que le tenía el seso sorbido a su padre. Estaba harto.

Uno de los últimos mensajes de texto era muy escueto: «Por favor, Pauli, dime algo, por favor».

Le dio pena y no pudo evitarlo. Escribió un mensaje aún más corto. Releyó las dos palabras, puso la coma que se había dejado. Y le dio a enviar.

Y que fuera lo que Dios quisiera, ese hombre no se merecía sufrir sin saber qué había sido de su familia. Y ya estaba bastante cansado de su padre, de sus movidas, sus secretos y sus locuras de terror. Y si salían a la luz cosas horribles, le daba igual. Todavía no había superado lo de su madre y ya era hora de hacer algo. A tomar por culo.

Apagó el móvil, por la geolocalización y mierdas de esas, y volvió a su cuarto, un poco harto.

46

Dientes

Toma, grillo de mierda. Esta noche ya no ligas. Y me froto la suela de la bota contra un matojo para limpiarla. No sé si se limpia bien o quedan restos del bicho. Me la suda.

A ver, ¿me acerco a la casa o qué? Hombre, admito que tengo curiosidad. Quiero ver qué hace el escritor famoso con su familia. Y bueno, ya sabes lo que me va la marcha, ¿no? Quizá podría entrar y gastarle alguna bromita siniestra de esas mías, de esas que producen miedo y le hacen temblar. Asustar al que asusta. Qué gran mérito. Además, deduzco que está justo en el puntito. Mis mensajes de Sara le han debido de descolocar un montón, probablemente se sienta culpable de su muerte y/o acosado por una maldición eterna.

Podía haber preparado una de mis notitas y haber metido una de las muelas de Vicent en algún Kinder sorpresa, aunque ya casi no me quedan y tengo que racionarlas bien. Ay, cómo me apetece acojonarle.

Espero a que mi muela me guíe. Es un superpoder maravilloso, excepto cuando tomas una decisión equivocada, que te pega un buen zurriagazo.

Ella me dice lo que más me conviene, es como una madre de las buenas, de las que no se alejan cuando tu padre te pega.

En el interior de la casa no hay luces, claro, es muy tarde y estaban cansados, estarán durmiendo.

Me acerco y tal.

Y entonces empiezan los gritos sin necesidad de que yo haya hecho nada.

47

Sara (Hace tiempo)

Le gusta peinarla. Sabe que no es una Nancy auténtica, en la caja ponía Kika, pero se le parece bastante, y le da un poco igual, es guapa. Su madre le suele decir que deje la muñeca y salga a jugar, pero le apetece estar con ella, no ir a Aigües Vives, se cansa de la caminata hasta el pueblo. Puede ir sola, ya está acostumbrada, pero tiene que recorrer el camino todos los días para ir a la escuela, y le da pereza andarlo una vez más. Está bien aquí, con Nancy, Sara la llama así, aunque ese no sea su nombre.

Ambas van al baño, allí está el único espejo grande de la casa. Mira, ¿te ves? ¿Estás guapa? Le estira un poco el vestidito para que le caiga mejor, es un poco corto. ¿Quieres que te prepare algo para cenar?

Sara intenta peinarse un poco como ella, el pelo de la muñeca es más largo y esos tirabuzones, preciosos. Eres muy bonita, mamá, le dice Nancy. Gracias, hija, tú también. Sonríe. Nancy se ríe. La abraza y aprovecha para enseñarle su diente de leche; los dos de arriba del centro ya se han caído y ahora el que baila es el de abajo, un poco hacia el lado. ¿Lo ves? Yo creo que no le queda mucho, pero todavía se mueve poco. Se mira en el espejo un

poco más de cerca. Ahora está en la fase de juguetear con el diente durante unos días: empujar y palpar. Incluso moverlo un poco con el dedo y sentir su oscilación; hasta forzarlo un poco. Le da algo de cosa. Ya ha perdido casi todos los dientes de leche, pero la sensación de tener algo incrustado en las encías a lo que empuja un nuevo diente desde abajo es un tanto perturbadora. No podía evitar sentir miedo ante el momento en que se le cayera. Las gotitas de sangre, el picorcillo del aire entrando en la encía, el nuevo hueco que haría que sus palabras silbaran todavía más.

A esa casa de pueblo no llega el ratoncito Pérez (el tema de los ratoncitos allí se gestiona de otra manera: ratoneras, polvo amarillo en algunas esquinas —no lo toques, eh, que te podrías morir— y un par de gatos), pero cuando se le caía un diente, Josefa, su madre, siempre le preparaba un postre especial, una sopa valenciana, que en realidad eran unas natillas Royal con una galleta María encima. La niña acercaba la cuchara a la boca, sorbía profundamente y dejaba que la crema resbalara por las encías recién despejadas, eso le producía una nueva sensación. Un poquito de repelús y un algo ligeramente sensual.

Mientras abre la boca y coge una mano de Nancy para que sea ella quien empuje el diente, ve al niño en el espejo, está detrás de ella. Lo lleva una mujer en brazos, pero la mujer es una mancha difusa, en realidad solo ve al niño, como si todo lo demás estuviera desenfocado. Acaban de entrar. Se asusta un poco porque no sabía que hubiera visita en casa.

—Hola.

Sara devuelve el saludo al niño y retira la vista un segundo para mover el brazo de Nancy y que ella también salude. Nancy es una hija ejemplar, muy educada. Pero cuando levanta la cabeza, el niño y la mujer han desaparecido.

¿De verdad han tenido tiempo para salir con tanta rapidez? ¿Vamos? Nancy asiente sin mover la cabeza. Sara y Nancy salen también del cuarto de baño. Ven, hija, vamos a ver. Sin embargo, el pasillo está vacío, no se les ve por ninguna parte. Jo, pues sí que son rápidos. A lo mejor están en el comedor del fondo. Si han venido de visita es posible que estén allí, su madre suele recibir en la bodega grande a los invitados, aunque ellos entran

pocas veces, es demasiado fría y suelen hacer vida en la cocina. A los tres solos les sobra bastante espacio en la casa. Hubo un tiempo en que su padre quería reconvertir esa estancia en un granero, pero nunca encontró ánimo para hacerlo, y ahora estaba pasando una mala época con sus molestias estomacales, de vez en cuando le daba un achuchón.

La puerta de la habitación estaba abierta, pero la luz, apagada. Esa era su casa, la conocía perfectamente, no tenía miedo, y menos con Nancy en brazos. De todas formas, la animó: adelante, hija, no pasa nada, vamos a ver a ese niño. Entró en la bodega comedor, buscó el interruptor y lo accionó. Entonces, inesperadamente, junto con el fulgor de la luz, entró el niño tras ella. Le sorprendió, porque un segundo antes no había nadie en el pasillo. El chico extendió su brazo hacia la niña y apenas la rozó. Sara emitió un pequeño gemido. La bombilla, que se acababa de encender, brilló como un gran foco y explotó con un breve petardazo. Se oyó el ruido de cristales al caer al suelo. La bodega solo estuvo iluminada unos instantes. Y en ese escaso lapso de tiempo Sara lo vio todo.

Al niño yendo hacia ella.

A la niña de la casa de los cien escalones, la semana pasada había tenido un accidente y se había caído por un barranco, con tan mala suerte que se había abierto la cabeza contra una piedra.

El collar de dondiegos estaba negro de sangre.

El camino que recorría una y otra vez para llegar al colegio.

La casa de los cien escalones, allá sobre la colina.

Eran imágenes muy rápidas, apenas podía reconocerlas o interpretarlas.

Una bici lanzada por un sendero.

Su muñeca llorando junto a su padre muerto.

Pero lo que sí pudo ver con más claridad fue a la mujer desmadejada, con rasgos que reconoció; supo que esa sería su cara quince o veinte años después. Se asustó de sí misma, porque comprendió que ese amasijo de carne era ella.

Más fogonazos.

Dientes en su mano dentro de unos pocos años.

Chicos y besos.

Su padre vomitando sangre y cayendo al suelo junto a la gran mesa con las manos en su estómago. Estaba solo en casa.

Una caja de cartón en la que pudo leer Fujinoséqué.

Y algo que no llegó a ver bien porque las sombras eran demasiado densas: su brazo goteando sangre, mucha sangre, y ella de mayor gritando con ira: «Lo has logrado, ¿es esto lo que querías?».

Tierra a su alrededor.

Las manos de un chico sujetando una piedra llena de sangre.

El diminuto espacio entre un mueble de cocina y el techo.

Y vertiginosas expresiones de terror de personas desconocidas, rostros desencajados y bocas sin dientes.

Todo durante el breve segundo en que la luz estuvo encendida, todo a su alrededor, todo demasiado real.

Nancy gritó, o Sara, había demasiada oscuridad como para saberlo. Y Marimar y Víctor, también. Pero antes de huir despavoridos, Víctor dedicó una mirada tierna a Sara. Mantuvo su brazo tendido hacia ella como si no quisiera dejarla.

La mujer rota corrió a esconderse bajo la mesa de roble y se diluyó en las sombras.

Josefa gritó desde la cocina. A ver qué has hecho ahora, Sara, mecagüen la mar.

48

Marimar

La vio claramente, había luz y la imagen del espejo del baño estaba perfectamente definida. La niña de la boca abierta y su muñeca. Marimar retrocedió con un movimiento instintivo y salió del baño. Víctor tendría que esperar, cerró la puerta. En la habitación de Daniel había otro cuarto de baño, ¿no? Su mente intentaba evitar analizar lo que acababa de ver, el niño tenía que orinar. La imagen de la niña en el espejo no era relevante, un sueño lúcido, quizás; una imaginación, probablemente.

Víctor se revolvió y la obligó a dejarle en el suelo, cuando no quería estar en brazos no había manera de retenerlo. En cuanto Víctor puso los pies en el suelo, y sin que ella pudiera evitarlo, se dirigió con rapidez hacia la puerta abierta del fondo del pasillo, esa en la que en teoría no podían entrar, esa que debería estar cerrada y sin embargo se ha abierto, en una oscura invitación a adentrarse. Víctor entró sin dudar, a pesar de que no había luz, ella se apresuró a seguirle. En cuanto llegó tanteó buscando el interruptor y lo accionó. Pudo ver la estancia durante medio segundo: la gran mesa para banquetes, los viejos sillones cubiertos con telas… Y amontonadas junto a la

entrada, unas maletas, neceseres y mucha ropa, como si alguien hubiera amontonado allí las posesiones de otros huéspedes. Entonces la bombilla explotó y Marimar emitió un grito. La luz se extinguió de repente, pero en las milmillonésimas de segundo transcurridas entre el estallido de la bombilla y la extinción de la luz, pudo ver que allí había más cosas.

49

Víctor

Le gusta la niña y le gusta la muñeca que lleva, quiere jugar con ellas. Por eso ha entrado en el cuarto, en cuanto ha podido. Pero cuando roza el brazo de la niña, algo sucede.

El niño no tiene referencias y no puede establecer comparaciones, no puede hablar de alucinaciones ni de imposición sensorial, no sabe qué es la emotipatía, la paramnesia, ni la transmisión de sensaciones. Sabe de hambre, sueño, guardería, papá, tía y poco más; aunque es cierto que de pequeño conoció el horror, ahora su vida es sencilla.

Pero en ese momento va a experimentar algo único, la comunión entre el pasado y el presente, el contacto con el más allá, sin ni siquiera saber qué es la muerte, quizá por eso es la persona adecuada, el único ser completamente libre de prejuicios. Por eso su mente sencilla puede captar cosas, por eso Sara lo utiliza para conectar con él. Mucho de lo que ve no lo entiende, no es capaz de interpretarlo. Es como si escuchara una música desconocida que le producía emociones. Las notas están ahí y vibran en su corazón de determinada manera, experimenta las sensaciones, vive la triste melodía. La

metáfora es un poco burda, no se puede comparar la existencia con la música, pero no hay otra manera de explicarlo. Ve a Sara de niña, de adolescente, de joven y muerta, siente algunas cosas que ella sintió y entiende lo que pasó, incluso puede intuir lo que está ocurriendo ahora, solo que no será capaz de expresarlo; en breve, ese momento será solo un sueño que olvidará.

La mujer desencajada está debajo de la mesa, le sonríe, mueve una mano junto a la ingle y Víctor comprende, aunque no sabe qué comprende. Luego, las sombras se apoderan de ella. Marimar tira del niño y Víctor alarga el brazo hacia la Sara niña; querría advertirle, pero no sabe de qué. Querría quedarse un poco más, no entiende esa canción, pero querría escucharla un poco más.

Oye gritar a su tía y, antes de darse cuenta, está en el cuarto de su padre, le ha llevado prácticamente a rastras. Daniel se yergue de la cama de repente, gritando también al oírles entrar. Con la mano temblorosa enciende la luz de la mesilla. Solo muestra cosas prosaicas, la bombilla ni siquiera explota.

Su tía casi se arroja sobre su hermano, habla a toda velocidad y le explica lo que acaba de pasar mientras le ayuda a levantarse. Pero ella solo ha visto cosas borrosas, no ha sentido las emociones palpitantes como las hojas de un árbol un día de viento. Víctor ya no tiene miedo. Pero cuando su padre le llama, acude a sus brazos. El niño sabe la verdad. E intuye cómo acabará todo. Le da un poco de pena.

50

Joan

Efectivamente, su padre se ha llevado la furgo. No le queda más remedio que coger la bici. Está harto de esa situación, quiere que su padre le dé explicaciones, que le aclare qué ha estado haciendo todos estos años, que confiese lo que le pasó a su madre y que deje de hacer el psicópata con los huéspedes de La marquesa.

Pedalea con intensidad, hay unos cuantos desniveles y las pendientes cuesta subirlas. Por lo menos no hay ni un solo vehículo. La noche es suya.

Cuando va a tomar el desvío que lleva a La marquesa, oye el motor de la furgoneta y llega a atisbar unos faros entre los naranjos. Se apea de la bici y se esconde como puede tras un zarzal, en la oscuridad se pincha un poco. En seguida ve pasar la furgoneta de su padre. Va a toda velocidad y cuando toma la curva, casi derrapa. Joan está convencido de que se la va a dar, pero hay suerte y la furgoneta toma la carretera comarcal y sigue adelante.

Joder. Ya sé dónde va como un loco. Claro que lo sé.

A la puta mansión de los cien escalones.

Duda entre seguir adelante hasta La marquesa para comprobar que está en

lo cierto, pero en realidad se da cuenta de que lo sabe seguro, se jugaría el portátil a que la casa rural está vacía.

Ganaría la apuesta. En La marquesa no hay ninguna persona. Con vida.

51

Alberto

La autopista es monótona y, a pesar de ser puente, no hay demasiado tráfico, quizá precisamente por encontrarse a mitad de los festivos.

No sabe qué hacer, no se ha atrevido a llamar a la policía, no cree que sirviera de nada. Cuando se ha dado cuenta del mensaje de su hija, ya había pasado un buen rato de haberlo recibido; eran casi las cinco de la mañana. Pero cuando miró el móvil, en uno de esos momentos de duermevela, lo vio y saltó de la cama. No podía creerlo, ¿qué significaba eso? ¿Por qué el mensaje era tan críptico? Llamó una y otra vez, constantemente el mismo resultado. El móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Rápidamente abrió Google Maps y consultó la opción «Compartir ubicación». El móvil de Paula siempre indicaba su posición, era una de las normas de uso. Paula no puso demasiados inconvenientes a esa obligación, todavía no tenía edad para salir por ahí. Actualizar. Ahora el teléfono estaba desconectado o fuera de conexión. Pero indicaba su última localización, justo cuando el mensaje había sido enviado. Paula Lorente. 43 minutos. La barraca d'Aigües Vives, Carretera CV 50. A 410 kilómetros de distancia. 21

% de batería. Cómo llegar. Notificaciones.

Estaba preocupado, esperaba llegar antes de que amaneciera y encontrar a su familia, a lo mejor no habían podido alquilar un coche y habían vuelto a Aigües Vives o estaban en algún hostal en Valencia. Que su hija hubiera perdido el móvil también era una posibilidad. Pero ese escueto mensaje, «Ven, papá», significaba algo.

Normalmente le gustaba escuchar algún podcast, pero no tenía el ánimo para bromas y no entendía nada de las conversaciones desquiciadas de Berto y Buenafuente. Había cargado el audio para tener un poco de compañía, pero apagó el reproductor. Y siguió carretera adelante en silencio. Encontraría a su familia. Por estas.

No sabía que nunca más vería a su hija.

52

Paula

Ha intentado dormir, pero no tiene dónde tumbarse, la habitación está vacía a excepción de una vieja silla de madera, llena de manchas oscuras que cree que podrían ser de mierda. Se equivoca, es algo peor. De todas formas, prefiere acurrucarse en un rincón.

El suelo está frío y ella sigue con su pijama de verano, es fino y el algodón apenas abriga. Cuando descubrió que su madre y su hermano también estaban allí se emocionó y albergó esperanzas de poder escapar. Hubo un momento en el que todo era hablar a gritos, con Tralalá lloriqueando porque quería estar con sus dueños. Por lo visto, iba de una puerta a otra. No era fácil hablar, tenían que gritar mucho, debía de haber bastante separación entre las dos habitaciones, y algunas palabras se perdían por el camino. Pero, al menos, pudieron informarse de que estaban todos bien, más o menos, la herida de la pierna de Sofía cada vez escocía más. No tenían luz, solo un leve resplandor procedente del pasillo se colaba por las rendijas, pero los ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y Paula podía orientarse perfectamente, lo que le permitió descartar la silla con sus manchas oscuras.

Hacía rato que no hablaban. Quiere preguntar a su madre qué tal están, pero no lo hace, a lo mejor Martín está durmiendo y su madre no podrá contestarle a gritos. En un momento dado le habían dicho que, por fin, Martín había podido romper con los dientes la brida de su madre y que ahora ambos estaban desatados. Eso suponía una enorme alegría, habían ganado mucha libertad de movimiento y podían estar más cómodos. Pero luego, los mensajes a gritos se fueron espaciando y hace ya mucho que todos guardan silencio. Incluso Tralalá.

Pero entonces, la perrita empieza a gruñir. Paula la ve pasar por delante de la puerta, sus patitas interrumpen la luz de la rendija.

Ahora ladra directamente y la oye alejarse. Su madre llama: «Tralalá, Tralalá». No oye bien a la perrita, pero lo adivina. Los ladridos llegan desde lejos y se pierden en la distancia. Se esfuerza por escuchar. Oye gañidos de la perra. Se está quejando, seguro. Ay, pobre, ¿qué le estarán haciendo?

Y ¿se equivoca o se oyen voces? Están ahí, al límite de su audición. Pero parece que hay gente. Sí, ¿verdad? La van a sacar de allí. Por fin, alguien viene a por ellos.

—¡¡Socorro!! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Socorro, aquí!

Su madre también grita pidiendo auxilio, ella también ha debido de oír las voces.

Entonces oye claramente el grito de una mujer. No es su madre, es otra voz. Y refleja auténtico miedo. ¿O quizá dolor?

53

Paco

Soy como uno de esos malabaristas chinos que hacen girar platos sobre unas varillas. Pendiente de decenas de detalles y encargándome de sofocar multitud de pequeños incendios para que no se propaguen. Pero me siento bien, creo que comienzo a tenerlo todo bajo control. Más o menos.

Lo de La marquesa ha sido un poco locura, pero he logrado encarrilarlo. La verdad, no sé muy bien cómo, pero al final he logrado encontrar las palabras mágicas que me han permitido solucionarlo.

Daniel ha comido de mi mano, como un pajarillo, y la histérica de su hermana también se ha sentido aliviada al verme. Supongo que por los nervios no han analizado debidamente la situación. A ver, ¿qué se suponía que estaba haciendo yo ahí a las cinco de la mañana, antes incluso de que amaneciera? Pero como dijo el filósofo: «La noche me confunde», e imagino que con la tensión y los sustos, encontrarse a alguien normal, dispuesto a ayudarles, resultaba reconfortante. Ella, después de palparse los bolsillos de esa especie de chándal pijama que vestía, gritó que no llevaba las llaves del coche, que estaban en la casa. «Tranquila, no hace falta entrar, yo puedo

llevaros en la furgoneta». Así que incluso el viaje en la furgoneta resultó medianamente lógico. Les expliqué que Josefa me había pedido que diera una vuelta por la casa, a ver si todo se veía tranquilo y que, si querían, podía llevarles a otra vivienda en la que podrían acomodarse y que ya volvería yo de día a por sus cosas. Creo que les dio un poco igual, lo que querían, sobre todo la mujer, era alejarse de La marquesa.

Pero ahora tengo que estar haciendo malabarismos por todos los flancos. Un plato por aquí, otro por allá. Jo, es una pena no vivir en los Estados Unidos para tener una buena pistola con la que encañonarlos y decir: «Venga, vale, aquí se hace lo que yo diga». Pero no, tengo que ser mucho más artero e inteligente, camelármelos, convencerles, guiarles y ganarme su confianza. Pero, joder, hay muchos detalles que pueden echar todo a perder. Y ni siquiera tengo muy claro qué mierdas voy a hacer con ellos al llegar a la casa de los cien escalones. Soy bueno improvisando y cuento con la ayuda de mi muela mágica, pero hubiera preferido tener una buena pistola, las cosas como son.

Pero ahora estoy contento, voy a montar mi propia novela de terror, ¡en la vida real! Será maravilloso. Me da igual hasta dónde tenga que llegar, estoy dispuesto a sobrepasar cualquier límite. Voy a vivir mi sueño. Voy a hacerles morir de terror. Y yo voy a verlo.

No sé si la muela es capaz de soltarme una ráfaga de feromonas, pero me siento feliz, y un poco como colocado. Todo va bien, los platos giran a su ritmo. Canturreo por lo bajo.

Ayudarle a subir a él a la furgoneta ha sido todo un numerito, sus prótesis se lo complican bastante, y no sé cómo podrá subir los escalones de la casa, pero, bueno, no le quedará más remedio. Carga con su muleta y sin ella casi no puede andar, supongo que eso en un momento dado, puede ser una ventaja.

Y aquí están, sentados a mi lado, bastante apretaditos en su asiento, con el niño sujeto entre los dos; sin silla de bebé ni cinturón de seguridad, saltándonos todas las normas, menos mal que esta carreterucha está olvidada por todos. Les sonrío. Ya no falta mucho para que amanezca.

54

Daniel

Ahora que ya todo ha acabado, he decidido contar por escrito lo que sucedió en esa casa, cómo terminó. No me siento muy orgulloso de mi manera de proceder ni de la tragedia que tuvo lugar. Pero es lo que hay.

Llamadme jodido cobarde si queréis. Supongo que es eso lo que soy. Pero, bueno, a estas alturas ya no importa lo que yo sea o deje de ser. ¿Verdad?

Me pregunto si ahora Sara olerá las lilas. ¿Notará su aroma? ¿Viajará entre ellas?

Ya nunca lo sabré. Sí, un jodido cobarde, vale, puede que lo sea. Puede. Pero ¿de verdad creéis que podía haber hecho otra cosa? ¿Que tenía la más mínima posibilidad?

No sé muy bien por dónde empezar. Creo que lo de los *emails* de Sara ya lo he contado, ¿verdad? Ahora casi me avergüenzo de mi inocencia, ese cabrón me la metió doblada. Resulté un gilipollas de campeonato. Ahora, cuando los releo, los veo tan artificiales y prefabricados que no puedo creerme que yo pensara que eran auténticos. Ese hijoputa me engañó. Y yo caí en su trampa como un imbécil. Cuando me lo dijo, allí en la casa de los

cien escalones, con la navaja de por medio y la niña muerta, no podía creérmelo. Y el cabrón se reía.

Pero me estoy adelantando. Todo es demasiado confuso y aún quedan muchos flecos por explicar. Disculpadme si mi narración no es demasiado clara y si voy saltando de una cosa a otra, todavía estoy muy afectado. Solo puedo admitir que ese chalado lo consiguió, quería que pasara miedo, pues lo logró: esos fueron los peores momentos de mi vida... Y ya sabéis lo que me pasó hace un par de años...

Supongo que debería empezar por la noche que pasamos en La marquesa.

La casa rural era…, no sé cómo explicarlo, era un lugar oscuro. Transmitía malas vibraciones. Y no me extraña. El otro día me enteré de que el padre de Sara (sí, la misma Sara, pobre Sara) había muerto en la estancia del fondo. Llevaba bastante tiempo enfermo del estómago e incluso había pasado algunas temporadas ingresado en el hospital, supongo que tendría cáncer o algo así, no conozco los detalles. Pero un día que estaba solo en casa sufrió una fuerte hemorragia estomacal, y falleció en el cuarto del fondo. Le encontraron en un charco de sangre y vómito, se había arrastrado varios metros intentando llegar a un banco, quizá para intentar levantarse, pero solo había conseguido dejar un reguero siniestro tras él. Yo no sé si esas cosas se filtran y tiñen de ecos emocionales las paredes de piedra, o si las almas vagan por el lugar de su muerte, pero ahora ya me lo creo todo.

Sé lo que de verdad le pasó a Sara, en lo que se convirtió. Así que, ahora, puedo creerme cualquier teoría alocada. Espíritus, fantasmas, posesiones…, venga, ¿alguien da más? ¿Marcianos? ¿Hombres langosta? Hasta vampiros armónicos, lo compro todo, ya no descarto nada. Este mundo es ya de por sí complicado e injusto, como para tener que interactuar con fuerzas inexplicables. Lo que nos faltaba. Pero lo que pasó con Víctor y Sara me hizo creer en todo.

A lo que iba: no sé si esa casa rural estaba maldita o si los fantasmas solo se dedicaban a acompañarnos allí donde íbamos, aunque no creo que una cosa excluya la otra. También puede ser que todo se debiera a mi estado de nervios y al de mi hermana, que se había contagiado de mis temores y

teorías, a pesar de no querer admitirlo. El caso es que, esa noche, apenas pude dormir y, cuando por fin logré dar una cabezada, entró Marimar como una loca arrastrando a Víctor. Gritaba y decía que teníamos que salir de esa casa. Que yo tenía razón, que había una niña y una mujer hecha un amasijo. Me ayudó a ponerme las prótesis, pero le temblaban tanto las manos que…

Espera, quizás esté dando demasiados detalles, puede que prefiráis que vaya al grano y me deje de hilar tan fino. Algo un poquito más resumido, ¿no? Bueno, a ver:

Salimos de la casa aprisa y corriendo, como si alguien nos persiguiera, tuve el tiempo justo para ajustarme las prótesis y coger la muleta. Marimar no dejaba de mirar la puerta abierta de la habitación del fondo, un recuadro oscuro. Fuera, inesperadamente, nos esperaba Paco, el tipo del bar, ese gran hijo de puta, aunque yo en ese momento todavía no lo sabía. Para mí solamente era un tipo amable, que se había brindado a ayudarme en mi búsqueda de la casa de los cien escalones y que ahora milagrosamente estaba allí fuera, dispuesto a echarnos una mano. Me ayudó a subir a la furgoneta empujándome del trasero y nos acomodó a los tres en el asiento delantero. Arrancó cagando leches.

De repente me di cuenta de que estábamos en una furgoneta, circulando de noche por carreteras vacías, con un tipo prácticamente desconocido que no dejaba de canturrear y que conducía a toda velocidad como si tuviera prisa por llegar a algún lado, y que nos llevaba no sabíamos dónde. Entonces, dejó de tararear y dijo:

—Vamos a la casa de los cien escalones.

Y no supe qué decir. Y Marimar se mordió el labio para no gritar.

Todo se distorsionaba y se amontonaba, resultaba extraño e incoherente, pero sentía que estábamos llegando al final.

—Ya verás —dijo con tono condescendiente, incluso podrás ver el árbol, está aquí cerca, pero ahora no hay suficiente luz.

Salió de la carretera sin accionar el intermitente, tomó un camino lleno de baches y, al poco, paró.

—Hemos llegado —anunció—. Dejadme un momento al niño, yo lo

sujeto mientras bajáis.

Hijo de puta, qué grandísimo hijo de puta.

55

Víctor

—Con la tía, con la tía —dijo intentando zafarse de los brazos del hombre. Este olía raro, sobre todo su boca, como a tubería atascada. Le daba bastante asco.

—Tranquilo, cariño, estate quieto —dijo él—. Tu papá y tu tía están aquí delante, ¿los ves?

Y les señaló con la navaja. No estaban muy lejos, por eso podía adivinar su silueta; la noche estaba despejada, pero todavía no había amanecido y no había mucha luz.

—Venga, que ya falta poco. Si hacéis lo que os digo, nadie saldrá herido. —Sonrió, huy, sonaba a frase de película. «Nadie saldrá herido». No, de película no, de novela, de una buena novela de terror. La verdad, no tenía muy claro que al final nadie resultara herido.

Ya era la segunda vez en las últimas horas que recurría a amenazar a un niño para que la gente hiciera lo que quería. Vaya, qué herramienta más poderosa. No le hacía mucha gracia y, en el fondo, le desagradaba tener que recurrir a la violencia. A veces, si lo hacía, acababa dejándose llevar, como con Vicent, y eso no le gustaba, no estaba orgulloso de esa parte oscura de su persona. Una cosa era hacer sentir miedo, algo que molaba; y otra, asesinar como un psicópata. Él no estaba loco.

—¿Te quieres estar quieto, niñato de mierda?

Víctor no paraba de agitarse y de intentar liberarse, seguía teniendo ganas de hacer pis, cada vez eran más apremiantes. No tenía miedo de la navaja, era demasiado pequeño para interpretar la amenaza. Y, a sus tres años de edad, ya era difícil sujetarle si se empeñaba en soltarse con todas sus fuerzas.

—A ver, tú, escritor, dile a tu hijo que se esté quieto.

Daniel estaba desorientado, como si le hubieran dado un buen golpe en la cabeza. Seguía con las extremidades doloridas y subir esa pendiente le estaba costando bastante. Intentaba asimilar todo lo que estaba pasando. Para él estar en la casa de los cien escalones había sido su meta, llegar al lugar en el que Sara se había suicidado por su culpa, e intentar arreglar las cosas. Pero ahora estaba siendo conducido allí por alguien que retenía y amenazaba a su hijo. No entendía nada. Además, ¿quién era ese hombre y de dónde había salido? ¿Qué pintaba en esta historia?

—Deja que vaya con su tía, por favor. Haremos lo que nos digas.

—Oh, no. Ni de coña. Dile que se esté quieto.

Marimar se acercó al niño y le acarició la cabeza. El hombre se aseguró de que ella viera bien la navaja. La mujer tranquilizó a su sobrino con palabras tiernas y Víctor se relajó un poco. Pero le molestaba el olor, era verdaderamente desagradable. Su tía olía bien, a veces, demasiado a colonia, pero era reconfortante. Su padre solía oler a sudor y, como tenía problemas con las duchas, recurría a las toallitas húmedas con más frecuencia de la aconsejada. Pero era el olor de su papá, le gustaba.

—Venga, ya llegamos, seguid subiendo. Son solo unos pocos metros. Y tú, canijo, haz caso a tu tía y estate quieto.

—Quiero pis. Pis, pis.

Ella miró al hombre con cara de circunstancias.

—Si no lo ponemos a orinar será peor, lleva ya un rato aguantándose —le explicó.

Él maldijo por lo bajo, pero le entregó al niño. Lo solucionaron en un momentito frente a un arbusto. Marimar supo que les había ido por los pelos. Tomó al niño en brazos.

—Venga —consintió él—. Vamos arriba. Y sin jueguecitos.

Víctor también quería la muñeca, le había gustado mucho la muñeca de la niña, le hubiera encantado jugar con ella.

—Quiero a Nancy.

Marimar no entendió lo que quería decir, así que se limitó a decirle que sí y que se estuviera quieto. Daniel también le pidió que fuera bueno, que llegaban enseguida. Le costaba subir, las prótesis necesitaban un reposo y le resultaba difícil encontrar apoyo para la muleta.

No sabía qué había sido de su lego de Batman, ahora quería la muñeca, y quería volver a ver a la niña, le había caído muy bien, incluso a la mujer. Ahora que sabía la verdad, ya no le daba tanto miedo, aunque no era muy agradable ver los movimientos de sus miembros.

Miró hacia delante y vio claramente la silueta de la casa. Una mancha oscura recortada contra el cielo estrellado. Y supo que la niña estaba allí, y la mujer. Y Nancy.

Y los demás. Se estremeció un poco. Sabía que no todos los demás eran buenos.

56

Daniel

Me sorprendió esa puerta blindada. La casa se veía antigua y no acababa de encajar en el edificio, un pegote añadido a posteriori. Pero tampoco estaba yo para muchas disquisiciones artísticas.

—Esta es la casa de los cien escalones —anunció triunfante. El hombre buscó la llave, un gesto demasiado trivial. Se veía una gruesa cadena y un candado, pero ya habían sido abiertos con anterioridad.

De todas maneras, cuando el chalado abrió la puerta y nos invitó a entrar, resultó estremecedor. Esta era la casa. Aquí había muerto Sara por mi culpa. Todavía estaba convencido de eso, aún no sabía la verdad. Ya he dicho que era un poco pipiolo. Pero en ese momento esperaba oír música triste de piano. Y ver sombras de muebles victorianos cubiertos con sábanas amplias. Y quizás a Sara, ataviada con una vaporosa túnica blanca, descendiendo despacio por las escaleras.

Y sí, olía a lilas. Luego supe que el hombre había rociado la casa con Ambipur, y que el piano no sonaba porque el altavoz autoamplificado que había dispuesto se había quedado sin batería después de estar varias horas

reproduciendo el mismo archivo de audio.

Una vez dentro, volvió a cerrar con llave, y supe que estábamos atrapados; quizá por eso no se preocupó de retener a mi hijo.

De repente, una sombra blanca se abalanzó sobre nosotros, gruñía y ladraba. Dios, aquí están: los sabuesos del averno. Me aparté con un rápido movimiento y no salí corriendo, porque con mis prótesis no me resulta posible, pero ahora me doy cuenta de que dejé a Víctor desprotegido. Llamadme jodido cobarde si queréis, pero os aseguro que vosotros habríais hecho lo mismo, es el instinto. Estás con los nervios a flor de piel, adentrándote en una casa desconocida en la que crees que pesa una maldición y, de pronto, se echa sobre ti un monstruo blanco gruñendo. Hubierais hecho lo mismo, fijo. Me limité a agitar la muleta delante de mí.

El hombre accionó la luz. Todo un detalle. Ahora sé que el generador tenía un buen depósito de gasoil, a pesar de lo que pasó luego.

El monstruo del infierno resultó ser un perro de tamaño mediano, más bien encantador, que se limitó a ladrar desde unos metros de distancia. Se le veía un perro cuidado y de los que no son baratos. Un bicho de esos cuesta un pastizal. ¿Por qué estaba en la casa?, ¿era del hombre? Otro de esos misterios sin resolver.

Y me sobrecogí cuando vi a la mujer muerta en el suelo, al pie de las escaleras. En seguida me percaté de que era un maniquí, una de sus piernas estaba a unos pocos metros de ella. Tenía toda la pinta de haber llegado rodando por las escaleras. Otra de esas cosas sin sentido. Eran tantas que una más ya ni siquiera me preocupaba. Es como cuando repites muchas veces una misma palabra, que al final carece de sentido y te cuesta relacionar la palabra con el objeto. Pues nada. Un enigma más.

—Vamos abajo —ordenó, siempre con la navaja por delante. El perro continuaba ladrando. Víctor intentó ir junto al perrito, «el guauguau, quiero guauguau», pero Marimar no le dejó separarse. Nadie podría asegurar que esa cosita tan preciosa no pudiera tener la rabia. Se me ocurrió que, en ese momento, en el que los acontecimientos se habían diseminado junto a la puerta, podría lanzarme sobre el hombre e intentar detenerlo, pero supe

que…

Ya me estoy enrollando, estas cosas seguro que te las imaginas. Y quieres ir al grano. No había nada que pudiera hacer contra él. Descartado. Siguiente.

Pues vamos. Mientras descendíamos por unas escaleras, nos contó que la casa llevaba muchos años abandonada y que él la había okupado, o algo así, se había hecho con ella, y la había mantenido más o menos en condiciones con algunos añadidos y modificaciones. Eso me hizo descartar, aunque no del todo, la idea de la mansión encantada, con años de historia y misterios a sus espaldas. Una casa con secretos, pasadizos, espíritus y ritos ancestrales. No, aquí solo había un tipo siniestro usurpando una propiedad.

También se enrolló, diciendo que era un colega escritor y que me admiraba. Y que tenía entre manos un proyecto aterrador.

Marimar no paraba de preguntarle qué quería de nosotros. Él iba a lo suyo. Le dijo que se callara, que más le valía. Hizo un movimiento amenazante contra mi hermana, y el perro, que había estado todo este tiempo gruñéndole, por fin se decidió y se lanzó hacia él, con ladridos más potentes y mostrándole los dientes. Sinceramente, no creo que hubiera llegado a morderle, pienso que el perro creyó que iba a agredir a la mujer y se limitó a salir en su defensa. Quizá solo quería empujarle. El hombre no se lo pensó dos veces y le lanzó una cuchillada, fue rápida, visto y no visto. Pude ver la sangre salpicar y comenzar a cubrir el pelaje completamente blanco del perrito. No vi bien dónde le había dado, ya he dicho que fue todo muy rápido, pero el animal emitió sonoros lamentos y se alejó como pudo. Otra prueba del instinto de conservación. A los pocos segundos desapareció tras una esquina, gimió, gimió, y se quedó en silencio. Nos quedamos todos horrorizados, ese cabrón se había cargado al perro. Una cosa era que nos amenazara y otra que, verdaderamente, fuera capaz de hacer daño, aunque se lo hiciera a un animal. No sé si me explico. Vale, había amenazado con matar a mi hijo, algo cruel y violento, pero ahora había hecho daño de verdad. A un perro, sí, pero os aseguro que no es agradable ver cómo matan a un perro. Víctor empezó a llorar:

—Guauguau, guauguau.

—Bueno, ya vale. Es solo un perro idiota.

Ah, por si estáis preocupados: tranquilos, el perro no murió en ese momento, pero nosotros estábamos convencidos de que había sido así. Para nosotros, el psicópata se había cargado al animalito. No, el perro no murió. El perro no.

Entonces llegaron los gritos de socorro, eran varias voces. Estuve a punto de derrumbarme. Demasiadas emociones negativas, demasiado seguidas. Secuestros, amenazas, perros que te asustan, perros que mueren, gritos de auxilio… ¿Quién llamaba pidiendo socorro? ¿Qué diablos pasaba en esa casa?

Cuando el hombre vio mi cara, sonrió. Era una sonrisa inmensa.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

Y entonces Marimar hizo lo que yo había descartado un poco antes: se abalanzó sobre él. El movimiento nos cogió por sorpresa a todos, incluso a él. Y creo que también a la propia Marimar. No sé, se me ocurre pensar que el ver que ese desalmado era capaz de matar al perro le hizo creer que nuestras vidas corrían un peligro real, que él era capaz de cualquier cosa y que valía la pena arriesgarse. Pero el hombre reaccionó con inusitada rapidez. Víctor cayó sentado al suelo, ella le había empujado al lanzarse sobre el hombre. Intentó sujetar la mano de la navaja, pero su muñeca escapó entre los dedos de Marimar.

Forcejearon brevemente. Solo unos instantes. Él ejecutó unos cuantos movimientos vertiginosos con la navaja. No pude reaccionar, fue todo muy rápido. Entonces, Marimar empezó a gritar. Creía que era de rabia, una especie de grito de combate, pero pronto me di cuenta de que era de dolor.

El hombre se deshizo de ella con un empujón descuidado y mi hermana cayó al suelo a sus pies.

—Joder, ya estoy harto. Ha sido culpa de ella, no tenía que haber hecho eso.

El abdomen de Marimar estaba lleno de sangre. Ella se había llevado las manos a las heridas, porque eran al menos tres o cuatro, y se miraba con sorpresa. Se quejó de nuevo. Su rostro expresaba desconcierto, como si se

preguntara qué iba a pasar luego, qué sería de sus hijos; si el lerdo de Fernando sería capaz de sacarlos adelante sin ella; que qué sería de su sobrino, tan necesitado de cuidados porque su hermano no era capaz de atenderle debidamente. Se preguntaba también qué sería de ella, si moriría desangrada en ese caserón o lograría recuperarse. Si su estómago perforado le permitiría aceptar comida, si tendría que alimentarse solo de líquidos. Si no sobreviviría y se desangraría lentamente. Si asistiría mucha gente a su funeral, los otros miembros del AMPA, sus vecinos, los compañeros de trabajo de Fernando, algunos compañeros de clase de sus hijos, los primos de Cáceres... Sí, su funeral estaría concurrido. Se miró las manos completamente ensangrentadas.

Las voces que pedían socorro enmudecieron durante unos instantes, como si prestaran atención, y pronto volvieron a clamar. Había verdadera desesperación en su llamada.

Miré al hombre, miré a mi hermana. Agacharme me resultaba complicado. Sentía que no tenía fuerzas para hacerlo y me quedé ahí plantado. Víctor se abrazó a una de mis piernas y casi me hizo caer, tuve que apoyarme en la muleta.

—Ven conmigo. Si no, ya ves lo que va a pasar.

Marimar seguía quejándose, sujetando su estómago. Debía de estar sufriendo un dolor atroz.

—Ayúdame, Daniel, ayúdame.

—¡Socorro! —Los gritos llegaban desde abajo.

Me bloqueé. No fui capaz de hacer nada en absoluto. No estaba allí, quizás en un lago plácido flotando en una barca una noche de luna llena, o tumbado al sol en una playa paradisíaca, sintiendo la suave brisa del mar, o sencillamente muerto con el cuello rebanado por mi cúter. No quería estar allí, no podía.

Entonces oí un roce, algo bajaba por las escaleras. Ya no había barca ni playa. Solo caserón, amenazas y muerte. En cualquier caso, supe qué producía el sonido antes de volverme a mirar. La mujer desmontada descendía hecha un extraño amasijo; su cabeza, mal colocada, golpeaba

contra cada escalón; sus cabellos lacios dejaban un rastro húmedo y sus articulaciones volteadas no le permitían erguirse. Era como una araña que hubiera recuperado el volumen después de que la aplastaran y cuyas patas se hubieran entremezclado con el cuerpo desgajado.

El hombre no llegó a ver a la mujer, pero sí vio mi expresión. Y dejó escapar una exclamación de alegría. Como una fan enfarlopada cuando su reguetonero preferido sale al escenario.

—Lo he logrado, lo he logrado.

Mi rostro demostraba el máximo horror. Estaba encerrado en una casa abandonada, con un psicópata que no dudaba en utilizar su navaja, sin poder defender a mi hijo, con mi hermana a mis pies con el vientre abierto y una mujer fantasmal descendiendo a por su venganza. Yo grité, el hombre rio. Y me desmayé. Caí despacio al suelo, me tomé un poco de tiempo, no fuera a hacerme daño. A Víctor le vino justito para apartarse.

Llamadme jodido cobarde si queréis, pero mi mente huyó por completo. Me hubiera gustado veros allí.

57

Joan

Dejó la bicicleta junto a la furgoneta. Ajá, había acertado. Nunca había tenido ni la más mínima duda de a dónde se había dirigido su padre.

Completamente cabreado, subió por los escalones desvaídos hasta la casa. Hombre, ya estaba bien, le iba a dejar las cosas bien claras a su padre. Y, si tenía que pararle los pies y pirarse de casa, lo haría. Podría encontrar sin problemas un curro de camarero y pagarse una habitación, en Valencia o donde fuera, quizá mucho más lejos. Cádiz le tiraba bastante.

Intentó una última vez llamarle por teléfono. Apagado o fuera de cobertura, claro. Era listo, el cabrón, por si acaso, siempre lo llevaba apagado. De todas maneras, allí no había cobertura.

Llegó arriba e intentó entrar. La puerta era bastante moderna, esa no era la puerta original de la casa. Empujó, pero no sirvió de nada: cerrada con llave. Un pomo metálico servía de adorno más que para otra cosa. No tenía manera de entrar. Se veía luz por las rendijas, le extrañó, pero cuando lo pensó, tampoco le sorprendió, su padre hacía cosas muy raras, e imaginaba que había dedicado tiempo a reformar la casa. A lo mejor la tenía llena de

sus libracos de terror.

Rodeó un poco el edificio y sus jardines descuidados. Lo que en tiempos había sido césped y cuidados parterres, ahora era una maraña de matojos y plantas silvestres. Las sombras no se lo pusieron fácil, en algunas zonas había bastante maleza, avanzó pegado a la pared. Las ventanas estaban altas y no era fácil llegar a ellas, ni siquiera poniéndose de puntillas, y, en cualquier caso, había barrotes y tablones. Algo que originariamente tampoco había sido así. Continuó avanzando hasta llegar a la puerta trasera, también había sido sustituida y reforzada. Estaba seguro de que eso había sido cosa de su padre. Llamó golpeando con la mano abierta.

—¡Eh! ¡Papá!

No sirvió de nada. Maldijo a su padre y siguió su rodeo a la casa. En esa zona se oía el petardeo de un motor, al girar la última esquina el sonido aumentó de intensidad, pero no provenía de la casa. Se dio cuenta de que en el suelo había un par de gruesos cables eléctricos. Un extremo se internaba en la casa por un pequeño hueco habilitado en la puerta de la carbonera. Intentó abrir esas gruesas placas de metal que permitían acceder directamente al sótano, estaban fijadas con una gruesa barra metálica y un candado a todas luces irrompible, quizá los bomberos pudieran hacerlo saltar con una de sus cizallas a presión. Pero desde luego él no podría ni con una palanca. ¿Por qué había tomado su padre tantas medidas de seguridad?

Siguió el cable en el otro sentido, alejándose de la casa, hacia el ruido de motor. A unos cincuenta metros encontró una pequeña caseta de obra. Ni siquiera se podía estar de pie en su interior y estaba completamente ocupada por un grupo electrógeno y un par de garrafas de gasoil. El petardeo era insoportable.

Así que papá tenía luz eléctrica para sus fiestas nocturnas. Y era de aquí de donde la conseguía. Qué bien se lo montaba el tío.

Desanimado, abandonó la caseta y rodeó por completo el edificio. Al completar el recorrido, llegó de nuevo a la entrada principal y golpeó de nuevo la puerta de entrada. Manotazos secos y fuertes. Se sentía ofuscado y algo deprimido. No le gustaba nada lo que su padre estaba haciendo, fuera lo

que fuese. La puerta era muy recia, probablemente ni le podían escuchar desde dentro. Mierda, estaba perdiendo el tiempo.

Decidió esperar a su padre en la furgoneta, tal y como había imaginado las puertas de la furgoneta estaban sin cerrar.

Se sentó en el asiento del copiloto, reclinó el asiento y esperó. Tarde o temprano aparecería su padre y se las vería con él. Hombre si se las vería, y aclararían las cosas. Y volverían a la casa y le pediría que le enseñara lo que había estado haciendo. Se quedó traspuesto mientras pensaba en cómo le mandaría a paseo después.

58

Paco

Lo he logrado. Lo he logrado. Éxito. Su cara vale todo el esfuerzo empleado. Ha reflejado el terror más absoluto, incluso se ha desmayado. Genial. Pero, vaya, ahora tengo aquí un buen panorama por arreglar.

Perros, niños, mujeres agonizando, escritores famosos. En menudo lío me he metido. Pero no pasa nada. La muela me ayudará. Aunque, a decir verdad, casi no me ha avisado a tiempo del ataque de la mujer, del salto del perro sí, pero ella, prácticamente, me ha pillado por sorpresa.

→Cuida la mu…

Y ya está, a lo mejor tampoco es tan infalible.

Vale, y ahora ¿qué?

Ya he encerrado a Daniel Lonces y a su hijo en otra habitación, nunca pensé que las llenaría todas. La otra mujer, su hijo y la chica no han parado de gritar. Tengo la cárcel más concurrida del condado. Cinco personas. Más la hermana de Lonces, a la que bueno, ya no hace falta encerrar en ningún lado. Tendré que pensar qué hacer con el cuerpo. Y, claro, eso implica que

con el escritor y su hijo también tendré que hacer algo. Me pregunto si ha valido la pena. Y recuerdo su cara y me digo que sí.

Estoy cansado y tengo sueño, llevo varios días sin poder descansar en condiciones.

Me siento unos instantes al final de las escaleras y me tengo que levantar, la muela no me deja. Vale, bien, tengo cosas que hacer, como digas.

Se me ocurre una idea un poco alocada. La muela no me duele. Eso es un sí. Pues vale, vamos a por el gran final, es un poco complicado, pero puedo hacerlo. Solo necesito la cuerda que tengo arriba y unas cuantas bridas. Ah, bueno, y la navaja, claro. Tendré que recurrir de nuevo a las amenazas. Canturreo un poco mientras subo.

Vamos a dar espectáculo, vamos a aterrorizarlos a todos de nuevo. Muy pronto comenzará el gran show de la casa de los cien escalones, el capítulo definitivo. El clímax del terror. Qué bien, a la muela también le gusta.

QUINTA PARTE

EL CAPÍTULO FINAL

59

Daniel

Y ahí estábamos todos, unidos por la cuerda, como colegiales que se van de excursión y sus monitores les hacen ir sujetos a una cinta para que nadie se separe del grupo. Vaya, en realidad, la finalidad es la misma. Así nos tenía a todos controlados, qué listo el cabrón. La cuerda no era demasiado recia, pero era evidente que nadie la podría romper por mucho que lo intentáramos. Yo no tenía ni idea de qué había sido de mi muleta, cuando perdí el conocimiento ya no la volví a ver. Eso limitaba enormemente mi movilidad.

No tenía ni idea de quiénes eran esa mujer, la niña y el niño, pero, sin duda, les habían invitado a la misma fiesta que a mí. Se encontraban en mi misma situación. Aquí hemos caído en manos del coleccionista de huesos. Lloran, protestan, imploran, preguntan por Tralalá (a quien han visto hecha un guiñapo al subir al hall), ruegan, y se han callado cuando han pasado junto al cuerpo de mi hermana. La mujer comenzó a sollozar y, por fin, asumieron que no había nada que pudieran hacer. Se limitaron a seguir las instrucciones del jefe de pista. El maestro de ceremonias estaba exultante.

Por su actitud desenfadada, daba a entender que le era indiferente haber secuestrado a todos los presentes y haber matado a mi hermana (y en esos momentos estaba convencido de que también al perro). El pirado estaba nervioso, pero no nervioso de desquiciado, sino de felicidad, como la novia antes de la boda, o el putero antes de ir a un reservado del Stylo's. Daba instrucciones y blandía la navaja como el director de orquesta, con la batuta convertida en una extensión de su brazo. Organizaba la cuerda y usaba las bridas para sujetarnos con firmeza.

Ahora ya sé los nombres de todos, pero en aquel momento solo eran (por orden de colocación en la cuerda): niño llorón, mujer con sangre en la pierna, niña jovencita, yo y, por último, como verso medio suelto, Víctor, que solo estaba atado a la cuerda por la cintura para que no pudiera marcharse por su cuenta. A mi hijo no le gustaba ese extraño cinturón que el hombre le había puesto e intentaba bajárselo y quitárselo, pero entre nudos y bridas de refuerzo, no podía hacerlo. Tampoco podía alejarse más de un metro de mí, el siguiente en la cuerda. Entre cada víctima, algo más de un metro de distancia, no quería que nos acercáramos más. La chica jovencita era la que estaba a mi lado. El chalado había ideado un sistema de bridas y nudos que nos impedía desplazarnos por la cuerda y soltarnos.

Estábamos de pie, en una extraña hilera irregular. Todos tenían las manos sujetas a la espalda, excepto Víctor, a quien su falta de coordinación de bebé lo invalidaba como amenaza, y yo, porque me había quitado la prótesis del brazo. Era un poco humillante; yo, el único hombre del grupo, y ni se había tomado la molestia de atarme el brazo. Aunque creo que lo había hecho para permitirme atender a Víctor. Desde el primer momento quedó claro que el niño no iba a mantener la distancia y que, aunque estuviéramos atados con casi un metro de separación, él se acercaba a mí y me abrazaba. Los dos extremos de la cuerda estaban sujetos a la pared, de manera que la cuerda quedaba bastante tirante y no podíamos acercarnos entre nosotros, excepto Víctor, claro. No pude evitar la imagen de esas banderitas que cuelgan en las calles de los pueblos durante las fiestas patronales, cada uno era una banderita. No podíamos ni desplazarnos por la cuerda, ni acercarnos,

porque los extremos estaban anclados.

El otro niño, Martín, en el otro extremo de la cuerda, se quejaba de que las bridas le hacían daño en las muñecas. Y él le reprochó haberse soltado antes. Por lo visto, les había atado con anterioridad y se habían liberado, aunque, ahí estaban, no les había servido de mucho. Ahora no podrían soltarse. Estábamos todos bien a la vista.

Nos había llevado al gran hall de entrada. Olía un poco a pis y a caca de perro, el ambientador a lilas estaba perdiendo efecto. Lo de los cuarenta y cinco días de duración del aroma no colaba. Nos hizo quedarnos en pie, manteniendo la distancia de la cuerda. Víctor era el único que podía moverse un poco, pero no se separaba de mí. De cara a la gran escalinata. No había mucha luz porque solo había dispuesto tres o cuatro lámparas de pie. Los leds hacían lo que podían, pero sí que conseguían reproducir cierto efecto de escenario.

Desapareció con paso rápido unos momentos, como el presentador que necesita que le den la última versión del guion. Empezó a sonar una música de piano, era una melodía siniestra que daba mal rollo, supongo que la habría descargado de YouTube. Pero no consiguió el efecto deseado, con la luz de la sala y después de vernos todos las caras, se notaba demasiado que la música no era espectral, aunque hubiera puesto el filtro Dolby Atmos y pretendiera que sonase envolvente.

Se presentó ante nosotros pidiendo disculpas por haberse tenido que ausentar y subió un par de escalones para reforzar el efecto de espectáculo. Nos miró, satisfecho de su público. Llevaba mi brazo colgando de su cinturón, como un cazador que se ha cobrado una perdiz. En la mano, la navaja.

—Esto va por ti, Daniel —dijo con tono alegre, como si no hubiera matado a una mujer un poco antes.

Se obligó a serenarse unos segundos, se dio unos leves golpecitos en el pecho y mantuvo la mano unos instantes presionando su corazón, como para animarse; cerró los ojos, tragó saliva y, aprovechando el inicio de un nuevo ciclo de la canción del piano, abrió los ojos de golpe, sonrió como un

puto tiburón y dio comienzo el espectáculo.

—Señoras y señores…

60

Todos

—…bienvenidos al gran espectáculo del horror. Era el gran maestro de ceremonias. Hacía un par de años, Sofía había ido con su marido a ver uno de esos espectáculos del Circo de los horrores y podía asegurar que ese hombre causaba mucho más miedo que el presentador calvo caracterizado de Nosferatu. Pero el tono grandilocuente y el énfasis en cada palabra era el mismo; seguramente, Paco había visto el circo y quería reproducir algo parecido.

—Un espectáculo en el que ustedes serán los verdaderos protagonistas. Mi meta es que pasen miedo, que disfruten de esa sensación tan revitalizante. Siempre y cuando no pierdan la vida, claro, porque esta navajita es una opción. Y es más bien «desvitalizante». —Rio brevemente su propia gracia. Nadie más lo encontró divertido.

Levantó la navaja como el cura cuando muestra la Forma Consagrada. Estaba manchada de sangre. Y la mano derecha del hombre también. Se dio cuenta en ese momento y lo incorporó a su argumentario.

—La navaja ya ha probado la carne humana y ahora quiere más, se ha dado cuenta de que es su plato preferido y me pide…, no. —Pausa dramática —. Me exige más cuerpos en los que adentrarse. Le gusta sajar la carne, penetrar en vísceras, adentrarse en cuerpos calientes y arrebatarles su calor, quedarse con su vida.

Martín lloraba por lo bajo y Paula mantenía la compostura a duras penas; sus manos, sujetas a la espalda, temblaban sin cesar. Sofía solo le miraba de reojo, como si se negara a aceptar lo que estaba pasando. No le concedería el derecho a ser real. Daniel sujetaba a su hijo sin acabar de entender nada.

—Bien, vamos a ver a qué le tienen miedo nuestros invitados.

Descendió los dos escalones y se acercó al maniquí, que seguía tirado en el suelo. Le arrancó un brazo de un tirón y el plástico produjo un ruido enorme al romperse. Enarboló la extremidad como una espada láser y se dirigió hacia la chiquilla, quizá porque estaba en el centro.

Todos se removieron y Sofía intentó acercarse e interponerse, pero la cuerda se lo impidió y generó cierto efecto ola, que agitó a todos.

—Shhh, quieta ahí donde estás, seguid todos tranquilitos, ¿vale? Si alguien no hace lo que yo diga, otra persona sufrirá. Así que, mamaíta, no te muevas o le harás daño a tus hijos.

Era una amenaza muy clara, no quería perder el control y, hasta el momento, lo estaba consiguiendo.

Daniel presenciaba todo con cierto distanciamiento, abrazaba a su hijo contra sí, pero un poco como quien lleva la bolsa de la compra y teme que se le desfonde. La chica estaba más o menos en el medio de la cuerda. El hombre llegó a su altura, le dio pena que no hubiera un foco que le siguiera y centrase la atención, aunque en su cabeza el resultado era bastante parecido. Tendió el brazo del maniquí e hizo ademán de tocarle la cara. La chica se apretó contra la pared e intentó darse la vuelta, pero la cuerda estaba demasiado tirante y apenas consiguió girarse un poco. Como tenía las manos atadas a la espalda, no había nada que pudiera hacer. El hombre le acarició la cabeza con la mano del maniquí. Era un movimiento burdo y tembloroso. Ella intentaba evitarlo.

—No —dijo el hombre, con suavidad—. No te muevas, solo quiero acariciarte. ¿Qué pasa, no te gusta la mano de la doncella encantada que vive en la casa y se pasea cada noche junto a la balaustrada? ¿Prefieres el brazo de Daniel?

La chica no tenía ni idea de quién era Daniel, no había visto al hombre

con el niño pequeño en su vida hasta algunos minutos antes, cuando el psicópata comenzó a organizar el trenecito de cuerda.

—Mira, este brazo es en plan Robocop.

Lo soltó de su cinturón y lo empezó a levantar. Pero en ese momento le faltaron manos, el malabarista chino cometió un pequeño error de cálculo: dos brazos y una navaja eran demasiados platos que girar.

De repente, su rostro mostró un rictus de dolor cuando la muela explotó en un dolor increíble. La navaja resbaló de su mano y cayó al suelo, a los pies de Paula. El hombre chasqueó la lengua en señal de descontento. Joder, mierda. Juntó los dos brazos artificiales bajo su sobaco izquierdo y se agachó a recoger la navaja.

→No, no. ¡Noo!

Dolor de muelas. Mucho.

La niña aprovechó la ocasión, avanzó lo poco que le dejaba la cuerda y, mientras el hombre se agachaba, le propinó un fortísimo rodillazo en la cara. Acertó de pleno. Su unicorniotilla de felpa salió despedida. Era una chica joven, y la desesperación aumentó su fuerza.

Paco reculó, trastabillando. Sobre todo, sorprendido. De repente tenía la cara llena de sangre. Hostias, dolía. No pudo evitar caer sentado sobre su trasero. Había soltado ambos brazos, que rodaron junto a él. La navaja seguía a los pies de Paula; la chica intentó agacharse para recogerla, probó todas las posturas, pero tenía muy poca movilidad y los brazos atados a la espalda. Tal y como estaba sujeta no podía cogerla, imposible, quedaba fuera de su alcance. Miró a su alrededor y al hombre quejoso sentado en el suelo a muy poca distancia.

—A él, pásasela a él —le gritó su madre.

Paula lo entendió enseguida, el hombre de las piernas ortopédicas tenía un brazo libre. La niña miró a Daniel. Y a la navaja a sus pies. Le dio una patada para que le llegara a Daniel. Lo suyo era la gimnasia rítmica, pero se había apuntado a un equipo de fútbol femenino. No llegaría a ser una Alexia Putellas, pero no se le daba mal. Si esto hubiera sido un partido, el disparo hubiera sido todo un éxito, uno de esos pases espectaculares que la

compañera convierte en gol. La navaja se había desplazado por el suelo hasta llegar a los pies de Daniel, quedó perfectamente colocada, dispuesta para el remate. Él podría estirarse y cogerla.

Pero Daniel se limitó a mirarla, como si no entendiera lo que debía hacer.

—La navaja. ¡Cógela! —gritó la niña—. La navaja.

La madre también gritaba incitándole a cogerla, incluso Martín lo hacía. El hombre parecía no enterarse. Miró la navaja a sus pies como si fuera un insecto desagradable.

Paco seguía con las manos en el rostro intentando mitigar el dolor, pero no tardaría demasiado en recomponerse, tenían solo unos pocos segundos.

—Sí, sí —concedió Daniel.

—Vamos, vamos. Puedes cogerla.

Daniel se agachó todo lo que la cuerda le permitía y estiró su brazo libre.

—Puedes cogerla, ¡hazlo por el niño! —le gritó Sofía.

Pero todavía le faltaban unos pocos centímetros para alcanzarla. Dio un tirón. Las prótesis de sus piernas le estaban martirizando, llevaba muchas horas con ellas y le había tocado andar, subir y bajar escaleras, y estar ahí plantado, notando como se le clavaban en los muñones. Experimentó una especie de *déjà vu*: en el pasado ya había estado atado, intentando atrapar un cuchillo para sobrevivir.

Imposible, no llegaba.

El hombre de la cara reventada lanzó un alarido. Tenía algo en su mano ensangrentada.

—¡Has matado a mi muela! ¡Has matado a mi muela!

Víctor vio lo que su padre intentaba hacer. Él sí podía acceder a la navaja, estaba atado en un extremo de la cuerda, pero su cabo le permitía llegar. Se acercó a la navaja y la cogió con dos dedos, no por no cortarse, sino porque le daba asco la sangre.

—Eso es, eso es —animó Paula—. Dásela a tu padre. Vamos.

—Muy bien, pequeño. Dásela, corre —dijo Sofía. Daniel le hacía gestos al niño para que se la tendiera.

—Hija de puta. Has matado a mi muela.

El hombre se puso en pie, le costó hacerlo y una vez erguido sufrió un mareo. Sofía rezó para que volviera a caerse y perdiera el conocimiento, pero no fue así. Volvió rápidamente la mirada al niño. La navaja colgaba entre sus dedos como un pez muerto. Víctor miró a su padre.

—¡Dásela! —fue el grito uniforme de los demás.

Víctor se la tendió. Daniel la cogió también con dos dedos, estaba pringosa y llena de sangre de su hermana.

—¿Dónde está, dónde está? —gritó Paco antes de ver que Daniel tenía la navaja.

Veía todo rojo, no solo por la sangre, también por la ira. Estaba seguro de que la cría de mierda le había roto la nariz. Sus dientes delanteros postizos habían salido despedidos, llevaba con ellos desde que se accidentó con su bici, de adolescente. Pero eso no le preocupaba, había algo mucho peor: su muela guía, la había escupido después de haber estado a punto de tragársela. La tenía en la palma de la mano.

—Ah, ¿conque esas tenemos? —le dijo a Daniel al ver que él tenía la navaja. Miró a la muela como si esperara algún tipo de mensaje.

—Mierda —gruñó.

La verdad es que tenía la cara hecha un cromo. Miró a la niña: la cabrona tenía la rodilla del pijama manchada de sangre. Daniel sujetó la navaja con firmeza y se colocó delante de Víctor para que su hijo quedara detrás de sus piernas metálicas.

Paco pasó de él y señaló a la niña:

—Eres una hija de puta, una verdadera hija de puta. Yo os he tratado bien. No os he hecho daño. Y tú, ¿cómo me lo has pagado? —Por lo visto, obviaba el pinchacito en el cuello de Martín y la herida mal cerrada en la pierna de su madre.

—Pero ahora vas a ver lo que es bueno. ¡Todos lo vais a ver!

61

Joan

Estaba hasta el gorro. Su padre no aparecía y ya ni sabía el rato que llevaba allí. Estaba perdiendo una noche de sueño para nada. Mientras esperaba medio adormilado, se le había ocurrido una idea genial: el generador. Claro, su padre lo utilizaba para tener luz dentro de la casa. ¿Y si volvía a la caseta y lo apagaba?

Joder, ¿qué podía pasar? No creía que ahí dentro hubiera una incubadora de prenatales manteniendo a un neonato con vida, o una máquina de oxígeno alimentando el respirador de una anciana. Tampoco un quirófano operando. ¿Qué podía pasar si lo apagaba?

Si él no podía entrar, haría salir a su padre. Qué cojones. Vas a ver qué pronto sale en cuanto se quede sin luz…

Salió de la furgoneta y subió de nuevo hasta la casa, comprobó que, efectivamente, la puerta seguía cerrada a cal y canto, y se dirigió por el camino más corto hasta la caseta del grupo electrógeno.

De verdad que tanto ruido resultaba molesto. Con la linternita del móvil, examinó los vúmetros que indicaban la producción de electricidad y las

especificaciones técnicas. No entendía nada. Buscó el botón de stop; estaba bien visible, era una especie de seta de color rojo. Bien, ¿le damos o qué? Venga, que le den a mi padre.

Lo pulsó y lo soltó. El grupo siguió funcionando con normalidad, ni un simple carraspeo, no pasó nada. Lo pulsó de nuevo y lo mantuvo pulsado unos segundos, se le ocurrió hacer eso porque en el móvil, para activar algunas funciones, hay que mantener encima el dedo un rato. Acertó. Ahora sí, el motor comenzó a apagarse despacio, como un disco que deja de girar. Su eco se amortiguó finalmente con unas últimas pedorretas y se hizo el silencio por completo. Joan se sintió impresionado por el silencio, como cuando apagaban el extractor sobre la plancha en el bar y se sentía un alivio inesperado.

Regresó hacia la casa siguiendo el cable, y caminó hasta la puerta principal. Seguía cerrada, pero ya no se escapaba luz por las rendijas. Lo había conseguido.

En el interior estaban a oscuras. Supuso que tarde o temprano su padre dejaría de hacer lo que estuviera haciendo y saldría a encender de nuevo el generador. Y entonces tendría unas palabritas con él.

Cuando mucho después se abrió la puerta, no apareció precisamente su padre.

62

Todos

Paco se acercó decidido hasta Paula, y la chica se encogió todo lo que pudo. El hombre empezó a golpearla con los puños. La niña no podía esquivar ni esconderse ni protegerse. También recibió algunas patadas.

Sofía gritó e intentó soltarse, ni siquiera se pudo acercar un poco a su hija para interponerse. Daniel tenía la navaja en la mano, sí, pero no había nada que pudiera hacer. El hombre no estaba muy lejos; él seguía atado y no podía llegar. Tenía la navaja, aunque no le servía de mucho.

Paco estaba completamente fuera de control, se había dejado dominar por la ira y le estaba propinando a la chica una paliza increíble. La golpeaba en la cara, el estómago, incluso en sus partes. Puñetazos y patadas. Era un huracán de rabia. Una y otra vez, con todas sus fuerzas.

—No, no, por favor… —imploraba Sofía. Martín lloraba al ver cómo asesinaban a su hermana a golpes. Daniel lanzó una cuchillada al aire, más por hacer algo que porque tuviera la más mínima posibilidad de alcanzarle.

—¡Corta la cuerda! —le gritó la mujer.

A Daniel ni se le había ocurrido esa posibilidad, estaba sobrepasado y no

era capaz de pensar con claridad.

—Sí, claro —dijo para sí mismo, preguntándose cómo era posible que no se le hubiera ocurrido.

Pero cortar una cuerda con una navaja no es fácil. El principal problema era que solo disponía de una mano y no podía sujetar la cuerda para centrar los cortes en el mismo punto. Paula no paraba de moverse para intentar amortiguar los golpes y la cuerda siempre estaba en movimiento. Daniel se estiró todo lo que pudo para que quedara tirante y poder cortarla. Pero la navaja no estaba especialmente afilada y resbalaba sobre la cuerda. Por supuesto, era imposible cortarla de un solo tajo. Lo intentó con la navaja por arriba, pero solo conseguía arañarla. Y probó desde abajo, así podía hacer más fuerza. Su respiración era agitada, ese asesino estaba matando a la chica a golpes, justo a su lado.

—¡Date prisa! —gritó Sofía—. Por Dios, date prisa.

Ni siquiera había comenzado a rasgar la cuerda.

Mientras tanto, Paco hizo una pequeña pausa, estaba agotado. Dar palizas cansa. La niña estaba medio desplomada en el suelo. Las manos atadas a la espalda y sujetas a la cuerda le impedían caer por completo, era una posición muy dolorosa para sus brazos, que soportaban todo el peso del cuerpo.

Daniel aprovechó la pausa. No podía cortar la cuerda sin más, tenía que serrarla. Comenzó a mover la navaja desesperadamente adelante y atrás. Por fin había pillado un corte, la cuerda había comenzado a desgajarse.

Paco se alejó un poco y cogió el brazo ortopédico de Daniel. Le dolían las manos de tanto golpear a la niña, puede que incluso se hubiera roto un dedo. Se acercó de nuevo a ella. Levantó la prótesis sobre su cabeza sujetándola con las dos manos y la descargó con fuerza sobre la nuca de Paula. El sonido que se produjo fue aterrador, algo se había quebrado. La niñita emitió un resoplido que se extinguió a la mitad. Sofía se mantuvo en silencio: veía a su hija morir junto a ella, a poco más de un metro, y no podía hacer nada. Daniel seguía trabajando con la navaja.

Paco empujó la cabeza de la chica con la prótesis. La cabeza no opuso

resistencia y bailoteó de un lado a otro.

—Eh, monina, eh —dijo.

No obtuvo respuesta. Sofía gritaba como una loca, ya no imploraba ni animaba a Daniel a cortar la cuerda, solo gritaba desesperada.

Paula emitió un leve gemido. Seguía viva.

—Ajá, muy bien. Un momentito.

Tiró de su pelo hacia atrás y le movió la cabeza. La colocó de manera que su cuello quedara expuesto. La niña estaba medio muerta. Le costó un poco lograr que la cabeza mantuviera el equilibrio.

—Así, muy bien.

La navaja seguía moviéndose adelante y atrás. Daniel ya era incapaz de ver nada, el sudor se había metido en sus ojos y le escocían, pero no podía limpiárselos. Con el tacto se dio cuenta de que la navaja se había desplazado y estaba cortando donde no era.

La nuez de la niña estaba plenamente expuesta, con la cabeza completamente hacia atrás. Era un blanco fácil.

Paco levantó el brazo ortopédico una vez más, resultaba evidente que le iba a propinar el golpe de gracia, algo a todas luces innecesario porque el estado de la niña ya era irrecuperable. Musitó:

—Hija de puta. No sé qué le hubiera parecido esto a mi muela, pero te aseguro que yo voy a disfrutarlo. —Elevó más el brazo.

La cuerda se rompió de repente y Daniel se quedó unos instantes sin saber qué hacer, mirando el cabo desgajado. Él estaba libre, pero los demás seguían atados y sujetos a la pared. Levantó la vista y vio cómo Paco descargaba el golpe final sobre el cuello de la chica.

Vio a cámara lenta la trayectoria que trazaba su prótesis, directa hacia el cuello de la muchacha, y cómo lo quebraba. Fue como en esas imágenes de bofetadas a cámara lenta en las que la mejilla baila y ondea. El metal desgarró la piel y brotó sangre. La cabeza de Paula se sacudió con violencia a un lado y a otro. Daniel pensó que acabaría cayendo al suelo y rodando hacia él.

—Aghh —resopló Paco con satisfacción. Dejó caer la prótesis al suelo,

estaba completamente deformada.

Sofía se había quedado sin aire y Martín lloraba a gritos.

Daniel dio un tambaleante paso hacia el hombre. Llevaba la navaja por delante.

—Quieto —ordenó Daniel sin seguridad.

Cuando Paco le vio se echó a reír a carcajadas, pero pronto dejó de hacerlo porque la boca le dolía. Esa pequeña hija de puta le había jodido bien.

—Oh, vamos, no seas patético. Anda, dame esa navaja. —Sus palabras no eran claras, no podía vocalizar bien. Eso le proporcionaba un aire todavía más siniestro, le convertía en una especie de Darth Vader de pueblo.

—Dame la navaja y no haré daño a nadie más —insistió con pena—. ¿No te das cuenta de que puedo dar un salto hacia atrás y quedar fuera de tu alcance? ¿Que no llevas las muletas y tienes menos movilidad que un bebé? ¿Qué quieres, la persecución más penosa del universo? Mira.

Dio unos pocos pasos hacia atrás y llegó junto a Martín.

—¿Ves? Puedo hacer daño al niño. Y tú todavía estás ahí plantado. Y, si no me das la navaja, puedo hacerles daño.

Daniel dio uno de sus pasos lentos, echaba en falta su muleta, con ella podía andar casi con normalidad, pero sin ese apoyo externo le resultaba mucho más difícil.

Paco le dio una bofetada al niño. Martín gritó de sorpresa y de miedo. Ahora iría a por él.

—Insisto. ¿Ves? La navaja no te sirve de nada. Joer, y tú calla, niñato, que no ha sido para tanto.

Daniel daba pasos muy cortos, como de muñequito de resorte.

—Dios, qué pena das. Mira, te propongo un trato. Tú me das la navaja y yo te cuento una historia. Una historia real —y remarcó la palabra «real»—, en la que una mujer llamada Sara se suicida y te manda mensajes.

Daniel se paró en seco. Tampoco hubo mucha diferencia con cuando estaba avanzando.

—No lo hagas, no lo hagas —susurró Sofía en un lamento.

Daniel se lo pensó brevemente. Y, con un gesto triste, le tendió la navaja.

—Dime toda la verdad —pidió con voz de hipnotizado.
—Por supuesto, será un placer.
Y le contó todo sobre Sara.

63

Daniel

Le di la navaja, ¿vale? Tampoco es tan grave, no podía hacer nada con ella. Ese tío tenía razón. Soy una piltrafa humana, un miserable, un cabrón y un cobarde. Vale. Pues sí. Que os den a vosotros también. De todas formas, al poco tiempo, la navaja volvería a estar en mi mano. Os jodéis.

Y me lo explicó todo: que quien me había escrito los mensajes había sido él y que Sara se había suicidado, entre comillas, pero unos años antes. Que los mensajes habían sido fruto de su talento, porque él también es escritor y que lo que de verdad le gusta es que la gente pase miedo. Incluso me nombró no sé qué supuesta parafilia. La niña asesinada colgaba de la cuerda entre los dos, y él a veces reía.

Todo era extrañamente irreal. Yo me había embarcado en la búsqueda de un espíritu inexistente que creía que me había maldecido. Incluso había estado a punto de suicidarme. Ojalá lo hubiera hecho allí en mi cocina. Ahora Marimar estaría viva.

El tipo se vino arriba y me contó lo que le hizo a una turista inglesa y cómo había entrado en La marquesa para asustar a la familia que tenía a mi

lado. Incluso divagó diciéndome algo que no entendí sobre una muela que le hablaba. Pero lo que más me estremeció es que obligó a la verdadera Sara a suicidarse en esta misma casa. Gran parte del contenido de sus mensajes era real, aunque desfigurado según le había convenido. Había mezclado vivencias suyas con las de Sara, lo había agitado bien y me lo había servido en una bonita copa decorada. Me había engañado como a un idiota.

Reconoció que tampoco esperaba que yo me presentara por allí, le sorprendió enormemente verme aparecer en su bar, pero le supuso un gran placer, porque así podría llevar todo a un nivel superior, como estaba haciendo.

Insistió en que él no era un asesino, que lo único que quería era producir miedo, pero que las cosas se habían torcido, con el perro, con mi hermana y con Paula. Si todo el mundo hubiera seguido el guion previsto, nada malo hubiera pasado. Y ahora los cadáveres se le estaban amontonando. Joder, él no era un asesino ni estaba loco. Ya, sí, claro. Por lo visto yo soy el único chalado que reconoce que está chalado.

Fue como si la realidad se hubiera deformado y todo estuviera fuera de foco. La madre de Paula estaba completamente abatida, no podía dejar de mirar a su hija muerta; ella también colgaba de la cuerda, sin fuerzas, pero al menos ella seguía viva y de vez en cuando se le escapaba un sollozo lastimero. Y Martín estaba muy quieto, supongo que rezando para que el loco no le prestara mucha atención y se cebara con él. Víctor seguía junto a mí, llevaba un trozo de cuerda a rastras. Yo estaba experimentando un episodio de disociación, como si no estuviera en mi cuerpo y fuese un extraño contemplando una película sin sentido en la que las diferentes escenas no tienen correlación. Y mientras, el hombre soltaba sus incoherencias y justificaba sus historias de terror.

—Y antes de que todo acabe y tenga que ir a Urgencias por culpa de esta niñata, ¡vamos al capítulo final y definitivo de nuestro show! —Y añadió para sí, mientras se le escapaba un espumarajo labio abajo—: joder, antes tendré que limpiar todo esto, ¿no? Mierda. Bueno, da igual. Ya veré, seguro que puedo improvisar algo.

—¿Y la mujer desmontada? —me atreví a preguntar, en ningún momento se había referido a ella. Era una gran pieza que no acababa de encajar en el puzle que me estaba mostrando. Tanto es así que, en realidad, era una pieza de un puzle diferente.

—¿Qué mujer desmontada? ¿Qué dices?

—Hombre, esa mujer… pegada a trozos —no se me ocurrió mejor forma de definirla— que se aparece y que creo que es Sara.

—Pero ¿qué dices, desgraciado?

—Yo la he visto. Y Marimar también, ¿por qué te crees que salimos corriendo de la casa rural? Porque ella también la vio. Y yo… —Le iba a contar el miedo que experimenté cuando la vi por primera vez y cuando más tarde saltó sobre mí, pero era una historia demasiado larga y Paco no estaba para mucho rollo, así que se lo espeté directamente—: Sara está aquí en esta casa. Antes la he visto descender por las escaleras del sótano.

Paco sonríe y me señala con condescendencia con la navaja.

—Uff, tío, muy bien jugado. Eres bueno, cabrito. Casi me has hecho sentir un pequeño escalofrío. Eres muy bueno, no me extraña que vendieras tantos libros. El espíritu de Sara vagando por esta casa, ¿quizá buscando venganza? Bien hilado, ¿se te ha ocurrido así de repente o has preparado el giro de guion? —Sacudió una mano descartando el tema—. Sara se suicidó delante de mí hace ya mucho tiempo y su cadáver yace allá donde lo enterré, bajo el árbol del jardín. En todos estos años nunca me ha visitado, ni he sentido la más mínima presencia. ¿Me estás hablando de fantasmas? Joder, por lo visto, te he hecho enloquecer. No hay fantasmas, idiota. Y menos, el de Sara.

Miré a la parte de arriba de las escaleras, esperaba ver a la mujer retorcida, a ese fantasma desmembrado que estaba convencido de que era la mismísima Sara. Vale, puede que no fuera la Sara suicidada por mi culpa, pero sí podía ser la auténtica Sara, la que efectivamente había muerto entre estos muros. Quizás el chalado había provocado una extraña invocación, un cúmulo místico que cruzó el tiempo e hizo que apareciera el espectro de la verdadera Sara. Y confundida por…

Nada, déjalo, son solo teorías que no llevan a ninguna parte. La mujer no

estaba arriba.

—Bueno, chicos, a lo que vamos, se acerca la hora de cierre y creo que voy a necesitar una buena dosis de Nolotiles porque la boca me duele un huevo. Así que vamos rapidito. Os lo explico. Eh, tú, tía, deja de lloriquear y presta atención, copón. —Sofía levantó la cabeza despacio y le miró con ojos desconectados, como si le viera por primera vez—. Como comprenderéis, no os puedo soltar, habéis sido testigos de… de, bueno, de toda esta mierda. —Y señaló a la niña colgante y todo el estropicio que nos rodeaba. Escupió de nuevo—. Joder. Cómo duele. Bueno, entre unos y otros lo habéis jodido todo y no puedo dejaros marchar así sin más.

Se encaminó al inicio de los escalones, se subió al segundo de ellos y dio media vuelta de forma teatral. Como al principio del espectáculo, volvía a ser el jefe de pista del circo de la locura.

—No me gustaría hacerlo, pero si no me queda más remedio, tendré que mataros a todos. Ya sabéis que ese no es mi estilo. Y prefiero que seáis vosotros quienes os suicidéis, como hizo Sara. Si los adultos os suicidáis, vuestros hijos vivirán. ¿Lo pilláis? La vida de un adulto por la de un niño. Si me obligáis a mataros, os mataré a todos, incluidos los niños. —Puso carita de pena, pero con la cara ensangrentada no le quedó muy bien—. Pero, ojo, vamos a hacerlo más interesante. Vamos a intercambiar los hijos. Si Daniel se suicida, quien vivirá será Martín. Y si se suicida Sofía, será el criajo ese pesado quien se salve. Cada uno puede salvar o condenar al hijo del otro.

Ya estaba. Había dado paso al gran número final.

Bueh, llegados a estas alturas, ya me daba igual todo. Había visto morir a mi hermana, había sufrido el horror extremo. Y, bueno, no me cabía la más mínima duda de que si no nos suicidábamos, sería él quien acabaría con nuestras vidas. Ya puestos, me era indiferente que…

—Por favor, hazlo —me imploró Sofía—. Yo lo haré por tu hijo. Por favor.

Algo no me acababa de cuadrar. Dejar con vida a Víctor no suponía ningún problema, todavía era casi un bebé, pero Martín, el otro niño, ya era mayorcito, podría contar todo a la policía e identificar al pirado. No tenía mucho sentido. Estaba seguro de que se guardaba un as en la manga.

—Vale, vale, lo haré, no te preocupes, lo haré —respondí a la mujer.

—Ha matado a mi hija —dijo como resumiendo una historia que nadie había contado.

—Bien, parece que hay consenso —dijo el presentador como si acabara de repartir las papeletas de participación para la rifa de un coche—. ¿Algún voluntario para empezar?

—Por favor, empieza tú, quiero ver cómo mi hijo se salva —me pidió Sofía. Se la veía tan destrozada y tan muerta en vida que ni siquiera me ofendí por la posible implicación de sus palabras. ¿No se fiaba de mí y prefería que yo lo hiciera antes, por si acaso? ¿O simplemente era que no se moriría tranquila si fallecía sin ver a su hijo salvado? Daba igual.

—Venga, no hay problema —dije con resignación. Y le hablé al hijo de Sofía—: por favor, cuida de Víctor hasta que podáis salir de la casa.

Asintió con seriedad.

Era muy mayor. No, no le dejaría con vida, pero el tipo era listo, así se aseguraba de que ambos adultos salíamos de la ecuación. Terminar luego con la vida de un niño de diez años atado a una cuerda no sería muy complicado.

—Vaya, mira, valiente, vuelves a recuperar la navaja —dijo Paco acercándose a mí con la navaja por delante. Al llegar a mi altura la giró, la cogió por la hoja y me la tendió—. ¿Cómo lo vas a hacer? Supongo que vas a rajarte el cuello o algo así, ¿no?

De nuevo tenía la navaja cubierta de sangre en mi mano. Pensé que la sangre seca de Marimar se mezclaría con la mía y que los dos hermanos volveríamos a estar reunidos, al menos a través de nuestros glóbulos.

Me agaché, a pesar del dolor de mis articulaciones, y abracé a Víctor.

—Te quiero, cariño. Espero que tengas una buena vida.

—Papi, ¿qué pasa? ¿Te vas?

—¿Puedes sacar al niño de aquí? —le pregunté al jefe de pista. Por lo menos, librar al niño de este trauma.

Negó moviendo la cabeza con desidia y abrió los brazos como diciendo: «¿Y qué quieres que haga? Es lo que hay». Un último abrazo.

—Tú eres mi vida.

—Yo le salvaré —dijo Sofía—, yo me… yo lo haré por él. No te preocupes.

—No mires, cariño —pedí. Pero el niño siguió a mi lado sin dejar de mirarme. Me pregunté si habría alguna forma de hacerlo, sin que la sangre le salpicara.

—Vamos, vamos, que la cara me duele un montón.

Pues te jodes, cabrón.

La teoría era sencilla, pero una vez que sientes el peso de la navaja en tu mano todo cambia. Es un elemento sólido, algo que pesa y ocupa espacio. Intenté no pensar en lo que iba a hacer. Ni en Víctor, ni en la sangre. Sabía que no serviría para mucho porque el niño mayor moriría igual. Venga, adelante. Mi mano no se movió.

Paco empezó a dar palmadas de ánimo, el sonido era extrañamente reverberante y se sincronizó con esa odiosa música de piano que no había dejado de sonar en ningún momento.

—Por favor, hazlo —seguía implorando la mujer.

¿Cómo iba a defraudar a mi público? Logré que mi mano subiera y apoyé la navaja en mi cuello. Y tuve la certeza de que todo ese viaje había sido una enorme pérdida de tiempo: si me hubiera suicidado en la silla de la cocina, podíamos haber evitado todo esto. Al final, el resultado iba a ser el mismo: mi cuello desgarrado y mi muerte.

Pero antes de cortar me surgió una duda. Volví a mirar la navaja, la había puesto con el filo al revés, hacia afuera. La giré. Y volví a ponerla junto a mi nuez. Joder. No es fácil, aunque lo intentes en varias ocasiones. Cerré los ojos. Me dije que sería solo un momento. Y en ese momento me asaltó una nueva certeza: supe que, ahora, mi muerte que no serviría para nada, que no salvaría al niño de diez años, y que, si el chalado quería librarse de mí, casi mejor que me matara él. Que se lo currara, mecagüen la hostia. Yo tenía la puta navaja. Podría intentar luchar, no tenía nada que perder.

—Gracias —dijo la mujer.

Mierda. Vamos allá, Daniel, solo un movimiento rápido. Un desgarro. Y la sangre brotará.

—Quiero la Nancy —gritó Víctor a mi lado.

Le miré extrañado, el niño no había entendido mi despedida y tampoco podía entender lo que estaba pasando, pero seguro que se había dado cuenta de que ahí ocurría algo importante. Era muy empático.

Entonces vi a la niña descender con la muñeca por la gran escalinata central. Bajaba despacio, con una inmensa sonrisa en la cara. De repente, entre un escalón y otro, esa niña encantadora mutó en la mujer araña y, con su maraña de extremidades y órganos, descendió las escaleras a toda velocidad y se lanzó a por mí. Nah, que no me dejara en paz ya se estaba convirtiendo en una costumbre.

64

Dientes

Yo nunca la había visto hasta ese momento. Lo juro. Vale, escribo relatos sobre zombis y vampiros armónicos, y algún día escribiré la mejor novela de terror de la historia y todo el mundo tendrá miedo al leerla y habré cumplido mi sueño, y me haré famoso, y ganaré mucho dinero. Solo tengo que ponerme a ello. Probablemente bastaría que contara lo que pasó en esta casa. Lo adorno un poco y a triunfar. Pero, vaya, yo nunca he creído de verdad en esas cosas paranormales. A veces, uno podía creer un poco en la telepatía o en las capacidades de la mente. Mi mujer y yo teníamos un poco de eso. Pero no da ni para relato.

Era Sara, porque no me cupo ni la más mínima duda de que era Sara, reconocí su aspecto de niña, yo jugaba con ella. Y cuando Sara se tiró sobre el escritor no lo pude creer. Me acojoné, lo confieso.

Primero, su aspecto era aterrador. Yo ya la había visto con mal aspecto, hombre, tuve que trocearla para meterla en la caja, pero ahora era como si todas las piezas se hubieran ensamblado mal y se movieran intentando encontrar el lugar adecuado, pero sin conseguirlo. Una especie de cubo de

Rubik de piezas del cuerpo.

Segundo, no podía entender qué hacía allí ni por qué había atacado a Daniel. Él, en realidad, no le había hecho nada a Sara, aunque creyera durante unos días que era el responsable de su muerte.

Y tercero. Joder, el responsable de su muerte había sido yo. Así que, cuando ves aparecer el fantasma mal montado de alguien a quien indujiste al suicidio, es para tener un poco de mieditis. Salí corriendo hacia las escaleras del sótano; mi intención era encerrarme en una de esas habitaciones que había usado como calabozo y no moverme hasta que desapareciera. Pero encontré el valor suficiente para frenar y echar un último vistazo.

El escritor estaba sentado en el suelo, se había metido una buena hostia cuando ella le alcanzó. Sara se había alejado de él. Rodaba o caminaba, no lo tengo muy claro, hacia la madre del niño. Al llegar a su lado se paró y pareció observarla con el ojo que tenía a la vista. La mujer ni siquiera se atrevió a gritar, supongo que ya era demasiado para ella, pero me complació ver su expresión. Un momento. Sara se estaba centrando en ellos y pasaba de mí, no me había prestado la más mínima atención, ni cuando yo había salido cagando leches. Nunca se me había aparecido. «Aparecido» o lo que quiera que hagan los seres como ella, no acababa de pillar cómo funcionaba esto de los monstruos del más allá. En *Ghost* los fantasmas no podían tocar a nadie. Yo pensaba que eso era canon. Pero Sara le había dado un buen empujón, era innegable que era sólida y corpórea, y, sinceramente, yo preferiría que no me tocara.

Pero me apareció una nueva línea de pensamiento: se podría decir que, al empujar a Sara a la muerte, ese ser era creación mía, luego yo era quien les estaba aterrorizando. Un nuevo éxito: yo era el causante final del miedo que todos ellos sentían.

—Sara, Sara —le llamaba Daniel—. ¿Cómo podemos ayudarte? Sara.

El ser se recompuso un poco antes de volverse hacia él. Sus órganos externos cambiaron de sitio. Se dirigió de nuevo hacia Daniel. Desde luego, mi número final había sido definitivamente interrumpido, pero, ojo, porque este gran fin de fiesta podría ser todavía mejor. Las posibilidades de que

tuvieran miedo eran mucho mayores. El crío pequeño estaba lloriqueando, no le gustaba el aspecto de la chica. Entonces la Sara descompuesta se acercó a él y se reestructuró, no sé explicarlo, ¿sabes esos efectos de *morphing* en los que una cara se convierte en otra diferente? Pues nada parecido a eso. Tampoco fue un efecto especial en plan Transformers, con el coche convirtiéndose en robot. No sé, es como si alguien resolviera el cubo de Rubik a toda velocidad.

Y la Sara monstruosa era la Sara niña. Víctor se acercó a ella y le tendió la mano. Su padre le observaba completamente atónito. Confieso que esperé ver un fogonazo cuando sus manos se encontraron, pero no pasó nada. Bueno, quizá Víctor sufrió una pequeña sacudida, como un escalofrío que no llega a nacer, pero pudieron ser imaginaciones mías.

—Hola, Sara —dijo el niño—. ¿Tienes frío?

Costaba entender a ese pequeñajo, hablaba en el idioma niño y apenas se le entendía. La niña se agachó un poco, tampoco era necesario que lo hiciera demasiado y le abrazó con movimientos tranquilos, nada parecido a su espasmódica manera de moverse de unos segundos antes, y Víctor se dejó acoger.

Joder, ahora se lo llevará, llegarán las luces y el niño desaparecerá volando.

Pues no, nada de eso. El abrazo se mantuvo, como si ambos se reconfortaran nuevamente, y parecía que ella le hablara al oído.

—Papá, Sara me dice que no te mates. Y que Sofía y Martín tampoco lo hagan.

Era increíble ver a un niño tan pequeño expresarse en esos términos, pero era su voz y sus palabras, nada de posesiones ni cosas de esas. Desmontando a *Ghost*. Creo que solo repetía lo que Sara niña le decía. Yo seguía junto a la puerta del sótano, dispuesto a lanzarme abajo al menor signo de amenaza, pero ya empezaba a pensar que eso no iba conmigo.

—Ella tuvo que suicidarse.

Me costó entender la palabra suicidarse, con su lengua de trapo sonaba a algo así como «sudarse».

—Y ahora lo que quiere es evitar que la gente se su… se sudie, se suincide.

El crío se había atascado en la palabra. Las anteriores también había que descifrarlas un poco, supongo que su padre, acostumbrado a su manera de hablar, le entendía mejor que yo, porque confieso que algunas palabras tenía que deducirlas o directamente inventármelas. Pero, vaya, lo importante era el mensaje, supongo, no el mensajero. Vino a decir algo así:

—Por eso se te apareció a ti, papá. Y a Martín, porque teníais muchos pensamientos suicidas relacionados con ella y eso la ayudó a salir de su caja.

Creo que dijo caja, pero podría ser casa. Supongo que pudieron lanzar sin pretenderlo una especie de invocación o algo así. Ella lleva muerta varios años y desde su más allá capta que alguien se va a suicidar por su culpa, y eh, dice: «¿Alguien me llama?». Y, por lo que interpreté, el crío mayor, el tal Martín, también tuvo pensamientos suicidas mientras estaba en La marquesa, la casa en la que ella había vivido. No tengo la certeza absoluta, pero estoy casi seguro de que yo, a pesar de mis visitas nocturnas, no tengo nada que ver en eso, el niño ya venía tarado de casa.

Desconozco si se alinearon los astros o si los fantasmas tienen un plus de invocación personal. Pero, por lo visto, eso la llevó a regresar.

Sara había roto la típica imagen del espíritu rencoroso que buscaba venganza. No, al contrario, ella solo quería salvar a las personas que querían morir. No quería que les pasara como a ella. En el fondo, era bonito. Y ya lo he dicho: posiblemente yo fuera el causante último de esa historia. Su cuerpo físico seguía en la caja, enterrado bajo el árbol, joder, justo donde le dije a Daniel que había enterrado el papel que, supuestamente, ella le había escrito. Toma, todo encaja. Seguro que hubo una especie de anomalía espiritual o conjunción mística… y al juntarse tantos elementos, Sara tomó forma corpórea y se dedicó a su misión de salvar a otros del suicidio, algo que ella no pudo evitar en su propia persona.

Si me preguntáis por qué Sara podía manifestarse con su cuerpo de niña, no sabría deciros, a esa edad no estaba muerta, eso es bien cierto. Supongo que eso era algo que propiciaba el propio Víctor, los niños son especialmente empáticos y sensibles, de hecho, él fue el único que pudo contactar con ella, y quizá su miedo al aspecto final de Sara le impelía a presentarse como una

niña.

Ella disolvió el abrazo, pero la separación fue lenta, como amantes enanos que no quieren alejarse. El niño ya había transmitido todo el mensaje del más allá. Sara recogió su muñeca Nancy que estaba a los pies de la escalinata y volvió junto a él. Se la tendió con su sonrisa desdentada y se la entregó. Víctor se lo agradeció con palabras que sonaron como «gachas». Supongo que era complicado que la niña fantasma mantuviera ese aspecto mucho tiempo. Como yo estaba un poco lejos no pude verlo con claridad, pero la espalda de la niña comenzó a descomponerse un poco. La mujer araña parecía que necesitaba salir a escena de nuevo. Pero la niña logró frenar la transformación, se llevó la mano a su boca, hurgó un poco y le dio algo al niño. Luego se giró y me señaló. Me pilló por sorpresa y me escondí tras la esquina, pero en seguida volví a asomarme, no parecía un gesto demasiado amenazante.

Niño y fantasma separaron lentamente sus manos y la niña se alejó un poco. En seguida volvió a su aspecto verdadero. Mucho mejor la niña, eh, esta Sara daba repelús. Víctor retrocedió un poco, pero no lloró, levantó la mano de la muñeca y se despidió de Sara, sabía que no le haría daño. La mujer reptrotó (un cruce entre reptar y trotar) hacia las escaleras centrales y desapareció.

Vi que Daniel había logrado ponerse en pie y que se estaba dedicando a cortar la cuerda que sujetaba a Sofía y a Martín.

Vaya, yo estaba descolocado. Los últimos minutos habían sido increíbles. Maldiciones, espíritus, niñas, monstruos… Pero ahora tenía que retomar la situación. Obligarme a cambiar el chip y volver al mundo real, ese en el que la policía te detiene si matas a alguien, aunque se lo tuviera merecido. Me acerqué, echando un buen vistazo a la escalinata, no fuera que Sara volviese a aparecer.

—Va, venga, quieto, Daniel, deja de cortar esas cuerdas, no te he dado la navaja para eso.

Se la había dado para que se suicidara, pero ahora tenía un serio dilema: si le obligaba a suicidarse, a lo mejor Sara volvía a aparecer y entrábamos en

un bucle sin fin: Mátate. Viene Sara, le salva y se va. Mátate. Viene Sara, le salva y se va. Bueno, pues si había que descartar la opción suicidio, se descartaba. Y si tenía que hacerlo por mí mismo, lo haría.

—Eh, tú. He dicho que te estés quieto.

En ese momento, la cuerda se quebró. Sofía estaba libre, aunque aún seguía con las manos sujetas a la espalda por las bridas. Llegué hasta el escritor y de un empujón le arrojé al suelo, se quejó un poco. Me apresuré a arrebatarle la navaja. Ya sabemos que no le hubiera servido de mucho, pero tal y como había ido todo, lo mejor era recuperar el control absoluto. Yo mismo me estaba cansando un poco del espectáculo. Venga, telón cuanto antes.

Sofía, aunque ya no estuviera sujeta a la pared, tampoco era un peligro. Se limitó a ir junto a su hijo Martín y a intentar liberarle, algo complicado, porque tenía las manos atadas a la espalda y no podía hacerlo de ninguna manera, por mucho que lo intentara. Que se entretenga.

Entonces me di cuenta de que el niño pequeño, el hijo del escritor, me estaba señalando. Joder, era un poco siniestro, tenía uno de sus bracitos extendido hacia mí y su índice regordete me señalaba y seguía mis movimientos como un puntero láser.

—A ver, mocoso. ¿A ti qué te pasa?

A lo mejor era buena idea terminar primero con el niño. Si tenía algún vínculo con los seres del más allá y podía convocarlos o comunicarse con ellos, mejor librarse de él.

—Para ti.

Eso sonó muy claro.

—Para mí, ¿el qué?

Bajó su brazo y abrió la palma de su mano. Allí había un par de pequeños objetos. Me acerqué a ver qué eran. La curiosidad mató al gato, dicen. Miau.

—Para ti.

Cerró la mano y solo la abrió cuando yo tendí la mía para que me lo diera.

Eran dos putos dientes. Uno de ellos era un diente de leche y todavía goteaba un poco de sangre, Sara se lo había sacado de la boca. La otra pieza

era más grande y más vieja y la reconocí: era uno de esos dientes que yo ponía en las bolsas para asustar a los huéspedes. No entendía nada. ¿Qué era, un código? ¿Una broma del más allá? Entonces, el niño señaló a algo que había a mis espaldas, con el dedo algo elevado. Apreté ambos dientes en mi puño y seguí la trayectoria del dedo del niño.

Allí estaban, en lo alto de la escalera. No demasiado bien iluminados, pero no me cupo duda de quiénes eran. La niña retrasada de los collares de dondiegos que se había caído por el barranco y delante de ella, como protegiéndola, Vicent, el noviete de Sara. El aspecto de la niña no era demasiado aterrador, pero el del hombre era enloquecedor; también estaba desmontado como Sara, pero parecía incorporar elementos metálicos: barras, púas, palancas... Algunas brotaban de su cuerpo, se retorcían y volvían a su interior, otras eran arrastradas.

El hombre me señaló con uno de sus órganos atravesados y comenzó a descender las escaleras, sin prisa. La niña de los dondiegos le seguía, su cabeza estaba abierta en dos, dividiendo su rostro. Parecía que cada mitad se partiría como una cáscara y caería al suelo. Pero eso no pasaba, su cráneo se mantenía increíblemente abierto sin llegar a desprenderse.

No me gustó nada ver aquello. Oh, no. Sentí auténtico miedo. El maestro del terror sufriendo él también las consecuencias del mismo. Vicent descendió otro escalón. Abrió su boca desdentada. Yo le había arrancado los dientes con una palanca, pero allí donde deberían estar las piezas dentales, había clavos oxidados y trozos de metal, de distinto tamaño y grosor, como un muestrario de herramientas de tortura. Los clavos se movían despacio arriba y abajo como si formaran parte de una astilladora de madera con vida propia. Vicent se señaló la boca, quería recuperar algo.

Pude oler los dondiegos que la chica retrasada llevaba al cuello. Con sus manos estaba componiendo un collar con pequeños trozos de carne sangrienta, se los arrancaba ella misma y los insertaba en un alambre.

Me refugié detrás del escritor. Y para hacerlo tuve que apartar a Víctor. Nuestras miradas se cruzaron. Sonrió con su cara de niño de tres años. Y comprendí. Hijo de puta, les había llamado él. Joder, venían a por mí, estaba

claro. Me retrepé contra la pared arrastrando a Daniel como escudo protector. ¿Se estaba riendo?

En la parte de arriba había tres figuras más, pero no se movían, parecían mujeres, una de ellas quizá una niña. Pude imaginar de quiénes se trataba. La niña de los dondiegos y Vicent seguían avanzando despacio hacia mí, ya estaban cerca. Les lancé los dos dientes, quizá fuera eso lo que quisieran. Mientras las piezas volaban por la estancia a cámara lenta, las luces se apagaron, ni siquiera pude ver si les habían alcanzado.

La casa de los cien escalones se quedó a oscuras.

—¡No! ¡No!

El móvil, la linterna, necesitaba ver. No era fácil activarla. Mierda.

Grité, eso no podía acabar bien. Y vaya si tenía razón.

Luego, ya no pude gritar más.

65

Sofía

La locura había estallado a su alrededor, pero no le importaba. Su hija Paula había muerto allí a su lado. Ahora su cuerpo colgaba de la cuerda en una postura antinatural. Y su hijo pequeño, Martín también estaba en peligro de muerte.

No le aterrorizaban los extraños seres que habían aparecido, ni siquiera había sentido miedo cuando esa mujer se acercó a ella y la miró. Solo quería salir de allí con su hijo vivo y poder darle un último abrazo a Paula. Despedirse de ella, sentirla una postrera vez. No podía creerlo, no podía, todo había sido una horrible pesadilla. Desde que llegaron a esa casa rural en la que pasaban cosas misteriosas, hasta que el hombre les secuestró, y el terror se desató en esa mansión olvidada. Solo quería que todo acabara de una vez, por favor, que todo acabara. Su hija no podía estar muerta, no era real, todo era un sueño, alucinaciones. Por favor, que todo acabe, que todo acabe.

Entonces aparecieron más cuerpos de pesadilla, más seres imposibles. Y le dio igual. Nada era real. Estaba durmiendo en su cama. Y si estos monstruos

quieren devorarme, que lo hagan, a ver si así me despierto, aunque sea en la otra vida, junto a Paula.

Ahora estaba liberada de la cuerda, pero seguía teniendo las manos a la espalda sujetas con bridas. Sabía que era posible romperlas, lo había visto una vez en YouTube por casualidad, pero solo logró herirse más las muñecas, llevaba mucho rato intentando liberarse. Se puso de espaldas a Martín, miraba por encima del hombro, sabía que no lo tenía nada fácil, pero quería liberar a su hijo. El loco estaba gritando y se escondió detrás del otro hombre. Ella intentaba desatar los nudos de su hijo.

Entonces se apagó la luz. Se hizo el silencio, por fin dejó de sonar ese maldito piano deformado. Y la oscuridad se hizo más densa. Y no veía la cuerda que ataba a su hijo, ni al niño pequeño ni a su padre. Ni al loco ni a los monstruos que iban a por él. Le oyó gritar: «No, no». Roces, sonidos pastosos, metal arañando cemento, piel contra pliegues, chapoteos. Y en seguida el resplandor.

El loco había sacado su móvil del bolsillo y lo había encendido. Solo se veía la débil luminiscencia del logotipo del móvil encendiéndose. Habría que esperar para activar la función de linterna. Pero ese débil brillo le permitió ver el rostro descompuesto del loco que intentaba cubrirse con Daniel. De nuevo la oscuridad, la pantalla del móvil había cambiado de logotipo. Algo estaba muy cerca. Por fin, la pantalla de inicio. Se requiere dibujar tu patrón cuando el dispositivo se reinicia. Era demasiada poca luz, el hombre quería ver, necesitaba ver. Soltó a Daniel, y este aprovechó para desplazarse de lado, alejándose. Patrón equivocado, inténtelo de nuevo. El dedo tembloroso de Paco no atinaba a dibujar el cuadradito que era su contraseña. Nuevo intento. Por fin, aparecieron los iconos. Seguía siendo demasiada poca luz. Alargó el móvil hacia delante y solo vio formas que parecían absorber la luz. Manoseó la pantalla, encontró el icono de linterna. Lo accionó. Y se encendió el potente led. Entonces el móvil voló por los aires. Algo había golpeado la mano de Paco.

En su trazado iluminó un paisaje imposible: un suelo lleno de muelas, encías abiertas, jirones de carne, fragmentos de lengua, huesos astillados. Ya

no existía el suelo de la habitación, solo el infierno de la carne. El móvil cayó con la linterna enfocando hacia arriba, hacia ningún lugar en particular. El techo lleno de sargazos estaba lejos, pero reflejaba algo de luz, como el brillo de la luna intentando atravesar nubes de tormenta. El hombre monstruo que había aparecido en la escalera ya estaba junto al loco que les había torturado. Este intentó levantarse y huir, pero no pudo hacerlo, se chocó con la niña del collar. Gritó, cayó sentado. Y uno de los ganchos de hueso del hombre le atravesó por la axila. Paco gritó.

Sofía vio cómo el cuerpo del hombre era arrastrado a gran velocidad. Aullaba y pedía piedad. Y, de repente, el silencio. Y la oscuridad, solo rota por la linterna señalando el techo, imposible ver nada. Su resplandor era completamente insuficiente para que pudieran verse entre ellos.

Todo permaneció así en silencio. Martín ya no lloraba, ella tampoco.

—Mamá, mamá, ¿qué va a pasar?

—No lo sé, hijo. —Al menos podía tocarle, con los brazos retorcidos, pero estaba junto a él—. Pero creo que todo ha acabado.

Oyeron entonces un gemido apagado.

—Escucha, mamá. ¿Has oído?

—Sí, no. No sé. —Ya no creía en sus sentidos, sí, algo había oído, pero no sabía el qué. Podía ser otro de esos seres, o alguna otra víctima cuya existencia desconociera. O, joder, cualquier otra cosa llegada del infierno. El sonido se repitió.

—Mamá, es Tralalá, es Tralalá. ¿La oyes aullar?

Tenía razón, podía ser su perrita, la habían dado por muerta al verla tirada en una esquina, pero a lo mejor solo estaba herida…

—¡Tralalá! —gritó Martín—. Tralalá, aquí.

Sofía sintió por primera vez en mucho tiempo un agradable calor en el estómago. Quería a esa perrita tonta y mimada.

Entonces notó algo que la sujetaba. No, no podía ser Tralalá, sus quejidos venían de más lejos.

El niño no paraba de llamar a la perrita, pero allí junto a ella había algo o alguien. El tacto era cálido y agradable.

La voz sonó muy bajita, o quizá no sonó.

—Mamá, te quiero.

Un relámpago sacudió a Sofía. Era Paula. La niña la estaba abrazando. Las lágrimas desbordaron.

—Paula, hija —su voz sí que sonó. Ella no podía abrazarla, seguía teniendo las manos atadas a la espalda. Intentó acogerla en su cuerpo para siempre.

—Adiós, os quiero.

Y el abrazo se diluyó, como si nunca hubiera tenido lugar. Todo demasiado rápido, demasiado fugaz.

Hubiera acabado pensando que todo habían sido imaginaciones suyas, que no había ocurrido nada de eso, Pero justo a su lado, Víctor dijo:

—Adiós, Paula.

Y el niño tocó la pierna de Sofía, y su tacto también era real.

—No puedo más rato —dijo el niño con demasiada pena para alguien de su edad.

—¡Traly, aquí! Toma, toma —gritaba Martín.

A pesar de que creía que ya no le podían quedar muchas más lágrimas Sofía siguió llorando con fuerza y ya no paró, pero ahora no era solo de dolor o de rabia. Había un algo reconfortante en esas lágrimas, en la manita del niño tocando su pierna. Un pequeño brillo de esperanza. Una última despedida.

—Gracias —le dijo al niño de forma entrecortada.

Entonces, la luz se movió. Un nuevo sobresalto. Pero solo era Daniel, que había ido a por la linterna. El escritor desplazó el haz de luz por la estancia y no pudo evitar mascullar:

—Joder, joder.

Sofía vio que el suelo era el normal, el terrazo que siempre había estado allí, el infierno se había marchado con los seres del más allá. En el techo no había zarcillos colgando como hiedra reseca. Ni había ningún ser extraño, al menos dentro del campo iluminado.

El perro ya lanzaba algún ladrido, no eran muy potentes, pero resultaban

más esperanzadores.

Daniel marcó el número de emergencias. En el interior de esa casa no había cobertura. Si no hubieran necesitado la linterna, lo hubiera estampado contra la pared.

Sofía se dio cuenta de un detalle que la oscuridad había escondido.

—¿Dónde… dónde está él?

Daniel barrió la estancia e intentó iluminar las escalinatas, la linterna no daba mucho más de sí. Era cierto, no se veía ni rastro de Paco. No estaba en la habitación. ¿Había huido y les esperaba escondido con una nueva sorpresa terrorífica? El olor a lilas se había intensificado, era innegable.

Daniel se apresuró a acercarse a la mujer y a Martín para cortar la cuerda y romper las bridas. No tardó demasiado. Al poco tiempo, conformaban un extraño montón apelotonado contra la pared. Sofía le pidió la navaja, y ella misma cortó las cuerdas que sujetaban a Paula. El cadáver de la niña cayó en sus brazos. Martín también fue junto a ella. Y entonces se oyó el ruido procedente de la puerta del sótano. Daniel desplazó el haz de la linterna y Tralalá se encogió un poco cuando se vio iluminada. La perrita andaba con dificultad, pero había conseguido salir de la planta baja.

—Tralalá —dijo Martín con los sentimientos azorados, estaba junto a su hermana muerta, que era lo que le destrozaba el alma, pero, al menos, Traly estaba viva. La perra se acercó a ellos, arrastraba una de sus patas traseras y tenía todo un lateral pegoteado con sangre reseca. Pronto, los cuatro formaron una pequeña montaña. La perrita no cesaba de lamer a Paula, pero, entre ellos, todo eran abrazos. Se quejó cuando Martín, sin querer, le apretó la herida. Daniel tenía a su hijo en brazos. Apartó un poco la luz de la familia, para darles algo de intimidad.

Se acercó a la puerta blindada. Cerrada con llave, claro.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Víctor, aunque en realidad se lo preguntaba a sí mismo—. Encerrados, sin cobertura, sin luz…

El niño se rio, era una carcajada ligera, de las que emitía cuando sus primos cuellicortos le hacían barrabasadas y él disfrutaba. Como cuando jugaba con Marimar, o como cuando con él… y Daniel no fue capaz de

recordar cuándo Víctor se reía con él, cuándo habían jugado por última vez. Accidentes; la muerte de Irene, su madre; depresiones; dramas; libros nunca acabados; maldiciones inexistentes; mansiones de la muerte...

El niño seguía llevando junto a él a la muñeca, era casi tan alta como el crío. Daniel enfocó a la muñeca, llevaba enganchado en su mano de plástico un manojo de llaves. No podía ser. No podía ser.

—¿De dónde has sacado estas llaves, Víctor?

El niño se rio un poco más.

—Mamá. —Daniel no pensó que su hijo le estuviera respondiendo, sino que echaba de menos a su madre en ese momento.

Daniel se lanzó a por la cerradura, probó con un par de llaves y ninguna encajaba, finalmente las estudió y decidió probar la llave que tenía mejor pinta. Encajó.

—No puede ser, son las llaves de ese chalado.

La giró, seguro de que no se movería, pero una vez más se equivocaba. Los ocho puntos de anclaje se abrieron con sonoros «clic, clic» durante dos vueltas completas de la llave. Y, milagrosamente, la puerta se liberó. Miró a Sofía:

—Creo… creo que se ha abierto —dijo a pesar de que no se lo creía. Esperaba que ese chalado apareciera de un momento a otro blandiendo un hacha. La mujer se puso en pie con Martín a su lado y Tralalá en brazos. Daniel la dejó pasar. Víctor seguía emitiendo sonidos alegres.

Daniel lanzó un último vistazo al hall. Seguía temiendo a Paco, y le pareció ver algo en la parte alta de la escalinata, probablemente, un juego de luces. Cuando centró la vista no había nadie.

—Adiós, mamá —dijo Víctor, saludando con la Nancy.

Y entonces oyó gritar a Sofía. La pesadilla no iba a acabar nunca.

66

Joan

Ya había amanecido y él seguía ahí como un tonto. La noche había sido agradable, pero a esas horas refrescaba bastante. Decidió pasar de todo y marcharse a la furgoneta. Ya había perdido demasiado tiempo.

Entonces, la puerta se abrió y salió la mujer con el perro en brazos y el niño. Le sorprendió que no fuera su padre. Cuando la mujer se topó con él, nada más salir, emitió un grito de susto. Joan también se asustó y gritó. Joer, no esperaba eso. Reconoció a la mujer a pesar de su aspecto demacrado y desastrado, era la huésped de la casa rural. Vale, así que había acertado y su padre se había montado su propia fiesta.

—No pasa nada, no pasa nada —le dijo a la mujer.

—Tú, tú, eres su hijo. No te acerques.

—No pasa nada. Puedo ayudarles.

Daniel también salió. Tampoco tenía muy buen aspecto. La mujer blandió una navaja, ¿era la de su padre? Y el hombre llevaba un móvil en la mano, ¿era el de su padre?, aunque Daniel no podría usarlo, porque su hijo estaba recogido en su antebrazo. Pero ahí había pasado algo.

—¿Dónde está mi padre?

—¿Qué haces aquí? No te acerques. —Daniel dejó a Víctor en el suelo y se puso delante del niño.

—Joder, que no me acerco. —Les mostró las manos desnudas—. ¿Qué ha pasado? ¿Están bien?

Daniel se las arregló con una sola mano para marcar un número de tres cifras.

—Estoy llamando a la policía —anunció con tono amenazante.

—Pues aquí no hay cobertura, estamos demasiado lejos de los repetidores. Hay que acercarse al pueblo.

—Mierda, joder. ¿Y tú, qué haces aquí?

—¿Dónde está mi padre?

No había manera de avanzar en la conversación.

—Supongo que está ahí dentro, si no ha salido por ninguna otra puerta. Está loco, ¿sabes?

Joan hizo un gesto de resignación, que tanto podría significar «¿qué me vas a contar a mí?» como «me da igual, es mi padre».

—Ha matado a mi hija —dijo Sofía, intentando apartarse del joven para rodearle.

—Y a mi hermana —añadió Daniel—. Está loco y necesitamos ayuda. Hay que llamar a la policía cuanto antes.

—No, no puedo creer que haya matado a nadie. No llegaría a esos extremos.

—Pues asómate y mira a la izquierda —retó Daniel con tono cansado.

El joven pasó entre ellos sin demasiada dificultad, le abrieron paso y entró en la casa.

—Necesito ayuda para caminar —le dijo Daniel a Sofía—, sin mi muleta, no puedo bajar las escaleras. ¿Puedo apoyarme en ti?

Martín se acercó:

—Puedes apoyarte en mí.

No parecía mala solución, el chico era alto. Dejó a Víctor en el suelo y usó a Martín como apoyo, aguantaba bastante bien.

—Vámonos antes de que salga.

Apenas había descendido unos pocos escalones cuando oyeron a sus espaldas:

—Hostia, hostia, hostia, hay una chica muerta.

El comentario resultó especialmente doloroso para Sofía: no era una chica muerta, era su hija, joder, la pequeña Paula, que hacía gimnasia rítmica y se había apuntado a un equipo de fútbol. La que discutía con su hermano por culpa del móvil y la que reía como un soplo de brisa, la que no quería comer queso, la que bailaba cualquier melodía, la que le abrazaba por las noches. Coño, no era una chica muerta.

Joan les alcanzó en un momento.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido tu padre —le recriminó Daniel—, nos secuestró, torturó y..., bueno, hizo eso con la niña y mi hermana.

Joan se llevó las manos a la cabeza, no podía creerlo.

—¿De verdad quieres ayudarnos? —dijo Sofía.

Asintió, descolocado. Miró a la casa, ¿qué había pasado?

—Sí, claro —contestó.

—¿Puedes llevarnos al pueblo?

—La furgoneta está abajo, ahí mismo, ¿la ven? Vamos. ¿Quiere apoyarse en mí? —le preguntó a Daniel.

—No gracias, Martín me ayuda muy bien —le rechazó con cierto desprecio.

Joan se paró, acababa de darse cuenta:

—Pero no tengo las llaves de la furgoneta, las tiene mi padre. Está abierta, pero no tengo las llaves. Bueno, puedo volver a la casa, a buscarle. Puedo ir…

—No te preocupes —le interrumpió Daniel. Encontró el manojo de llaves que había guardado en el bolsillo y se lo lanzó. El joven lo cogió al vuelo y lo miró con cierta sorpresa. Ahí estaban todas las llaves, también las de la furgoneta. ¿Por qué tenían la navaja, el móvil y las llaves de su padre?

La Nancy le saludó, agitada por Víctor.

67

Alberto

Ni una llamada, ni un mensaje. El móvil de su hija seguía desconectado. Ya estaba llegando a La marquesa. Seguro que Sofía se llevaba una sorpresa. Confiaba en que estuvieran en casa con los móviles estropeados y quizás un virus estomacal que les había impedido salir, era una de las mejores opciones.

La puerta de la casa rural estaba abierta, qué extraño.

—¡Sofía! —llamó. Qué raro, ni siquiera Tralalá salió a recibirle—. ¡Chicos! —gritó mientras entraba. Y se acordó de que Paula era una fan del lenguaje no sexista y le echaba broncas por, según ella, ser un micromachista del lenguaje. Así que, medio en broma, llamó—: Chica y chico, ¿estáis bien? ¡Chico y chica!

Se asomó a las habitaciones y comprobó que no había nadie, pero le extrañó ver equipaje que no era el de su familia. No le gustó, eso quería decir que, efectivamente, se habían marchado de la casa, pero que no habían regresado.

Vio que la habitación del fondo estaba abierta, recordaba que les habían

pedido que no la utilizaran, que ni siquiera entraran en ella.

—Sofía. Paula —seguía llamando con el mismo éxito—. Martín. Hola, ¿hay alguien?

Llegó a la habitación del fondo. Estaba a oscuras y apenas llegaba la luz del sol. Cuando iba a entrar oyó los vehículos fuera. Quizás un par de coches. Pronto unas voces. ¿Sería Sofía volviendo? Se dirigió hacia el exterior. Tras él, la puerta de la habitación del fondo se cerró despacio y encajó en el marco.

—¡Quieto ahí, no se mueva!

Un guardia civil estaba destrabando su subfusil, aunque se le había atascado la correíta y le costaba sacarlo.

—Arriba las manos —dijo mientras tanto.

Por fin logró encañonar el suelo ante los pies de Alberto. No podían apuntar directamente a nadie, excepto en caso de peligro inminente, esto no es Hollywood. Bajaron dos miembros más de otro vehículo oficial.

Alberto levantó las manos y entonces comprendió que las cosas habían ido mal.

—¿Qué… qué le ha pasado a mi mujer y mis hijos? —suplicó, con las manos en alto.

68

Pablo

Hola Mrtn hace varios días que no te conectas sigues teniendo problemas con el mvl? Ya no falta nada para el lunes no tengo ni p***s ganas de volver. Supongo que tu tmpc.

Te escribo porque estos días el grupo de wp en el que se meten contigo (ya sabes) ha tenido mucho movimiento te cpypast algunos mensaje que han enviado. Las imágenes no te las puedo pasar.

No les hagas mucho caso ya sabes que son idiotas. Pero vaya a lo mejor tienes que hacer algo al respecto. Según ellos, lo mejor sería que te suicidaras ni caso, he.

Mensajes reenviados:

—¿Sabes qué pide para beber el comemierda cuando entra en un bar?
—Un culito, le da igual de lo que sea.

—No es que el comemierda sea feo (que también), es que está mal de

cuerpo.

—¿Cuál es la mascota preferida del comemierda?

—Un elefante, porque caga más de 100 kilos al día, y como es herbívoro, para él cuenta como ensalada.

—¿Sabéis por qué siempre lleva las uñas muy limpias?

—Porque después de rascarse el culo se saca la porquería con un palillo y se la come en plan *delicatessen*.

—¿En qué se diferencia el comemierda de un comunista?

—En que el comunista come mierda porque no tiene otra cosa. Y el comemierda, la come porque le gusta. Viva Vox.

—Estadísticamente el 150 % de los comemierdas comen mierda. Y son más del 100 % porque el comemierda repite.

—¿Con qué se perfuma el comemierda cuando va de ligue?

—Con pato WC.

—¿Sabes por qué dicen que pisar una mierda trae buena suerte?

—Porque, si tiene hambre, el comemierda puede lamer la suela.

—¿Cuándo el comemierda es feliz?

—Cuando ha tenido un día de mierda.

—El protagonista de la próxima peli de James Bond debería ser el comemierda.

Imaginad grandes explosiones y banquetes extensos, y eso solo cuando va a cagar.

—El día en que el comemierda se suicide, la mierda bajará de precio porque habrá mucha más.

—Cuando le entierren, el cura dirá: «Mierda eres y en mierda te

convertirás».

—Si se corta las venas, ¿le saldrá sangre o mierda?
—No sé, pero a nosotros nos saldrá una gran carcajada.

—¿Por qué el comemierda llegará a ser político?
—Porque tenemos unos gobernantes de mierda. Viva Vox.

—¿Qué es lo que más odia el comemierda?
—Las depuradoras, porque para él son fuente de hambruna.

—¿Por qué el comemierda no se mata de una vez?
—Porque ya sabemos todos que es un mierda.

El miembro de la policía judicial llevaba varias horas con el móvil con funda de unicornio. Le había tocado a él analizar la unidad de la chica. Lo habían encontrado en la casa del agresor y se lo habían pasado. Estaba cansado de bailecitos de TikTok y cosas así, ahí no había nada. Solo mierda y chistes del comemierda.

Y pensó: «¿Por qué el comemierda le ha dado un bocado a este móvil? Porque está lleno de mierda. Jajaja. Viva Vox».

Y no se molestó en incluir nada en el informe, era evidente que esas bromitas no tenían nada que ver con el caso y, reconozcámoslo, muchas tenían su gracia.

EPÍLOGOS

1

Joan

Es joven y seguro que puede buscarse la vida. Ha intentado traspasar el bar, pero nadie se ha interesado. Solo le ha preguntado algún metomentodo del pueblo para ver cuánto pedía. Y un odioso periodista que buscaba algún tipo de declaración.

Todavía queda bastante stock en el bar, sobre todo de bebidas, pero un tipo del campo de golf se lo irá comprando poco a poco para su bar, aunque por debajo del precio de compra. Quizá con el tiempo tenga que vender el local del bar y la vivienda de la planta alta. Pero no lo tiene claro, de momento hay mucho lío burocrático, los de la Generalitat han sugerido la posibilidad de nombrar un administrador hasta que su padre aparezca, porque Joan es muy joven. Su padre sigue desaparecido y no ha dejado ningún documento a su nombre, ni testamento, ni ningún otro tipo de cesión, no le ha quedado más remedio que contratar a un abogado para que le ayude con el papeleo. No puede sacar dinero del banco porque no está a su nombre y tiene que esperar a que se aclare el suceso y le nombren heredero. La cosa puede tardar un año y medio. Así que, sin pasta y sin el

bar, se va a ir una temporada a Valencia y, en cuanto reúna un poco de dinero, se irá a Cádiz. No ha estado nunca allí, pero le encanta cómo suena, Caádiiz, reposado y cálido, está seguro de que le encantará.

Hoy baja la persiana del bar por última vez. Josefa tiene copia de las llaves, por si hay que volver a entrar por alguna razón. La mujer ha envejecido varios años en estos meses. Al menos, Joan dispone de la furgoneta, le servirá para llegar a la capital, y allí quizá la intente vender. El joven mira la carretera, vacía. Hace ya mucho que desapareció la marabunta de los medios de comunicación. En las calles de enfrente, solo un par de lugareños paseando. Un gato cruza la calle. Y se oye el cloquear de algunas gallinas lejanas. Ha decidido no despedirse de nadie, ni de sus amigos, ni de Josefa; ella le trata bien, pero él se siente incómodo: se ha descubierto que su padre mató a la hija de Josefa.

No, no tiene nadie de quien despedirse ni nada que le retenga allí. La noche anterior cargó en la caja de la furgo todo lo que necesitaba llevarse, le sobró espacio.

—Bueno, hijo de puta, primero te cargaste a mamá, y ahora me dejas aquí tirado, después de tus jodidas locuras. Ojalá te pudras, estés donde estés.

Se sube a la furgoneta y lanza un último vistazo. No, ni un poco de pena. Es joven y seguro que podrá sobrevivir. Arranca.

—Adiós, hijo de puta, aquí te dejo todo. Espero que estés muerto.

Se equivoca.

2

Tralalá

Le dan muchos más mimos y la sacan más al parque. Su amito casi no se separa de ella, a veces, la abraza con tanta fuerza que le duele la cicatriz.

La tuvieron que operar de un corte profundo en el flanco que afectaba a tejidos subyacentes, hubo que reparar varios músculos y, gracias a Dios, los tendones de la zona no fueron afectados. Ahora sigue teniendo molestias y evita dar saltos, pero ya puede hacer vida casi normal. Eso sí, ese lateral está más despeluchado y ya no luce tan mona como antes. El amo mayor dice que parece como si estuviera inclinada. No le hace gracia que se metan con ella, por eso intenta pararles a lametazos.

Como efecto secundario, se ha vuelto menos sociable, y esa manía que tenía de saludar a todo el mundo ha desaparecido. Le enchufan pastillazos de antibióticos de vez en cuando, porque en ocasiones le sube la fiebre y hay que prevenir infecciones, pero se los dan junto a una chuche, lo que no deja de ser un mal menor.

Echa en falta a su amita, era muy divertida, la cogía de las patitas delanteras y bailaban mientras gritaba «vamos así, arriba, más marcha».

Acababa agotada y al poco se soltaba. «Vaga —le decía ella—, no aguantas nada». A veces la ve en la televisión. Nunca le había hecho mucho caso a ese aparato, pero recientemente ha descubierto que Paula está allí. Con frecuencia, cuando el ama mayor está sola en casa, aprovecha y pone un *pen* en la *Smart TV*. En seguida aparecen los vídeos de su amita pequeña. Ella también sale en algunos, en uno precisamente se las ve a las dos corriendo junto a un riachuelo en el pueblo, hasta que Tralalá salta al agua, y la cámara deja de grabar porque fueron a rescatarla; todavía lo recordaba, sus amos actuaron un poco exageradamente, solo era agua.

En momentos así, se acerca a Sofía y le lame las manos; a pesar de la herida del costado, salta al sofá y pone su cabecita entre las piernas de la mujer. No le gusta que llore. Reconoce perfectamente la voz de su amita pequeña: a veces canta, otras explica el ejercicio de gimnasia rítmica que va a hacer, come moras, entona *Feliz cumpleaños* para su hermano y hace amago de meterle la cabeza en la tarta; en otra está distraída leyendo un libro en su habitación y protesta cuando ve que la están grabando; otras solo discute con su hermano. Ella también la echa de menos. Le gusta oír su voz, pero sabe a poco. Hay un vídeo en el que Paula está en el salón y llama a Tralalá, que no se sabe dónde está. «Tralalá, ven, toma la pelota. Traly, bonita, ven». Y ella, ahora, quiere acudir. En el vídeo la cámara sale del salón y se mueve por la casa hasta llegar al cuarto de Martín; se nota que es más jovencito, ha dado un buen estirón. Ambos están sentados en el suelo, comiendo taquitos de melón de un plato que Martín tiene en el regazo. El vídeo acaba con Traly alegre, saltando hacia la cámara, con el morro empapado de jugo y babas.

Y ahora su ama grita y golpea el apoyabrazos del sofá, y se estira de los cabellos, y ella se aparta, pero solo un poco, sabe que no le hará daño; cuando la mujer hace una pausa para coger aire se acerca a ella y lloriquea junto a su ama. Tralalá también necesita consuelo.

3

Fernando

Siempre se lo había dicho: «Marimar, estás demasiado pendiente de tu hermano; deja que se las apañe».

Ahora, Daniel y él no se hablan. Fernando le culpa de la muerte de su mujer. No entiende nada de lo que pasó. Daniel se lo ha intentado explicar varias veces. En ocasiones también piensa que ella se lo merecía, por idiota. De repente se marchó con el tarado de su hermano, le dejó con sus hijos y desapareció, y ya nunca más volvió.

El entierro fue concurrido, pero ya en el mismo tanatorio, con el cuerpo presente de Marimar, le dejó bien claro a Daniel que no quería volver a saber nada de él. Que tanto él como Víctor podían irse a paseo, para él estaban muertos. Se acabó tener sirvienta particular. Se acabó quedar en familia. Que se buscara la vida, joder, que se fuera a la mierda, era un hombre adulto y cobraba su paga de incapacidad, ¿no?, pues ya tenía la vida resuelta, es poca pasta, vale, pero da para comer y vestir al crío. Y si necesita algo más que acuda a los servicios sociales, a ver si tiene huevos, porque le acabarían quitando a Víctor, joder, es un padre de mierda y un tío que no vale para

nada.

¡Y él había matado a Marimar!

La autopsia determinó que no murió en el acto, sino que estuvo desangrándose muy despacio durante varias horas. Si alguien le hubiera taponado la herida y pedido ayuda, podría haber sobrevivido. De hecho, falleció justo en el momento en que llegaron los servicios sanitarios. Si hubiera bajado a verla, en lugar de huir como un cobarde, podría haberla salvado. Podría haber frenado su hemorragia hasta que recibiera atención médica. Pero no, no lo hizo. La abandonó a su suerte. Cobarde hijo de puta. Que le den a ese cabrón.

Se acabó. Para él está muerto.

4

Martín

Ha pegado un buen estirón, es lo que tienen los críos, crecen de repente, y ahora ya es todo un hombrecito. En el nuevo colegio está mucho mejor. Ya hace sexto de primaria; el año que viene, al instituto.

En su colegio anterior esperaba que, al enterarse del fallecimiento de su hermana, sus compañeros dejaran de meterse con él, que fueran un poco humanos. Y fue así durante exactamente dos días, luego siguieron acosándole con mensajes tan crueles como: «Dios mío, esta vida es muy injusta, ¿por qué te has llevado a esa chica, con lo buena que estaba, en lugar de al comemierda?».

Martín tuvo que discutir con Pablo, que resultó un amigo de mierda, precisamente, porque no quería que enseñara los mensajes a los profesores. Finalmente, le arrebató el móvil, corrió hasta el despacho de su tutora y logró que le hiciera caso. Al poco, ambos iban a hablar con el director del centro. El cabrón de Pablo se calló como una puta y borró todos los mensajes en cuanto pudo.

Llamaron a sus padres, les pidieron tranquilidad y discreción, no había de

qué preocuparse. Y les aseguraron que harían todo lo que estuviera en sus manos para esclarecer el tema. Se depurarían todas las responsabilidades.

Al final, Martín tuvo que acabar el curso en otro colegio. No pasó nada más, simplemente les llamaron de la Conselleria d'Educació, Universitats i Ocupació y les aconsejaron, más que encarecidamente, que se cambiara de centro, que era casi imposible encontrar pruebas de *bullying* y que, si Martín quería, el lunes siguiente ya podía empezar en su nuevo colegio, que ya habían movido todo el papeleo y que, además, estaba cerca de su casa.

Así que, a solo un par de semanas de que su curso terminara, tuvo que cambiarse de centro y examinarse sin tener ni idea de lo que habían estudiado allí. No le fue mal, era un chico listo, y en los concertados la gente saca mejores notas.

Su desventura en la casa de los cien escalones llegó a sus compañeros de forma distorsionada, pero acabó llegándoles, solo que ahora no era el comemierda, sino el héroe que había sido secuestrado y logró escapar y salvar a su madre. Se preguntaba quién había podido iniciar un rumor así y si había tenido algo que ver con que su padre se apuntara al AMPA.

Ahora está centrado, saca buenas notas y no tiene problemas; de hecho, se divierte vacilándole un poquito a un chaval bastante callado que hay en clase. Poca cosa: algún mensajito en plan de broma y un empujón cariñoso de vez en cuando. Ya tiene teléfono y ha organizado un grupo de WhatsApp para intercambiar chistecitos. Joder, es que el mosquita muerta es de Marruecos o Ceuta o de algún sitio así. Viva Vox.

5

Alberto

Ella cree que él no sabe lo que hace cuando está sola, pero lo sabe. Y está desesperado por ayudarla. Puso la cámara por los niños, cuando contrataron a una canguro de la que no se fiaban demasiado, hace mucho tiempo. Y ahora todos la han olvidado, nunca la utilizaron demasiado; bueno, cuando Tralalá era una cachorrita la volvió a conectar un par de veces, pero no servía de mucho porque la perrita no hacía otra cosa más que ir a su bola de un lado a otro de la casa y dormir en posturas inverosímiles. Y ahí se quedó la cámara, muerta en la esquina del techo del salón, incompatible ya con el nuevo Windows.

Recientemente la ha vuelto a activar sin decir nada a su mujer y le ha costado un montón conseguir que los nuevos dispositivos la reconocieran, pero para algo es informático, ¿no? No podría decir por qué, pero lo hizo. Así que ha visto a su mujer Sofía llorar y mirar los vídeos de su hija en la tele, con la desesperación de una madre que ha visto morir a su hija.

Intenta animarla, a veces le lleva algunos detalles. Un pastelito de hojaldre, que sabe que siempre le han encantado; una bandeja de sushi, con muchos

de salmón, sus preferidos; unas flores secas en un pequeño florero de cristal... Ella le da las gracias, pero Alberto siente que en el fondo le da igual. Por ejemplo, aún no ha logrado en todo este tiempo que vaya al cine con él.

Pero a Alberto también le cuesta mucho seguir adelante, a veces Sofía parece olvidar que Paula también era hija suya, y que era su niñita del alma, lo que más quería. Joder, que él también lo está pasando muy mal. Teme que su mujer caiga en una depresión profunda, eso si no lo está ya, o que sea él quien la sufra.

Porque, además, en Aulaworld le han dado por el culo. Como abandonó el servicio, le han quitado el plus de disponibilidad y le han trasladado al departamento de la intranet, lo que básicamente significa reparar los ordenadores que petan o volver a formatear aquellos que los televendedores de los cursos desconfiguran. Un trabajo peor y con bastante menos pasta. A su empresa le dio igual la muerte de su hija o que su ausencia estuviera más que justificada, eran así. Cabrones.

Ahora, mientras trabaja en el taller se conecta a la cámara del salón y observa a su mujer. Lo hace porque está preocupado por ella, no por nada más, teme que… no sabe, se dé a la bebida o haga alguna locura. De momento, ha vuelto a fumar, todo un síntoma.

Hoy llora cuando la ve a ella llorar. Está tan triste, tan sola. La cámara no tiene sonido, no permite realizar paneos, ni *zoom*, solo muestra un plano fijo y silencioso del salón. No sabe cómo ayudarla. No sabe qué hacer. Ella llora y Tralalá le da lametazos en la cara para quitarle las lágrimas. Y llora. Y él la ve y también llora mientras se esconde de sus compañeros tras el monitor, para que no le vean en ese estado. Y, aunque no se aprecia la imagen que Sofía está viendo en la *Smart TV* porque queda de espaldas, Alberto sabe que en la pantalla está su hija, dando saltos o cantando. Y que ya no la volverá a ver. Y Sofía llora.

Entonces a él se le ocurre que quizás haya una manera de ayudarla. De volver a encontrar a su hija.

6

Josefa

Ella vivía más o menos tranquila, aunque en el fondo de su corazón sabía que su hija Sara nunca se había marchado con su novio. Ella jamás lo hubiera hecho, y así se lo dijo a la policía en su momento. Pero nadie le hizo caso. Y, de todas formas, Josefa, con el paso de los días, lo acabó aceptando, porque era la opción menos mala, eso implicaba que su hija seguía viva, quizá malviviendo por ahí con Vicent, pero viva.

Ahora está en el cementerio de Alzira: los restos de su hija reposan en un nicho a más de nueve kilómetros de su pueblo, La barraca d'Aigües Vives no tiene cementerio propio. Ha tenido que llamar a un taxi comarcal y gastarse una pasta. El entierro fue la semana pasada y la corona de flores ya está bastante marchita. Ahora está ella sola con su hija, la semana pasada hubo bastante gente acompañándola, pero hoy ha regresado a despedirse de verdad, en la intimidad.

A raíz de las investigaciones del caso de la casa maldita, como lo llamaban en la tele, buscaron debajo del árbol y localizaron los dos cadáveres, el de su hija y el de su novio. Estaban metidos en cajas y, bueno, ella no quiere saber

nada más. Le cuesta creer que después de tantos años hayan encontrado a Sara. Extiende la mano y roza el frío mármol del nicho. Al menos, ha tenido suerte y le ha tocado una altura cómoda de nicho, no tiene que agacharse, su rodilla no le dejaría, ni subirse a una de esas escaleras que había en cada manzana del cementerio para acceder a los nichos más altos. Qué suerte, ¿verdad?

—Sara, ¿estás ahí?

Ya era pleno verano. El tema de las autopsias se había demorado mucho y tardaron más de dos meses en autorizar el entierro de los restos.

Todo había sido muy doloroso, pero lo peor fue la espera. Y las televisiones rondando por el pueblo, buscando a alguien que quisiera hacer declaraciones, preguntándole a ella qué sentía al saber que su hija había sido asesinada unos años antes.

No, Sara no estaba en ese nicho. Ese amasijo de trozos de cuerpo no era su hija. Ella se había escapado del pueblo con su novio, él era un porrero y había resultado una mala influencia, pero su hija estaba viva en Barcelona, o vete tú a saber dónde. No, Sara no estaba en ese nicho.

Y, de alguna forma, tenía razón.

7

Daniel

Vaya mierda.

He recibido el *email* de la editorial. No van a publicar la novela, dicen que puedo quedarme con el adelanto, que no me lo van a reclamar, pero que no la van a publicar. Joder, me pegué más de un mes escribiendo a toda velocidad porque querían publicarla. Yo era el protagonista del suceso, podía contar todo tal y como pasó.

El caso de la casa maldita había sido la comidilla de los espacios informativos y de cotilleo. Un caso que llegó a todo el mundo. Jamás se había encontrado al culpable. Estaba en busca y captura, con una orden de detención internacional, y no había ni la más mínima señal de él. Un caso terrible que seguía abierto. Y yo era escritor y uno de los protagonistas, así que me ofrecieron un suculento contrato por la exclusiva de la novelización de lo que pasó, pero tenía que estar escrita en tres semanas y, si quería, me ponían un negro que me ayudara. Les dije que podía hacerlo yo solo, y en plazo. Bueno, solo me retrasé una semana. Pero ahora me dicen que la narrativa es demasiado intrincada, que las ideas no están claras ni existe

progresión dramática, que no se entiende nada. Joder, pues está bien claro. ¿A ver si va a resultar que yo no sé escribir? ¡Soy el autor de *La mente del muerto,* hostias!

He leído en un foro que han contratado a otro escritor, un tal David Jasso, para que novelice los sucesos, valiente mamonazo. ¿Qué sabrá ese inútil?

Bueno, pues oye, desde luego la pasta no se la voy a devolver. Por gilipollas. Pero, vamos, seis mil euros tampoco dan para mucho. Se me han ido ya en pagar a la asistenta colombiana que viene a casa a echar una mano en la limpieza y con Víctor. Ahora me doy cuenta de cuánto me ayudaba Marimar. La echo de menos, su papel en casa era indispensable; bueno, y no lo digo solo por eso, la quería, eh.

A todo esto, sigo sin la prótesis de mi brazo, la retuvo la policía como arma homicida y no hubo manera de hacerles ver que la necesitaba, así que solicité una nueva en la Seguridad Social y me la denegaron porque decían que ya me habían concedido una y que antes de proporcionarme otra nueva, había que intentar recuperar y reparar la antigua. Conseguí que la policía me diera fotos del estado de la prótesis y resultaba evidente que era irrecuperable. Hubo un momento en que todos me daban largas y unos me mandaban a otros: la policía, que no me la devolvía porque era una puta prueba, el arma homicida; y la Seguridad Social, que no me concedía una nueva porque le había dado un mal uso a la anterior.

—¿Mal uso? —le grité a la cara al inspector médico—. Joder, y tan mal uso, como que un psicópata la utilizó para matar a golpes a una niña. ¿Le parece suficiente mal uso?

—Haga el favor de no alzar la voz o llamo a seguridad.

Levanté el muñón para enseñárselo y lo interpretó como un signo de agresión.

Medio minuto después estaba en la calle, sin respuesta, sin prótesis y más cabreado que un mono. Tendría que volver a empezar todas las gestiones.

A día de hoy, sigo con mi muñón al aire. Tuve que llegar hasta las últimas instancias de atención al paciente y presentar un informe policial para que alguien reconociera que necesitaba una nueva prótesis; bueno en realidad, lo

que les hizo recapacitar fue mi amenaza de ir a la televisión autonómica con mi hijo de tres años y denunciar mi situación. Fue un farol, porque no tengo ningún contacto y no creo que me hubieran hecho caso; tal y como está el mundo, un tipo sin prótesis no es una gran noticia. Ya me la van a preparar, han tomado las medidas y los parámetros físicos, pero llevan mucha demora y a lo mejor hasta dentro de cuatro o cinco meses no me la dan. Puto papeleo.

A ver qué voy a hacer ahora con mi vida. Fernando, mi cuñado, se ha comportado como un imbécil; insiste en que su mujer se podría haber salvado si no la hubiera dejado abandonada. Joder, yo creí que estaba muerta, todos lo dimos por hecho. Los navajazos eran mortales de necesidad. Los médicos se equivocan, llevaba ya un tiempo muerta cuando salimos de la casa. Seguro.

Y, bueno, tampoco podía volver a bajar. El psicópata había desaparecido, lo más probable era que estuviera escondido en la parte de los sótanos, y tenía que salvar a Víctor. Y…

Vale, mierda, que os den por culo a todos. No lo pensé, ¿vale?, no me acordé de ella, solo quería salvar mi vida. Solo abrí la puerta y quise salir de ese infierno, nadie sabe lo que sufrimos allí. Lo que de verdad pasó.

Estoy muy preocupado, no sé cómo voy a poder sobrevivir y sacar adelante a Víctor. No me atrevo a pensar en el suicidio. Oh, no. Aprendí la lección. Nuestra amiga Sara está flotando por ahí en el inframundo, pendiente de que ninguno de los que la conocieron tenga el más mínimo pensamiento suicida. Hace «chas» y aparece a mi lado. No quiero volver a verla, así que tengo que seguir adelante. Intentaré vender mi novela a otra editorial, o la presentaré al premio Planeta, creo sinceramente que tiene posibilidades de ganar.

Me ha entrado un mensaje de WhatsApp.

8

Víctor

Me gusta ir a esa casa. Ya es la segunda vez que vamos. Tralalá siempre se lanza sobre mí y me llena de lametazos, lo normal es que acabemos en el suelo, pero tengo que ir con cuidado y no tocar su cicatriz porque a veces todavía le duele. El otro día también estaba Martín, pero hoy no, tenía karate, qué pena.

El padre de Martín ha venido a buscarnos, siempre lo hace, incluso ha montado una sillita en el coche para que yo también pueda ir; creo que era de Martín, de cuando era pequeño.

Mi padre ha saludado efusivamente a Sofía al llegar, todo han sido abrazos, besos y pellizquitos en los mofletes.

—Ay, míralo cómo ha crecido. Está mucho más alto.

—Ya tengo cuatro —he dicho con orgullo levantando los dedos de la mano. Me he dado cuenta de que solo había levantado tres y he añadido un par más, por si acaso.

—Cuatro añitos ya, qué maravilla, no sabíamos que había sido tu cumpleaños, te hubiéramos comprado un regalo.

Vaya, hombre.

Hemos pasado a un saloncito y han sacado pastas. Me he apresurado a mancharme con una palmerita de chocolate.

—No se la des a Tralalá, eh, que el chocolate es malo para los perros, y cuida que no te la quite.

No pensaba hacerlo, pero gracias por el aviso. Palmera para dentro.

Encienden la tele y me enchufan a Disney Channel, pero no tengo muchas ganas de dibujos. Hombre, si fuera *La patrulla canina*, aún, pero son esos dibujos sin gracia de *Ladybug*; a Tralalá le gustaría ver *La patrulla canina*, como a mí.

Veo a los mayores hablar en la otra zona del salón, es muchísimo más grande que el nuestro. La conversación del otro día fue larga y sé que quedaron en hacer algo hoy. Me acerco a por otra pasta, papá no compra de estas. La semana pasada cumplí cuatro y la tarta no estaba tan buena como estas galletas. Los globos no flotaban, no había más niños y ni siquiera vinieron mis primos, creo que papá ha discutido con ellos.

—… i rastro, nadie sabe dónde está.

—A mí me cuesta dormir por las noches, pensando que puede aparecer en cualquier momento y meterse en mi habitación, como hizo en la cas…

Cojo dos. No me prestan mucha atención, Tralalá no deja de seguirme a ver si se me cae alguna galleta.

—No, no puedo darte, tonta, te dolería la tripa.

Me está entrando sueño porque han terminado los dibujos y ha empezado una serie de personas, lo único que mola es que sale un conejo que habla.

Se acercan los tres. Huy, espero no haber hecho nada malo, sus caras son serias. A lo mejor he manchado el sofá de chocolate. Pues mira, sí, pero no se fijan en eso. Me rodean y Tralalá se pone a mi lado.

—Mira, Víctor —me dice mi padre con tono serio, intenta suavizarlo un poco, pero ya me lo conozco y sé que quiere algo. Señala al padre de Martín —. Alberto contactó conmigo por WhatsApp el otro día —demasiados datos, creo que WhatsApp es algo del móvil, pero no lo tengo claro, asiento como si entendiera, suele funcionar—, porque creía que podríamos hacerle

un favor, y el otro día lo estuvimos concretando. Me pidió algo importante.

¿Y si me levanto a por otra galleta? ¿Por qué no sale el conejo que habla?

—Eh, escucha, céntrate. —Chasquea los dedos—. Atiende. Sofía está convencida, bueno, y yo también. Todos estamos convencidos… —el padre de Martín asiente—, de que, no sé, de que puedes ayudarla.

Vale, quiero ser un niño bueno. Hay que ayudar a las personas, como hace la patrulla canina.

—Todavía no hemos hablado de lo que pasó en esa casa, no he tenido valor para rememorarlo, y tampoco he querido que tú lo recordaras. Creo que es mejor superarlo y olvidarlo.

Alberto asiente de nuevo, me hace gracia, se parece a mi muñequito de Mickey que mueve la cabeza sin parar. Pero también veo que a Sofía se le enrojecen los ojos. Jo, ya empezamos.

—Fueron momentos muy duros.

Me vienen a la cabeza ramalazos fugaces de oscuridad, las sombras moviéndose, la sangre salpicando, el olor de la boca del hombre, los gritos. No, no me gustó, no quiero volver a esa casa.

—Y no queremos que los revivas.

Menos mal. No me gusta esa casa.

—Pero creemos que tú tienes alguna especie de capacidad. Que… no sé, eres sensible a algunas cosas.

No tengo ni idea de qué quiere decir.

—Escúchame, ¿tú viste a la niña? ¿A Sara?

Afirmo mientras subo los hombros. Hombre, claro que sí, estaba allí con su muñeca. Me la regaló, ahora es mía, eh. Es mía, no toquemos ese tema o me tendré que poner a llorar.

—¿Tú hiciste algo para que Sara viniera?

Inclino la cabeza, no me gusta este interrogatorio. No he hecho nada malo. Quiero otra galleta. Veo que esperan mi respuesta.

—Por favor, Víctor.

—Es que la mujer no me gustaba, me daba miedo, prefería verla de niña.

—Ya, sí, claro. ¿E hiciste algo especial?

Niego con la cabeza. Solo deseé que no tuviera ese aspecto.

—Me daba miedo; cuando era niña, no.

—Ya, ¿y deseaste que fuera una niña? ¿Que se manifestara con otro aspecto?

Es lo que estoy diciendo. No sé dónde quieren ir a parar, yo no hice nada especial.

—Es que la mujer me daba miedo y quería venir a mí, quería venir a casa. Yo creía que, para algo malo, pero no.

Sofía se interpone entre mi padre y yo, como mi padre cuando se cuela en la cola del supermercado diciendo que tiene prioridad por ser minusválido.

—¿Viste a Paula en la casa?

Claro, estaba allí. Asiento.

—Quiero decir, ¿viste a Paula después de morir? —Hay un punto oscuro en su voz, inquietud, nervios, desesperación...

No tengo muy claro qué es morir, creo que puede ser lo que le pasó a la chica después de que el hombre le pegara. Hombre, claro que la vi, estaba ahí.

—Sí —digo con cierto temor.

Y Sofía se dirige a Alberto, le señala con el dedo:

—¿Ves? Te lo dije, Paula estaba ahí y me habló. Me habló gracias al niño. Y no querías creértelo.

—¿Quieres decir que es una especie de médium o algo así?

—Chiss —le manda callar mi padre—, eso ya lo hemos hablado antes. Hay que tener cuidado, que se entera de todo.

Hombre, papá, me entero incluso de lo que estás diciendo ahora, delante de mis narices.

De nuevo Sofía, de nuevo estaba reprimiendo algo:

—Y, y… ¿crees que podrías volver a ver a Paula?

Subo los hombros, no entiendo lo que quieren. Me voy a poner a llorar en breve, eh.

Sofía me coge la cara y me obliga a mirarla. Tralalá gruñe a su dueña y se pone a mi lado. Veo que escapan lágrimas de los ojos de la mujer, me da

pena. Casi grita, pero habla bajito.

—Puedes…, ¿puedes traerla de vuelta? —Y me clava la mirada, mi padre la coge del brazo y la retira un poco.

—Sin presiones —le dice—, hemos quedado que sin presiones.

—Dime, Víctor, bonito —insiste la mujer—. ¿Puedes traerla de vuelta? ¿Puedo hablar con ella?

Subo los hombros. No sé. No sabría cómo hacerlo. A veces tengo como sueños estando despierto, pero nunca he intentado hablar con ellos. Es la gente de los sueños la que viene a mí, no yo quien va a buscarlos a los sueños. Bueno, tampoco son sueños, porque están ahí.

—¿Quieres intentarlo, por favor? Por favor. Y te compraré un regalo. ¿Qué te gustaría?

Eh, se ha ganado toda mi atención. Un regalo. Mola. Humm… a ver… Querría a Tralalá, pero sé que es su perra. Así que digo con alegría:

—Un perrito como Tralalá.

—Ah, no —niega mi padre, ha saltado automáticamente—. Un perro no, no podemos tener un perro, supone demasiadas obligaciones y un gasto constante: vacunas, pienso. No, Víctor. Un perro no. Y tampoco tienes que pedir nada. Si puedes ayudarla, hazlo, no necesitas que te hagan ningún regalo.

Jo, pero yo quiero un perrito como Tralalá.

—Escucha, Víctor —dice ella—, puedes venir a jugar con Tralalá siempre que quieras, Alberto irá a buscarte al salir de la guardería y te traerá a casa, podrás jugar y luego te llevará a tu casa.

Uff, prometedor, pero sonaba complicado. Jo, yo quiero un perrito como Tralalá.

—Toma —dice Alberto ofreciéndome el plato de galletas, todavía quedan un montón—, coge una de esas de chocolate.

Vaya adulto. Si cree que puede comprarme con una simple galleta… está en lo cierto. Cojo una.

—¿Quieres un coche teledirigido?

Humm… No. Espera, mejor:

—Un peluche de Cheis. Para que juegue con Nancy.

Se miran entre sí. Mi padre les explica un poco azorado:

—Creo que se refiere a Chase, es un perro de *La patrulla canina.*

Lo sabe con certeza, ve los dibujos conmigo. No hace mucho más en casa.

—Sí, corazón, sí, te lo compraré, claro que sí. Y si traes de vuelta a Paula, te compraré la Patrulla canina al completo.

Bueno, con Cheis me conformo, no podría jugar con todos.

—Vale —digo resignado.

—Comentamos que a lo mejor era bueno hacerlo en el cuarto de Paula —les recuerda Alberto a los otros adultos.

—Claro, cariño —me dice Sofía—. ¿Quieres ver la habitación de Paula? Está tal y como la dejó, aunque sorprendentemente ordenada, la obligué a dejarla así antes de salir de... —Veo una sonrisa muy triste en su cara. Ha logrado no llorar, pero no acaba la frase.

Me gusta el cuarto de la niña, tiene su color y su luz. Tralalá se ha quedado en la puerta.

—Vamos, siéntate en la cama conmigo. —Y golpetea la funda nórdica. Me gusta, hay muchas caritas redondas rosas, como las de los iconos de la tablet.

Y ahí estamos, Sofía y yo sentados en la cama de su hija muerta. Mi padre y Alberto están frente a nosotros.

—Salid, por favor —les pide la mujer.

—Yo querría quedarme —dice Alberto con tono lastimero.

—Ya lo hemos hablado, déjame a solas con el niño, creo que será más fácil.

Y cierran la puerta desde fuera. La mujer coge mi mano.

—Por favor —implora.

En una pared hay varias medallas colgadas, también me gustaría tener una.

—Por favor, trae a Paula.

Bueno, vamos a ver.

Tralalá aúlla al otro lado de la puerta. La entiendo, ella también ve sueños.

9

Víctor. Sofía

La mujer sale corriendo de la habitación de su hija. Está llorando y gime mientras recorre el corto pasillo a toda velocidad. Daniel y Alberto la esperaban en el salón. Ambos se levantan con rapidez; bueno, Daniel no, sigue igual de torpe con su muleta nueva.

La mujer esquiva el puf al entrar al salón y se lanza a los brazos de su marido; Alberto casi cae hacia atrás por la inercia.

Tralalá la ha seguido y está gruñendo. Puede que tenga celos de que se abracen, nunca le ha hecho mucha gracia que ella no esté incluida en un abrazo, o puede ser porque la mujer ha arrastrado algo.

Víctor sigue en el cuarto de Paula. Coge el cojín de corazón que hay sobre la funda nórdica. El niño está un poco triste. Él solo quería ayudar. Se lo pone sobre las rodillas y lo acaricia. De verdad que solo quería ayudar.

Daniel llega al cuarto de la chica muerta. Y se acerca a su hijo. No se agacha, ya sabes.

—¿Qué ha pasado?

Víctor sube los hombros con resignación.

—No sé. Yo no sé, nunca había bajado a los sueños.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Has visto a Paula?

Asiente muy despacio.

—Al principio sí. Y a mamá.

Daniel siente un escalofrío. Su mujer había muerto hacía casi tres años en un tonto accidente doméstico. No esperaba que Víctor dijera eso. ¿Desde cuándo podía Víctor contactar o ver o invocar, o lo que fuera que hiciese, a su madre muerta?

Como si el niño hubiera escuchado sus pensamientos, dijo:

—También estaba en la casa grande.

No puede creerlo.

—Pero yo no he hecho nada. No he hecho nada malo, papá, de verdad. Las vi solo un momento. Luego…

Y el niño se echa a llorar con un llanto auténtico y triste.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Qué te pasa? Me estás asustando. —Alberto acaricia el cabello de su mujer y la aprieta contra sí. Llora desconsolada—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho el niño? Dime, por favor. ¿Has sentido a Paula?

Ella niega contra su hombro, casi duele. Y dice algo, él no la entiende porque no para de llorar y tiene la cabeza contra su camiseta.

—No te entiendo, cariño. —Se separa un poco.

—No, no ha sido Paula. Ha sido él, ha venido él —dice Sofía con dificultad.

No entiende.

—¿Él? ¿Quién?

Y entonces cae en la cuenta.

—No, no jodas. —Por toda respuesta, ella se aprieta más contra su marido.

10

Dientes

Ya sabe lo que ha de hacer para escapar de ahí. No tiene claro dónde se encuentra, es un mundo lóbrego e inaprensible, hecho de retazos de oscuridad y humo sólido. Pero ha vislumbrado una ranura por la que escapar.

Cuando ellos se lo llevaron, no dejó de gritar, imploró y rogó, pero no sirvió de nada, le arrastraron hasta las sombras y, de repente, las escaleras ya no estaban, el suelo se hundía bajo sus pies y la casa se deformó hasta perder sus límites. Llegó algo más sombrío que la oscuridad. Atravesaron su cuerpo con huesos de metal y tiraron de cadenas de noche, que al entrechocar sonaban como gritos de pena. Un fuerte tirón, otro. Un alarido del hombre al ser desgarrado, otro, y el mundo se transformó por completo. Se diluyó en pavesas. Ya no estaba en la casa de los cien escalones, sino en el mundo de la demencia. Desde ese momento ya nada tuvo sentido, incluso ellos desaparecieron; le habían abandonado en un estrato diferente, como el niño que arrastra por el barro un juguete con una cuerda y lo deja olvidado al costarle avanzar. Incluso echó en falta la ligazón de las cadenas, el contacto

del dolor. Quedó abandonado en la nada.

Allí continuó, anegado, relegado a un mundo disímil, arrastrándose por debajo del lodo, palpando grumos y tejidos. Boqueando gritos insonoros. El légamo se introdujo despacio por sus fosas nasales y entre sus párpados, como una defecación lenta, rebasándole, cubriéndole. Horadando las pústulas y haciéndolas palpitar desde dentro.

Y muchas pesadillas después, ahí sigue, o quizá todavía está llegando, no lo sabe, porque el tiempo y el espacio se distorsionan y entremezclan. En este estado de la inexistencia no hay leyes físicas, solo hay eternidad sin tiempo. Es peor que la antesala del averno: es el mundo de la desesperación y la ceniza, del dolor perpetuo sin cuerpo. No sabe si está vivo, muerto o ambas cosas a la vez, quizá ninguna de ellas. Siente y sufre, pero todo eso está más allá de su organismo. No hay mente humana capaz de aprehender su estado, ni siquiera la suya. Repta entre estrías de noche encallecida, yace en niebla de sangre de encías. Ahora se agita entre tejidos infectos que se estiran hasta ser hilos rojizos, y a continuación le rodean brasas de pesadillas.

No suenan, pero están ahí: los estertores de bebés, los aullidos de madres desesperadas, la agonía del anciano que desea morir, como canciones siniestras que uno no puede sacarse de la cabeza. Y sigue respirando sin vida. Y viviendo sin respirar.

El dolor es eterno cuando no existe el tiempo, porque cada segundo es infinito. Los huesos machacados se funden con el tarquín y se cuelan entre sus uñas como astillas de truenos. Se retuerce sin cuerpo, ¿por qué duele, si no vive?

Le rodea una masa de vísceras amoratadas y muelas partidas que le constriñe, le oprime, le deforma, le deconstruye.

Y sabe que esa será su existencia: el dolor de la noche sólida, el clamor de los desvaríos más atroces. Y quiere escapar. Serpentea bajo rocas de espumarajos y sobre lluvia de lágrimas. Busca un atisbo, una esperanza, pero solo le rodea la desesperación hecha ponzoña, pus oscuro y moho ondulante que baila una extraña danza mientras entra en él. Y allí está, solo, sin

cuerpos ni almas. En ese capullo eterno de excreciones y órganos, de lodo y humo. Ni Vicent ni la niña de los dondiegos están aquí, su realidad es otra. Solo le acompañan los garfios de la soledad que jalan de él desgarrando llanto.

Quiere escapar, huir, pero las cadenas de cuajo son irrompibles. Y solo puede desparramarse en pesar, para volver a ser retenido por flujos óseos. Y el tiempo pasa inexistente.

De repente, lo discierne a pesar de no tener ojos. No es un brillo, porque la luz no atraviesa la sustancia legamosa que conforma este universo de ruinas y alaridos.

Y se impele hacia allí a mordiscos de encías rotas.

El niño ha reestructurado este limbo de entrañas y la dentadura ha cobrado sentido. Y él se sumerge hacia arriba, hacia la grieta. Es tan pequeña como el agujero de una aguja en la pantalla de una lámpara. No es una ventana a la que asomarse, sino un órgano interno al que se percibe a través del sentido de la propiocepción. Es como el dolor de una muela, algo que sientes sin ver, que está ahí y que te puede hacer enloquecer.

En realidad no ve las manos unidas de la mujer y el niño, sino que capta cómo sus células intercambian iones. Algo mucho más íntimo y particulado. Y allí estaba ella, Sofía, y la sombra era expelida por el niño. Y la mujer le sintió, y supo quién era. Y la grieta fue engullida por manos separadas, y de nuevo la masa volvió a ser energía; y el tiempo, oscuridad; y el espacio, sombras inexistentes.

Y ahora vuelve a estar en esa veta de expiros. Pero lo sabe: hay una salida, seguirá siendo cieno sin vida para buscar al niño, para esperar el momento en el que encontrar una nueva grieta y cruzarla por completo. Para volver a ese viejo mundo de continuidad, aunque su cuerpo permanezca ahí atrapado por sirgas de pecados, sabe que su energía oscura podrá escapar y aterrorizar a los mortales, así su subsistencia tendrá sentido.

Encontrará el momento; en un lugar en el que el tiempo ha muerto, solo hay que esperar tumbado dentro de su propio cadáver.

«Víctor, escucha: tú eres la puerta; tarde o temprano lograré salir.

Regresaré para vengarme. Sé que ya no falta mucho para que te empiecen a salir los dientes permanentes, con sus grietas en las encías».

Grietas por las que escapar de ese mundo de pesadilla.

FIN

ALGUNAS CONFESIONES DEL AUTOR

Bien, hemos llegado al final, espero que hayas disfrutado del viaje. Y si lo has pasado un poquito mal, genial. Bueno, creo que como muestra de respeto te mereces una pequeña contraprestación, que te ofrezca algunas confesiones sobre esta novela. Te las has ganado.

Confesión 1

Admito que dudé a la hora de publicar *La casa de los cien escalones* y estuve a punto de borrar la primera parte entera. Hay demasiados datos auténticos y algunos bastante dolorosos. Porque… Sara es real. Todavía vive y, por supuesto, ese no es su verdadero nombre. Ya sabes, eso que se dice en las pelis de: «Para proteger la privacidad de los involucrados, algunos nombres y eventos han sido modificados».

Pero vayamos por orden. Primero, la confesión más importante: confieso que algunos de los *emails* de la primera parte son completamente reales y hay bastantes párrafos copiados literalmente. La historia de la verdadera Sara es muy semejante a lo que describo: contactó conmigo por *email* y comenzamos a mantener una correspondencia fluida. Con el tiempo, ella me contó muchas de las cosas que yo he transcrito, incluso sus intentos de

suicidio. Hombre, mi actitud no era en absoluto la de Daniel Lonces, y hay un momento en el que la ficción se apodera por completo de la historia. Pero la auténtica semilla es esa: sus mensajes y su vida.

Por supuesto le he hablado a Sara de esta novela y le he pedido autorización para usar su material. Su respuesta fue: «Es tu novela, no tienes que pedirme permiso, usa lo que quieras». [Gracias, Sara].

«¿Y qué parte es la real?», te preguntarás. Pues prácticamente todas sus vivencias personales, familiares, incluyendo sus experiencias con el suicidio. Y también es real la casa de los cien escalones: la casa, al igual que Sara, existe.

Y no está demasiado lejos de donde yo la he situado. De hecho, en la solapa puedes ver una foto de la casa y su entorno real.

La verdadera historia de la casa es muy parecida a la que acabáis de leer y me la contó la misma Sara, porque, durante su infancia y adolescencia, estuvo muchas veces en ella. Ha caminado por su jardín, ha olido las lilas e incluso llegó a conocer a la vieja dama y a la niña con síndrome de Down. Todos esos detalles son reales. En la actualidad la mansión está abandonada. Las hierbas proliferan y el gran árbol se ve triste y deshojado.

Esto es lo que la verdadera Sara me resumió en uno de sus mensajes cuando le hablé de esta novela (con las faltas de ortografía corregidas, porque hay cosas que no cambian):

> La casa de los cien escalones sigue ahí. Es una gran casa señorial; allí vivían una mujer inglesa y el dueño de las tierras, que eran muchas más que las del huerto de mi abuelo. Tocaba el piano, de eso me acuerdo mucho, y también de su árbol grande que hacía unas flores blancas con forma de campana. Con el tiempo supe que eran venenosas, son muy comunes, pero no recuerdo ahora el nombre. (N. del A.: probablemente se trate del árbol de estramonio). Y las violetas, mis amadas violetas, a los pies del árbol.
>
> La amistad de la abuela con ella viene por el agua; el huerto del abuelo tenía el motor que llevaba el agua de regadío allí. Cuando querían agua, la pedían y mi abuela aprovechaba para ir de visita y hablar con alguien. Era la casa de campo más cercana que había, justo al lado, nos separaba un muro

con un barranco por el que bajaba el agua de las montañas. Sí, ambos edificios compartían la misma montaña. Se llamaba «la casa de los cien escalones», porque desde el camino de abajo hasta la casa, que estaba casi en la montaña, había muchos escalones; igual no eran cien, no lo creo, mi abuela jamás hubiera subido esa animalada, pero se le puso ese nombre; no lo hicimos nosotros, sino los del pueblo. En verdad la que era interesante era mi abuela, no sé si te dije que aseguraba ver muertos encima del armario, encima, fíjate. Ese armario lo tenía mi abuela en la habitación donde yo dormía con ella; con el abuelo no se llevaba ya bien y dormían en habitaciones separadas. La abuela sí tenía una gran historia oscura detrás.

Y esto es parte de mi vida. No, nunca te mentí, ni exageré, ni nada.

Bueno, pues ya está dicho: tanto la casa de los cien escalones, como Sara y su abuela, que veía muertos sobre el armario, son reales, y muchas de sus experiencias vitales relatadas en la primera parte, también. Por supuesto, en la historia pronto aparece la ficción, desde la deleznable actitud del escritor, hasta el triste desenlace de Sara. Pero, puestos a usar frases hechas, ya conoces esa de «La realidad supera a…».

Confesión 2

Y vamos con otra confesión, pero ahora tendréis que soportar una de mis batallitas del abuelo Cebolleta (y si has pillado esta referencia, peinas canas, fijo). Cuando yo era joven me tocó hacer la mili (os acabo de avisar de que la cosa iba de batallitas, ¿no?), y allí coincidí con otro recluta que, al poco de llegar, comenzó a sufrir un gran dolor de muelas. No podíamos salir del cuartel y el servicio odontológico militar en aquellos tiempos no era especialmente recomendable (imagino tenazas, palancas, garfios y delantales de cuero sucios de sangre). Por eso el pobre intentaba sobrellevarlo a base de aspirinas y resignación. Pero una noche me comentó que, según lo que hacía, el dolor se le calmaba o intensificaba. Si tenía que entrar en formación o llevar a cabo alguna tarea ingrata, el dolor aumentaba, pero si tomaba

determinadas decisiones, se le pasaba. Yo le dije que eso no tenía sentido, y él me dijo que sí, que tenía todo el sentido del mundo, que el dolor de muelas tiene un gran componente nervioso: «Y la prueba es que en cuanto acudes al dentista, deja de dolerte».

Sacudí la cabeza, pensativo. Joder, pues esto último era completamente cierto. Lo más efectivo contra el dolor de muelas es la sala de espera del dentista.

Cuando él estaba nervioso, le dolía más, hasta el punto de que valorar las posibilidades de algo que tuviera que hacer le producía dolor, pero, en cuanto las sopesaba y tomaba la decisión correcta, el dolor se mitigaba. Mira, qué práctico, pensé.

Al final, la muela se le infectó y tuvieron que llevarle al hospital militar. Ya no lo volví a ver nunca más. No digo que un sargento-dentista loco acabara con él, sino que se terminó el periodo del campamento de formación y me destinaron a otro cuartel.

Mucho tiempo después, le pregunté a un odontólogo si esto tenía algún sentido y me dijo que sí, por supuesto. Las terminaciones nerviosas que llegan a las muelas pueden producir dolor en función del estado de la persona; de hecho, los dolores de muela suelen llegar por la noche, cuando el cuerpo está descansado y el sistema nervioso no tiene ningún tipo de control. O sea, que incluso hay un fundamento científico. Genial. Introduje un personaje así en mi novela *Día de perros*, aunque finalmente lo descarté, pero siempre he sabido que el amigo Dientes volvería a una de mis novelas. [Gracias, recluta con dolor de muelas].

Confesión 3

Puede que te hayan llamado la atención las veladas referencias a un grave suceso que fue la causa de la discapacidad de Daniel Lonces y del que no se dice gran cosa. A lo mejor esperabas que se dieran más detalles al respecto. Normal. Si te has quedado con las ganas, lo siento, pero Daniel Lonces ya

protagonizó otra de mis novelas: *La silla*, y allí se cuentan todas sus desventuras con detalle. Si te pica la curiosidad, ya sabes. Y, si ya has leído *La silla*, seguro que has pillado un montón de huevos de Pascua.

Y no, no se trata de una maquiavélica maniobra de márquetin para vender novelas a lo loco. Simplemente tenía mucho cariño al personaje (aunque te cueste creerlo, viendo cómo lo trato) y quería retomarlo.

Pero que quede claro: *La casa de los cien escalones* no es ni una secuela ni un *reboot* ni un *spin-off*. Es una novela completamente independiente, solamente se da la circunstancia de que uno de los personajes ya fue el protagonista de otra historia. Este libro es completamente independiente y funciona por sí solo.

Confesión 4

Hace unos cinco o seis años, decidí abandonar el mundillo literario y retirarme de la escritura. Fue por algunas cuestiones personales, pero también porque me sentía cansado y algo desilusionado. Escribir supone un gran esfuerzo, y el retorno es más bien escaso, cuando no es nulo. Las cantidades económicas son irrisorias y siempre existen problemas con la distribución y el acceso a las editoriales (que conste, ahora no es el caso). Mucho trabajo para pocos frutos. Pero, vaya, pensé que ya había hecho todo lo que podía hacer y que la literatura de terror no da para mucho más. Que había alcanzado mi techo, así que, ¿para qué seguir? Además, retomar la escritura me daba una pereza enorme. Cuando escribo me traslado al mundo que estoy describiendo, me implico y lo siento en mi interior. Después de escribir determinados pasajes, acabo con dolor de cabeza, o con la desorientación propia del que sale de una sesión matinal de cine.

Y el 2 de febrero de 2021, hace casi cuatro años, recibí un *email* de una importante agencia literaria con la que no había hablado en la vida:

«Hola, David: Espero que estés muy bien.

Me ha pasado XXX tu contacto. Si te apetece podemos hacer una

videollamada y charlamos.

Ya me dices. GRACIAS».

Vaya, y esto ¿qué era? Qué misterio. Ah, por respeto a la privacidad de las personas permitidme que no dé nombres. Bueno, el caso es que en esa reunión me solicitaron una novela de terror en plan las series de Netflix de Mike Flanagan que estaban de moda en aquellos días: *La maldición de Hill House* y *La maldición de Bly Manor*. La idea era escribir una novela sobre una casa encantada, en algún lugar localizable de España y luego esperar a que alguien la adaptara como serie de TV. La cosa pintaba muy bien. Pero, ay, qué pocas ganas tenía.

Primero intenté colocarles *Crisis nerviosa*, una novela que había empezado hacía bastante tiempo y que no tenía nada que ver con lo que buscaban (un par de adolescentes matan a otro accidentalmente y tienen que esconder el cadáver). Lógicamente su respuesta fue:

> Ya hemos podido leer y valorar tu propuesta. Nos ha gustado, pero buscamos un terror más convencional, de familia, más en la línea de La maldición de Hill House, que pueda llegar al gran público.

Mecachis, no había colado; tendría que currármelo más, pero me daba una pereza terrible. Además, pensaba que ya estaba todo dicho sobre las mansiones embrujadas, hay cientos de películas, novelas y series sobre el tema. Y siempre pasa lo mismo. Oh, no, no escribiría algo así. En plan, una familia se muda a una casa de campo y comienzan a suceder fenómenos extraños. Qué aburrimiento. Pero empecé a valorar opciones y, finalmente, me puse a ello, estaba convencido de que podría ir un poco más allá y encajar en lo solicitado sin caer en los tópicos (al menos, por completo).

Así que unas semanas después les mandé los primeros capítulos para que valoraran si iba por el buen camino. Agradecieron mi envío y me dijeron que ya me dirían algo en cuanto pudieran. Bueno, a esperar toca. Su contestación no llegó hasta ¡ocho meses después! (Las respuestas editoriales son lentas y los plazos, desmotivadores). En ese periodo de tiempo me puse enfermo (putos divertículos), y cuando me llegó su *email* pidiéndome la novela completa, yo no estaba para muchos rollos. Durante todo ese tiempo

me había olvidado del proyecto y lo había dado por finiquitado sin escribir una sola línea. Así que, tanto tiempo después, mi ánimo se había enfriado.

Siempre me decía: «Joder, David, deberías rematar la novela, tío. Va, a ver si te pones». Pero mis obligaciones laborales, mi vida familiar y mis nuevos amigos los divertículos siempre estaban por el medio, eso por no hablar de mi proverbial pereza; cuando tenía tiempo libre solo quería tumbarme en el sofá y ver series tontas sin hacer mucho caso. Así pues, ya no volví a contactar con ellos cuando por fin terminé la novela. Había pasado tanto tiempo que me daba corte. No sé, supongo que habrán pillado a algún otro. Y si te preguntas cómo logré terminar la novela después de lo que acabo de decir, te lo respondo en la

Confesión 5

Yo vivía muy tranquilo, no tenía la necesidad compulsiva de escribir que tienen otros escritores, y *La casa de los cien escalones* se había quedado olvidada en la carpeta de «Textos en proceso» de mi ordenador. Hace un momento, cuando comentaba los escasos beneficios del escritor, no he hablado del más importante. Gracias a mis libros he hecho grandes amigos y mi vida personal se ha enriquecido mucho. De vez en cuando, recibía algún mensaje de alguien animándome a volver al ruedo literario. Algunos casi exigiéndolo.

Y hay gente muy perseverante, por ejemplo, José Luis del Río, editor de Apache libros, que constantemente me insistía en que escribiera algo. [Gracias, José Luis]. Al final me convenció para sacar una colección de «Lo mejor de David Jasso». Mis condiciones fueron: «Bueno, pero yo no me veo en nada». Incluso disfruté de una antologista de excepción como Patricia Espinosa Sánchez, que además también ha sido lectora cero de esta novela [Gracias, Patricia].

Pero, joer, parece mentira que no me conozca a mí mismo. Al final me impliqué: curré, revisé, reescribí, comenté y firmé en ferias. Así que, casi sin

darme cuenta… había vuelto. Eso me hizo ver que era querido y esperado, que había mucha gente a la que le gustaba cantidad mi trabajo. Cada sesión de firmas o charla acababa diciéndome que quizá debería reconsiderar mi decisión. Y entonces hablé con Ana García de Polavieja, una excelente correctora con la que había trabajado en *Disforia* y había hecho un gran trabajo. Estaba corrigiendo *La silla* para su reedición y empezó a meterme caña para que volviera a escribir. Al final, cometí el error de decirle que tenía una novela empezada y que pintaba bastante bien. Bueno, pues no sé cómo logró arrancarme el compromiso de que la retomaría y la acabaría. Incluso me puso plazos, la muy... Y yo acepté todo, no tengo ni idea de qué tipo de embrujo utilizó. Pero acabó haciéndome embarcar. El caso es que cada noche tenía que escribirle diciéndole cuántas palabras había escrito ese día, ella era mi *controller* literaria, y no me dejaba pasar una. («David, no sé nada de ti desde el domingo. Con la cantidad de escalones que quedan por subir…»). Y la cosa funcionó. Ha hecho que esta novela sea mejor y es para mí un honor contar con su prólogo y, sobre todo, con su amistad. [Gracias, Ana, esta novela también es un poco tuya].

Pero hubo mucha más gente. La novela no hubiera sido la misma sin el apoyo de Antonio Torrubia [Gracias, Librero del Mal], que no solo me ha dedicado una estupenda frase promocional (¿la has visto en la contraportada, ¿no?), sino que me ayudó a encontrar un buen equipo de lectoras cero. Tanto Maica Palacios (*El diario de Caronte*) como Laia Padilla (Liara Lestrange) se implicaron con la primera versión del texto y descubrieron algunas de las barbaridades que había escrito, como que de repente intercambiaba el nombre a los protagonistas. Sin ellas esto hubiera sido un cacao. [Gracias, Maica y Laia]. Ah, y también he de agradecer los comentarios y reseñas de Soraya Murillo. [Gracias, Soraya].

Y por último, confieso que ha sido un placer negociar y formar parte del catálogo de Obscura editorial, tanto Job, como Roser, Joana y David Rendo han sufrido con paciencia todas mis neuras y peticiones. Y al final, el resultado ha sido genial. [Gracias, equipo].

Confesión 6

Y bueno, aquí acaba esto. Siempre me siento un poco triste al escribir las últimas líneas de un libro, es como romper el hilo después de terminar un complicado bordado. Pero confieso que necesito a mis lectores. Necesito que me den su *feedback,* que me digan qué les ha parecido, y qué han sentido al leer la novela. Si he escrito *La casa de los cien escalones*, ha sido para volver a estar cerca de los lectores, para sentirlos al lado. No quiero verlos marchar al otro lado del cristal de la librería, sino viajar con ellos hasta su casa y compartir historias y sueños (y puede que incluso alguna pesadilla).

Así que espero comentarios, opiniones y hasta elogios (si creéis que son merecidos) en mi dirección de correo personal: davidjassog@gmail.com. (Venga, y ahora que nadie me apunte a una lista de correo para recibir publicidad). [Muchas gracias, lectores].

Ahora sí:

FIN


SIENTE EL VERDADERO TERROR
DAVID JASSO
LA CASA DE LOS CIEN ESCALONES
OBSCURA editorial